

UN *amor* DE PELÍCULA

Rachel Winters



A veces la vida real es mejor que el cine

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1. Código rojo

2. Encerrado

3. ESNOB

4. El desafío

5. El apoyo moral

6. La lista

7. El de la bebida derramada, tomas 1 y 2

8. El del zapato

9. El de la librería

10. El del híbrido

11. El de Paulelqueno es un psicópata

12. El del QQQ

13. Wind Actually

14. El del petardo

15. El del «capusho»

16. La morenaza

17. Algo para recordar (en Sheffield)

18. NocheVIEja

19. Lo de Fish & Chips

20. En cualquier parte, o en Shrewksbury

21. Pero se puede forrar de purpurina

22. Berrinche Mathers®

23. Girl Alone

24. Como una tortuga patas arriba

25. Ausente de la oficina

26. Don Censura

27. Damas de horror
 28. El niño que nunca se hacía mayor
 29. Dicky
 30. Ezra
 31. Montaje de transformación
 32. Como en Hollywood
 33. El marrón
 34. A la vuelta de la esquina
 35. Servicio Completo
 36. Doble acompañante
 37. ¡Chof!
 38. JEMS
 39. El final
 40. Gil's, toma...
 41. El «encuentro de película»
- Epílogo
- Agradecimientos
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Tras siete años como asistente, Evie Summers está lista para obtener la promoción que se merece. Pero la agencia de cine donde trabaja está en la cuerda floja y Evie perderá su trabajo si no consigue convencer a su cliente más importante y arrogante para que termine de escribir el guion de una comedia romántica de Hollywood.

Cuando el guionista confiesa que no hay nada escrito, Evie le propone un pacto: si ella puede probarle en tan sólo tres meses que es posible enamorarse en la vida real como en una película, él escribirá el guion. Evie se embarca en una misión a contrarreloj: recrear todos los primeros encuentros de las películas románticas para conocer a un hombre de la misma manera que Sally conoció a Harry o Hugh Grant se enamoró de Julia Roberts en *Notting Hill*.

UN AMOR DE PELÍCULA

Rachel Winters

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



*Para cualquiera a quien alguna vez le hayan dicho que no es lo
suficientemente bueno. (Sí lo eres)*

Prólogo

Interior de Gil's Coffee House, East Dulwich, domingo 2 de diciembre a una hora inesperada (10.00).

Evie Summers, veintimuchos, pecosa, pelirroja, melena rizada por los hombros, vestido corto estilo años cincuenta de color amarillo intenso, Dr. Martens, plantada delante del mostrador, taconeando visiblemente nerviosa.

El camarero se estaba tomando con calma mi pedido y yo agradecí en silencio su devoción por el arte del zumo bien exprimido. Miré de reojo su chapa de ¡HOLA, SOY...! «Xan.» Uno de esos nombres que anuncian que ya están aquí las nuevas generaciones, esas que te preparan un zumo orgánico como si fuera una experiencia religiosa. Mientras crecía la cola a mi espalda, mi zumo de naranja alcanzaba el zen.

Pero por una vez me dio igual fastidiar a los que venían detrás: ese día necesitaba que Xan le echase toda la parsimonia del mundo y me diera tiempo a prepararme para lo que estaba a punto de hacer.

—¿Te lo mejoro con algún extra?

«Sólo si es vodka, Xan.»

—¿Qué me recomiendas?

—El ingrediente mágico, ideal para la resaca —contestó, y abrió la mano, donde llevaba un huevo. Le indiqué con un gesto que lo agregara a la batidora; total, no pensaba bebérmelo.

Para entonces ya me temblaban las manos, lo que favorecía que lo que estaba a punto de hacer pareciera un accidente. Inspiré hondo un par de veces. «Tú puedes, Evie Summers», me dije muy seria.

Aunque, para hacerlo bien, debía salir de allí con el nombre de aquel pobre incauto y, si se me daba genial, con su teléfono.

Mientras Xan me preparaba el batido, saqué el móvil y vi que el chat de JEMS, nuestro grupo de amigos, estaba activo.

Jeremy: ¿Lo va a hacer? Evie, Evie, Evie, ¿lo vas a hacer? DIME QUE LO ESTÁS HACIENDO...

Sarah: Mar, ¿has arreglado lo de los centros de mesa ya?

Jeremy: Sarah, vete al chat de BRIDEZILLA. Éste es para cosas más

importantes.

Maria: CHICOS. Evie, ¿seguro que quieres hacerlo? A ver, ojalá que sí, pero ¿lo tienes claro?

—¡Tachán! —me dijo el camarero, blandiendo mi zumo. Me dio un vuelco el corazón. Había llegado el momento.

Evie: Allá voy...

Incluso un domingo a primera hora, el café del sureste de Londres estaba abarrotado. Tenía ante mí una carrera de obstáculos: adolescentes monísimos que parecían salidos de anuncios del metro de tiendas de ropa online que nadie tiene ya edad para llevar; usuarios de portátiles fingiendo que no se habían terminado aún el café con el que seguían tonteando; mamás imponentes con sus niños perfectos como muñecos... Y él: el de los Ramones.

Desde la mesa donde me había instalado con el portátil para controlar a todo el que entrara en el café, lo había visto sentarse cerca del enorme árbol de Navidad y lo había convertido en mi blanco. Veintimuchos, mono, con barba, camiseta de los Ramones debajo de una camisa de cuadros y más aspecto de yogurín que de adulto (vamos, como a mí me gustaban).

Había llegado solo, no llevaba alianza, no iba con niños... En resumen: cumplía los requisitos mínimos para ser el amor de mi vida. Afortunado él.

Aunque había algún pero: lo encontraba muy atractivo y eso me ponía aún más nerviosa. Porque últimamente cada vez que veía a alguien que me gustaba me limitaba a imaginar la vida que podríamos tener juntos sin dirigirle la palabra jamás. Al contrario de lo que estaba a punto de hacer.

Emergí entre un puñado de mesas a unos pasos de mi objetivo. Él estaba enfrascado en su libro, *Consejos para no hacerse mayor*, y eso me hizo dudar: «¿El amor de mi vida leería algo así?». No obstante, no podía ponerme tiquismiquis, así que me dispuse a salvar la distancia que nos separaba.

Tres pasos más.

Dos.

Uno.

Lo tenía justo al lado. De cerca era aún más mono.

«Ahora o nunca.»

Según me acercaba, saqué la mano en la que llevaba el zumo, con el corazón en la boca y a la vez aporreándome el pecho tan fuerte que parecía que se me fuera a escapar.

«¡Venga, vamos, AHORA!»

El de los Ramones rio por algo que acababa de leer... y yo pasé de largo.

«¡Maldita sea!» No pude hacerlo. Pero tampoco podía rajarme.

Porque quizá, sólo quizá, estaba a punto de conocer al hombre de mis sueños. Nos miraríamos y, en ese instante, los dos sabríamos que íbamos a pasar el resto de nuestra vida juntos, como en

las películas. Aunque, en ese preciso momento, con un zumo de naranja con huevo en la mano, no me sentía nada cinematográfica.

Pese a lo despacio que había ido, ya estaba de vuelta en mi sitio. Me había instalado en la mesa comunal y, en mi ausencia, se habían acomodado allí también un hombre y su hija. Él: treinta y tantos, pulcro, pelo oscuro, leyendo la prensa dominical, con cara de informático. Ella: mona, con las coletas algo torcidas, gafas de montura roja, de unos siete años. Balanceaba las piernas mientras leía un libro. Tenía la vaga sensación de haberlos visto antes en aquel café.

Plantada delante del portátil, saqué el móvil.

Evie: No he podido. ¿Cómo he pensado que podría? Y vosotros, que sois mis amigos, ¿por qué me dejáis hacer una chaladura así?

Sarah: Tú puedes hacer lo que te propongas. Pero, sí, es una chaladura.

Jeremy: Evie, ni se te ocurra rajarte ahora. Ve a por tu Hugh Grant.

Maria: ¡Ánimo, Evie! Inspira hondo y prueba otra vez. ¡Confiamos en ti!

Jeremy: ¡Hazlo por el amor! Y si no, ¡hazlo por nosotros!

Mis amigos eran, en general, personas cuerdas e inteligentes, y me tranquilizó recordar que hasta ellos me habían animado a que lo hiciera.

Además, tenían razón: podía hacerlo. O más bien debía hacerlo.

Ya lo había retrasado bastante. Mientras me decidía a volver, el hombre de mi mesa me miró, como extrañado por mi conducta. Procuré que pareciera que había olvidado algo y tenía que ir a por ello. «Pasa a todas horas, no es por nada.»

Esa vez cogí un atajo, pero tuve que hacerme hueco entre la camarilla de madres pijas.

Me impedían el paso dos niños muy peripuestos, con unos ojos como platos, una niña rubísima y un niño moreno de pelo liso, los dos con pinta de haber acudido al casting de «niños de pesadilla».

—Perdón, tengo que pasar, ¿os importa...? —Me chorreó zumo por la muñeca y enderecé el vaso enseguida para que no cayera más. «Esto es como si en *Notting Hill*, en vez de tirarle el zumo por encima a Julia Roberts, Hugh Grant se lo hubiera estampado en su propia camisa.»—. Apartad, por favor —supliqué en voz baja. Me sonrieron—. Por favor... —repetí un poco más alto, buscando con disimulo al de los Ramones para asegurarme de que no se había ido.

Una de las madres (rubia, con vaqueros de tiro alto «de mamá» y, ¡cómo no!, deportivas recién estrenadas) interrumpió un momento la conversación con su amiga de la coleta resplandeciente para dirigirse a mí.

—¿Algún problema?

Me puse como un tomate.

—¡Ningún problema! Perdona, es que tengo que pasar.

Los que estaban sentados a las mesas contiguas empezaron a mirar.

La de la coleta meneó la cabeza.

—Nuestros hijos toman sus propias decisiones. Vendetta, Justice, ¿qué queréis hacer?

«¡Madre de Dios!»

Los críos me miraron y se cogieron de la mano.

Lo malo de ser pelirroja, blanquita y con pecas es que el cuerpo te traiciona a la menor provocación. Supe sin mirarme siquiera que tenía el cuello y el escote cubiertos de ronchones.

—¡Pareces una zanahoria! ¡Mira, mamá, es una zanahoria! —exclamó la niña (¿Justice?).

El niño torció el gesto y lloriqueó.

—¿Tiene un sarpullido? —dijo—. ¿Nos va a contagiar?

—Muy bien esa palabra, Detty. ¡No, la señora sólo está un poco avergonzada!

—Me da miedo —dijo Justice.

De pronto me miraban las cinco madres, así que forcé una sonrisa, lamentando no tener el valor de decirles que estaban educando a sus hijos para que traumatizaran a sus compañeros de adolescencia.

En cambio, con la cara y el escote aún encendidos, viré para bordear la mesa. Las madres me vieron pasar con dificultad, mientras Justice, Vendetta y Los Niños del Café (que supongo que se llamarían Regret, Huge Mistake y Chaos) se echaban a reír como bobos.

Tenía de nuevo al de los Ramones en mi campo visual. Esa vez estaba decidida a hacerlo. Iría directa a él, mirando el móvil, como distraída, y tropezaría «sin querer». Luego tendríamos una historia muy romántica que contar sobre cómo nos conocimos. Un «encuentro de película».

Lo malo de no ver por dónde vas, claro, es que es casi inevitable chocar con alguien. Y no siempre eliges con quién.

Los siguientes cinco segundos pasaron con insufrible lentitud.

¡Cinco! Sin dejar de mirar el móvil, levanté el vaso y apreté el paso.

¡Cuatro! En el ultimísimo momento, alcé la vista.

¡Tres! Le sonreí con timidez; me miró horrorizado.

¡Dos! Porque acababa de llegar su minúscula abuelita, a la que estrechaba protector contra su pecho.

¡Uno! Me estampé contra él, estrujándola entre los dos mientras el zumo de naranja abandonaba el vaso.

De pronto volví a verlo todo clarísimo. Me aparté acelerada y me alivió comprobar que no los había manchado. Su tierna abuelita estaba a salvo.

—Lo siento muchísimo, ¿están bien los dos?

—No será por ti, torpona —espetó la abuelita.

El de los Ramones me miró furioso. Suspiré. Me dio la impresión de que lo nuestro no iba a funcionar.

Estaba a punto de ofrecerme a compensarlos, pero, por desgracia, lo que sube termina cayendo, y los súbitos alaridos me indicaron exactamente dónde.

—¡Justice! ¿Te encuentras bien? ¡Contesta a mamá!

«Ay, no.»

Me volví, con el vaso vacío aún en la mano.

El pelo rubísimo de la pequeña Justice era de repente de un naranja intenso y su madre le limpiaba histérica los mechones empapados y la carita afilada, que chorreaba zumo. Detty miraba sonriente a su amiga llorosa.

—Lo siento muchís... —quise decir.

—¿Está bien?! —gritó la madre de Detty a una distancia prudencial.

—No, no está bien. Por el amor de Dios, Janet, pásame una toallita.

Entonces, a la madre de Justice le dio un pronto y, limpiándose los dedos pringados de zumo con la toallita, se volvió hacia donde estaba yo, estrujando el vaso con ambas manos.

—¿Qué lleva esto, si se puede saber? —preguntó.

—Naranja, nada más —contesté con un hilo de voz. Se relajó un poco—. Y huevo.

Soltó un grito y empezó a limpiar a su hija con mayor vehemencia aún, haciendo que se meciera su melenita rubia.

—Madre mía, Suze, ¿es vegana? —le dijo otra de las madres.

Me quedé allí sin saber qué hacer, deseando que me tragara la tierra. Toda yo estaba colorada como un tomate.

—¿Qué puedo hacer? Espere, que voy a por unas servilletas.

Volví enseguida a mi mesa, algo histérica. El padre y la niña seguían leyendo con la cabeza gacha; por lo visto, eran las únicas dos personas de todo el local ajenas a lo que estaba ocurriendo. Sus servilletas estaban en el borde de la mesa que yo tenía más cerca. Solté el vaso y las cogí. Al hacerlo, la niña levantó la vista... y me guiñó un ojo. Yo estaba demasiado agobiada para devolverle el guiño.

Suze me arrebató las servilletas sin mediar palabra y se las puso a su hija delante de la boca.

—¡Sácala! —Justice sacó la lengua rosada, y juraría que me dedicó el gesto. Su madre empezó a limpiársela, enfatizando sus palabras con cada gesto—. Es. Alérgica. Al. Huevo. Como lo ingiera, por poco que sea, se... —En cuanto dijo eso, la niña se puso pálida y empezó a hipar—. Justice, dile a mamá que no te lo has tragado.

La pequeña eructó una vez. Dos.

No me lo podía creer. Contuve la respiración y pensé en serio salir corriendo del café y dejarme allí el portátil y el bolso.

—Mami, ¿esa señora es contagiosa? —preguntó el monísimo Detty.

Me pareció que Justice iba a toser, pero... no fue eso.

Algo que sólo podría describir como un chorro radiante de vómito salió disparado de su boca con tal fuerza que, cuando acertó a Detty en la cara, éste cayó de espaldas medio metro.

El café entero se paralizó y se hizo un silencio absoluto, salvo por el sonido ensordecedor de la vomitona de Justice.

Aunque fue horrible, verdadera e indiscutiblemente horrible, y me sentí fatal cuando el proyectil de vómito de la pequeña volvió a hacer blanco en la cara levantada de Detty, una parte minúscula e imperdonable de mí pensó: «Y por eso se llama Justice».

Salí del baño, donde me había estado escondiendo, sólo cuando las madres y los niños se fueron por fin, absolutamente indignados y bajo la promesa de no volver más. Xan rechazó mi ofrecimiento de ayudarlo a limpiar; por lo visto, aquellas madres llevaban semanas volviéndolos locos, a él y al resto del personal, con su campaña contra los baños unisex. Hasta me había preparado un café, que me esperaba en mi mesa. Le dirigí una seña de agradecimiento.

El padre y su niña seguían allí; confiaba en que se hubieran ido, para no tener que enfrentarme a nadie. Lo más sensato que podía hacer era beberme rápido el café, recoger mis cosas y no volver más.

De nuevo en mi sitio, parapetada detrás del portátil, me aventuré a echar un ojo por el local. Estaba otra vez más o menos tranquilo.

Casi parecía que no hubiera pasado nada.

Sólo que yo recordaría el incidente cada vez que cerrara los ojos durante los próximos diez años.

Jeremy: Bueno, ¿qué? ¿Cómo ha ido? ¿Te has ligado a Hugh Grant?

Sarah: Ay, Evie, dime que al final no lo has hecho, tía rara.

Maria: Si necesitas hablar, estoy por aquí.

Era demasiado pronto para revivir el trauma.

Cogí el café y encaré la pantalla en blanco. Ya sólo me quedaba escribir con todo lujo de detalles lo que acababa de ocurrir, porque, a fin de cuentas, para eso lo había hecho.

Cuando empecé a teclear, tuve la extraña sensación de que alguien me miraba.

La niña. Parecía esperar que dijera algo. Me eché la melena por detrás del hombro y me incliné sobre el portátil, confiando en que se cansara. Se acercó más.

—Bueno... —dijo impaciente—. ¿Qué tal lo hemos hecho?

—¿Cómo dices? —pregunté desconcertada.

—Anette... —le advirtió distraído el hombre, tirando de ella con suavidad—. Deja en paz a la señorita. —«¿La señorita?!» Lo dijo de una forma que me produjo escalofríos, como si él fuera el único adulto de la mesa.

Ella se apartó y él hizo unos gestos rápidos con las manos, lengua de signos, advertí de pronto al verle los audífonos. La niña lo ignoró.

—Hemos hecho como que no habíamos visto nada —dijo la pequeña. Y añadió, supuestamente para aclararlo—: Con lo del vómito. —Su padre parecía absorto en la sección de viajes—. Ha sido todo idea suya —prosiguió—. Me ha dicho que bastante vergüenza estabas pasando ya. —El hombre volvió la página del diario—. Entonces ¿qué?, ¿lo hemos hecho bien?

Tardé un poco en contestar. Sabía que debería haber estado muerta de vergüenza, sobre todo porque era obvio que el padre de la niña me creía imbécil, pero la sinceridad de la pequeña me pareció conmovedora.

—Muy bien —le aseguré—. Gracias. —Sonrió de oreja a oreja; su padre, en cambio, siguió enfrascado en el periódico. Imaginé que compadecía a las familias a las que yo acababa de traumatizar—. Pero, por mal que lo haya pasado yo, ellos lo han pasado peor, esos pobres niños y sus madres...

Negó enseguida con la cabeza, golpeándose las gafas con los extremos de las coletas.

—Los odiamos a muerte, tal cual. Llevamos semanas pensando en un modo de conseguir que no vuelvan.

—Seguro que éste no se os había ocurrido —contesté socarrona.

Sonrió.

—Me llamo Anette —dijo—. Éste es mi padre —añadió dándole un codazo.

Pasó un segundo y él me tendió la mano.

—Ben —se presentó muy seco.

—Evie —respondí, dedicándole mi mejor sonrisa de «soy completamente normal». Engulló mi mano con la suya un instante, luego siguió con el periódico.

Anette se inclinó hacia delante, escudriñándome como si fuera lo más interesante de todo el local.

—Eres lo mejor que ha pasado aquí en muchísimo tiempo —sentenció.

—Ay, qué maja —le dije, considerándolo un cumplido. Me daba que su padre no estaba de acuerdo—. Pero lo de hoy ha sido del todo excepcional, te lo prometo. Yo no hago esas cosas.

No sé por qué, aquello despertó la atención de Ben, que me miró risueño con sus ojos pardos caídos.

—¿En serio? —repuso—. Pues es la segunda vez que te vemos tirarle la bebida por encima a alguien en este local.

Dos semanas antes

1

Código rojo

Interior de un bar en un sótano del Soho,
viernes 16 de noviembre a las 22.00.

Evie se encuentra en medio de una multitud de veinteañeros bien vestidos, con una «copa» (de plástico duro) de vino blanco de la casa en la mano, asintiendo cuando corresponde a la conversación que tiene lugar a su alrededor. Mira el móvil, demasiado achispada para resultar tan discreta como ella cree que lo está siendo.

Sarah: Os mando por correo la presentación para vuestra sesión de planificación del fin de semana. ¡Estad al tanto!

Maria: No nos importa planificar tu despedida de soltera por nuestra cuenta.

Jeremy: Lo que no significa que no nos importe planificar tu despedida de soltera.

Sarah: Pero así os ASEGURÁIS de que me encanta. Ya que hablamos de la boda, ¿qué pasa con lo de tu acompañante, Evie?

Volví a guardarme el móvil en el bolso. Sarah llevaba preguntándome por «lo de mi acompañante» desde que se había prometido. Como si yo tuviese una enfermedad grave de la que prefiriera no hablar.

Cuando devolví la atención a las dos jóvenes modernísimas que estaban conmigo en la barra, reparé en un par de cosas: 1) en su piel de bebé, hermosa, inmaculada y ajena a la preocupación, y 2) en que yo estaba mucho más achispada de lo que pensaba, a pesar de haberme atenido a mi regla estricta de sólo tres copas.

Era lo malo de las salidas de asistentes. Una vez al mes, todos los asistentes de agencias de talentos para cine y televisión se reunían en un bar distinto pero parecidísimo del centro de Londres para «socializar» (o sea, cotillear). En esos eventos nunca había comida, pero siempre abundaba un tipo de vino blanco muy concreto (el más barato). No pude más que suponer que todos los presentes eran demasiado jóvenes para haber sufrido una resaca de adulto y, en

consecuencia, no tenían ni la menor idea, angelitos, de lo que era despertarse con la sensación de que todos y cada uno de tus veintinueve años te habían atizado en la cara.

Yo, en cambio, tenía un sándwich de huevo en la bandolera de trabajo y estaba deseando comérmelo, pero aún no había encontrado el momento. Aunque mi lado práctico me decía que debía llevarme algo al estómago, también entendía que seguramente la gente normal no va a socializar con el sándwich hecho de casa.

Una de las chicas, Jodi, se apartó la cortina de pelo rubio de la cara y me dedicó una sonrisita que me hizo sentir como si la pipiola fuese yo. Tuve la sensación de que acababa de preguntarme algo. Era asistente en una de las agencias de talentos más grandes del sector, y una de esas personas que reúnen cotilleos como si fueran monedas.

—Perdona, ¿cómo dices? —pregunté apretando con fuerza la copa de plástico. No hacía mucho, yo iba acompañada a esos eventos.

—Ando paseando a la joven Geraldine, aquí presente, para que conozca a la gente molona —dijo Jodi. Tenía uno de esos acentos arrastrados de Londres que me hacían sentir más del norte con cada sílaba.

Me volví hacia la adolescente de gafas redondas. Llevaba casi toda la melena recogida en un moño medio deshecho y el resto le caía en una maraña de ondulaciones que parecían decir «mirad lo poco que me importa mi aspecto». Por debajo del pantalón de peto asomaba una camiseta blanca con GRETA GERWIG escrito en grandes letras negras. Quise una de inmediato, aunque yo nunca molaría lo suficiente para conseguirla.

—¿De quién eres becaria? —pregunté.

Se hizo un breve silencio.

—Evie, no te enteras. —Jodi rio—. Es asistente.

—¡Pero si es una cría! —se me escapó, y cerré de golpe la boca como si así pudiera retirar mis palabras.

Geraldine soltó una carcajada y se llevó una mano al pecho.

—¡Gracias! Llevo ya muchísimos años de asistente —dijo, y añadió en voz más baja—: En realidad, ¡tengo veintitrés! Me preocupaba parecer demasiado mayor.

—No aparentas más de veintiuno —fue la respuesta automática de Jodi.

A mí me dieron ganas de agarrar a Geraldine por los hombros y decirle que, más que joven, parecía recién hecha. En su lugar, bebí otro sorbito de vino.

—Geraldine está en Geoffrey and Turner —prosiguió Jodi, dándole una importancia que yo ignoré de forma intencionada.

Geoffrey and Turner era una agencia pequeña pero respetada de guionistas de cine y televisión. Hacía años había sido rival directo de William Jonathan Montgomery & Sons, pero últimamente se había convertido en la favorita de los guionistas que buscaban prestigio, y la nuestra... Bueno, algún día nos recuperaríamos.

—Ritchie, uno de los nuevos compañeros de Geraldine, es un viejo amigo tuyo, ¿no, Evie? —

me provocó Jodi.

No se le escapaba una. Desde que sabía que yo lo había conocido cuando sólo era Ricky, no perdía ocasión de indagar. Mi ex era lo que en el sector se conocía como «unicornio», o sea, un hombre soltero, lo que sin duda lo ponía en el radar de cotilleo de Jodi. Podría haberle contado que Ricky era uno de esos tíos que te hacían sentir la persona más afortunada del mundo. Hasta que dejabas de interesarle. Me limité a sonreír, sin satisfacer su curiosidad, como de costumbre.

—Ritchie es increíble —exclamó Geraldine entusiasmada—. Cualquiera día de éstos lo harán agente. Lleva «ascenso meteórico» escrito en la cara.

—Bueno, no iba a ser asistente por toda la eternidad —repuso Jodi, y añadió agarrándome el brazo—: Tranquila, tú también lo conseguirás. Sólo que tu situación es peculiar.

No se equivocaba, pero no fue eso lo que me sentó mal. «No lo irán a ascender ya, ¿no?» Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Dónde trabajas tú? —me preguntó Geraldine.

Suspiré. Iba a enterarse tarde o temprano.

—En William Jonathan Montgomery & Sons —contesté.

Geraldine me miró con los ojos muy abiertos.

—Ah, tú eres esa Evie...

Cuando eras la asistente con más solera del sector, se corría la voz.

Fue un alivio que les apeteciera otra copa y fueran a buscarla. Saqué de nuevo el móvil y deseé que fuera ya el viernes siguiente para que mis amigos estuvieran por fin en Londres conmigo. A veces los kilómetros que nos separaban se me hacían infinitos.

Evie: SOCORRO, ESTOY RODEADA SE CRÍOS.

María: ¿Dónde andas?

Evie: De copas con los asistentes.

Evie: **DE* críos.

Jeremy: ¿Está Dicky?

Evie: No. Ahora ya sólo socializa con agentes.

Sarah: Mejor. ES BUENO PARA TU CARRERA, EVIE.

Jeremy: Baja la voz, Sarah.

María: Eres agente en todo menos de nombre, Evie. Ya has hecho acto de presencia. ¿Por qué no te vas a casa? Cuídate.

Guardé el móvil sin responderle a María. Por mucho que me costara a veces asistir a aquellos eventos, tenía que hacerlo si quería albergar alguna esperanza de llegar a ser algo más que asistente. Allí estábamos todos igual: desesperados por decir lo correcto, hablar con la persona correcta, hacer esos contactos importantísimos. Me pasó lo mismo nada más mudarme a Londres, pero no sólo con las agencias.

«Si papá pudiera verme ahora...»

Se sentiría orgulloso, seguro, aunque le sorprendería encontrarme a ese lado del negocio: representando a otros guionistas y no al revés. Se preguntaría qué había sido de la niña que con doce años ya anunciaba que sería la próxima Nora Ephron o Dorothy Taylor, que se comportaba como si escribir fuera tan esencial para ella como comer o respirar. Claro que nunca sabría lo que me había dicho el primer agente al que le había enseñado mi trabajo.

«No tienes lo que hay que tener.»

Noté un pequeño escalofrío. En general, no pensaba mucho en mi época de guionista, pero esa noche me estaba costando no hacerlo. «Siete años como asistente. Feliz aniversario, Evie.» Aun así, procuraba sentirme afortunada. Como yo no había podido hacer realidad mi sueño, hacía realidad el de otros guionistas. Todo mi esfuerzo habría merecido la pena cuando me hicieran agente. Monty siempre me decía que aún no estaba preparada para el puesto. Sólo debía encontrar un modo de hacerle ver de qué pasta estaba hecha.

Me hice un hueco en la barra al lado de Jodi para soltar mi copa vacía, justo a tiempo para oír lo que decía Geraldine:

—Yo creo que no aguantaría tanto tiempo en el mismo puesto. —Me vio allí plantada—. Sin ánimo de ofender —se apresuró a añadir.

—No es culpa de Evie —señaló Jodi—. Su jefe, Monty, es de risa.

Me fastidió el comentario. Monty era parte de lo que en el gremio se conocía como «la vieja guardia». Uno de los últimos bastiones de los tiempos en que los tratos se cerraban en los bares de los clubes privados. Aún podía camelarse a un productor cuando hacía falta, pero el mundo había avanzado. La oleada de jóvenes entusiastas recién llegados al sector venía cargada de un conocimiento innato de la «negociación», una palabra que a Monty le producía urticaria.

—Es brillante en lo suyo —dije, consciente de que defendía tanto mi propia experiencia como la suya.

—Todos sabemos por qué sigues ahí: por el aliciente laboral. —Jodi pronunció «laboral» de una forma peculiar, y la brecha generacional que había entre nosotras se convirtió en un abismo—. Por cierto guionista oscarizado del que Monty debe de saber algo muy chungo para haber podido retenerlo tanto tiempo.

En principio, Jodi estaba al corriente de los trapos sucios de todos los guionistas, pero había cosas del cliente estrella de Monty que ni siquiera ella sabía.

A Geraldine le brillaron los ojos.

—No estarás hablando de Ezra Chester, ¿verdad? Ay, madre mía, ¿cómo es? ¿Está tan bueno como parece en Instagram? Me encanta que esté saliendo con Monica Reed. Ella es como diez años mayor que él y parece que no le importa en absoluto. ¿Qué tal va su pelicolón? ¿No ha donado la mitad de sus honorarios a una ONG? ¡Cuéntamelo todo!

Ezra se había convertido de golpe en un niño bonito del sector después de ganar un Oscar al mejor guion hacía tres años, pero no había adquirido el estatus de celebridad hasta que había

empezado a salir con la reina de Hollywood, Monica Reed. Como había aparecido en varias revistas del corazón y en diversas listas de favoritos, su cuenta de Instagram tenía de pronto más de trescientos mil seguidores. Su físico era más de estar delante de las cámaras que detrás de ellas, y eso ayudaba.

—No puedo contar mucho de la película, la verdad —dije sonriendo para suavizar mis palabras.

—Me parto contigo, Evie —espetó Jodi, y de repente me sentí como en el instituto: blanco de las burlas de las chicas molonas por levantar la mano en clase—. Somos amigas. Al menos podrías decirnos si los rumores son verdad. ¿Es cierto que el gran Ezra Chester sufre una crisis de inspiración?

—En absoluto —contesté, procurando ignorar la tirantez que la palabra *amigas* me había producido en el pecho.

Nos habíamos visto una vez al mes durante el último año o así, desde que Jodi había empezado a ser asistente. ¿Se podía considerar amistad? En parte confiaba en que sí, porque al mudarme a Londres había descubierto que hacer amigos fuera del trabajo era casi imposible. Y, sin embargo, la única vez que habíamos ido juntas a tomar una copa, yo había bajado la guardia y le había contado algo personal, y al día siguiente una asistente a la que no conocía me había mandado un correo electrónico para recomendarme a su psicólogo. No habíamos vuelto a quedar.

—Seguro que su labor benéfica le roba tiempo para escribir —comentó Geraldine compasiva—. Acaba de pasar un mes entero en Sudamérica para conocer a todos los niños a los que tiene apadrinados. No sé cómo lo hace.

—Nosotros tampoco —dije yo en tono neutro, pensando en las fotos artísticas de los viñedos que también había tenido tiempo de visitar.

—Cuéntanos algo de Ezra que no sepamos, Evie —me pidió Jodi abriendo mucho los ojos como si a las dos nos repateara Geraldine, como si conspiráramos juntas.

—Bueno... —contesté, todavía algo mareada de beber tanto alcohol barato con el estómago vacío—. Lo cierto es que Ezra... —Vi que Jodi contenía la respiración. Me vibró el móvil.

Callé un momento, de pronto consciente de lo fácil que habría sido contárselo; no habría tenido más que explicarles por qué mis amigos de siempre lo llamaban ESNOB, y arruinaría su reputación y la de la agencia de un solo golpe maestro.

Las dejé pasmadas cuando metí la mano en la bandolera y saqué el sándwich para buscar el móvil. «¡Bueno, qué demonios!» Abrí el paquete y le di un bocado.

Jodi carraspeó, muerta de vergüenza.

—¿Y bien? Vamos, Evie, cuéntanos.

—Vale. —Me ablandé. Se acercaron un poco—. Lo cierto... —dije, e hice una pausa para despacharme rápidamente el sándwich— es que su próximo proyecto os va a alucinar a todos.

Un instante. Me miraron sin dar crédito.

—Ya —respondió Jodi sin entusiasmo, y esa vez fui yo la que se quedó al margen de sus

miradas cómplices.

Eso es lo bueno de ser asistente durante siete años: que al final lo bordas.

Puede que Ezra fuera un ESNOB, pero nadie de allí iba a saber nunca por qué.

Guardé el envoltorio vacío en la bandolera y saqué el móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Monty. Conociéndolo, podía ser cualquier cosa, desde un problema gordo con algún cliente hasta que necesitara que le llevase un traje a la tintorería.

Por una vez me alegré de que me diera tanto que hacer.

—Perdonadme, pero tengo que irme pitando. Me necesitan en la oficina.

Geraldine miró la hora en su reloj Baby G sumergible.

—¡Si son más de las diez! —exclamó espantada—. ¡Y es viernes!

—Bienvenida al mundo de las agencias —le dije con la más tierna de mis sonrisas.

—Me han tendido una emboscada. —Monty me hablaba en susurros, pero su voz retumbaba de una forma extraña—. ¿Les has dicho dónde estaba esta noche?

—¿A quiénes? —pregunté mientras esquivaba las multitudes del viernes noche en Dean Street.

—A Sam y a Max. Los tengo aquí.

Sam y Max eran los productores del nuevo guion de Ezra. Lo hacían todo como si fueran una sola persona, como una Hidra a la que alguien hubiera intentado matar consiguiendo sólo partirla en dos trozos que seguían viviendo con normalidad. Jamás había conocido a dos personas tan educadísimas. Me parecía improbable que hubieran abordado a Monty sin previo aviso.

—¿Estás en The Ash?

—¡Ajá! —susurró furioso—. O sea, que sí les has dicho que estaba aquí.

Me mordí la lengua. Monty estaba siempre en ese club privado, prácticamente se había mudado allí. Pasaba más tiempo en The Ash que en casa, y cualquiera que lo conociese un poco nunca lo buscaba en el despacho.

—¿Y se han plantado los dos allí?

—Sí, ni siquiera han llamado para avisar. —Un ruido ahogó sus siguientes palabras. ¿Una cisterna?—. Tienes que venir enseguida. Código rojo, Evelyn, ¡rojo!

Monty había ideado un sistema de códigos para poder indicarme con qué urgencia requería mi presencia cuando estaba con clientes, de forma que nadie supiera que solicitaba mi ayuda. El ámbar era «estate atenta». El verde era para las urgencias menores, como que había que pedir un taxi o cosas así. La gravedad de un código rojo era impredecible. La última vez había sido porque un cliente se había atragantado con una albóndiga y Monty estaba tan borracho que no se acordaba de que yo ya me había ido a casa a pasar el fin de semana y no podía hacerle la maniobra de Heimlich desde Sheffield. A pesar de eso, el cliente había sobrevivido.

—Necesito que me saques de aquí. —También había que tener presente lo exagerado que era. Trabajábamos con guionistas, no con espías—. ¡Mierda! —dijo.

Durante unos segundos, sólo oí de fondo voces de mujer.

—¿Monty? ¿Va todo bien?

—Espera —me susurró. Las voces se desvanecieron—. ¡Ven a sacarme de aquí!

—Voy para allá. ¿En qué sala estás?

El club estaba en Mayfair y tenía siete plantas, con piscina y balneario en la azotea.

Monty farfulló algo sobre un «caño de horas».

—Perdona, no te he entendido eso último.

—Digo QUE ESTOY EN EL BAÑO DE SEÑORAS.

—Pues sal de ahí, ¿no? —le propuse con toda naturalidad.

—Me encantaría, pero es que me he quedado ENCERRADO, Evelyn. ¡Encerrado, joder!

Camino del metro, me alegré muchísimo de haberme comido el sándwich de huevo. Me daba la impresión de que iba a tener que estar despejada.

Encerrado

Interior del bar de la tercera planta, club privado The Ash, viernes 16 de noviembre a las 23.02.

El bar está decorado con colores luminosos y llamativos. En el techo hay varias latas de película gigantes con parte del rollo colgando. Entre la barra y el restaurante del fondo hay una cortina púrpura con borlas de color verde lima. Junto a la cortina hay un camarero rubio que viste un uniforme de acomodador impecable. De un resoplido, se aparta de la cara una tira de película y parece que escucha.

—Por favor, tengo que cruzar el restaurante sin que me vean.

El camarero rubio juntó las manos con una sonrisa tibia y ensayada, como si estuviera versado en el manejo de las excentricidades de la clientela de The Ash.

—Señorita Summers, entiendo que es usted la asistente de Monty, pero esto es muy poco ortodoxo. No conviene molestar a los demás socios.

Monty era uno de los miembros fundadores del club, de ahí que lo llamaran por su nombre de pila, con lo que los empleados sabían quién era yo y me dejaban entrar aunque él no pagase una cuota de socio adicional. No siendo socia, mis derechos eran limitados. Procuré parecer digna de ayuda.

No obstante, teniendo en cuenta que en esos momentos estaba envuelta en una cortina, la cosa era complicada.

Desde mi posición estratégica, vi a Sam y a Max sentados a una mesa, a ambos lados de una silla vacía, y supuse que era donde estaba Monty antes de verlos entrar en la sala y esconderse en el baño más cercano.

Si los productores me veían, darían por sentado que Monty estaba en el club. Debía encontrar el modo de pasar por delante de ellos y ayudar a mi jefe a escapar sin que se dieran cuenta.

—Puede sentarse a la barra mientras espera a Monty.

Me envolví aún más en el tejido, intentando desesperadamente decidir qué hacer. Los productores sólo podían haber venido por una cosa. Hacía dieciocho meses, Ezra Chester había firmado un contrato con la prometedora productora de Sam y Max, Intrepid Productions, por el que se comprometía a escribir el guion de su próxima película, una comedia romántica. Querían

encargar el proyecto al nuevo talento más cotizado del gremio, es decir, al oscarizado Ezra. Y que aquella comedia romántica fuera la primera secuela del bombazo de Ezra, la lacrimógena *Un corazón hecho trizas*, lo convertía en el candidato perfecto.

Cuando pasó la fecha de entrega inicial sin rastro del guion, los productores fueron muy comprensivos, sobre todo porque Monty les contó que la abuela de Ezra acababa de fallecer. Pero luego Ezra incumplió el siguiente plazo, y también el otro..., y los productores se pusieron firmes.

Desde entonces, Sam y Max habían estado persiguiendo el guion con un entusiasmo rayano en la agresividad. Viéndolos ahora, vestidos con idénticos trajes de chaqueta azul, con sus rostros agradables pero sosos llenos de preocupación, me pregunté por qué estaban tan empeñados en ver a Monty que habían incumplido su norma principal (nada de visitas sorpresa). ¿Era porque lo que Ezra había conseguido escribir era horrible? Muy en el fondo, deseé que fuera así...

Porque había algo que Sam y Max no sabían de su adorado guionista. Lo mismo que yo jamás les contaría a las Jodis y las Geraldines del mundo. La verdad era que Ezra Chester, guionista oscarizado, ídolo caritativo y niño bonito del sector, era un capullo arrogante e insufrible.

Mis amigos habían empezado a llamarlo Engreído SuperNiñato Obsesivo (ESNOB, para abreviar) cuando se había ido furibundo de una reunión porque yo no le había llevado el café como lo quería y se había negado a volver hasta que Monty le había prometido cócteles. La reunión era sobre su ONG para niños desfavorecidos, varios de los cuales estaban en la sala en ese momento. Desde entonces, tenía que andarme con cuidado de no llamarlo ESNOB a su cara fastidiosamente guapa.

Al pensar en él, se me ocurrió una idea.

—Prometo marcharme si le haces un pequeñísimo favor a Monty —dije, porque el camarero no iba a negarle nada a uno de los socios fundadores del club.

Lo vi a la vez aliviado y preocupado.

—No puedo hacer nada que incomode a los otros socios —me advirtió.

—Mira... —procuré no sonar desesperada—, la verdad es que, si la cago con esto, le daré a mi jefe otra razón para no ascenderme. ¡Por favor! —Me acerqué a él todo lo que me permitió la cortina—. ¿Te parezco esa clase de mujer que tiene otras opciones?

Negó con la cabeza (¡insultante!) y yo le dediqué una sonrisa que quería ser tranquilizadora y le expliqué lo que necesitaba que hiciera exactamente.

—¿Se encuentra aquí el señor Montgomery? El señor Chester acaba de llegar y lo está esperando en la zona vip del vestíbulo.

El camarero hablaba con su compañero a escasa distancia de Sam y Max.

—Venga, venga... —rogué.

Los vi erguirse, mirarse, levantarse y dirigirse al unísono a donde yo estaba escondida. Me oculté bien detrás de la cortina y una de las borlas del borde me hizo cosquillas en la nariz.

Sus pasos se perdieron por la escalera y yo conté hasta diez antes de salir corriendo hacia la puerta del lado opuesto de la sala, procurando no sentirme tan fuera de lugar como debería con aquellos pelos y mis Dr. Martens.

La luz del baño de señoras era un tanto mortecina, como pensada para producirte la impresión de que te estabas metiendo en algo turbio, con lo que apenas pude distinguir los azulejos biselados de color rosa, las cantidades ingentes de cromo y esos productos que era muy posible que costaran bastante más de un sueldo.

Sólo había un cubículo ocupado.

—¿Monty? —pregunté con vacilación.

—¿Evelyn? ¿Por qué has tardado tanto? —me dijo con su fuerte acento y una pizca de histeria.

—Ya puedes salir, no hay nadie.

—Claro, ¿cómo no se me había ocurrido antes? —Sacudió la puerta desde dentro—. Ah, sí... ¡porque me he quedado encerrado!

Empujamos los dos un rato desde ambos lados, pero sólo sirvió para confirmar que tenía razón.

—Creo que es la cerradura —dijo Monty.

—Voy a tener que pedir ayuda.

Mi jefe hizo un ruidito gutural.

—¡Seré el hazmerreír de todo el club! ¿No puedes hacer un poco de palanca...? —Calló al oír que se abría la puerta del baño.

Entró deprisa una mujer mayor. Le sonreí y saqué el móvil para mandar un mensaje rápido a JEMS, confiando en que hubiera alguien despierto después de medianoche.

Evie: ¿Alguno de vosotros sabe cómo desatascar la puerta de un baño?

Jeremy era abogado y a menudo trabajaba a horas intempestivas. Maria era editora de una revista culinaria mensual, trabajo que rara vez requería trasnochar, salvo cuando estaba esperando a que subiera alguna masa. Sarah trabajaba en un departamento de recursos humanos y terminaba a las cinco y media de la tarde, en punto, porque nadie se administraba el tiempo como ella. Seguramente dormía ya como un tronco.

Vi que me entraba una respuesta y casi me desmayé de alivio. Hasta que la leí.

Jeremy: 😞 ¿Y por qué está atascada?

Evie: ¿Aún estás trabajando?

Jeremy: Sólo para uno de mis clientes de oficio. Un indigente detenido por pedir limosna a la puerta de un M&S. Menos mal que un agente cumplidor ha impedido semejante delito...

Jeremy: Un momento, ¿te has quedado atrapada en un baño?

Evie: Yo no. Monty.

Jeremy: ...

Evie: No te burles, por favor, que esto es muy serio.

Jeremy: Perdona. Si Sarah estuviera despierta, seguro que tendría alguna solución superútil. ¿Has probado a untar de jabón las bisagras?

Evie: Ahora mismo probaría lo que fuera.

Jeremy: Prueba a dejarlo ahí encerrado.

—¿Me permite?

Al levantar la vista del móvil vi a una mujer sonriente señalando el lavabo donde yo estaba. Entonces la reconocí. Era una *dame*, de más de setenta y tremendamente chic. Cuello y hombros rectísimos, melenita de pelo blanco, ropa holgada, con una bufanda de seda colgada con delicadeza de un hombro. Rebosaba elegancia y buen porte. Parpadeé admirada, luego caí en la cuenta de que la mujer aún esperaba.

Me aparté.

—Disculpe, estoy esperando a alguien.

El sonido inconfundible de un hombre orinando inundó la estancia. La señora dejó de aplicarse el pintalabios un segundo y yo clavé la mirada en la punta de mi trenza. El ruido continuó.

Monty, claro, se había quedado encerrado en el único sitio donde tener que atender sus necesidades fisiológicas no era un problema, y aun así había elegido el peor momento posible para hacerlo.

Y hacerlo bien. Como un campeón. Aquella mujer, que era como de la realeza cinematográfica, tenía que estar oyendo a Monty vaciarse la vejiga a gusto.

Un goteo minúsculo procedente del cubículo resonó por todo el baño. Por fin, ¡por fin!, cesó el ruido. La señora tapó el pintalabios y se dispuso a marcharse, metiéndose el bolso debajo de uno de sus estilosos brazos.

Cuando estaba a punto de salir, se detuvo.

«¡Ay, madre!»

—A veces una tiene que hacer un buen pis —dijo la *dame*.

En cuanto salió, me dejé caer sobre el lavabo y solté una carcajada.

—Yo no le veo la gracia —espetó Monty.

—Perdona, estoy cogiendo jabón para untar las bisagras, pero...

—Sea lo que sea, hazlo rápido. Sé buena.

—Pero ¿será el jabón lo mejor...?

—¡Hazlo ya, Evelyn!

Agarré el frasco de jabón de aspecto carísimo del estante y volví al cubículo. Mientras buscaba las bisagras de la puerta, decidí aprovechar que mi público estaba atento, literalmente.

—Monty —dije—, ¿por qué no quieres quedar con Sam y Max? —Silencio en el cubículo—.

¿Es por las páginas?

Me había dicho que ESNOB iba bien, aunque no me había enseñado lo que llevaba hecho.

—Será mejor que salgas a buscar a alguien...

—Sam y Max están ahí fuera, pero si lo prefieres...

—No, no —contestó enseguida.

—¿Para qué quieren verte, Monty? —le pregunté con delicadeza mientras echaba jabón por las bisagras con la ayuda del dispensador. Una pausa larga. Sacudí la puerta, mascullando—: Esto está atascadísimo. Al final voy a tener que ir a pedir ayuda...

Se oyó un fuerte suspiro en el interior del cubículo. Debió de sentarse en el váter, porque oí crujir la tapa.

—Quieren que Ezra firme una enmienda por la cual se comprometa a entregar el guion terminado dentro de tres meses. No aceptan un borrador, ya lo he probado. Han amenazado con abogados.

Para ser un ultimátum, era una oferta generosa, sobre todo teniendo en cuenta que llevaban un año aguantando evasivas. Monty había asegurado a todo el mundo que ESNOB estaba escribiendo, así que, ¿qué problema había? A lo mejor a ESNOB no le había hecho gracia tener que dejar constancia por escrito. Las ampliaciones de plazo anteriores se habían hecho mediante acuerdo verbal.

—¿Ezra se resiste?

Había una rendija minúscula entre la puerta y el marco a la altura de la cerradura por la que pude ver más o menos el cerrojo. Eché jabón ahí también.

Otro silencio.

—No quería correr el riesgo de ahogar su creatividad mencionándole el nuevo plazo de entrega.

Traducción: Monty se había escaqueado de decirle a ESNOB que ya no podía seguir tomándose lo con calma.

Inspiré hondo.

—¿No sabe que sólo tiene tres meses para terminar el guion?

—Peor que eso, Evelyn —dijo Monty, de pronto irritado—. Como no entregue, tendrá que devolverles el dinero, todo. Si eso pasa, estamos jodidos.

Fruncí el ceño. ¿Tan malo era eso? En los últimos años, yo me había encargado cada vez más de las negociaciones de la agencia. Sabía perfectamente cuánto estábamos ingresando, aunque Monty guardara para sí casi todas las finanzas de la empresa.

—Pensaba que nos iba bien —comenté procurando no sonar frustrada. Si me hubiera hecho agente, podría haberlo ayudado más.

—A estas alturas, deberías estar más al tanto de cómo funciona el negocio, Evelyn. —Contuve mi indignación, porque sabía por experiencia que no ganaría nada reprochándole que me ocultaba información de forma intencionada—. Las agencias grandes nos estrujan más cada día que pasa.

Ya no hay sitio para el pequeño empresario. Ezra es nuestro único as y sin él estamos acabados. Si no entrega a tiempo, vamos los dos directos al paro.

—¿Cómo?!

Apreté demasiado fuerte el frasco de jabón y me quedé con el dispensador en la mano. Se me escurrió el frasco, rebotó en las baldosas oscuras de pizarra y se esparció por todas partes.

—Que si no hay guion, no hay trabajo.

Me quedé allí plantada un instante, digiriendo aquello, mientras me resbalaba el jabón por los dedos. Después de tanto tiempo, la agencia era como mi casa. Sabía que mis amigos, con todo lo que les había contado de Monty en todos aquellos años, pensaban que tenía síndrome de Estocolmo. Sin embargo, para mí, mi trabajo era algo más que lidiar con las excentricidades de mi jefe. Era poder formar la pareja perfecta entre uno de nuestros guionistas y una productora increíble. Eran las horas que había pasado en aquel cuchitril de oficina editando guiones, sin tener ni idea de cómo ayudar a un autor a encontrar su camino. Me encantaba la parte de edición que no era estrictamente competencia nuestra. Era un trabajo muy exigente, pero ya lo había hecho mío. No sabía qué iba a hacer sin él, quién sería sin él. Ese pensamiento me despejó.

—Ezra tiene que firmar la enmienda —dije sin pensarlo.

—¿En serio? —replicó Monty con mucho sarcasmo—. ¿Qué haría yo sin mi avispada asisten...? —Se interrumpió—. ¿Sabes qué? —añadió de pronto airado—, que es una pena. Antes de todo este lío, te iba a proponer una mejora.

¿Qué insinuaba? ¿Estaba pensando en hacerme agente?

Pum, pum, pum.

Di un respingo.

—¿Hola? ¿Señorita Summers? ¿Sigue ahí? —Reconocí la voz del camarero con el que había hablado antes al otro lado de la puerta—. Tengo aquí a dos caballeros que desean ver a Monty. —Tosió—. No sé por qué, estaban convencidos de que lo encontrarían en la zona vip, y el *maitre* no es partidario de las visitas inesperadas. —Me sentí fatal—. Lo siento muchísimo, pero insiste en que nos ayude usted a resolver el... «malentendido», para que puedan marcharse.

—Que no me vean encerrado aquí dentro. ¡Sácame, sácame! —susurró furioso Monty.

—¡Un minuto! —grité—. Monty —dije en voz más baja—, vas a tener que empujar desde dentro cuando te lo diga, ¿vale? Tú confía en mí. —Me re Coloqué.

Pum, pum, pum.

—¡Date prisa, por favor!

—Vale —le dije—. A la de tres. Una, dos...

—¡Señora! Salga ya o tendré que entrar yo.

Pasaron varias cosas muy deprisa.

Primero, a Monty le entró el pánico. En vez de aguardar a que yo dijera «tres», empujó con fuerza desde dentro. Como no lo esperaba, perdí mi asidero en el pomo de la puerta y tuve que agarrarme como pude al cubículo de al lado. Muy oportunamente, el camarero rubio irrumpió en

el baño, flanqueado por Sam y Max. Y, claro, fue justo entonces cuando se abrió de golpe la puerta del cubículo y Monty salió disparado como una bala, patinando por el suelo embadurnado de jabón, tropezó e hizo un aterrizaje forzoso a los pies del camarero. Por suerte, se levantó rapidísimo. Sudaba como un pollo, pero se estiró el chaleco, se repeinó y se esforzó por disimular que acababa de salir de un cubículo del baño de señoras a cincuenta kilómetros por hora. Casi lo consiguió.

—Sam, Max, ¡qué sorpresa! Estaba echando una mano a mi asistente..., que tenía «problemas de baño» —añadió en voz baja, señalando hacia donde estaba yo.

Me sonrojé tanto que hacía juego con los azulejos.

—Me alegro de pillarte —dijo Sam (creo), menos desconcertado tan pronto como su optimismo natural se hizo con la situación—. Casi literalmente, ¿eh? Ja, ja. Queríamos hablar de la enmienda, porque nos dijiste que estaría firmada para hoy.

«¿Para hoy?» ¿Cuánto tiempo llevaban negociando aquello?

—Mi asistente está en ello —contestó Monty, haciendo un gesto con la mano como quitándole importancia—. Van a reunirse el lunes a primera hora. Ezra está deseando pasarnos el guion.

Lo miré sorprendida. «¿En serio?, ¿estoy en ello?» Tenía que ser un error. ESNOB no me haría ni caso. Para él yo sólo tenía dos cometidos: 1) concertarle las citas, y 2) obligarlo a asistir. En cuanto conseguía eso último, mi trabajo había terminado y entraba en acción Monty, a quien le tocaban las comidas caras y las sesiones de copas durante las que aprovechaba para sacar a colación cosas aburridas como cuándo estaría listo el guion que le habían pagado por escribir.

La sonrisa de Monty fue de lo más reconfortante. Para los productores, no para mí.

—Ya he conseguido que acceda a firmar, así que tranquila, que es sólo cuestión de papeleo —me dijo a mí, comportándose como la viva imagen del agente sabio y benevolente aplacando a una subordinada nerviosa. Parte de mi trabajo consistía en disimular cuando mi jefe soltaba una mentira descarada—. Tú no tienes más que pasarle el bolígrafo. Te vendrá bien para cuando des el salto —añadió con un destello de sus ojos azul claro.

—¿«El salto»? —repetí. Monty asintió con un gesto casi imperceptible—. Por supuesto —dije sin alterarme mientras se me aceleraba el corazón. Lo de antes iba en serio. Pensaba ascenderme de verdad. Si la agencia sobrevivía.

—Bueno, ¿algo más? —preguntó Monty, tirándose de los puños de la camisa y dedicándoles la sonrisa de la casa como si todo estuviera arreglado.

—Sólo una cosa más. —Sam y Max lo miraron de arriba abajo—. ¿Qué es eso que llevas por todas partes?

La sonrisa de Monty se esfumó al verse la pechera.

—Eso es aceite corporal, señor —contestó el camarero, recogiendo del suelo el frasco vacío que Monty estaba aplastando con el pie.

Se hizo el silencio.

A la luz que se filtraba del restaurante pude ver un reguero resplandeciente que iba desde la

puerta del cubículo hasta donde estaba Monty, empapado en aceite. Ay, no, había cogido el frasco equivocado. «¿Qué pinta un frasco de aceite corporal en el baño de un club privado...? Uf.» Me estremecí. A juzgar por su cara de desagrado mal disimulada, Sam y Max se me habían adelantado en las suposiciones.

—¿Sabes qué? —dijo uno de ellos—. Que igual éste no es el mejor momento.

Al oír eso, Monty se recuperó.

—Entonces a lo mejor la próxima vez se os ocurre llamar antes —espetó con toda la dignidad de que fue capaz.

Exterior de una bonita avenida punteada de árboles, South Kensington, lunes 19 de noviembre a las 8.55.

Con dos cafés para llevar en una bandejita de cartón, Evie pasa por delante de un resplandeciente deportivo rojo medio aparcado en la acera. Sube los peldaños de piedra que conducen a una gran puerta verde y se vuelve para mirar el coche con los ojos en blanco. Indignada, se yergue, pone cara de determinación y se dispone a llamar con los nudillos.

La puerta se abrió de pronto y me quedé con la mano en el aire y los cafés tambaleándose por el súbito movimiento. Conseguí equilibrarlos y, aunque esperaba ver a ESNOB, salió de la casa una rubia fresa que estuvo a punto de tirarme. Incluso sin conocerla, me resultó extrañamente familiar, hasta que de pronto la recordé. Era Monica Reed, la estrella de Hollywood nacida en Yorkshire. Se me cortó la respiración. Había estado saliendo con ESNOB de forma intermitente durante los últimos años, aunque sabe Dios qué veía en él. ESNOB era un niño y ella era la mujer que había irrumpido en Hollywood exigiendo paridad salarial y diversidad de papeles para las mujeres de más de treinta y cinco. No iba a negar que la admiraba un poco.

En todos aquellos años había visto ir y venir a las distintas parejas de ESNOB. Lo suyo eran las rubias de veintipocos. Monica era distinta. Regia, escultural..., mayor que él. La ropa de yoga resaltaba su increíble figura y su melena ondulada por los hombros resplandecía con un rubio rosado a la luz de aquella mañana invernal. Me pilló mirándola fijamente y me ruboricé.

Se oyó por el pasillo el final de una disculpa con acento californiano. Era una de esas voces que suenan muy viajadas, la de alguien con más mundo del que uno pueda imaginar y que se ha hecho fotos con tigres sedados para demostrarlo. El equivalente en voz a un perfil de Tinder.

—Mon, nena, que no te estoy dando calabazas otra vez, te lo prometo. No hay nadie más. Tengo una reunión que no puedo cancelar. Y lo he intentado, créeme.

ESNOB llamaba «nena» a Monica Reed, claro. La actriz estaba a punto de ganar su segundo Oscar por su nueva película, *El timo*, un largometraje de época ambientado en un convento en el que las monjas tenían montada una destilería ilegal de ginebra. Decían que había aprendido italiano sólo para ese papel.

Le sonreí a Monica con timidez. Ella me miró de arriba abajo.

—¡Vale, Ez, te creo! ¡Está claro que no es más que trabajo! —le gritó.

Me dolió. A lo mejor hacían mejor pareja de lo que yo pensaba.

—Entonces créeme cuando te digo que la asistente de mi agente es un auténtico grano en el culo —dijo ESNOB desde el pasillo. Andaba rebuscando algo—. Me mandó un correo para avisarme de esta reunión el viernes cuando estábamos en el club. Si ella tuviera vida, yo podría disfrutar de la mía. —El pelo rubio alborotado de ESNOB entró en escena cuando le entregó a Monica unas llaves—. Ah, hola, Stevie —saludó sin preocuparle lo más mínimo que yo lo hubiera oído, supongo que porque eso mismo era lo que me había dicho a mí en su momento.

Para nuestra reunión, había decidido ponerse unos pantalones de pijama y nada más. Me dio un vuelco el corazón al verle el pecho musculoso, los abdominales inferiores bien marcados y ese aspecto increíble de «me acabo de escapar de un catálogo de yates», pero decidí perdonármelo porque, aunque fuera gilipollas, estaba buenísimo.

—*Evie* —lo corregí unos segundos después. Luego, para demostrar que no me quedaba ni una pizca de dignidad, añadí—: Y yo también había salido el viernes. —«Cabronazo.»

ESNOB le pasó un brazo por los hombros a Monica. Dos seres humanos escandalosamente guapos que contribuían con generosidad a la belleza del universo sólo con existir. Allí plantada, con mi vestido años cincuenta, hecho a mano con primor por mi madre, me sentí como una auténtica extraterrestre.

—Lo estás tirando, por cierto —me dijo Monica mientras se recolocaba el asa del Birkin en el hombro.

Bajé la vista. El café se había derramado por la bandeja de cartón y me chorreaba sobre los Dr. Martens.

—Mierda —exclamé. «Muy profesional, *Evie*.»—. Perdón —añadí.

ESNOB parecía divertido.

—Menos mal que son de los que se limpian con un paño —señaló Monica y, dándome la espalda, atrajo a ESNOB hacia sí y le dio un beso que habría escandalizado a la monjita a la que interpretaba en su película. Después, limpiándose los labios, se plantó unas gafas de sol grandes y bajó aprisa los escalones.

—¡Luego te escribo! —le gritó él, y ella levantó una mano para acusar recibo.

Ezra me miró irritado.

—¿Qué quieres?

Mantuve la sonrisa.

—He venido a nuestra reunión.

—¿Y Monty?

Le había dejado muy claro que aquello era cosa mía.

—Sólo vengo yo. Y traigo café. ¿Puedo pasar? Tengo empapado lo de abajo —dije levantando la bandeja.

Dejó mi afirmación suspendida en el aire un instante.

—Bueno, no queremos que se empape lo de abajo —repuso al fin meneando las cejas.

Seguí sonriendo y morí un poco por dentro.

—¿Alguno de éstos es un descafeinado triple con leche de soja? —preguntó señalando el café.

—Por supuesto.

—Entonces pasa.

Se marchó y tuve que seguirlo. «Muy bien, Evie. Reacomodate, que tú puedes.» Mi empleo dependía de ello. Y quizá mi ascenso.

Si lograba que ESNOB firmara y accediera a terminar el guion a tiempo, puede que por fin, ¡por fin!, Monty me hiciera agente. Podría ampliar el ámbito de acción de la agencia para que no hubiera sólo guionistas varones y blancos, e incluir a..., bueno, a quien fuera, pero estaba deseando trabajar con increíbles mujeres guionistas. Nada de poner todos los huevos en la cesta de ESNOB, por así decirlo.

En la elegante cocina negra, procurando evitar los múltiples reflejos de mi rostro en los azulejos, le di su café y tiré la bandeja al cubo de reciclaje.

ESNOB bebió un trago e hizo una mueca.

—Está asqueroso.

—Es tu descafeinado.

Saqué de la mochila la bolsa de magdalenas pringosas y, cuando iba a ofrecerle la suya, me la arrebató antes de que pudiera posarla en el resplandeciente mármol negro de la barra de desayuno.

—¡Eh! —exclamó sosteniendo la magdalena a cierta distancia de su pecho esculpido como si las calorías fueran a contaminarlo. Levantó la tapa del cubo de la basura y la tiró dentro—. En esta casa no se come gluten.

Me tragué el mordisco considerable que acababa de darle a la mía y Ezra me miró con una cara de asco tras la que supuse que se escondía un deseo desesperado de comer carbohidratos.

—Tu casa nueva es preciosa —le dije al silencio.

Se encogió de hombros mirando a su alrededor.

—Me la ha remodelado la misma diseñadora que usa Tom. —Mantuve una expresión neutra. Si hubiera sido otro, le habría preguntado de qué Tom me hablaba. Pero era ESNOB, así que se refería a Tom Cruise—. Es muy intuitiva —comentó distraído mientras miraba por encima de mi hombro izquierdo.

Seguí la dirección de su mirada y de pronto entendí que se estaba contemplando en uno de los azulejos reflectantes.

—Ya lo veo.

Desde que había ganado un Oscar por su primera (y única) película hacía unos años, ESNOB había vivido a caballo entre Los Ángeles y Londres. ¿Habría comprado una casa nueva porque pensaba quedarse en Londres para siempre? A juzgar por las cajas de mudanzas, debía de ser así.

Asqueado, tiró el café por el fregadero.

—Bueno, ¿para qué te ha mandado Monty? —preguntó, recordándome el poco aprecio que me tenía.

Con los años había aprendido a ignorar sus insultos. Me mataba a trabajar en la agencia. Monty se dedicaba en exclusiva a atender a ESNOB (un trabajo a tiempo completo), así que yo me ocupaba de sus otros clientes. Y me parecía bien. De todas formas, desde la ruptura, disponía de más tiempo. Mis amigos no paraban de decirme que debía mantener un equilibrio saludable entre mi vida y mi trabajo, pero olvidaban que «mi vida» se limitaba a pizza para llevar y Netflix.

—He venido a hablar del guion de Intrepid —dije, sintiéndome menos horrible por la noticia que estaba a punto de darle. ESNOB me dio la espalda y puso en marcha una cafetera que parecía diseñada a imagen y semejanza del absurdo deportivo que tenía aparcado en la acera—. Los productores —continué, levantando la voz para compensar el estruendo de la cafetera— están deseando ver el guion. Y saben...

—¿Qué?

—Saben que...

—¡No te oigo!

—QUE LE HAS DEDICADO MUCHO TIEMPO.

La máquina enmudeció de pronto y mi alarido resonó por toda la cocina. Aún lo tenía de espaldas a mí, pero lo vi mover los hombros como si se estuviera riendo. Volvió un poco la cabeza.

—¿Decías algo?

Esperó a que volviera a abrir la boca y pulsó de nuevo el botón de la máquina. El vapor inundó ruidosamente la cocina hasta dejar el aire neblinoso y húmedo. Noté que me picaba el cuero cabelludo. A mi pelo no le iba bien el calor. Se infló como una nube de azúcar mojada en chocolate caliente.

No dispuesta a achantarme, levanté la voz otra vez.

—Nos han ampliado el último plazo. —«Que hace seis meses que incumpliste.»—. Es una propuesta muy generosa. —La máquina enmudeció—. Ahora tienes tres... —Luego bramó cuando ESNOB usó una potencia de ochocientos cincuenta caballos para generar una sola dosis de descafeinado. Pero, en lugar de beberse, lo dejó a un lado. Lo miré fastidiada. Agarró un vaso del armario. Limpiándose las migas de las manos, saqué los documentos de la bandolera y lo seguí—. No tienes más que firmar. Se trata de una enmienda sencill... —¡Crrras! Se llenó el vaso de hielo del dispensador del frigorífico—. Es una enmienda que establece que accedes a entregar el guion terminado dentro de tres meses.

Creo que esa vez me oyó. Hizo una pausa, muy breve, antes de verter el hielo en la batidora. Volvió al frigorífico abierto y, tras hurgar un rato dentro, me tiró algo.

—¡Píllalo!

Me sorprendí atrapando al vuelo una malla llena de aguacates, que seguramente es lo más de

clase media que me ha pasado en la vida. ESNOB cerró la puerta del frigorífico de un empujón con su trasero de gimnasio, sosteniendo con los brazos varias frutas y verduras que no tardó en meter en la batidora.

—Si pudieras echarle un vistazo a la enmienda...

Me tendió la mano. Suspiré aliviada y me dispuse a entregarle la carpeta, pero él negó con la cabeza.

—¡Los aguacates! —me dijo como si fuera estúpida. Se los planté en la mano furiosa, quizá con más fuerza de la necesaria.

Con dedos ágiles, empezó a pelarlos y a rebanarlos, quitándoles el hueso con un cuchillo y un movimiento rápido de muñeca.

—Si pudieras... —proseguí mientras él troceaba la fruta como si la encimera le hubiera hecho algo— aceptar el texto de la enmienda...

Le puse la carpeta delante de las narices y, al abrirla, vi que... ¡estaba vacía! Enarcó sus perfectas cejas doradas. Yo miré a mi alrededor aterrada, hasta que vi las copias de la enmienda debajo de su pie. Me agaché a recuperarlas y casi las partí en dos. Me incorporé demasiado rápido y me encontré de pronto a medio centímetro de su cara. A esa distancia, vi que el azul deslumbrante de su ojo izquierdo contenía un reventón de color avellana. Sonrió con picardía, luego esperó a que empezara a hablar otra vez para pulsar el botón de la batidora.

—Por favor, ¿te importaría...? —Brrr—. Tienes que firmar... —Brrrrrr. Tapé de golpe el botón, acelerada. Sus dedos acariciaron los míos, intentando aún pulsarlo, pero yo no aparté la mano—. Tienes tres meses —le dije con firmeza, tendiéndole las copias rasgadas de la enmienda—. Es una propuesta muy generosa, teniendo en cuenta el retraso que llevamos. —Ese plural de cortesía era la forma en que la agencia le decía: «Te has retrasado tú, pero no queremos que parezca que te echamos toda la culpa». Aunque la tuviera. Claro que los mimitos de Monty tampoco habían ayudado mucho, la verdad—. No tienes más que firmar y te dejo con tus zumos.

—Ya —dijo cogiendo por fin su taza de expreso y dando un sorbo. La taza aún llevaba la etiqueta pegada en la base. Era nueva, como todo lo demás. Me pregunté por qué habría vuelto a Londres. ¿Los Ángeles no había resultado lo que esperaba?

Durante un tiempo, ESNOB había sido el guionista de referencia de todo director que quisiera hacerse un nombre. Sin embargo, no había escrito aún la secuela de *Un corazón hecho trizas*. El mundillo del cine era pequeño. Llevaba sobre sus hombros el peso de la expectación. Tras un éxito tan extraordinario, seguramente le parecía que debía estar a la altura.

A lo mejor su actitud era fruto de esa presión.

—Debe de ser difícil...

—El caso es, Stevie —me mordí la lengua esa vez—, que no voy a firmarlo.

Al final le iba a dar un cabezazo en el pecho desnudo.

Aun así, le hablé con suavidad.

—Por desgracia, tienes que hacerlo. Si no —le solté la bomba que debía de estar esperando—,

cancelarán el contrato de inmediato y te verás obligado a devolverles el anticipo. Por lo menos esta enmienda te concede más tiempo, y la oportunidad de entregar.

—No necesito tiempo —repuso con petulancia—. No voy a firmar.

Inspiré hondo varias veces, para calmarme. En todos los años que llevaba atendiendo sus pomposas peticiones de café, haciendo sus reservas en restaurantes de lujo, lidiando con su «yo sólo viajo en primera» y con su empeño en no llamarme nunca por mi nombre, ESNOB jamás había conseguido desquiciarme. No iba a hacerlo ahora. Me esforcé por ser profesional y me recordé que él no sabía que la agencia entera estaba en juego. Probé una táctica distinta.

—Piensa en todo el tiempo que le has dedicado ya. ¿Qué son tres meses más? —Había oído todas las excusas imaginables para no escribir. A veces les bastaba con saber que estabas de su parte—. Estoy aquí para ayudarte como pueda a que lo termines. —Soltó una risita y abrió la boca para decir algo—. Te he oído —espeté antes de que pudiera decirme una de esas cosas que, hasta hacía nada, las asistentes llevábamos años aguantando.

Se encogió de hombros.

—Por suerte, no necesito tu ayuda.

—¿Y eso por qué?

—Pues el caso, Stevie, es que... —se bebió el batido de un trago— ni siquiera he empezado a escribirlo.

El desafío

Interior de una cocina repleta de superficies reflectantes. Lunes 19 de noviembre, un minuto después del bombazo.

Evie se encuentra frente a ESNOB, sujetándose con una mano a la encimera de la cocina para no caerse mientras se debate entre la profesionalidad tibia y la absoluta indignación. ESNOB se sirve otro batido, ajeno a las muecas de Evie.

Procuré mantener la calma, pero cuando por fin hablé no pude ser comprensiva.

—¿Cómo?! —¿La agencia entera estaba en juego y no había tecleado ni una palabra?—. Monty me ha dicho que...

Rio mientras apuraba la bebida.

—¿El viejo Monty te ha dicho que estaba escribiendo?

De pronto entendía por qué Monty se había resistido a enseñarle a nadie lo que se suponía que llevaba escrito.

—Pero... sabías muy bien a lo que te comprometías firmando —dije, notando cómo se me encendía el cuello.

—He cambiado de opinión. —Se limpió las manos y se me acercó—. Un guionista oscarizado no escribe comedias románticas.

Se me secó la boca. ¿Iba a quedarme en el paro porque un hombre que ni siquiera había sido capaz de vestirse para una reunión había decidido que era demasiado bueno para escribir una comedia romántica?

—Un «guionista oscarizado» se viste para una reunión —susurré furiosa—. Un «guionista oscarizado» mira a su interlocutor cuando le está hablando. Un «guionista oscarizado» escribe el condenado guion por el que le han pagado.

Hubo un instante de silencio absoluto durante el cual me dio la impresión de que lo pensaba. Se volvió hacia mí y, posiblemente por primera vez en su vida, me miró de verdad.

«Ay, no. Ay, no. Ay, no... —Saltaron de golpe todas mis alarmas internas y me puse como un tomate—. Pero ¿qué he hecho? Adiós, ascenso.»

Me dedicó una sonrisa de perfectos dientes blancos.

—Vaya, vaya, Evie Summers. Muy bien.

Parpadeé extrañada. De todas las respuestas que podría haber esperado...

—Yo... ¿Qué?

Cruzó los brazos sobre el pecho y se acentuaron sus músculos bien torneados.

—Hace cinco años que te conozco...

—Siete. —«¡Dios, Evie, cierra la boca ya!»

Enarcó la ceja un segundo.

—Con todos los años que hace que te conozco, creo que ésta es la primera vez que he visto tu verdadero yo.

«Con tanta condescendencia...» Mientras me miraba, de pronto me hice una idea de lo que podría ser que alguien así se interesara por ti. ESNOb era, aunque yo jamás lo reconocería delante de él, exageradamente guapo. Piel dorada, ojos azul cielo, pómulos perfectos, mandíbula recta y firme como de estrella de cine... Lástima que toda aquella belleza se echara a perder en un capullo.

—En realidad —dije con arrogancia—, mi yo de verdad es mucho más educado.

Él sacó uno de los taburetes de la barra de desayuno y me indicó que me sentara. Me dieron ganas de negarme, pero me temblaban demasiado las rodillas y me desplomé sin gracia en el asiento negro de piel.

—Háblame más de todos esos guionistas oscarizados a los que conoces tan bien —dijo, aún de pie—. Pero primero seamos realistas. No voy a escribir una comedia romántica. No es mi estilo.

Mientras fuéramos realistas...

—¿Por qué no?

A fin de cuentas, se había comprometido a escribir una. Y, aunque el jugoso adelanto y los meses de vinos e incesantes cenas (también conocido como *Servicio Completo*) sin duda habían ayudado, conocía las condiciones desde el principio. Los productores querían un giro moderno del «encuentro de película», ese momento de una comedia romántica en que los protagonistas se ven por primera vez. Usaban el término con frecuencia, como para presumir de que conocían el género.

ESNOb rio socarrón.

—Yo escribo realidades, no fantasías. Las comedias románticas son ficciones sin sentido para personas tan estúpidas que no se dan cuenta de que les están contando un montón de mentiras sobre el amor. —Me miró distraído—. Se te ha abombado mucho el pelo.

Me lo toqué. Se me había encrespado con el calor y el vapor de la cafetera. No tenía remedio, así que me encogí de hombros, consciente de que se trataba de una táctica disuasoria por su parte.

—Las comedias románticas ofrecen esperanza a la gente cuando más la necesita. —Recordé todas las veces que había visto furiosa *Tienes un e-mail* después de una ruptura para poder echarle cosas en cara a Tom Hanks. «No viene al caso.»—. Tienen alma, tienen relevancia y ayudan a la gente.

—Lo dices como si pensaras que son realistas.

—Porque lo pienso.

O lo pensaba, en su día. Claro que no hacía falta que él lo supiera. Antes me encantaba que Ricky dijera que lo nuestro había sido un «encuentro de película». No el destino, pero algo así. Yo había entrado dando tumbos en un callejón, una noche de copas de asistentes particularmente abrumadora, en busca de un poco de aire, y me había topado con un tío que acababa de salir del bar de enfrente con la misma intención. Si cualquiera de los dos hubiera salido unos minutos antes, no nos habríamos conocido, jamás habríamos sabido que nuestra media naranja estaba, por un breve instante, a sólo unos metros de distancia.

Exhalé despacio. El dolor de la ruptura se había ido desvaneciendo en los últimos doce meses, pero de vez en cuando aún me sorprendía.

ESNOB soltó un bufido, por supuesto confundiendo mi expresión con una de anhelo lloroso.

—Eso es muy sensiblero —dijo—. Y a mí no me va lo sensiblero, y es lo único que buscan esos productores de pacotilla. Yo escribo guiones sobre la clase de amor con la que la gente se siente identificada: obsesivo, exigente, tóxico, amor de verdad, no «encuentros de película».

«Guiones. Un guion. En singular.» Pero no era el momento de recordárselo.

—*Un corazón hecho trizas* es bonita, pero no es la única clase de historia de amor que existe —insistí, consciente de lo pesada que me estaba poniendo.

—Tú has visto mi película —dijo recostándose en la barra—. ¿Y te gustó?

Terminaba con que sus protagonistas, aun siendo incapaces de reconocer que su relación se había roto para siempre, decidían seguir juntos de todas formas. Me había hecho llorar tanto que luego había tenido que hacer un maratón de pelis de Disney para no perder la fe en la humanidad.

—Claro. Pero a la gente le hace tanta falta *La proposición* como *Un corazón hecho trizas*. Un buen encuentro de película nos demuestra que es posible que un solo instante lo cambie todo para mejor.

ESNOB negó con la cabeza.

—Por favor... Ninguna pareja se conoce como en esas películas. Las coincidencias. Los clichés. En la vida real, si alguien te tira una bebida encima, te cabreas, incluso lo denuncias si está caliente, no te enamoras de esa persona. El amor de verdad no puede ser artificial.

—Díselo a Tinder —repliqué hastiada. Una vez más, me maravilló la paradoja de que un puñado de hombres hubieran considerado a ESNOB el nuevo Nora Ephron.

Me devolvió las páginas arrugadas de la enmienda, deslizándolas por la barra.

—Diles a los productores que no voy a firmar. Prefiero reembolsarles el dinero a comprometer mi reputación con esa basura. —Se apartó de mí y se sirvió otro batido de la máquina—. Mi asesor personal viene a las diez. Sal tú sola.

Y así, tal cual, me despachó. Fue como si se hubiera apagado un foco.

Cogí los papeles, consciente de que no me quedaba otra que decirle a Monty que no había sido capaz ni de conseguirnos tres meses más.

—Ya le dije a Monty, desde el primer día, que no quería hacer esto —me soltó mientras me iba

—. No debería sorprenderle.

—Entonces ¿para qué te comprometiste a escribirlo? —espeté volviéndome.

Lo dije sin pensar y descubrí que me daba igual. Si la agencia iba a quebrar de todas formas, ¿qué tenía que perder?

Me ignoró y me dejó allí plantada, cada vez más furiosa. Era su condenado ego lo que nos había metido a todos en aquel lío, por acceder a escribir algo cuando en realidad no...

«¡Un momento!» ¿No sería que el grande y poderoso ESNOB tenía una crisis de inspiración?

Eso lo explicaría todo. ¿Y si había querido escribir el guion de la comedia romántica pero no había podido? Lo habían convertido en uno de los nuevos talentos más destacados de Hollywood, pero en los tres años transcurridos desde que había recibido el Oscar no le había entregado a Monty ni un solo guion que vender. Mi jefe lo excusaba arguyendo que la grandeza se hacía esperar, pero entonces habían llegado Sam y Max y le habían ofrecido su siguiente proyecto. ¿Y si había firmado para demostrarle a Hollywood que seguía siendo un buen fichaje y después había descubierto que escribir una comedia romántica no era tan fácil como imaginaba?

Eso significaría que el género no era el verdadero problema, sino su excusa. Tenía que encontrar una forma de ponerlo a escribir. Empezaría por obligarlo a reconocer que se equivocaba con las comedias románticas. Dado el desprecio que le inspiraban los encuentros de película, no tenía más que demostrarle que era posible, en efecto, conocer a alguien como en *Cuando Harry encontró a Sally...*

Tan difícil no sería.

—Sé cómo ayudarte a escribir ese guion.

Se volvió, como sorprendido.

—Ah, ¿que sigues aquí...? —dijo.

—Escúchame. Dentro de tres meses podrías terminar un guion, como habías accedido a hacer. Te quedas con el dinero. Sam y Max te ponen por las nubes en Hollywood. Y todos tan contentos.

—Cara de resignación—. O cancelamos el contrato y publicamos la nota de prensa antes de que termine la semana —añadí atacando directamente su punto flaco.

—¿Nota de prensa?

—Para adelantarnos al anuncio de Intrepid —dije airada—. Los productores querrán hacer público que buscan nuevo guionista y que Ezra Chester está fuera del proyecto.

ESNOB ya no sólo sería el guionista oscarizado sin secuela, sino también el hombre que no había sido capaz de escribir una comedia romántica.

«Ahora ya no te parece un género tan absurdo, ¿eh?»

Guardó silencio unos segundos, mirando al infinito. Luego, de pronto, volvió a mirarme a mí.

Contuve la respiración.

—Sé que voy a lamentar haber dicho esto —comenzó, y el corazón me dio un brinco de anticipada victoria—, pero te escucho.

«Gracias, ego de ESNOB.»

—Si demuestro que es posible conocer a alguien igual que en las comedias románticas, podrás firmar la enmienda y escribir el guion con la certeza de que el género es realista y perfectamente válido para ti.

Entornó los ojos.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

Me acerqué a él despacio, cruzando la cocina como si fuera un animal salvaje y no un guionista que se negaba a reconocer que sufría una crisis de inspiración. «La misma diferencia.»

—Los productores quieren un nuevo formato de «encuentro de película» —dije con cautela, midiendo mis palabras—. Te traeré ejemplos de la vida real de parejas que se hayan conocido como en las películas. —Estaba convencida de que podría encontrar historias. Cuando era soltera, internet estaba plagado de ellas—. Ejemplos que te demostrarán que... —«eres un pedante, un ignorante por voluntad propia, un imbécil»— que eres algo «miope» con respecto al género.

No lo impresioné en absoluto.

—Una búsqueda en Google la puede hacer cualquiera, Pelirroja.

Mientras le lanzaba una mirada asesina por el apodo, se me ocurrió algo. Una idea completamente absurda, ridícula.

Porque tenía razón: lo que le ofrecía no era suficiente. No se trataba de conseguir que firmara la enmienda para poder posponer tres meses la inevitable humillación. Tenía que lograr que escribiera. Para eso, necesitaba inspiración. Mucha.

—Pues lo hago yo —le contesté.

Me miró extrañado.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Voy a ser tu prueba viviente. Firma esa enmienda y conoceré a alguien como en las películas. Recrearé uno de esos encuentros de película. El del viaje en coche, el de las vacaciones, un encuentro casual... Los intentaré todos hasta que funcione uno de ellos.

«Pero si no eres capaz de conocer a nadie ni por Tinder...», me señaló la voz de la razón. La acallé.

ESNOB me miró de arriba abajo con una sonrisa pícara.

—¿Me estás diciendo que, si hasta tú puedes conocer a alguien así, voy a tener que creer que es posible?

Puse la enmienda en la barra de desayuno.

—¿Me estás diciendo que aceptas el trato?

Enarcó sus cejas doradas.

—Para el carro, Pelirroja.

—Evie.

—Si firmo, sólo conseguiré que los productores y Monts se pasen otros tres meses dándome la lata y distrayéndome.

—Para eso estoy yo aquí —dije procurando no sonar demasiado entusiasmada. «Podría

demostrarle a Monty de lo que soy capaz.»—. Diles que te estoy ayudando y yo los mantendré a raya.

Miró un momento la pared que había a mi espalda.

—Pongamos que conoces a alguien. ¿Cómo sabré que me dices la verdad? Podrías convencer a cualquiera para que dijese que se ha enamorado de ti. Además, tendrías que hacerlo bastante rápido para que me dé tiempo a escribir el guion entero.

—Todo eso son preocupaciones lógicas —dije yo, y saqué enseguida papel y bolígrafo de la bandolera—. Hablemos de las condiciones.

—¿No es para eso la enmienda?

—La enmienda se refiere a tu contrato con Intrepid. Esto es para lo que acordemos nosotros.

Anoté: «Si Evie Summers, en adelante “la Asistente”, puede demostrar a ES Ezra Chester, en adelante “el Guionista”, que...».

—¿Qué has tachado ahí?

—Nada.

«... que la comedia romántica es realista conociendo a alguien como en las películas de ese género (es decir, con un “encuentro de película”), él entregará el guion completo a Intrepid Productions antes de la fecha límite del 18 de febrero del año próximo.»

Se asomó por encima de mi hombro.

—Además de conocer a alguien, tienes que enamorarte de él.

«No lo dirá en serio, ¿no?»

—Se trata de «conocer» a alguien.

—Exacto. —Estaba disfrutando, desde luego—. Conoces a alguien y os enamoráis los dos. ¿No es eso lo que pasa en las comedias románticas? Tienes que conocer a don Final Feliz. Si no, no hay trato.

Apreté con fuerza el bolígrafo. «Está hablando de tu vida.» Hacía un año de lo de Ricky. No sabía si estaba preparada para conocer a alguien, menos aún de ese modo.

Seguro que lo hacía por complicarme las cosas. En esos momentos sólo necesitaba que firmara. Así se pondría a escribir. «Ya te ocuparás del enamoramiento después.»

—Estupendo.

Lo corregí con una pizca de aprensión. Aunque, si él iba a salirse con la suya, yo también me saldría con la mía.

«El Guionista se compromete a empezar a trabajar en el guion en cuanto firme la enmienda — escribí— y enviará lo que tenga escrito a la Asistente de forma periódica.»

Se le pasó la diversión.

—¿Qué?

—Sólo me aseguro de que lo vas a terminar a tiempo. De lo contrario, no sería responsable por mi parte dejarte firmarlo. Además, necesitaré una prueba de que estás escribiendo de verdad.

Se cruzó de brazos y vi en sus ojos algo que no supe descifrar.

—Empezaré a escribir, pero le mandaré las páginas a Monty. Que yo sepa, mi agente es él.

Titubeé, luego hice el cambio. «Con que escriba el guion, me vale.» La agencia estaría a salvo y, con ella, mi ascenso.

—Trae...

Me arrebató el bolígrafo de los dedos y escribió con trazos bruscos: «La Asistente accede a redactar para el Guionista informes de todos los “encuentros de película”».

—Voy a necesitar una prueba de que lo estás haciendo de verdad. —Me imitó hasta en el acento.

Recuperé el bolígrafo e iba a tachar la línea, pero vacilé. «Esto podría favorecerme.» Seguramente pensaba que los informes me tendrían ocupada y lo dejaría en paz, pero a lo mejor uno de esos informes era precisamente lo que necesitaba para empezar a escribir.

—Una cosa más —dije, y escribí: «El Guionista y la Asistente convienen que el presente acuerdo nunca se pondrá en conocimiento de Monty».

Si Monty se enteraba alguna vez de lo endeble que era el contrato (eufemismo donde los haya), se pondría furioso. Había asegurado a los productores que lo tenía todo bajo control. Como supiera que dependía de la vida amorosa de su asistente, se sentiría humillado. Eso por no hablar de que yo habría conseguido algo que él no había sido capaz de lograr. Me echarían antes de que ESNOB tuviera ocasión de incumplir el nuevo plazo. Era preferible que pensara que ESNOB estaba escribiendo por voluntad propia. Una cosa menos de la que yo tendría que preocuparme.

—¿Haciendo cosas a espaldas de tu jefe, Pelirroja? Hoy no paras de sorprenderme. —Me miró fijamente—. Sabes que sólo vas a conseguir demostrar que las comedias románticas son una chorrada, ¿verdad?

—En tres meses pueden pasar muchas cosas —contesté.

—Cierto. —Hizo un gesto raro, pero se desvaneció antes de que me diera tiempo a descifrarlo—. ¿Ya está?

Le tendí la mano. Me la estrechó.

—Necesito oírtelo decir.

—Pelirroja —dijo él—, si demuestras que uno se puede enamorar como en las películas, escribiré el condenado guion. —Le acerqué las copias de la enmienda. Titubeó, un poquito, antes de firmarlas—. Igual me equivocaba contigo, Pelirroja. No eres tan aburrida, después de todo.

«No te equivocas sólo en eso», pensé yo.

Porque, le gustara o no, iba a conseguir que terminara el condenado guion. Costara lo que costase.

El apoyo moral

Exterior del piso de Evie, East Dulwich, viernes 23 de noviembre a las 20.30.

Evie enfila a toda prisa el caminito de baldosas de su minúsculo jardín y abre la puerta de la calle, recolocándose la bolsa de lona que lleva al hombro. La bolsa tintinea y, por la parte superior, sobresalen un puñado de perejil y una baguette. Una vez en el pequeño vestíbulo, mete su llave en la cerradura de una segunda puerta al tiempo que repasa rápidamente los mensajes del móvil.

Maria: Evie querida, ya hemos llegado a tu piso. Estamos en la puerta.

Jeremy: ¿Por qué no contestas? Dinos que estás dentro. Este fin de semana ya tenemos bastante con planificar la despedida de soltera de la Innombrable como para tener que lidiar además con tu compañera de piso.

Sarah: ¿Os han llegado bien mis instrucciones?

Jeremy: Ah, hola, Voldemort. Sí, hemos recibido el PowerPoint de diecinueve páginas y la lista de lecturas recomendadas. Qué ilusión que nos incluyas en los agradecimientos.

Maria: Déjanos entraaaaaaar.

📞 Tienes 10 llamadas perdidas de Maria Nowak

Maria: Hola, aquí tus mejores amigos, que confían en que estés por aquí cerca, porque Jane ya está en casa y parece que no está sola. Quien esté con ella se lo está pasando en GRANDE.

Jeremy: Suponemos que no eres tú.

Maria: Evie Doris Summers, ¿dónde estás?

Jeremy: No nos hagas esto, Evie. Ay, Dios, que viene Jane.

Jeremy: Se acerca a la puerta.

Había hecho todo lo posible por estar en casa cuando llegaran. La última vez que habían venido a verme, Monty había declarado un código rojo (un cliente de fuera que se había perdido

en el metro) y ya se estaban terminando el postre cuando conseguí llegar al restaurante.

Esa vez se me había hecho tarde porque Sam y Max habían confirmado la recepción de la enmienda y Monty había querido que habláramos. Cuando yo había vuelto a la oficina el lunes con la firma de ESNOB, mi jefe no había disimulado su sorpresa e incluso había sostenido a la luz las páginas (algo arrugadas) para comprobar su autenticidad.

—Has asumido una gran responsabilidad, Evelyn —me dijo por fin, estirando los papeles con la mano—. Ocúpate de que dé resultado y dentro de tres meses celebraremos algo más que un guion terminado.

Entonces sonrió al ver mi semblante esperanzado y me devolvió a la tierra dándome media docena de contratos para revisar «con urgencia» antes de que me marchara.

Al entrar en el salón vi a Jeremy, sujetándose la cabeza con las manos, con el pelo rizado cayéndole por la frente y la ropa, por lo general impecable, hecha un higo sobre su esbelta figura, como haciéndose eco de su desesperación, y a Maria asintiendo a lo que fuera que Jane, mi compañera de piso, le contaba, con su pelo recio y oscuro recogido en una coleta, aferrada a una copa de vino vacía como si fuera el único objeto anclado a tierra en un huracán. En su hermoso rostro se debatían una expresión de cortesía forzada y una de absoluto espanto mientras Jane terminaba un relato particularmente animado con la clase de mímica que no se ve en fiestas infantiles.

—¡... y entonces fue cuando se cayó al suelo!

Maria se estremeció.

Sacudí la bolsa para que oyeran el característico tintineo, y Jeremy se levantó de un brinco.

—Ay, Evie, gracias a Dios. ¡Cómo te odio, reina! —Se inclinó para abrazarme—. Jane estaba explicándonos por qué ha tardado tanto en dejarnos entrar en el piso.

Jane, que estaba a su espalda, sonrió. Abracé después a Maria, procurando disimular que se me habían saltado las lágrimas al verlos. Ojalá Sarah hubiera estado allí también, pero ese fin de semana teníamos que organizar la despedida de soltera que todos debíamos fingir que no había organizado ella ya.

Conseguí que Jeremy no me viera la cara, pero Maria, siendo Maria, me la vio y alargó un poco más el abrazo.

—¡Qué alegría verte no vuelvas a hacernos esto! —exclamó sin la correspondiente pausa.

Jeremy ya me había cogido la bolsa y me estaba sirviendo vino en una copa limpia.

—Jane —dije, tomando agradecida la copa que me ofreció Jeremy—, ¿no tenías una cita?

Ella se puso en pie con un sinuoso movimiento, su pelo negro resplandeciente a la luz.

—Sí. Está en el dormitorio. Nos vemos luego —le dijo sobre todo a Jeremy, que levantó su copa de vino.

—Sigo siendo gay, Jane.

—Sigo interesada —replicó ella sonriente, y se escabulló.

Jeremy meneó la cabeza.

—¿Soy el único que está horrorizado a la par que confundido?

—¿Aún trabajas hasta las tantas todos los días? —me preguntó Maria en tono despreocupado.
Jeremy sirvió más vino.

—A ver —continuó a lo suyo—, está claro que no voy a beber lo suficiente para olvidar lo que nos acaba de contar, pero en el fondo aún espero poder ser como Jane de mayor.

—Sólo esta noche —le contesté a Maria.

—¡Evie! —me reprendió ella, que no se tragó la bola.

Sabía que no estaba enfadada conmigo, sino dolida. Apenas nos veíamos y yo no había llegado a tiempo para recibirlos. Otra vez. Les había prometido una comida después de su viaje y de pronto eran más de las ocho y las verduras que había comprado a la hora del almuerzo se estaban poniendo pochas en la bolsa. No me atrevía a decirle que había estado rematando la pila de contratos para complacer a Monty porque me habría vuelto a insistir en que dejara la agencia. Maria estaba repleta de todo tipo de amor y su versión más dura hacía efecto siempre.

—Estoy bien, te lo prometo —aseguré.

De todos mis amigos, Maria era la que me conocía desde hacía más tiempo y, en momentos así, todos esos años se notaban. Aún recordaba el día en que la chiquilla del pelo recio y oscuro y los enormes ojos grises me había ayudado cuando otros niños me habían empujado en el parque. Había sido mi protectora desde entonces. Nuestro dúo se convirtió en un trío en el instituto, cuando empezamos a salir adelante gracias al ingenio mordaz de Jeremy. Sarah se unió al grupo cuando entramos en la Universidad de Sheffield. Vivía con nosotros en residencias de estudiantes y, posiblemente porque nadie más la aguantaba, se convirtió en parte importante de nuestra pandilla. Éramos íntimos los cuatro, pero Maria seguramente me conocía mejor que yo misma.

Para mi alivio, no insistió. Se sentó al lado de Jeremy y yo me instalé en mi sillón favorito, confiando en que la cosa quedara ahí. Apoyé la copa de vino en el brazo raído y noté que resbalaba encima de algo. Limpié lo que fuera y a Jeremy le dio una arcada. Lo miré frotándome los dedos, sin saber qué pasaba. Me miraron ellos a mí, con cara algo culpable.

—¿Qué?

Maria hizo una mueca de asco.

—Ay, cielo, es que te has perdido el principio de lo que nos ha contado Jane. La parte que ha ocurrido en ese sillón.

Jeremy apuró el vino de un trago.

—Ha sido chungo, chungo de tener que quemar el sillón.

—DEP, sillón, un placer conocerte. —Chocaron las copas.

—Ay, Dios. —Me levanté como un resorte y salí disparada hacia la puerta—. ¡Jane! —bramé, enfilando el pasillo a toda prisa rumbo a la cocina para lavarme bien las manos.

Bajó la música.

—¿Qué, corazón?

Para no descontrolarme, repasé mi mantra de relajación: «Lleva tres años sin subirme el

alquiler. Lleva tres años sin subirme el alquiler...». El estilo de vida de Jane no solía ser un problema. Habíamos establecido unas normas básicas al principio para evitar contratiempos, a saber: yo disfrutaba de zonas comunes sin sexo y ella podía tener todas las visitas nocturnas que quisiera, de las que yo me enteraría tan sólo por las historias tremendamente asquerosas que me contaría después y en las ocasiones en que esterilizara sus juguetes sexuales en el lavavajillas. Por suerte, su baremo de higiene era altísimo, aunque eso no consuela nada cuando vas a coger una taza a primera hora de la mañana y sacas del lavaplatos un consolador.

—¡Me prometiste que nada de sexo en el salón!

Asomó por la puerta de su dormitorio vestida con una lencería rarísima.

—¡Claro, cariño! Sólo hemos empezado allí. —Al menos, eso era un alivio—. Hemos terminado en la cocina. —Reculé y agarré el estropajo para limpiar todas las superficies. Oí un murmullo grave de barítono procedente de la puerta abierta del cuarto de Jane—. Por cierto... —canturreó—, Trev ha prometido que nos comprará otro estropajo.

—¿De verdad lo vas a hacer? —dijo Maria, inclinándose sobre el plato para darle otro mordisco a su trozo de la pizza que habíamos ido a buscar.

En cuanto les había contado lo de mi trato con ESNOB, habíamos abandonado la presentación casi militar de la despedida de soltera de Sarah (NIHABLARES para una despedida de soltera perfecta: 1. NI HABLAR de penes. Jeremy: «Eso me excluye a mí». a) Ni con muelle, b) ni inflables, c) y menos aún comestibles, d) Jeremy, tu pene no cuenta. Jeremy: «¿En qué categoría entra entonces mi pene?»).

—A ver si lo he entendido bien —dijo Jeremy meneando su copa—: ¿vas a intentar enamorarte en los próximos tres meses recreando comedias románticas?

—Es por mi carrera, Jem, no por mi vida amorosa. Tengo que conseguir que ESNOB supere su crisis de inspiración. Confío en que así no se quede tan bloqueado con la parte amorosa de la historia. —Silencio—. Por si os cabe alguna duda, soy consciente de que esto es una auténtica locura.

—Mira que es... ¡esnob! —declaró Maria, muy a su pesar. Era la persona más tierna, bondadosa y comprensiva que yo conocía, y odiaba a ESNOB con una vehemencia de la que ni siquiera yo era capaz—. Evie, ¿estás completamente segura de querer seguir adelante con esto? No dejes que ese tipo te obligue a hacer algo para lo que no estás preparada. A un tío nunca se lo pediría.

—Sí, piensa en ti primero. Ten cuidado —entonó Jeremy, como correspondía.

—Sé que suena raro, pero, salvo la parte amorosa, la idea ha sido del todo mía. No se trata sólo de salvar la agencia. Monty me ha prometido que me ascenderá si ESNOB escribe el guion.

—¿De verdad te ha dicho eso? —preguntó Maria.

Asentí con la cabeza, comprendiendo su incredulidad.

—Nunca me lo había insinuado siquiera.

En parte, por eso a mis amigos les costaba entender que siguiera trabajando para él, pero era difícil encontrar un trabajo de agente y, aunque había hecho entrevistas, nunca había pasado a la segunda ronda. Debía demostrarle a Monty (y a mí misma, la verdad) que me merecía el ascenso. Ricky siempre lo había comprendido. Confiaba en que ellos también.

Jeremy y Maria se miraron. De pronto tuve la sensación de que habían estado hablando de mí largo y tendido en el viaje a mi casa.

—¿Qué? —dije sintiéndome un poco emboscada.

Empezó Maria.

—Desde lo de Dicky, venimos observando que inviertes cada vez más energía en el trabajo. —Llamaban, con recochineo, Dicky a Ricky desde la ruptura y, aunque a mí no me salía decirlo, los adoraba por ello—. Queremos asegurarnos de que te queda tiempo para ti. Incluso para salir con alguien de verdad.

Me quedé pensativa. No había caído en la cuenta de que les preocupara que no saliera con nadie. Procedían de lo que yo entendía como extremos opuestos del espectro de citas: Jeremy casi siempre estaba saliendo con alguien y Maria nunca había salido con nadie. David y ella llevaban juntos desde los dieciséis. Para ella, la jungla de las citas era más bien un patio bien cuidado.

Aunque me daba la impresión de que lo que les preocupaba era que no hubiera salido con nadie desde la ruptura.

—Sabemos lo importante que es tu carrera para ti y que este trabajo te vino muy bien en un momento complicadísimo —dijo Maria, siempre tan delicada. Y tenía razón: yo había empezado a trabajar en la agencia poco después de que muriera mi padre—. Pero igual no te vendría mal un descanso. Podrías hacer lo que quisieras. Incluso volver a escribir. —Después de lo de papá, mis amigos habían intentado que siguiera escribiendo. Nunca habían entendido del todo por qué no podía volver a ser aquella chica que se quedaba levantada toda la noche tecleando como una posea, que los obligaba a ver todas sus películas favoritas, que los animaba a tratar el diálogo como un arte. Nunca había encontrado el modo de contarles lo que me había dicho aquel agente. Era demasiado horrible—. Nos preocupa que no te cuides aquí sola.

Me distraje cogiendo otra porción de pizza. A veces pensaba que tal vez mis amigos creyeran que sufría una especie de atrofia personal. Como si aún me faltaran por marcar algunas casillas para convertirme en una adulta completa, igual que ellos con sus hipotecas, sus cuentas de ahorro y sus decisiones sensatas.

Maria percibió mi angustia.

—Lo único que decimos es que no tienes por qué pasar tu tiempo libre haciendo esto. No tienes por qué sacrificar tu vida personal por un hombre como ESNOB, ni por Monty. Debería ser él quien hiciera lo imposible por salvar la agencia.

—Lo que Maria intenta decirte, queridísima Evie —terció Jeremy poniéndome la mano en la cabeza—, es que nos gustaría que supieras lo que vales, porque para nosotros no tienes precio.

Se me empañaron los ojos por segunda vez esa noche y asentí, tragando saliva unas cuantas veces para poder hablar por fin.

—Gracias por preocuparos. Os lo agradezco muchísimo, de verdad. Pero quiero seguir adelante con esto. Voy a conseguir ese ascenso. Además, cualquier cosa es mejor que Tinder —aseguré con una pequeña sonrisa.

Me abrazaron los dos y yo me agarré con fuerza a sus brazos.

—Bueno —dijo Jeremy recostándose en el asiento—, ¿hemos terminado de momento con la parte de amigos considerados?

—¡Por el cumplimiento del deber! —propuso Maria alzando su copa.

—Estupendo. —Jeremy se deslizó hacia delante, agarró su bolsa de fin de semana de un lateral del sofá y sacó un cuaderno grande enrollado—. Porque vamos a hacerte una lista.

Al poco, el cuaderno estaba de pie en la mesa de centro, a modo de tienda de campaña, con una serie de rotuladores de colores extendidos al lado. En la primera página ponía «¡Despedida de soltera de Sarah!» con la letra de Maria.

—Uf, no —dijo Jeremy, y pasó la página.

Nuestra absoluta falta de organización me hizo sentir un poco culpable.

—Si estás decidida a hacerlo —explicó Maria—, estamos contigo al cien por cien. Vas a conseguir que ese ESNOB escriba el guion.

—Evie —añadió Jeremy muy solemne mientras destapaba un rotulador rosa y giraba el cuaderno para que yo viera lo que había escrito—, te vamos a ayudar a enamorarte.

6

La lista

Interior del salón, viernes 23 de noviembre a las 22.15.

Evie está sentada en la moqueta, recostada en un sofá de terciopelo negro, a punto de dar un sorbo a una copa de vino. Jeremy está arrodillado delante de un cuaderno grande donde está escrito «¡El desafío!», con los brazos extendidos en actitud de «tachán». Maria está sentada en el sofá, detrás de Evie. Le hace pequeños gestos de ánimo a Jeremy que Evie no ve.

—Yo agradezco vuestro esfuerzo, pero lo he dicho en serio. Sólo he accedido a la parte amorosa para conseguir que ESNOB firmara. No tengo intención de enamorarme de nadie.

—Ya, ya lo sabemos —dijo Jeremy mirando a Maria, a mi espalda. Subrayó «¡El desafío!»—. Pero escucha lo que vamos a decirte. Evie Summers, desde el mismo instante en que aceptaste este trato con ESNOB, entraste en el Desafío «encuentro de película», como lo vemos en *10 razones para odiarte* (DEP, Heath Ledger, demasiado bonito para este mundo), *Alguien como tú* y *Cómo perder a un chico en 10 días*. Para los incultos, tres películas muy distintas, aunque las tres se reducen a lo mismo: se propone un desafío al que siguen inevitables malentendidos, traiciones brutales y, por fin, amor. —Escribió *Amor* en el cuaderno—. El Desafío «encuentro de película» se solapa a menudo con la comedia romántica tipo «me encanta odiarte», pero entonces hemos caído en la cuenta de que, en tu caso, la única persona a la que odias es a ESNOB.

—Me hace gracia pensarlo —intervino Maria—, pero si esto fuera una comedia romántica de verdad, terminarías con el guionista arrogante, que al final resultaría que sólo se servía de su ego colosal para esconder una enternecedora falta de seguridad en sí mismo. —Se hizo un breve silencio de perplejidad durante el cual los dos la miramos—. ¡Era broma! Jamás te enamorarás de ese capullo.

—Por Maria bebida, señores —brindó Jeremy.

Levanté mi copa también mientras me venía a la memoria, muy oportunamente, la imagen del pecho esculpido de ESNOB. «Puñetera memoria.»

Jeremy se puso las pilas.

—Y ahora, como en todo Desafío «encuentro de película» que se precie, hay un plazo. El tuyo es de tres meses. Nos has dicho que tienes que mandarle a ESNOB «informes de progreso»

periódicos para tenerlo inspirado. Para que no se te vaya de las manos, te presento los «encuentros de película» cuidadosamente seleccionados por los expertos —dijo, se señaló con la punta del rotulador y luego señaló a Maria. Lo miré fijamente. Jeremy era la persona más socarrona que yo conocía—. ¿Qué pasa? He visto unas cuantas comedias románticas, ¿y...? Tus opciones son... —Golpeteó el cuaderno con la punta del rotulador—. El del viaje en coche: *Cuando Harry encontró a Sally, Elizabethtown, Thelma y Louise...*

—Paso de la última —repuse—. Quiero conocer a alguien, no arrojarme con un coche al vacío desde el cañón del Colorado.

—¿No es eso lo que pasa con todas las relaciones? —dijo Jeremy. Maria y yo pusimos los ojos en blanco—. Vale, pero no se aceptan más objeciones.

—¡Ni siquiera es una comedia romántica!

—Calla ya. Recuerda que me estás agradecida. —Me callé. Jeremy pasó la página—. Luego está el del romance de vacaciones, también conocido como comedia romántica de Navidad. Las más famosas: *The Holiday, Love Actually, El diario de Bridget Jones, Un príncipe de Navidad...* Oye, no me miréis así, que no fue a mí a quien llamaron la atención los de Netflix por verla dos veces al día durante dos semanas —repuso, y nos esquivó la mirada mientras pasaba la página. Aquella llevaba las palabras «GRAN FINAL» en letras gigantes—. Luego volvemos a ésta. —Pasó a una lista que parecía un poco más «he bebido vino en el tren».

—¿«El del acoso»?

—*Mientras dormías*, todo un clásico —señaló Jeremy.

—No tengo intención de que me detengan, Jem. —Pasé a la siguiente página—. ¿«El de la librería»? —leí en voz alta.

Jeremy empezó a contarlas con los dedos.

—*Tienes un e-mail, Cuando Harry encontró a Sally...*

—Ésa ya la has usado.

—Diagrama de Venn —dijo Maria. Jeremy pasó la página y me enseñó una complicada serie de círculos que se solapaban con encabezados como «NAVIDAD» y «HUGH GRANT», rellenos con diversas comedias románticas desde la época predorada hasta la actualidad. Era la obra de un genio borracho—. Hay intersecciones.

—Ya lo veo —dije empezando a sonreír.

De pronto se abrió la puerta del salón.

—¡Cariños!

Jeremy agarró la botella de vino.

—¡Jane! —dije en voz alta, consciente del aspecto que debía de tener la habitación—. ¿Qué tal tu cita?

—Ya os lo cuento mañana.

Un par de brazos se enroscaron a su esbelta cintura y un hombre de pelo moreno se asomó al salón por encima de su hombro. Era guapo, una especie de Antonio Banderas joven. Nos

quedamos los tres boquiabiertos. A veces me parecía que el espectro de relaciones de Jane era como un bonito prisma, apto para lavaplatos, eso sí.

—Soy Trev —saludó con un fuerte acento del East End—. Jane me ha hablado mucho de vosotros. —Lo lógico habría sido que le hubiera hablado de mí, su compañera de piso, pero miraba a Jeremy cuando lo dijo.

—No tanto como a nosotros de ti —masculló Jeremy a la copa.

—Sólo hemos venido a preguntaros por el calabacín que habéis metido en el frigorífico. — Trev le dio un codazo—. Y la berenjena. ¿Los vais a usar...?

—Hemos decidido no cocinar —contesté sosteniendo en alto la pizza—. Coméoslos si queréis. Jeremy, que se estaba enrollando una porción de pizza, paró para mirarme, negando rotundamente con la cabeza.

—No nos los vamos a comer, corazón —indicó Jane.

Tardé unos segundos en pillarlo.

—Pero son orgánicos —repuse, como si eso importara.

Trev le mordisqueó la oreja a Jane.

—Enseguida vuelvo.

Jane miró de pronto el cuaderno.

—¿Qué estáis haciendo, cariños?

—Intentando encontrar un modo de que Evie conozca a alguien en una librería —contestó Maria, bromista.

—¿Sales con tíos otra vez? —me preguntó—. ¡Qué ilusión! Aunque ya casi nadie se conoce de forma orgánica.

A propósito de lo orgánico, Trev había vuelto con las verduras, y, lo que resultaba inexplicable, un cortador en espiral.

—¿Y en un club de lectura? —propuso mordisqueando el extremo de una zanahoria.

Jane se la arrancó de la boca.

—No las desperdicies. ¡Ah, ya sé! Tengo una amiga que habla maravillas de The Dusty Bookshelf, en Peckham. Dice que es brutal. Tiene un nombre divertidísimo. ¿Cómo era...?

Mis amigos y yo nos miramos; pero ¿qué era lo peor que podía pasar? Era un club de lectura. Jeremy lo anotó.

—¿Cómo os habéis conocido vosotros? —preguntó Maria. Jeremy cambió pizza por más vino.

—La app de citas de Must Dash —dijo Jane—. Es una app para personas que viven en las afueras y buscan un polvo ráp...

—Qué bonito —la interrumpió Maria.

A modo de demostración, Trev salió corriendo detrás de Jane por el pasillo, calabacín en ristre.

Cerré la puerta para no oírlos.

—Vale —dije volviendo al cuaderno—. Ya tengo una lista de «encuentros de película» con la

que inspirarme. Enseñadme el plan para el gran final.

Creo que nunca había visto a dos personas más satisfechas de sí mismas.

Jeremy sostuvo en alto el móvil, para que viera que había estado ocupado en JEMS.

Sarah: ¿Tiene que ver con la despedida? ¡No os distraigáis!

—Espera, ése no. —Bajó un poco.

Sarah: Lo pillo. Vale, contad conmigo para lo de la boda.

—¿A qué se refiere?

—A que la boda de Sarah por fin va a servir para algo.

—¡Jeremy! —lo reprendió de forma automática Maria, que seguía siendo nuestro Pepito Grillo, aun achispada.

Él señaló el diagrama de Venn del centro, donde apenas podía leerse la palabra «¡BODA!» entre tanta intersección de círculos.

—En un noventa y cinco por ciento de las comedias románticas, más o menos, hay una boda, puede que en más, no las he contado: *Planes de boda*, *27 vestidos*, *La boda de mi mejor amigo*... Que la boda sea el punto final es literalmente lo más típico de comedia romántica que podrías hacer. Éste —dijo Jeremy extendiendo las manos— es tu gran final.

Maria sonreía alentadora.

—Sarah te va a encontrar el acompañante ideal. —Calló un momento al verme la cara—. Te va a encontrar un acompañante.

—¡Es su día, no puedo ser yo la protagonista!

Jeremy soltó un bufido.

—Todos los días son su día. Con éste sólo lo está legitimando. La boda es justo antes de que termine tu plazo, Evie. Es perfecto. Si para entonces no lo has conseguido, ¿quién mejor para asegurarse de que lo haces que una obsesa del control y la organización? Nuestra cuestionable amiga por fin nos va a salir rentable. Evie, querida, hazlo por todos nosotros.

Miré a Maria, que se encogió de hombros.

—A Sarah parece que le hace ilusión...

—Vale, vale, vosotros ganáis.

Jeremy volvió a sentarse con nosotras en el sofá y miramos todos la palabra «¡BODA!» en el centro del cuaderno.

—Lo voy a hacer de verdad —dije algo aturdida—. Voy a vivir tres meses como si fuera parte de una comedia romántica.

Lo cierto era que sabía que lo que temía era justo aquello en lo que mis amigos pensaban que el desafío podía beneficiarme. «¿Me arriesgo a volver a enamorarme?» Aún recordaba las últimas palabras de Ricky: «Creo que tú eres estupenda, Evie —me había dicho—. Soy yo, que quiero más». Fue la típica ruptura «no eres tú, soy yo», sólo que yo me quedé con la sensación de que no

había sabido ser lo que él quería. Ya no me dolía, no exactamente, pero hay cosas que se te quedan dentro.

—¡Por Evie! —declaró Jeremy mientras chocábamos las copas—, ¡y por su vida amorosa!

—Carrera —los corregí—. Y por mis estupendos amigos, que demuestran que la vida real puede ser como las películas.

Con dos libros que cogió de la mesa de centro, Jeremy improvisó una claqueta sobre mi regazo y los juntó con un chasquido.

—Y... ¡acción!

El de la bebida derramada, tomas 1 y 2

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: JEMS

Asunto: HAIDO DE PENA

Enviado el: 26 de noviembre, 10.30

Hola, chicos:

Estoy a punto de mandarle a Ya Sabéis Quién los detalles de mi primer «encuentro de película»: el de la bebida derramada.

Os adjunto lo que he escrito. ¿Os suena bien? La verdad, me he acojonado un poco. Estaba sentada a una de las mesas comunales, con un vaso de agua, y tenía al lado a un tío que yo creo que era de mi edad (un hípster, pero eso da igual).

Tírarle encima la bebida a un desconocido es MUCHO más difícil de lo que parece, que lo sepáis. Con lo nerviosa que estaba, me han hecho falta dos intentos para vaciársela encima (¿SOIS CONSCIENTES DE LO CHIFLADA QUE ESO TE HACE PARECER?). Cuando por fin he reunido el valor necesario para volcarla, le ha caído encima de su cubo de Rubik de colección y algunas de las pegatinas de colores se han despegado. QUÉ VERGÜENZA.

Os quiero,

Esa persona del café junto a la que no quieres sentarte

XXX

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada

Enviado el: 26 de noviembre, 11.00

Estimado Ezra:

Conforme a lo acordado, me complace adjuntarte mi primer informe de cuquiencuentro. Te agradecería que me confirmaras, por favor, que lo has recibido correctamente y que has empezado a escribir.

Un saludo,

Evie

Evie Summers

Asistente de William Jonathan Montgomery III

Agencia de guionistas William Jonathan Montgomery & Sons

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: RE: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada (pero ¿qué me estás contando?)

Enviado el: 27 de noviembre, 2.34

Estimada Pelirroja:

Tu informe es un puto coñazo. ¿En serio nos vamos a pasar tres meses echándoles bebidas por encima a desconocidos y disculpándonos después para demostrar que tengo razón?

Un abrazo,

E.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: RE: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada (¿no has visto *Notting Hill*?)

Enviado el: 27 de noviembre, 7.46

Estimado Ezra:

Siento que te haya parecido aburrido. No olvides que aún dispongo de mucho tiempo para conocer a alguien y demostrarte que te equivocas. Te envío el próximo informe en breve. Estoy deseando ver las primeras páginas de tu guion.

Evie

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: RE: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada (¿y por qué iba a haberla visto?)

Enviado el: 28 de noviembre, 1.06

No lo digo en broma, Pelirroja: no voy a escribir nada si me mandas esas chorradas. No olvides que hasta un drama tiene que mantener despierto al espectador. Deduzco, por lo que me has mandado, que las comedias románticas no se rigen por los mismos estándares.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada, toma 2 (¿te ha llegado el paquete que te he mandado?)

Enviado el: 2 de diciembre, 14.56

Estimado Ezra:

A la vista de la decepción que te produjo mi primer intento, le he dado una vuelta a este «encuentro de película». Te lo envío adjunto. No es largo; intenta por lo menos no dormirte.

Cruzo los dedos.

Evie

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: RE: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada, toma 2 (sí, pero ya nadie tiene reproductores de DVD, así que lo he tirado a la basura)

Enviado el: 2 de diciembre, 15.06

Esto es otra cosa, Pelirroja. Cuando he leído que la niña había vomitado, he pensado que te lo habías inventado y he llamado al café para preguntar. Te han puesto en la lista negra, que lo sepas.

He cambiado de opinión. Estoy deseando recibir tu siguiente «encuentro de película».

Tu humilde servidor,

E.

De: Monty@WJM.co.uk

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: Actualización de progreso

Enviado: 3 de diciembre, 11.45

Estimada Evelyn:

Por favor, ponme al corriente del asunto del guion. Quiero mantenerme al margen para no invadir el espacio creativo de Ezra. Esto podría ser una oportunidad para ti. Quizá tengas un extraordinario futuro por delante.

Claro que, para que eso ocurra, la agencia tiene que seguir en pie.

Un saludo,

Monty

William Jonathan Montgomery III

Agencia de guionistas William Jonathan Montgomery & Sons

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El de la bebida derramada, toma 2 (www.netflix.co.uk/nottinghill)

Enviado el: 3 de diciembre, 13.15

Seguro que las páginas que estás a punto de mandar a Monty harán que todo merezca la pena.

P. D. Te adjunto una extensa lista de las mejores comedias románticas que puedes ver para suplir tu alarmante incultura. Considéralo educativo. Confío en que te inspiren.

El del zapato

Exterior de Gil's Coffee House, East Dulwich, domingo 9 de diciembre a las 10.00.

Llueve a cántaros. Evie pasa a toda prisa por delante de Gil's, con un paraguas rojo pero empapada de todas formas. El local de al lado se encuentra cerrado por reformas. Da media vuelta en busca de otra opción. La lluvia torrencial casi no la deja ver, así que vuelve corriendo a Gil's. A pesar de la que está cayendo, titubea en la puerta.

Sólo hacía una semana que había hecho vomitar a una niña en aquel café. ¿Podía volver allí? Una gota de lluvia helada se me coló por el cuello y supe enseguida la respuesta.

Tampoco podía irme a casa, me recordé mientras abría la puerta. En las negociaciones territoriales del piso, a mí me había tocado sexo sin limitaciones los sábados y Jane se había pedido los domingos, con lo que podía tener compañía para dormir. Claro que tampoco es que durmieran mucho. Necesitaba un sitio donde escribir tranquilamente mi último informe de «encuentro de película» para ESNOB, que no le había enviado a Monty ni una sola página ni siquiera después de aprobar la segunda toma de «El de la bebida derramada», pero a mí aún no me había dado el ataque de pánico. Sólo habían pasado unas semanas y no esperaba que le volviera la inspiración enseguida. ESNOB necesitaba más para ponerse en marcha y eso era lo que yo le iba a dar. Aunque para eso tuviera que andar humillándome por todo Londres.

Me dirigí al mostrador intentando convencerme de que nadie me reconocería. Mi padre siempre decía que todo el mundo andaba demasiado enfrascado en sus cosas como para fijarse en los demás. Lo tuve presente mientras me aseguraba de que las mamis pijas habían cumplido su promesa de no volver jamás. No estaban allí.

«Menos mal.»

Atendía Xan. Le pedí un café con tostadas, algo acelerada.

—Claro, cielo, enseguida —dijo Xan sonriente.

Estaba casi convencida de que era de esas personas que llaman «cielo» a todo el mundo. Si el tío que había tenido que limpiar el estropicio no me recordaba, nadie lo haría.

Mientras preparaba el café, exploré el local en busca de una mesa libre. Al fondo vi dos caras conocidas. Ben y Anette estaban sentados en el mismo sitio de hacía una semana, los dos con la

cabeza agachada, leyendo. Exhalé despacio.

El fuerte ruido de un vaso puesto en el mostrador me hizo volverme.

Era un zumo de naranja.

Lo miré un buen rato.

Xan estaba detrás, con una amplia sonrisa.

—He pensado que igual te apetecía probar nuestro nuevo especial —dijo, y me enseñó una pizarrita con un mensaje manuscrito en ella.

LA SORPRESA «NO APTA PARA NIÑOS»

(pista: contiene huevo)

Vaciló un poco al verme la cara, y enseguida me cambió el zumo por café.

—Nos has dado un respiro de los *lattes* especiados con calabaza —dijo como disculpándose.

Cogí el café y le di las gracias de forma casi inaudible. Había cometido un error. No debería haber vuelto.

Alguien carraspeó a mi espalda.

Anette y Ben estaban allí de pie, los dos con un zumo en la mano. La niña le dio un codazo a su padre para que levantara el suyo un poco más. Sonrió, sin percatarse de lo incómodo que estaba él.

—Hemos venido a ayudarte a que te lo tomes con humor.

Anette insistió en que me sentara con ellos, con lo que no me quedó más remedio que instalarme con el portátil en su mesa. Al ver que Ben abría de inmediato el periódico, me dio la impresión de que la invitación no había sido idea de ambos. Debajo del suéter llevaba camisa y me pareció excesivo para un fin de semana. Me concentré en escribir mi último informe, decidida a demostrarle que no había ido allí a fastidiarles el desayuno.

A Anette no le preocupaban las mismas cosas.

—¿Has hecho algún otro «encuentro de película»?

Procuré no mirar a su padre. Hacía una semana les había contado lo justo, después de que Ben me echase en cara lo que estaba haciendo.

—Anette, deja en paz a Evie —dijo él antes de que me diera tiempo a contestar.

Hizo una seña con la mano y vi que su hija la captaba y ponía mala cara. Con sus manitas, le respondió y él sonrió de medio lado. Anette se metió un mechón de pelo moreno por detrás de la oreja y le vi el audífono.

—Vale, juego —contestó Ben en voz alta—. Pero esta vez elijo yo.

Juntaron las cabezas y hablaron en susurros, salpicando de nuevo la conversación con la lengua de signos.

Yo seguí con mi informe. Era un resumen del «encuentro de película» de la damisela en apuros (que no era el recurso más progresista de la comedia romántica, pero funcionaba en *Planes de boda*). Como mis dos primeros intentos, no había salido según lo previsto. Ya me imaginaba la reacción de ESNOB. De momento, los «encuentros de película» sólo habían servido para divertirlo. «Más vale que toda esta humillación dé frutos.»

No sólo me estaban costando los «encuentros de película» en sí, sino también escribir sobre ellos. No había pensado que enviarle aquellos informes a ESNOB fuera a ser como volver a escribir. Sin embargo, cuando me había dicho que el primer intento le había aburrido, se me había abierto una vieja herida. Antes pasaba horas escribiendo, se me iban días enteros en un suspiro. Mi padre siempre era mi primer lector y sus comedidos comentarios me ayudaban a pulir aristas. Luego papá había muerto y aquel agente había rechazado el primer guion que había escrito sin él. Maria solía decirme que la necesidad de escribir terminaría volviendo a mí, pero cada vez que me enfrentaba a la pantalla en blanco lo único que me venía eran las palabras del agente: «No tienes lo que hay que tener». Y ya no me quedaba otro remedio que escribir sin los consejos de papá, y cada palabra que ponía en la página era como un tímido paso sobre el hielo.

Me vibró el móvil, que me devolvió bruscamente al presente. Le di la vuelta, pensando que sería algún mensaje de JEMS, pero entonces lo vi, y también vi el apodo.

Número desconocido: ¿Qué, Pelirroja?, ¿ya has hecho vomitar a algún otro niño? Debo decir que me ha motivado mucho. Mucho más que esa lista que me has mandado de comedias románticas que no pienso ver. Espero impaciente el siguiente informe.

Era tan insoportable por mensaje como en persona.

Evie: Perdona, ¿quién eres?

ESNOB: ¿A cuántos guionistas desgarradoramente atractivos conoces, Pelirroja?

Evie: A ninguno.

ESNOB: Muy graciosa, Stevie.

Evie: Ah, que eres tú. ¿No deberías estar escribiendo?

ESNOB: Qué exigente. Primero quiero que me mandes más informes. Me gusta ver cómo fastidias a otros aparte de a mí, para variar. Además, no escribes nada mal, Pelirroja.

Evie: A ti tampoco se te da mal marear la perdiz. Hicimos un trato.

ESNOB: Pues eso. ¿Qué más tienes?

Al levantar la vista, vi que Annette reía. Sostenía una cámara que parecía profesional. Habría

supuesto que era de su padre, pero la llevaba con una correa de arcoíris y, por cómo la agarraba, supe que era suya.

Le hizo una foto a Ben. Él sonrió para ella, complaciente pero incómodo. Bajé de nuevo la vista al móvil, preguntándome qué hacían los dos solos allí otra vez. A lo mejor el desayuno del domingo era su momento padre-hija oficial. Parecían muy unidos. Yo no los conocía de nada, pero había algo en ellos que me resultaba familiar.

Un *flashazo*. Parpadeé y vi a Anette bajar la cámara, sonriéndome.

—¿Quieres jugar tú también?

Ben abrió la boca para protestar, pero yo me adelanté.

—¿En qué consiste el juego? —pregunté sin saber qué pronto me había dado. Era tristemente evidente que su padre no quería que participara y, no sé por qué, eso me hacía tener aún más ganas.

Anette sonrió.

—Se llama «Ver mal por radio» —dijo, y lo repitió sin emitir ningún sonido.

—«Leer mal los labios» —me sopló Ben en voz baja.

—Mira, te enseño cómo va. Tienes que elegir a alguien, por ejemplo, a aquellos dos de allí —me explicó, señalando a una pareja de ancianos sentados unas mesas más allá. Ben le bajó con suavidad el dedo extendido—. Fíjate bien.

Los escudriñó. Vi que la pareja hablaba, pero con el bullicio del café era imposible oír lo que decían.

—Uy, me voy a la tienda a comprar queso —empezó Anette poniendo una voz grave. Un silencio—. Papá... —lo instó.

—¿Siempre tengo que hacer yo de mujer?

—Sí —contestó ella—. Y hazlo bien.

Me miró a mí, después se fijó en la pareja.

—¡Qué obsesión tienes con el queso! —dijo con voz de pito.

Me tapé la sonrisa con la mano.

—El queso es delicioso —señaló Anette con la misma voz grave de antes—. Igual que las abejas —añadió cuando el anciano siguió hablando.

Ben y Anette doblaban a la perfección la conversación de la pareja, acelerando o decelerando sus respuestas para hacerlas coincidir con los movimientos de las bocas. Casi parecía que de verdad estaban leyéndoles los labios, salvo porque no decían más que disparates.

—Nunca me habías dicho lo de las abejas —intervino Ben con su falsete.

El hombre le hizo una seña indignado al camarero.

—¡Tráigame unas abejas! —gritó Anette. La pareja se volvió y Ben, muerto de vergüenza, agachó la cabeza, igual que nosotras.

—Qué maravilla —susurré.

—Se lo inventó papá.

Ben, con las orejas coloradas, sacudió el periódico para indicar que el juego había terminado.

Su hija aprovechó la ocasión para acercarse más a mí, con un destello en la mirada.

—Bueno, ¿ya has hecho otro «encuentro de película» para ESNOB?

¿Había usado yo aquel apodo la semana anterior? Estaba tan abochornada que no recordaba qué les había contado exactamente. No era de extrañar que a Ben no le agradara tenerme allí.

—En realidad, se llama Ezra —me apresuré a aclarar mirando a Ben. Él volvió la página, ajeno a nuestro intercambio. «Genial.»—. Tu madre va a pensar que soy una mala influencia —le dije a Anette.

Ben levantó la cabeza de golpe.

«¿Qué he dicho?»

Pero Anette me sonreía.

—Yo creo que le habrías molado un huevo —repuso.

Tardé un segundo en advertir la connotación de pasado, y entonces, sobresaltada, supe por qué Anette y Ben estaban allí solos.

—Anette... —la reprendió Ben—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado? Sólo puedes decir palabrotas en francés. Quiero que la gente piense que somos cultos.

—*Merde* —soltó Anette.

—Eso está mejor.

—Lo siento —le dije a Ben en voz baja.

Puede que mi tono le diera a entender, de alguna forma, que comprendía la situación, porque me miró y, por primera vez, me sonrió. Le dio un beso suave en la sien a Anette.

Al verlos así, tuve un impulso.

—Sé que no es una bebida muy de desayuno, pero ¿os apetece un chocolate caliente? Mi padre y yo solíamos tomarlo juntos a todas horas.

—¡Por supuestísimo! —exclamó Anette al mismo tiempo que Ben respondía: «No, gracias».

La niña miró a su padre muy digna y le habló con sus dedos rápidos.

—Sí, nos encantaría, gracias —rectificó él.

Tuve una especie de sensación de progreso. Le mandé a ESNOB el informe por correo electrónico y fui a pedir.

La mujer que tenía delante en la fila llevaba una coleta larga de pelo dorado con la que no paraba de sacudirme la cara. Tardé un segundo en darme cuenta de que era una de las mamás que estaban allí hacía una semana. Al verme, se quedó helada un instante, sin saber qué decir.

—Samantha —se presentó, recolocándose la correa de la esterilla de yoga que llevaba al hombro.

—Evie —contesté con recelo.

—Ay, no te preocupes por el pequeño incidente de la semana pasada. No es la primera vez que

Justice vacía una sala. —Soltó una carcajada aguda y algo cantarina. Le sonreí sin ganas. Le pidió a Xan un expreso con espuma y leche desnatada—. Ya he visto que te has sentado con don Altomorenoyserio.

Procuré no mirar a mi mesa.

—¿Cómo dices?

—Nada, es una broma que tengo con otras mamás. Nuestros hijos van todos al mismo colegio. —Se mordió el labio—. ¿Puedo darte un consejo?

—Claro. —Dudaba que pudiera impedirselo.

Le pedí a Xan los chocolates, con extra de nubes de azúcar en uno de ellos.

—No salgas con él, no merece la pena —me recomendó Samantha casi como disculpándose—. Salimos un día, después de mi divorcio, y fue superraro. Apenas dijo dos palabras en toda la noche; sólo hablaba de su niña. No se lo censuro. A lo mejor aún no estaba preparado, ya sabes, teniendo en cuenta cómo murió su mujer. O igual es que es así. Algunos hombres lo son. —Cogió su expreso del mostrador—. Te lo digo para que no pierdas el tiempo.

Antes de que pudiera asegurarle que se equivocaba conmigo, ya se había ido, balanceando la coleta. Cogí la bandeja con los chocolates calientes. «¿Cómo murió su mujer?», me pregunté un segundo, luego deseché el pensamiento. No era asunto mío, en absoluto.

—Bueno... —dijo Anette en cuanto repartí los chocolates. Ben me miró algo extrañado, después siguió leyendo. Le había dado el que tenía más nubes de azúcar. Me pareció que las necesitaba—. ¿Nos cuentas ya tu último «encuentro de película»?

Una cosa era describírselo a ESNOB —ponerlo por escrito me ayudaba a distanciarme de la humillación— y otra muy distinta contarle en voz alta. Pero la expresión de Anette era de lo más sincera. Ni rastro de censura en su rostro.

Volví a mirar a Ben, de nuevo absorto en su lectura, acercándose de pronto la taza. Como vi que no protestaba, le conté a la niña el de la damisela en apuros, de cómo me había pateado la calle de un lado a otro con unos zapatos de tacón que me destrozaban los pies hasta que había detectado un blanco: camisa de cuadros, gorro de lana, barba. No era precisamente Matthew McConaughey, pero sí más de mi tipo. Había esperado a tenerlo cerca y luego había metido el tacón en una rejilla de la acera.

—¿Fingiste que se te había quedado atrapado? —preguntó Anette emocionada.

—Monté el numerito completo. Ni se paró siquiera. Entonces me di cuenta.

—¿De qué? —preguntó hipnotizada.

—De que se me había enganchado el tacón de verdad. —Lo tenía completamente encajado en la rejilla—. Y mientras yo me entretenía intentando llamar la atención de aquel tío, llegaron unos obreros que iban a arreglar la calle. Hacían apuestas sobre cuántas vallas de seguridad podían ponerme alrededor en un momento. Consiguieron aislarme por completo.

Anette soltó una carcajada.

—Tuve que dejar el zapato allí —le dije aliviada de poder reírme por fin de aquel episodio—.

Me prestaron una bota de trabajo que les sobraba para que pudiera volver a casa.

—¿Todo eso es verdad? —preguntó Ben de pronto, algo escéptico.

«¿Cuánto tiempo lleva escuchando?»

Levanté la bolsa de plástico donde llevaba la bota para enseñársela.

—¡Aquí tengo la prueba! Voy a devolverla de camino a casa. —Ben parpadeó y asomó a su mejilla un amago de sonrisa—. Merecerá la pena si los «encuentros de película» inspiran a Ezra —dije con sequedad.

—Mientras merezca la pena... —replicó él.

Me crucé de brazos.

—Mira, si dependiera de mí, conocería a alguien porque seríamos los únicos que hubieran comprado entradas para ver *Brick Park* en el Prince Charles Cinema, pero eso no va a pasar jamás.

—¿Qué es *Brick Park*? —preguntó Anette. Su padre me miraba fijamente, con las cejas oscuras algo enarcadas.

Me centré en ella.

—Sólo una película extraordinaria de la que nadie ha oído hablar —contesté sonriendo—. Es de los cincuenta. Dorothy Taylor era una guionista excepcional, pero sólo hizo una película.

Cuando mi padre me descubrió *Brick Park*, empezó todo. Desde entonces, quise ser guionista para poder escribir un guion que hiciera a la gente aunque fuera la mitad de feliz que *Brick Park* a nosotros. Papá me regaló mi primer portátil y me dijo: «Escribas lo que escribas, Evie, “que deje huella”». Era nuestra frase favorita de la película. A veces me costaba recordar que un día había creído de verdad que podía engendrar algo digno.

—¿Y qué pasará cuando conozcas a alguien? —preguntó Ben de repente.

—Pues que ESNOB tendrá que escribir el guion —contesté, y al ver reír a Anette me di cuenta de que había vuelto a llamarlo por el apodo—. Y a mí me ascenderán a agente.

—¿Y qué será de él? —insistió.

—¿De ESN... Ezra? —tartamudeé.

—Del hombre al que conozcas en uno de esos «encuentros de película». Para él, será todo de verdad, ¿no?

Anette nos miró alternativamente y yo hice una pausa para medir bien mis palabras. Les había dicho a mis amigos que no hacía aquello por amor. Lo cierto era que no lo había pensado mucho. Siempre había creído que encontraría mi «final feliz» con Ricky, y mira cómo había terminado aquello. No quería reconocerlo delante de Ben, así que me encogí de hombros.

—Basta con que encuentre a alguien dispuesto a decir que se ha enamorado de mí —dije muy seria—. No busco al hombre de mi vida, sólo algo que a ESNOB le parezca creíble. No hace falta que sea superauténtico para ninguno de los dos.

Un breve silencio.

—Ajá... —asintió Ben, y retomó la lectura de la sección de viajes, como si ya no quisiera

saber nada más.

Anette le hizo a su padre una especie de signo parecido a una «K» debajo de la nariz, con dos dedos y el pulgar. Al poco, él se lo devolvió. Ella se recostó en el asiento satisfecha, meciendo las piernas.

—A mí me pareces brillante —me dijo.

Brindé con ella. ¿Quién necesitaba la aprobación de Ben?

La mujer de la cola no podía tener más razón en lo que me había dicho de él.

ESNOB: Tus diálogos mejoran. Cuando los obreros te encajonaron, dudo que uno de ellos te dijera: «Creo que hemos cazado a una romántica empedernida, chicos. Desde que Netflix descubrió su público, apenas se las ve por ahí sueltas». Sólo se te podría haber ocurrido a ti. Aunque sabes que puedes dejarlo en cualquier momento, ¿verdad? Empiezo a pensar que soy el único que se toma en serio nuestro acuerdo. Dos meses para perder la cabeza por un hombre y ya has perdido un zapato. Tic, tac, Pelirroja.

El de la librería

Exterior de The Dusty Bookshelf, miércoles 12 de diciembre a las 19.30. Evie está delante de la librería. Los marcos de los escaparates están pintados de azul medianoche. Cuelga sobre la puerta un letrero de madera del mismo azul con las letras en plata que reza THE DUSTY BOOKSHELF. El escaparate está decorado con luces de navidad que parpadean con suavidad, iluminando los libros. Evie tiene la nariz de un rosado intenso. El pelo trenzado le sobresale por debajo del gorro verde de lana mientras curioseosa a través del cristal.

Es una verdad universalmente aceptada que, en el momento en que se pronuncian las palabras «¿Qué es lo peor que puede pasar?», surge de pronto una decena de posibilidades. Aun así, plantada ante la puerta de The Dusty Bookshelf, en una callejuela de Peckham, ésas fueron las palabras que me repetí.

Me había facilitado la hora y los detalles Jane, que no sabía cuál era el libro de ese mes, pero me había prometido que el grupo sería «un hervidero de romance». Cuando le había preguntado qué tipo de libros solían leer, me había contestado que «sobre todo de fantasía, ya sabes, hombres lobo y esas cosas». Confiaba en que se refiriera también a terror y ciencia ficción, porque al menos con éstos estaba familiarizada como géneros cinematográficos.

Mientras curioseaba por el escaparate de la tienda, iluminada con luces cálidas, el corazón me dio un vuelco como en la caída libre de una atracción de feria. Salvo por las copas con otros asistentes, hacía un tiempo que no socializaba sin tener a Ricky a mi lado. Él me sonreía y prometía no separarse de mi lado en toda la noche.

Me armé de valor. Tenía que hacerlo. Habían pasado más de tres semanas y lo único que había conseguido era que ESNOB me pidiera más «encuentros de película». Mi único consuelo era que insistía en que lo ayudaban a escribir. Ojalá pudiera crearlo.

Abrí la puerta.

Dentro había una mujer leyendo, sentada detrás de una caja registradora, en un mostrador de madera que crujía por el peso de una pila de libros. El sitio era bonito. Las estanterías de madera estaban atestadas de libros nuevos y viejos, de las vigas colgaban farolillos y el mobiliario era dispar, con lámparas en todos los rincones y rinconcitos imaginables.

—Hola —dije vacilante.

La mujer terminó la página y me miró.

—Está cerrado —me contestó.

—Vengo por el club de lectura.

Se recostó en el asiento y se quitó las gafas para hacerme la ficha.

—Bueno —dijo después de una pausa—, tiene que haber de todo. Sígueme.

Abochornada, la seguí por un pasillo forrado de libros, procurando no perder de vista su moño danzarín mientras zigzagueábamos entre estanterías hasta llegar a lo que debía de ser el fondo de la tienda. Las estanterías dieron paso a un pequeño espacio también forrado de libros y repleto de gente, una diversidad de sillas y una vieja mesa manchada donde había vino.

«Ay, menos mal.»

—Una de los vuestros —anunció la mujer, y me dejó allí.

Junto a la mesa había una mujer negra y alta, quizá unos años mayor que yo, que vestía botas de caña rojas.

—¿Tinto o blanco? —me preguntó. Parecía estadounidense. Los nervios me hicieron enmudecer—. Soy Steph —añadió.

—Evie.

Me puso una copa de vino blanco en las manos.

—Bébetelo. Siempre ayuda la primera vez.

—¡Yo lo considero un lubricante social! —Asomó un hombre por su espalda. Steph le dedicó una sonrisa cariñosa y le ofreció una copa de tinto. Era menudo y de aspecto pulcro, de sesenta y tantos, con un chaleco de punto sobre una camisa de manga corta—. ¿Qué te trae a nuestro pequeño rincón del mundo?

—No paran de quitarnos el cartel del escaparate —terció Steph.

—Pero siempre termina volviendo a ponerlo alguien —dijo él sonriendo a Steph.

—Hay gente muy purista con la ficción de género —señalé.

—Pues si tuvieras que escribirla... Siempre que le cuento a alguien cómo me gano la vida, me miran como si de pronto fuera un monstruo bicéfalo —comentó Steph.

—Qué propio —respondí, y ella me otorgó su sonrisa de labios rojos.

Iba a preguntarle más sobre lo que estaba escribiendo, pero una mujer de pelo recio color maíz hizo sonar su copa tamborileando con las uñas rosa en el cristal para indicarnos a todos que ocupáramos nuestros sitios.

—Bienvenidos, compañeros de aventura. —Posó la mirada en mí—. Vaya, me encanta ver que hay nuevos «miembros».

Se oyeron unas cuantas risitas tontas mientras los otros se volvían para mirarme. Yo, clavada al suelo.

Se hizo un silencio durante el cual caí en la cuenta de que esperaban que me presentara.

—¡Evie! —grité en un desafortunado intento de compensar el retraso.

—Bienvenida, «¡Evie!». Yo soy Meagan. Estamos impacientes por que nos cuentes qué te pareció el libro que elegimos para noviembre.

Ése era sin duda el momento que cualquier persona normal habría aprovechado para reconocer que no había tenido tiempo de averiguar de qué libro se trataba, y menos aún de leerlo. Sin embargo, mis amigos habían insistido en que siguiera una norma en todos mis «encuentros de película»: la de no ocupar un lugar secundario en mi propia película. O sea, que tenía que participar en la conversación sobre el libro, aunque no lo hubiera leído.

Al echar un vistazo a los rostros de quienes formaban el círculo, se me cayó el alma a los pies. Entre la docena de personas que estaban allí, sólo había un hombre: Gabe. Había ido a aquel sitio dando por supuesto que la mayoría de los fans de la fantasía y la ciencia ficción serían hombres, pero estaba claro que me equivocaba.

Alguien carraspeó a nuestra espalda y Meagan sonrió.

—Pasa, pasa.

Nos volvimos todos para ver al rezagado, un hombre más o menos de mi edad.

«Uy, vaya.»

Por cómo lo miraban todos intrigados, supe que también era primerizo. Se desenroscó la bufanda y, al quitarse el gorro, dejó al descubierto una buena mata de pelo rubio ceniza.

El Candidato Recién Llegado lucía una de esas barbas de varios días que decían «no presumo de mi aspecto», pero también «soy lo bastante atrevido para resultar sexy», y llevaba unas gafas redondas de carey supercuquis. «Como Ricky.» Me deshice rápidamente del pensamiento y de la punzada que me produjo.

Meagan acercó una silla a la suya y le indicó que se sentara.

—Siéntate, Tom. Me ha encantado que nos escribieras avisando de que ibas a acompañarnos hoy. Os presento a Tom.

Desde luego, no era yo la única que se lo comía con los ojos. Coreamos un saludo, algunos más alto y mucho más obvio que el de los demás.

Tom sonrió al pasar por mi lado. Aunque yo no estuviera haciendo aquello por amor, tampoco pasaba nada por que lo encontrara atractivo.

—Bueno, la primera pregunta es para uno de los nuevos miembros del grupo: Evie. —«Gracias, Meagan.»—. ¿Eres nueva en el género?

Al menos empezábamos con una fácil. Me aclaré la garganta y procuré no parecer demasiado segura de mí misma.

—Era bastante más aficionada cuando era más joven. —Steph enarcó de pronto las cejas—. No es que ahora me guste menos —añadí enseguida. Me alivió ver que algunos me sonreían—.

Sólo que últimamente apenas tengo tiempo para leer.

Algunas de las mujeres asintieron con la cabeza.

Meagan sonrió.

—Gracias, Evie. ¿Qué os ha parecido el libro? ¿Amanda? —preguntó a una mujer que vestía un traje pantalón impecable.

—Mucho mejor que el del mes pasado —contestó Amanda—. El subgénero feminista no me interesa en absoluto. A mí dadme hombres de verdad, siempre. Con todos mis respetos por tus novelas, Steph.

—Con «hombres de verdad» supongo que te refieres a vampiros que se clavan la estaca unos a otros —replicó la otra.

—A ver, señoras, todos tenemos nuestras preferencias —terció Meagan—. ¿Recordáis lo que decimos siempre...?

—Que hay subgéneros para todo el mundo —continuaron todos menos Tom y yo.

Tom me miró y sonrió, y sentí un escalofrío hasta los pies.

«Tranquilízate, Evie.»

—Evie, ¿cuál es el tuyo? Que no te dé vergüenza; todas las respuestas valen.

«Ay, Dios.»

Traté de recordar todo lo que sabía de la ficción de género. Sólo conocía subgéneros cinematográficos, así que elegí el que menos me incomodaba.

—El terror —contesté. Había tantas guionistas excepcionales: Kathryn Bigelow, Karen Walton, Diablo Cody...

Algunos se quedaron boquiabiertos. Supuse que incluso los fans sin prejuicios seguían considerando el terror un subgénero menor.

Meagan asentía despacio y una arruga le marcaba la frente.

—Como he dicho, estás entre amigos: aquí nadie te va a juzgar.

Esa última parte parecía dirigida al resto de los presentes, y algunas de las mujeres se encogieron de hombros como resignadas.

Me relajé. Una pregunta menos. Si el que contestara la siguiente revelaba un poquito del condenado libro, lo tendría algo más fácil.

—Evie... —«Dios santo, qué tortura.» ¿Lo hacía a propósito? En algún momento tendría que tocarle a Tom, ¿no? Me dio la impresión de que, por algún motivo, me había calado y estaba decidida a obligarme a reconocerlo. Pero ¿cómo demonios lo había sabido?—. Perdona, vamos a hablar todos, pero es que me encantaría saber qué te ha parecido la escena del pirata y su madrastra.

Al menos, ya tenía más detalles.

—Bueno... —dije, dilatando el momento para poder pensarlo mejor. Incisiva pero vaga. Lo iba a conseguir. Bebí más vino—. La he encontrado conmovedora.

—¿También la parte en la que se «baten en duelo» bajo cubierta? —preguntó extrañada.

Vacilé, pero como ya había dado mi opinión, tenía que mantenerla para que no pareciera raro.

—Sobre todo ésa.

—¿Y cuando se les une la hermana de él?

—Me ha parecido una opción arriesgada, pero creo que está muy bien traído.

—¿Y el clímax?

—Muy satisfactorio.

—Sabe mantener la emoción —terció una mujer mayor con unas gafas enormes muy estilasas y un flequillo atrevido.

Pero Meagan no había terminado conmigo.

—Gracias, Heather, pero creo que a todos nos gustaría saber cuál es la escena favorita de Evie.

Me abaniqué la cara; hacía un calor insoportable allí dentro. Intervino Steph.

—A mí la de la princesa Esmeralda y el rey pirata en la isla del tesoro me ha parecido tremendamente...

Meagan levantó la mano para interrumpirla.

—Gracias, pero le toca hablar a Evie.

—La mía es la misma —dije. Le sonreí agradecida a Steph y decidí jugármela—. Sobre todo cuando por fin descubren dónde estaba enterrado el tesoro.

No sé por qué, a Heather le hizo gracia aquello.

—Desde luego, a Esmeralda le sorprendió encontrarlo allí —dijo.

Miré a mi alrededor.

«¿Me estoy perdiendo algo?»

—¿Y qué te ha parecido Esmeralda? —me preguntó Meagan.

«¡Joder, Meagan!» Me propuse no dejar que me tumbara. Ofrecer datos esenciales era la parte de mi trabajo que más me gustaba.

—Muy creíble. Da gusto ver por fin un personaje femenino llevado con tal inteligencia emocional. No había visto dos almas tan gemelas desde Jane Eyre y el señor Rochester. — Experimenté un subidón de triunfo. «¡Toma zasca, Meagan!»

Tom parecía estar reprimiendo una sonrisa y Steph estaba poniendo una cara rarísima.

Meagan, por fin, consiguió hablar.

—Gracias, Evie, por esa... visión única de la princesa dragón.

«Un momento..., ¿“dragón”?»

—Gabe, todos sabemos que te encantan las escenas de duelos; ¿qué te ha parecido ésta?

Se frotó las manos y, pensativo, se llevó un dedo delgado a la barbilla. Yo bebí un sorbo de vino y agradecí el indulto.

—Debo decir que, cuando el rey pirata y Esmeralda por fin se sacan las pollas —tosí porque el vino se me fue por el otro lado—, pensé que la cosa no podía mejorar mucho más, pero después

se descubre que los dragones tienen dos pollas, y ¡con eso ya lo puse en la lista de mis diez favoritos!

Se oyó caer un libro al suelo y la librera, que había ido a dejarlo en su sitio, nos miró boquiabierta y salió disparada, tapándose bien con la rebeca.

—A ver, Gabe, sabes que aquí nos gusta ser un poco menos obscenos por respeto a los demás —le reprendió Meagan mirando a la librera huidiza—. No olvides utilizar palabras menos coloridas.

—Vale, vale. Pues eso, que la escena del «duelo» donde la segunda «varita» de Esmeralda dispara «chispas» de sabores me ha parecido tremendamente impactante. La segunda cosa más «exótica» que he leído.

Devolví la copa vacía a la mesa y resistí con todas las fibras de mi ser la tentación de agarrar el abrigo y salir corriendo. Si había la más mínima posibilidad de salvar la velada hablando con Tom, tenía que intentarlo.

Él ojeaba las estanterías. Debía confiar en que le hubiera parecido divertido. Desde luego, había habido momentos en que nos habíamos mirado los dos.

Antes de que pudiera llegar a él, Steph me interceptó y me rellenó la copa.

—Siento lo de Meagan... Te ha calado desde el principio, ¿no? Insiste mucho en que nos leamos el libro. Hay quien viene sólo a tomarse un vino gratis.

—¡Qué fuerte! —exclamó Heather, que apareció de pronto con dos copas.

—En mi caso no iba del todo desencaminada —dije yo, aún muerta de vergüenza—. No me extraña que se haya molestado.

Los otros «miembros» (de pronto entendí por qué antes había habido risitas con el término) charlaban, pero vi a algunos mirar hacia donde estábamos.

—No te preocupes por ellos. No eres la primera que se mete sin quererlo en una sesión de novela de folleto —explicó Heather.

—Supongo que la clave está en el nombre.

Había sido tan estúpida de pensar que Jane podía recomendarme un club de lectura que no fuera de naturaleza «exótica».

—Ay, cuando has dicho que el clímax te había parecido «muy satisfactorio»... —Heather rio, y las grandes cuentas de su collar brillaron a la luz.

Pese a la vergüenza que estaba pasando, me sorprendí riendo yo también.

—¡Y la cara que has puesto cuando por fin has caído en la cuenta! —dijo Steph limpiándose las lágrimas.

Cuando fuimos dejando de reír, pregunté:

—¿Cómo se titula el libro?

—*Tomada por dragones: las aventuras de Follona Feliz*. —Empezamos a reír a carcajadas

otra vez—. ¿Por qué has venido? —preguntó Steph.

Me ruboricé.

—Os va a parecer una tontería, pero... para conocer a alguien.

—Entonces, cielo —indicó Steph, siguiéndome la mirada hasta Tom—, ¿qué haces hablando aún con nosotras?

Me puse al lado de Tom, haciendo como que miraba libros.

—Así que era... —dijo él con su suave acento londinense.

—La primera vez, sí —contesté.

Nos sonreímos. Tenía un poco torcidos los incisivos.

—Yo tampoco sabía qué me iba a encontrar cuando he llegado —reconoció.

—Menos varitas mágicas —apunté yo.

—No has leído el libro, ¿no?

—¿Lo habrá notado alguien? —bromeé.

—Siempre hay una próxima vez —respondió.

—¿Vas a volver? —le pregunté con verdadero interés.

—Puede —asintió—. ¿Tú vas a volver?

—Puede. —Lo imité con una sonrisa—. Me están dando ganas de leer el libro.

—Espero que te guste, de verdad.

—¿Y eso? —pregunté.

Nos interrumpió Meagan, que pidió que la atendiéramos todos un momento.

—Gracias de nuevo a todos por venir. No he querido decir nada al principio por si os cortabais, pero me ilusiona comunicaros que el autor en persona, T. Mingle, ha estado con nosotros toda la noche.

Miré a Tom alarmada mientras todos se arremolinaban a nuestro alrededor.

—No pasa nada —dijo mientras me relegaban a codazos a un segundo plano—. Hasta a mi novia le parece raro. He perdido la cuenta de la cantidad de «varitas» que me han pedido que firme.

10
El del híbrido

Interior del Gil's Coffee House, East Dulwich, domingo 16 de diciembre a las 10.00.

Evie entra en el café y busca con la mirada una mesa libre. Ve a Ben y a Anette en la misma mesa de la semana anterior, agacha la cabeza y se dirige a un banco ocupado por usuarios de portátil.

—¡Evie!

La voz aguda de Anette se oyó con nitidez desde la otra punta del local. No pude ignorarla.

Me armé de valor, luego me descubrí sonriendo. Sostenía en alto una taza de chocolate caliente. Le dije por señas que me acercaba en cuanto pidiera mi desayuno.

Como a Ben le diera por seguir censurando mis actividades, el domingo siguiente probaría en otro lugar. Necesitaba un sitio donde escribir mis «encuentros de película». Aunque tampoco estaba consiguiendo mucho con ellos, ni en lo romántico ni en lo demás. ESNOb aún no le había enviado ni una página a Monty, que empezaba a inquietarse. La semana anterior me había aconsejado que «por lo menos intentara» que nos enviase alguna prueba de que estaba escribiendo. Y añadió, sin rastro alguno de ironía, que «Eso es lo que haría cualquier buen agente». Para tener a Monty entretenido, había revisado «la pila» descomunal de la agencia (la montaña de manuscritos que recibíamos de escritores que esperaban que los representáramos). Rara vez lo veía más contento que cuando me explicaba por qué los que yo había elegido no estaban a la altura de los estándares de la agencia (vamos, que eran de mujeres). Al menos lo animaba y me concedía tiempo para centrarme en los «encuentros de película».

Ben no levantó la vista cuando llegué a su mesa. Estaba absorto en un ejemplar de *National Geographic*. Anette me había guardado un sitio entre los dos.

—Un momento, no te muevas... —me pidió con la cámara en las manos mientras yo abría el portátil. Saqué la lengua para la foto—. Y ahora, al tajo —dijo abriendo su libro—, que ese informe no se va a escribir solo.

La página en blanco. Uno de los mayores obstáculos a los que se enfrenta un escritor, junto con todas las distracciones varias que hay en internet. ESNOb seguía presionándome para que usara más diálogo y ya era casi como escribir un guion. «Venga, Evie, no vas a conseguir que siga leyéndose tus informes si no los haces en formato para críos.» Empecé el informe del «encuentro

de película» de la librería como si fuera a darle una mala noticia, jugueteando reticente con las llaves, pero al llegar a las líneas de Meagan intentando dejarme en evidencia por no haber leído el libro, pasó algo. Tuve la sensación de volver a ser la de antes, como si me hubiera quedado un tiempo rezagada. No era exactamente igual, pero recuperé un ritmo que pensaba que había perdido hacía tiempo.

Cuando miré el reloj, había volado casi una hora. Noté que me miraban. «Anette», me dije.

Era Ben.

—¿Qué? —pregunté sobresaltada.

—Nada —contestó enseguida. Luego—: Parece que te sale de forma natural. —Debí de poner cara de extrañeza—. Lo de escribir —se explicó, y siguió con su revista, con las orejas de nuevo coloradas.

La siguiente vez que miré, Ben tenía la barbilla apoyada en la mano vuelta y el otro brazo sobre sus largas piernas y estaba completamente absorto en un artículo. «Bien», me dije.

No pude evitar advertir que llevaba un pegote de purpurina roja en la nariz. Su semblante no parecía tan sombrío cuando estaba concentrado. Cejas oscuras, ojos inquisitivos, sonrisa de medio lado (que no le había visto muy a menudo), mandíbula angulosa y pelo casi negro que seguramente terminaría enroscándose si crecía un poco más. Si a eso le sumabas su impecable atuendo (suéter con camisa otra vez), parecía empeñado en convertirse en el paradigma del adulto sensato.

Mi móvil se iluminó y me distrajo.

Maria: ¿Has reservado ya la mansión para la despedida de Sarah?

Evie: ¡Todo listo! Sólo hay que abonar el depósito para confirmarlo. Pasadme vuestra parte a mi cuenta si no os importa.

Maria: Eres un hacha. Voy a recordárselo a Jem. ¿Qué tal los «encuentros de película»?

Evie: Bochorrosos, como de costumbre. Encima, adivina quién está de nuevo en Gil's.

Maria: ¿Ben? La niña, en cambio, parece encantadora. Igual lo pillaste en un mal día.

Evie: Pues se ve que lo pilló en un mal día todos los domingos.

Les había contado a mis amigos que Ben me había cogido desprevenida con su interrogatorio de la última vez y que había tenido que revisar mis premisas. ¿Estaba bien lo que hacía? Me habían dicho que no dejara que su reacción me impidiera seguir haciendo los «encuentros de película». Sospechaba que lo que querían decir en realidad era «No dejes que su reacción te impida conocer a alguien».

Levanté la vista extrañada, presintiendo que algo no iba bien. Observé a Ben y a Anette un

instante e intenté averiguar qué me perturbaba. Los dos leían, pero había algo artificial en su silencio. Anette había sido todo sonrisas conmigo y de pronto su boca formaba una línea completamente recta. Estaba de espaldas a Ben, que también se había sentado algo ladeado con respecto a ella.

Ben y Anette no se hablaban.

«No es asunto tuyo, Evie.»

Procuré seguir escribiendo, pero el silencio era cada vez más inquietante.

—¿Va todo bien? —pregunté.

Me miraron los dos a la vez.

—Muy bien —contestó Anette sonriéndome—. Por cierto, Evie, ¿podrías preguntarle a mi padre si puedo pedir otra bebida?

—Depende de si tiene intención de disculparse —replicó Ben con frialdad.

—Dile a mi padre que si va a dejar que su hija muera de sed... —dijo Anette.

Ben volvió la página.

—Su padre lo está pensando, desde luego.

—¿Qué tal si Evie no hace nada hasta que le expliquéis qué pasa? —señalé yo con toda la seriedad de que fui capaz.

—Nada, que quiere que el colegio entero se ría de mí —espetó la niña cruzándose de brazos y enterrando la barbilla en el pecho.

Su padre la miró ceñudo.

—No es culpa mía. Yo he hecho todo lo posible.

—No pienso hacerlo.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—La chorrada de la función del colegio —contestó la niña.

—Anette... —repuso Ben sin alterarse—. Es un papel estupendo. Todo el mundo va a ir disfrazado.

—Ya, pero no así.

—Me rindo —dijo desesperado.

—¿Qué obra es? —pregunté. No quería entrometerme, pero no me gustaba verlos reñidos.

Como Anette no quiso contestar, Ben lo hizo por ella.

—*Peter Pan*.

La niña le hizo una seña airada, que él le devolvió. Se miraron furiosos, luego ambos levantaron la barbilla en direcciones opuestas.

Disimulé una sonrisa.

—Me encanta *Peter Pan* —afirmé.

Anette me miró con sus ojos oscuros.

—¿En serio?

Entonces sonreí.

—Mi padre me lo leía a menudo. Aún conservo el libro. Es una de las historias más maravillosas que se han escrito jamás. ¿Y tú sales en la función? —dije con exagerado entusiasmo—.

¿Qué papel interpretas?

—El de Campanilla —contestó ella con desgana.

—Campanilla... —Suspiré—. ¡Qué suerte!

—¿Por qué?

—Tiene las frases más molonas y dice muchas palabrotas.

No se me ocurría nadie mejor para interpretar a la impetuosa hada a la que yo adoraba de niña.

—¿Ves? Ya tienes medio papel —le indicó Ben a su hija.

Ella se enfurruñó.

—Tengo que cantar mi parte, papá. ¿Y si empiezan a reírse de ese disfraz ridículo y me equivoco?

Los ojos pardos de Ben se ablandaron.

—¿Te sabes la seña para «gilipichis»? —dijo Ben, dedicándome a mí una sonrisa diminuta.

—A la señora Clarke no le gusta que digamos palabrotas —repuso Anette.

—¿La señora Clarke se sabe la seña para «gilipichis»? —pregunté yo.

Negó con la cabeza, cada vez más sonriente. Me pareció ver que Ben relajaba un poco los hombros.

—Aún hay un problema enorme —observó ella lanzándole una mirada a su padre—. Cuéntaselo.

Ben se aclaró la garganta.

—La función es un híbrido —explicó Ben, como si lo agotara decirlo—. La han convertido en un musical.

—No el de Disney. —Anette se tapó los ojos—. Enséñaselo.

Ben le lanzó una mirada a su hija y hurgó en la bolsa oscura que tenía a sus pies.

Cuando sacó lo que imaginé que era el disfraz de Anette, entendí de dónde había salido la mancha de purpurina roja. Eran un par de alas brillantes de aspecto muy triste y un tutú andrajoso tieso de purpurina adhesiva. Hecho en casa, a juzgar por su aspecto, con más entusiasmo que grandes aptitudes.

—A Chloe se le daban mejor estas cosas —dijo Ben, raspando un pegote especialmente grande de purpurina. «Su mujer», supuse, y observé la facilidad con que hablaba de ella. Hacía falta mucho tiempo para volver esa esquina—. Confiaba en que su abuela pudiera salvarlo.

—Desde luego, es muy original —le aseguré—. Sólo los colores...

No sé por qué razón, había elegido rojo, blanco y azul, en lugar del típico verde de Campanilla. Mirándolo bien, descubrí que formaba un dibujo. En cada una de las alas había una bandera del Reino Unido de líneas poco definidas hecha con purpurina adhesiva.

—¿Cuál es la otra parte del híbrido? —pregunté.

—Las Spice Girls —me contestó Ben con resignación.

—Mamá, tengo una emergencia de vestuario —dije plantada junto a la puerta de servicio de Gil's, donde había menos ruido, con la trenca bien abrochada para protegerme del frío.

—¡Mis favoritas! —exclamó mi madre al teléfono.

Era una de las muchas cosas que me encantaban de Mary Summers: que con ella sobraban los preámbulos.

Le conté lo del disfraz de Anette y le dije que se sentiría más segura si era bonito.

—Su padre ha hecho todo lo posible —le expliqué—, pero necesitamos una experta.

Mi madre me hacía casi todos los vestidos. Su dominio de la aguja no tenía parangón y yo no lo había heredado. Era más de pegamento que de hilo.

—Lo haría encantada, cielo, pero ¿no hay nadie más que se lo pueda hacer?

Así era mi madre: sutil como un ladrillazo.

—Él es viudo, mamá —le dije.

—Una causa perdida, entonces —contestó socarrona.

—No me refería a eso —repliqué enseguida—. Además, es para Anette —añadí antes de que diera rienda suelta a su imaginación—. Una cosita más... —Le conté lo que tenía en mente y mi madre aulló de alegría—. Y necesitan el disfraz para el viernes por la mañana. ¿Podría ser? Te pago yo la tela.

—Pan comido. Lo tendrás el jueves. Así me da tiempo a terminar el disfraz de Dorothy de la tía Margaret. Va a celebrar los sesenta y cinco con una fiesta temática de *El mago de Oz*.

Cuando volví dentro, había una mujer con una esterilla de yoga hablando con Ben y tocándole el hombro de vez en cuando como si fueran amigos. Samantha. No parecía estar aplicándose su propio consejo del domingo anterior. Anette estaba de pronto en la silla de al lado de su padre, leyendo con la cabeza agachada, en apariencia ajena a la presencia de aquella mujer. La funda de su audífono estaba en la mesa. Decidí entretenerme entre las mesas hasta que Samantha se hubiera ido, porque no me apetecía mucho volver a encontrármela. Y, además, así podría retomar la conversación con ESNOB

Evie: ¿Qué tienen en común un club de lectura, la erótica de dragones y una confusión de identidad?

ESNOB: No me provoques, Pelirroja.

Estaba arrancando una hoja de *El gran libro de ESNOB* de Monty, por así decirlo. ESNOB era experto en eludir conversaciones difíciles. Tendría que obligarlo a que nos viéramos en persona si quería conseguir algo de él. Como es lógico, ya se encargaba él de que eso fuera imposible. Yo no

podía permitirme atraerlo con un menú degustación de veinte platos, pero tenía algo más que le iba a gustar: la posibilidad de ver cómo me humillaba.

Evie: Acabo de mandarte el informe. Si tanto te gustan mis «encuentros de película», vente conmigo a uno.

—En serio, deberías seguir mi consejo —se oyó decir a Samantha por todo el café—. En casa me parece perfecto, pero en público no.

Me costó más oír la respuesta discreta de Ben. Claro que tampoco lo pretendía.

—Gracias, pero ya te lo he dicho otras veces: no —contestó con sequedad.

Se podría haber dibujado una línea recta con su espalda. Samantha fue a tocarlo otra vez, pero, por lo visto, lo pensó mejor. Seguí con mi móvil, porque me intrigaba pero tampoco quería inmiscuirme.

ESNOB: Al contrario que tú, tengo cosas mejores que hacer.

Evie: He pensado algo que muy probablemente termine con una gran humillación pública para mí.

ESNOB: Podría el próximo viernes a las diez de la mañana.

Evie: Perfecto. Abrígate bien.

«Ya te tengo.»

—Sólo quiero ayudar, Ben. Pero igual tienes otras cosas en la cabeza ahora que has vuelto a salir con mujeres —dijo Samantha.

Levanté la vista.

—¿Salir con...? —repitió Ben sin terminar la frase. Samantha miraba mi silla fijamente, y yo me alegré mucho de no estar en ella—. No salgo con ella —añadió Ben con brusquedad, comprendiendo a qué se refería. «Ay, Ben. Tampoco hace falta que te des tanta prisa por negarlo.»—. Es amiga de Anette.

—En serio, Ben, justo a eso me refiero. Esa mujer es la misma que la lio aquí hace unos fines de semana. Después de lo que pasó con Justice, la pobre Suze no ha sido capaz de asomarse a ningún sitio. ¿De verdad crees que es la mejor influencia para Anette? Tu hija nunca va a...

—Anette —la interrumpió él con una dureza en la voz que jamás le había oído antes— será amiga de esa mujer me guste a mí o no. Aunque se empeñe en ponerse en evidencia en público. De hecho, ése es su principal...

No pude oír lo que venía después porque un hombre decidió pasar en ese preciso momento justo por donde yo estaba, pese a que casi no cabía, y uno de los botones de mi trenca se enganchó en la bandolera de su bolsa y me arrastró consigo. Cuando conseguí soltarme, Ben ya había terminado de hablar.

—Adiós, Samantha —le dijo volviendo a su revista.

Ella, visiblemente ofendida, fingió que miraba la hora en el móvil y se marchó como si tuviera prisa. Casi me dio pena. ¡Casi!

Después de las preguntas que me había hecho Ben la semana anterior, tampoco me habría sorprendido que me considerara ridícula por los «encuentros de película». Que me ponía «en evidencia», claro. Si ya lo sabía, ¿por qué me dolía tanto?

Porque después de esa mañana había empezado a pensar que a lo mejor podía llegar a algo con él.

Me aproximé zigzagueando a la mesa y recogí mis cosas.

—Mi madre tendrá el disfraz listo para el jueves, ¿vale así? —pregunté con frialdad.

—La función es el viernes por la tarde —respondió Ben cerrando la revista. Parecía tenso—. Por favor, dale las gracias a tu madre de nuestra parte. Anette también te lo agradece mucho. Ahora está descansando un rato —añadió señalando a su hija, que aún leía. Siguió mirándome como si esperara algo. Asentí para indicarle que lo entendía y se relajó—. Y ya me dirás cuánto te debo.

—Es para Anette —repliqué—. Lo traeré aquí el viernes a primera hora de la mañana.

—Evie —dijo Ben como para llamar mi atención—. Gracias. Significa... significa mucho para Anette. Estaba nerviosa por algo más que por el disfraz. Esto es una gran ayuda.

—No hay de qué —contesté muy tiesa, porque estaba deseando irme.

Anette levantó la vista extrañada. Yo abrí y cerré la mano para decirle adiós. Ella le habló rápido por señas a su padre; pillé algunas cosas porque había estado intentando aprender la lengua de signos, pero no lo suficiente para entenderlo. Ben se volvió hacia mí con una arruga profunda entre sus cejas oscuras.

—¿Te gustaría venir a la función de Anette? —me preguntó.

Los miré alternativamente, contemplé la expresión esperanzada de la niña y la comedida de su padre.

—¿Seguro? —dije.

Ben frunció el ceño, como extrañado por mi pregunta.

—Sí —contestó.

Le dediqué a Anette una amplia sonrisa y le di las gracias por señas. Se mostró entusiasmada; los sentimientos de Ben me quedaron menos claros mientras me escudriñaba. Claro que me daba igual lo que pensara. Iría por ella.

Además, un híbrido de *Spice Girls* y *Peter Pan* no se veía todos los días.

El de Paulelqueno es un psicópata

Sarah: Creo que no deberías hacerlo.

Jeremy: NO LE HAGAS NI CASO, EVIE.

Sarah: De momento, ha hecho vomitar a una niña y se ha metido sin querer en un club de lectura erótica; ¿qué te hace pensar que un viaje en coche con un ABSOLUTO DESCONOCIDO va a ser mejor? Coge un tren a casa por Navidad, como hace todo el mundo.

Evie: El «encuentro de película» del viaje en coche tiene que ser un viaje largo con un tío. Sé que mis «encuentros de película» han sido un desastre hasta ahora, pero si quiero que ESNOB escriba, tengo que cumplir mi parte del trato.

Jeremy: ¿Te refieres a esa parte en la que conoces a alguien y te enamoras?

Evie: Gracias por recordármelo, Jem. Chicos, ¿me vais a ayudar a encontrar a mi Harry?

Sarah: Vale. Pero, conociéndote, seguro que es un asesino en serie o algo así.

Maria: La operación «Encontrarle a Evie a alguien que no sea un asesino en serie» ya está en marcha. ¡Compartid todos mi publi!

Sarah: Hecho.

Jeremy: Sólo con amigos, ¿eh, Sarah? No con toda la humanidad, ¿vale?

Sarah: Sí, Jeremy, la desastre no soy yo.

Evie: ¡Eh!

Jeremy: Sarah lo acaba de compartir con todo el mundo.

Sarah: No es verdad, ¿no? Lo estoy haciendo a la vez que una conferencia con la del catering, la florista y el gerente del hotel, así que perdonadme si no estoy con vosotros al cien por cien.

Evie: Tranquila, Sarah, seguro que los amigos de tus amigos están bien.

Jeremy: Bendito sea tu corazoncito, Evie.

Sarah: Creo que lo he vuelto a compartir.

Maria: A propósito de excesos, ESNOB ha salido esta semana en las columnas de cotilleos. Esperad, que os mando el enlace.



MONICA REED «MUY DESCONTENTA»

Fuentes próximas a la actriz han informado a *Bitch About It* de que la ganadora de un Oscar, de cuarenta y cuatro años, está lista por fin para deshacerse de su yogurín. Reed, madre de dos criaturas, lleva ya un año saliendo intermitentemente con Ezra Chester, el guionista de un solo éxito, de treinta y tres años. Los amigos de Reed están preocupados: «Es su primer ligue después del divorcio y es evidente que está muy descontenta. Lo último que necesita es otro crío del que cuidar».

Maria: Ya iba siendo hora.

Jeremy: Me encanta Maria cuando se pone felina.

Maria: Es mi único consuelo.

Sarah: ¡He encontrado a alguien!

Jeremy: He cambiado de opinión. El del viaje en coche es un disparate. No lo hagas.

Sarah: Es maravilloso, te lo prometo. Y te aseguro que no es un psicópata, ¡ni hablar!

Jeremy: Que se lo tengas que asegurar no tranquiliza nada, Sarah.

Maria: Calla, Jem. Ya sabes a lo que se refiere. Qué rápido, Sarah. ¿Quién es? ¿Algún amigo?

Sarah: Algo así.

Jeremy: Eso sí que me deja más tranquilo.

Evie: Ahora mismo, me vale cualquier cosa.

Sarah: Bien, porque ya le he mandado tu teléfono.

Número desconocido: Eeh, hola, qué raro es esto. Conoces a Sarah, ¿no? Me ha dicho que te ofreces a llevar a gente a Sheffield por Navidad..

Evie: ¡Hola! Perdona, ¿cómo te llamas? Sí, pretendo más bien compartir vehículo, ¿te interesa? ¿Tienes coche?

Número desconocido: Ay, perdona, jajaja. Soy Paul. No tengo coche.

Evie: Hola, Paul. No pasa nada. Podemos alquilar uno. ¿Tienes carnet?

Paulelque noes unpsicópata: Sí, aunque tengo un problemilla por el que igual no puedo conducir. Te lo explico cuando quedemos.

Paulelque noes unpsicópata: ¿Sigues ahí?

Paulelque noes unpsicópata: ¿Hola? ¿Pasas de mí? Si es así, tranquila, no me importa.

Paulelque noes unpsicópata: Es que es Navidad y Sarah me ha dicho que llevabas a la gente gratis, pero si lo has pensado mejor, dímelo. Es lo

correcto. No hace falta que seas una capulla. Jajaja.

Evie: Perdona, es que acabo de salir del trabajo. Iba en el metro camino de casa.

Paulelque no es un psicópata: Es tarde para acabar de salir del trabajo, pero vale.

Evie: Iba en el metro, Paul, de verdad.

Evie: Sarah, ¿de dónde ha salido Paul?

Sarah: ¿Os acordáis de mi amiga Michelle, del trabajo?

Jeremy: No.

María: ¿La que estuvo desaparecida?

Sarah: Al final resultó que quería estar un tiempo sola. Pues es su ex.

Evie: ¡Sarah!

Sarah: ¿Qué? Lo conocí un día y parecía que tenía pasta.

Evie: Hola, Paul. Lo siento mucho, ha habido un error. Busco a alguien que tenga coche. Siento haberte hecho perder el tiempo.

Paulelque no es un psicópata: Pensaba que eras una de esas pringadas que buscan novio.

Evie: Adiós, Paul.

Evie: Paul ni hablar.

María: Tranquila, te he encontrado un tío: el maravilloso Graeme. Su madre es vecina mía y él también viene a casa por Navidad. ¡La Operación «encuentro de película» Viaje en Coche está en marcha! Estoy deseando tenerte aquí una semana entera.

Evie: ¡Gracias! Lo siento, Sarah.

Sarah: Seguramente te has librado de una buena. Además, ya tengo la solución a tu problema de acompañamiento: MI BODA. Te voy a encontrar al hombre perfecto.

Jeremy: #VotoXGraeme.

- 📞 Tienes una llamada perdida de hoy a las 0.14, de Paulelqueno es un psicópata
- 📞 Tienes una llamada perdida de hoy a la 1.34, de Paulelqueno es un psicópata
- 📞 Tienes una llamada perdida de hoy a las 3.17, de Paulelqueno es un psicópata

Paulelqueno es un psicópata: Perdona, Evie, es que parece que mi gato se ha quedado dormido encima del móvil y te ha llamado con el culo unas cuantas veces. Pero, ya que estamos, ¿por qué no hablamos de ese viaje?

🚫 Has bloqueado a Paulelqueno es un psicópata

12
El del QQQ

Exterior del mercadillo de libros de Southbank Center, viernes 21 de diciembre a las 11.00.

Evie está ojeando las pilas de libros de segunda mano extendidos en tablas de madera a la sombra del puente de Waterloo. Está demasiado distraída para reparar en que se le acerca un hombre por la espalda, hasta que él le tira de una de las coletas que le asoman por debajo del gorro de lana.

Al volverme de forma brusca vi a ESNOB, visiblemente resacoso. En su caso, eso significaba llevar gafas de sol en invierno, en lugar de replantearse su vida como haría cualquier ser humano normal.

—Llegas tarde —le dije.

—Tienes suerte de que haya venido.

Iba con un café enorme en una mano y la otra bien metida en el bolsillo del abrigo. Llevaba un gorro de punto gris medio colgando del cogote que resultaba casi tan práctico como un gorrito de cotillón en aquel gélido día de diciembre. Su parka de plumón canadiense, en cambio, parecía bastante calentita.

Cuando le había dicho a ESNOB a qué hora quedábamos, había tenido presente que su reloj iba atrasado una hora con respecto al del resto de la humanidad, pero de todas maneras había conseguido llegar lo bastante tarde como para estropearme el día.

Esa mañana, cuando había ido a llevar el disfraz de Anette a Gil's, me había encontrado con que ella le había dejado algo a Xan para mí. Mi entrada para la función. *Peter Pan: ¡para todos los niños y niñas!* Empezaba a las doce y media del mediodía de ese día, y el colegio de Anette estaba a una hora de distancia, con lo que tendría que terminar con ESNOB enseguida si quería llegar a tiempo. Pero no podía marcharme sin que me prometiera que le iba a mandar a mi jefe alguna prueba de que estaba escribiendo. Monty se había pasado la semana encerrado en The Ash, el sitio donde estaba más a gusto. Sólo se había puesto en contacto conmigo para enviarme mensajes cada vez más desesperados sobre el guion. Tenía que mandarle algo para calmarlo y demostrarle que no se había equivocado confiando en mí.

Quise darle a ESNOB lo que me quedaba de los donuts del desayuno.

—No como carbohidratos. ¿Por qué hemos quedado aquí?

—Ahora lo verás. —Iba a conseguir que se los quedara como fuera—. Y disfruta un poco de la vida.

Con cara de asco, tiró la bolsa a una papelería que había debajo del puesto de libros y se limpió las manos.

—Bueno, en la escala de «encuentros de película», entre la vomitona y las pollas de dragón, ¿dónde queda éste?

Una mujer se llevó a su criatura a otro puesto, ignorando las disculpas que le ofrecí sólo con la boca. Lancé una mirada asesina a ESNOB, que me miró a mí con cara de que le importaba un pepino. Me sonó el móvil. Supe quién era sin echarle un vistazo siquiera. Los mensajes de Monty sonaban con una urgencia particular.

Monty: ¿Te importa averiguar qué hay que hacer para vender una oficina? Más vale que nos vayamos preparando.

Guardé el teléfono.

—Dame la mano —le dije. Tras una pausa, ESNOB me tendió la mano. Le di un pequeño puñado de tarjetas de visita y me quedé el resto.

—Bonitas manoplas —comentó cuando me las vio colgando de la manga.

—Funcionalidad antes que moda —repuse yo señalándole sus dedos resecos y agrietados.

—Sé bien lo que piensas de la moda —dijo él, y le dio un sorbo al café mientras escudriñaba lo que había impreso en las tarjetas.

QQQ

Le dio la vuelta a la tarjeta. Llevaba mi nombre y mi teléfono por detrás.

—¿«Cucucú»?

Lo miré con cara de asco mientras me situaba en el lado contrario del puesto.

—«Quieres Que Quedemos.» Es algo que se usaba antes en los anuncios por palabras —repliqué. Me había parecido oportuno, dado que pretendía conocer a alguien a la antigua usanza, sin apps—. Son para los libros.

Me aseguré de que nadie miraba, luego agarré un ejemplar mohoso de *El secreto*, de Donna Tartt. Metí una tarjeta dentro, lo cerré y lo dejé en su sitio. Vi un ejemplar de *En el camino*, de Kerouac, y metí otra allí.

—¿Qué haces?

—Es el «encuentro de película» del destino —le dije. Desplazándome un poco, metí otra tarjeta en un libro que llevaba una pegatina donde decía que había ganado no sé qué premio literario—. Dejo mi nombre y mi número de teléfono en libros al azar por todo Londres y, si algún tío se pone en contacto conmigo después de toparse con mis datos, será el destino. Quedaré con él. —Siempre que no fuera un rarito. Daba por supuesto que habría pocos que no lo fueran, pero

Jeremy se había empeñado en que probara de todas formas. Al parecer, su devoción por las pelis de John Cusack incluía *Serendipity*.

ESNOB me miró con escepticismo.

—Por lo visto, tu destino es conocer a un montón de psicópatas.

Saqué un ejemplar de *La Ilíada* de debajo de una pila de novelas de James Patterson.

—¿Los psicópatas leen a los clásicos?

—Exclusivamente —dijo bostezando. Apuró el café y dejó el vaso junto a uno de los múltiples carteles de PROHIBIDO EL REPARTO DE PUBLICIDAD grapados en el borde del puesto de libros. Lo tiré a la papelera, mirando nerviosa a la mole de hombre que regentaba el negocio. No paraba de moverse entre los puestos como un gorila, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviese a confundirlos con una biblioteca—. ¿Para esto me he perdido mi *vinayasa* matinal? Pensaba que iba a ver un «encuentro de película» en directo. No soy tu lacayo, Pelirroja. Tienes que espabilarte. Ya llevamos un mes y aún no has camelado a nadie para que se enamore de ti. A este paso, jamás terminaré ese guion.

Me lo puso en bandeja.

—Me preocupa más que lo empieces.

Se hizo un silencio.

—Céntrate, Pelirroja —me dijo enseñándome esos dientes perfectos y blancos que tenía—. Hay mucho que hacer —añadió. Cogió un ejemplar maltrecho de *El código Da Vinci* y metió una de mis tarjetas dentro; luego pasó a la siguiente mesa. Yo la saqué enseguida de entre las páginas—. ¡Pelirroja! —me reprendió al pillarme.

—¿Qué? —pregunté con unos ojos como platos.

Sonriente, escogió un libro con una imagen de una mujer en la cubierta. Llevaba un bikini mínimo e iba enseñándolo todo, y no me quedaba claro qué hacía el detective privado que estaba a su espalda, pero a ella parecía gustarle. *Intenciones privadas*, se titulaba.

ESNOB sonrió con ternura y metió mi tarjeta dentro.

—Vaya, estamos de suerte: es una serie —comentó y, mirándome a los ojos, deslizó una tarjeta en cada libro. No le di la satisfacción de indignarme.

Había llegado el momento de menear el asunto.

—Eso es erótica de segunda mano, ¿sabes? —le dije.

ESNOB soltó el libro y se limpió las manos en la parka.

—Y yo ya he terminado —sentenció y, cuando me dio la espalda, aproveché para sacar todas sus tarjetas antes de seguirlo al siguiente puesto.

—Accediste a enviarle a Monty unas páginas —le recordé—. Ése era el trato. —Su rostro se ensombreció, pero yo estaba preparada para eso—. O podrías contentarlo con sólo enviarle tu idea —le ofrecí. Todo buen negociador sabe que no se cede, sino que se hacen concesiones—. Si aún no se te ha ocurrido nada, puedo ayudarte. Para eso estoy aquí, ¿recuerdas?

«Venga, ESNOB, reconoce que por eso no has empezado.»

—No necesito tu ayuda —replicó arrugando la nariz—. ¿Has terminado ya de buscar a don Pretencioso? Tengo cosas que hacer.

—Déjalo ya —le pedí. Enarcó las cejas por encima de las gafas—. Vamos a tener una conversación de verdad por una vez. Yo he hecho todo lo que me comprometí a hacer. Ahora te toca a ti. Monty me ha estado pidiendo tus páginas, ¿vale? Y me las va a seguir pidiendo como no le des algo que los convenza a él y a los productores de que estás escribiendo. —Hice una pausa—. ¿Cómo que «don Pretencioso»?

—¿Qué libro es ese que llevas en la mano? —me preguntó.

Yo me ruboricé.

—*Ulises*.

Lo peor era que sabía perfectamente que todos los libros en los que había metido una tarjeta estaban entre los favoritos de Ricky. «¿Qué estoy haciendo?»

ESNOB meneó la cabeza, luego metió unas cuantas tarjetas en un puñado de novelas para adolescentes y en un recopilatorio anual de *Beano*, un cómic manga infantil.

—Don Pretencioso —explicó—, la clase de hombre que lee ficción literaria para suplir su falta de personalidad. En otras palabras: un muermo. ¿En serio es eso lo que buscas? —Me quedé de piedra. ¿Estaba describiendo a Ricky? Siempre había presumido de leer. Miré los libros espantada. Era como si estuviera decidida a repetirme, como en una especie de *Atrapado en el tiempo* amoroso—. Por cierto, ¿cuál es tu siguiente «encuentro de película» después de éste? —preguntó, metiendo más tarjetas en una pila de libros de Stephen King.

—El del viaje en coche —respondí intentando centrarme—. Voy a casa por Navidad.

Me incliné hacia él para agarrar un libro de Terry Pratchett, justo cuando él alargaba el brazo para coger unos libros infantiles que yo tenía cerca. Choqué con su pecho (tan fuerte como imaginaba).

Ruborizada, me erguí. Se bajó las gafas para mirarme. Para mi fastidio, la resaca le había suavizado el azul de los ojos asemejándolo al color de un cielo de principios de primavera. Se las volvió a poner enseguida y cogió un libro de Tom Clancy.

—Yo voy a casa de Monica por Navidad —dijo como si nada—. Tiene una finca a las afueras de Harrogate. ¿No eres tú de esa zona?

«Así que no era cierto lo de su ruptura.» Claro que a mí me daba igual.

—Soy de Sheffield —contesté—. Y sé que intentas distraerme. Te he mandado un montón de «encuentros de película» y sólo tienes que quedarte con uno. Si necesitas inspiración, tengo un diagrama de Venn estupendo...

—Ya te lo he dicho: no necesito tu ayuda.

No pude verle la expresión, oculta por las gafas.

—Ah, ¿no? —Solté de golpe la autobiografía de Michael McIntyre—. Entonces, la próxima vez que Monty me pregunte dónde están tus páginas, le voy a contar la verdad: que no has escrito una puñetera palabra. Más vale que los productores lo sepan ya.

Era arriesgado jugármela así, pero contaba con el deseo de ESNOB de posponer cualquier comunicado público. Me alejé hecha un basilisco, contando por lo bajo. «Tres, dos, uno.»

Ya estaba a medio camino cuando me gritó:

—¡Das por sentado que no tengo nada!

Me volví bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

Por increíble que parezca, seguía metiendo mis tarjetas en libros.

—Que sí tengo una idea —contestó.

—¿Sí? —pregunté, y volví corriendo con él. ¿ESNOB había superado su crisis de inspiración?

—Sí.

—¿Y estás escribiendo?

—Sí.

—Eres... —Estábamos casi pegados el uno al otro—. Eres un hombre muy irritante, lo sabes, ¿verdad?

Una sonrisa pícaro.

—Sí —contestó. Aturdida, busqué una cubierta que me resultara familiar—. El caso es que necesito más tiempo para enviarle las páginas a Monts —añadió.

—Te conseguiré tiempo. Sólo tienes que decirme de qué va tu película.

No podía permitirme creerlo hasta que tuviera pruebas.

—¡Eh! —El grito resonó por todos los puestos—. ¡Eh, vosotros! —Era el dueño y venía directo a nosotros—. ¿Qué estáis haciendo? ¡No se puede meter publicidad en los libros! ¿Cuántas veces...?

Empezó a abrirse paso entre la gente.

«Merde.»

—¡Vamos, Pelirroja! —me dijo ESNOB—. ¡¡Corre!!

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró de la mano, haciendo volar el resto de las tarjetas, tiró de mí y me arrastró entre la multitud que ojeaba libros.

—¡Volved aquí!

—¡Va a ser que no! —gritó ESNOB, tirando a su paso un montón de libros como en una película de acción muy británica.

Pasamos agachados entre unos árboles de Navidad en venta y, saliendo al otro lado, corrimos todo lo rápido que pudimos para alejarnos del puente y enfilar South Bank, zigzagueando entre los turistas sin parar hasta llegar a la barandilla del Támesis.

Me apoyé en ella sin aliento. «Aún vas de la mano de ESNOB.» Se la solté y me agarré el costado dolorido.

—¿Se... ha... ido? —pregunté jadeando.

Él estaba como si nada.

—Por suerte para nosotros, era un tío grande, aunque ha habido un momento en que casi nos

alcanza. ¿Has corrido alguna vez?

Le lancé una mirada asesina y no le repliqué porque me ardía demasiado la garganta.

—Ha sido divertido —dijo mirándome—. Deberíamos tomar un café. Conozco un sitio.

«La función —pensé, seguido de—: ESNOB acaba de ofrecerse a pasar más tiempo contigo.»

Se le había ocurrido una idea para su guion. Podíamos comentarla. Sin distracciones. Después de un mes de nada, por fin, ¡por fin!, íbamos a llegar a alguna parte.

Me vibró el móvil. Sería Monty otra vez, seguramente para decirme que iba a vender mi escritorio en eBay. ESNOB estaba a punto de darme lo que necesitaba para garantizarle que hacía mi trabajo. Pensé en Anette vestida de Campanilla, buscándome entre la multitud, en la desaprobación de Ben cuando viera que la había decepcionado... Pero ¿qué iba a hacer?

—Vale —contesté, y la euforia se desvaneció.

—¿Qué es eso? —me preguntó. Yo aún llevaba el libro en la mano.

Se trataba de un volumen maltrecho de *Peter Pan*, con el lomo tan fruncido que parecían capas de sedimentos. «Un ejemplar muy querido», pensé. Como la preciosa edición que tenía en mi estantería, la que mi padre me había leído un centenar de veces.

—Tengo que irme —le dije sorprendida.

«Si me doy prisa, aún puedo llegar a tiempo.»

—¿Y nuestro café? —replicó él.

—Quiero hablar contigo del guion, pero es que tengo que ir a un sitio.

—¿Del guion? Eso es cosa de Monts, Pelirroja —dijo ESNOB—. Mi agente es él, ¿recuerdas? Ahora mismo necesito un café, de verdad.

Reí, no pude contenerme. Lo que decía tenía su lógica.

—Prométeme que le vas a contar a Monty tu idea hoy mismo —le dije marchándome—. Así te lo quitas de encima.

«Y yo.»

—¡Yo también tengo que ir a un sitio! —me gritó mientras me alejaba—. ¡Tengo que ir a recoger a una morenaza!

—Pues que lo paséis muy bien los dos.

—¡Pues claro! —chilló.

Cuando estaba ya entrando en la estación de Waterloo, pensé: «Pero ¿Monica no tiene el pelo rubio fresa?».

13
Wind Actually

Interior de East Dulwich Academy, viernes 21 de diciembre a las 12.45. Evie se pasea nerviosa delante de una puerta de doble hoja con los cristales cubiertos. En ella hay una nota pegada con un dibujo de una persona cayendo por la borda de un barco pirata y el texto: «¡Tic, tac, los tardones a la pasarela!». Un hombre de pelo cano, sentado en la taquilla, se mira intencionadamente el reloj.

Levanté el borde del papel que tapaba el ventanuco para asomarme al auditorio. El tipo de la taquilla carraspeó.

—Aún no —me dijo.

Había llegado allí a las 12.31, pero el hombre se había empeñado en que no podía pasar hasta que Peter Pan terminase de cantarles *Spice Up Your Life* a los niños perdidos.

El hombre chasqueó la lengua y yo me di cuenta de que me vibraba el móvil. Monty otra vez. ESNOB no había hablado con él, ¡claro! ¿Qué esperaba? Resignada, miré el mensaje.

Tardé un poco en procesarlo.

Me mandaba una foto de una botella de champán recién descorchada junto con un texto farragoso.

ESNOB le había enviado su idea y a los productores les había encantado.

Exhalé nerviosa mientras leía el mensaje unas cuantas veces más para asegurarme de que no me equivocaba. Era cierto. «¡¡Por fin!!»

Se oyeron aplausos al otro lado de la puerta.

—¿Ya? —pregunté.

—¡Su sitio está en la zona infantil, la butaca D43! —me gritó el hombre cuando ya estaba entrando a toda prisa—. ¡Busque la moqueta rosa!

Habían bajado el telón para el cambio de escena y el resplandeciente barco pirata adherido a él brillaba con el trajín de los niños y los profesores ocultos al otro lado.

—Perdone, perdone, lo siento, muchísimas gracias... —Me abrí paso por la fila hasta llegar al único asiento libre.

Al lado de Ben.

«Has venido aquí por Anette», me dije con firmeza, y me senté.

Los asientos estaban muy juntos y el calor del cuerpo de Ben me irradiaba por el lado derecho. Me re Coloqué en mi sitio.

—Pensaba que no venías —me dijo con sequedad.

—Me han entretenido —le susurré.

—¡¡Chist!! —espetó furiosa una señora que teníamos delante.

Se levantó el telón y apareció en escena una niña en camisón. Me centré en ella, decidida a ignorar a Ben.

—¡Madre mía!, ¿Justice hace de Wendy?

Tendría que haber estado preparada para esa posibilidad. Samantha me había dicho que ella y las otras mamás conocían a Ben del colegio de sus hijos.

—Sí —contestó Ben, al parecer divertido.

—¡¡Chissst!! —soltó la misma mujer de antes. Sonreí como disculpándome.

Peter Pan apareció en la ventana.

—¿Y ése es Detty? —exclamé hundiéndome en el asiento.

—¡¡Chist!!

—Por desgracia.

«¿Qué pinto yo aquí?»

Como para recordármelo, Anette salió a escena.

Entre bastidores, alguien la instó a que avanzara más y, despacio, se situó delante, con las manos enterradas en las múltiples capas de la falda, luciendo resplandeciente la bandera nacional en sus alas. Mi madre había obrado su magia. Contuve la respiración cuando un foco la iluminó, acompañado de un sonido de campanillas. «¡Venga, Anette, que tú puedes!»

Su padre se inclinó hacia delante.

—¿Qué es eso, Campanilla? —preguntó Detty por segunda vez.

Al ver que no contestaba, Ben levantó la mano y le hizo una seña de «Todo bien». Yo lo había buscado en internet, por curiosidad, después de haberla visto usarla en Gil's. Anette detectó a su padre primero, luego a mí. Su semblante se relajó.

«Todo bien», le contestó ella por señas con la mano pegada al pecho. Se pulsó algo en el corpiño y las faldas azules se iluminaron con las lucecitas en forma de estrella que mi madre había cosido en todas las capas. Hubo un aspaviento generalizado.

Me quedé sin aire al ver los guantes que le había encargado a mi madre. Iban cubiertos de cristalitos plateados que producían destellos cuando Anette movía las manos. Empezó a hablar por señas, despacio al principio, más rápido después.

Al final, sonrió.

Tenía a Ben tan cerca que, cuando se volvió hacia mí, vi en sus ojos pardos motitas de un ámbar cálido, del mismo tono que el whisky visto a la luz.

—Ahora todo el mundo la verá brillar —afirmé.

Cuando bajó el telón para el entreacto, Ben y yo nos quedamos callados.

—Intuyo que a Anette no le cae bien Justice —dije por fin.

—Bueno, la cosa no ha quedado sólo en «gilipichis» —reconoció Ben.

No me había hecho falta saber la lengua de signos para deducir que Anette no había sido muy fiel al guion. Lo había visto claro por la forma en que Ben había pasado de ver actuar a su hija con absoluta devoción a taparse la cara con las manos cada vez que aparecía en escena.

Detty ni se había enterado: se había limitado a «traducir» para el público conforme al guion. Anette se habría ido de rositas de no ser por la fila de niños que, según me había contado Ben, iban a clase de lengua de signos en Dulwich Academy, y que se habían pasado el rato partiéndose de risa.

—Por suerte, el público parecía distraído —dije sonriendo un poco.

—La combinación de *Peter Pan* y Spice Girls da para un híbrido impactante —contestó Ben muy serio.

—No sé si el ventilador era estrictamente necesario. —Casi había volado del escenario a varios de los «Spice Boys».

—Creo que era una especie de homenaje al pop de los noventa.

—¿Cuál era la letra del *Wannabe* que han cantado los Spice Boys?

—*If you wanna be my mother, you've got to get with my friends...*

Nos miramos y sonreímos los dos. Entonces recordé lo que le había dicho a Samantha de mí el fin de semana anterior.

—Ha sido genial ver a Anette tan segura —aseguré por no desviarme del tema.

Había estado dando brincos por el escenario al final del primer acto, acaparando toda la atención.

—Hacía años que no la veía así. No desde que Chloe...

No terminó la frase y, de repente, me dio igual no caerle bien.

—¿Cuánto hace que ocurrió? —pregunté con delicadeza.

—Casi tres años. —Habría apostado a que sabía los días, las horas y los minutos exactos hasta la fecha—. Lo llevamos bien. Aunque las Navidades todavía...

—Las Navidades son duras —terminé yo.

Un silencio.

—Tú también has perdido a alguien —me dijo en voz baja.

Por lo general no me gustaba hablar de ello.

—A mi padre —contesté—. De hecho, todo esto me lo recuerda —añadí señalando la sala—. Solía ir a todos los preestrenos de mis películas cuando estudiaba. Mi equivalente de las funciones escolares —le expliqué—. Nunca me sentaba con él entre el público. Me asomaba a la sala durante la proyección para ver qué cara ponía. Siempre ponía esta cara —dije demostrándoselo—, como entre orgulloso y un poco triste. Nunca supe por qué.

—Ah, cara de «cómo ha podido salir de mí esta maravilla y por qué crece tan rápido» —respondió Ben—. Especialidad paterna.

Sonreí.

—¿Era cara de eso? —Frunció los ojos—. A Chloe le habría encantado ver a Anette actuar —indiqué animada.

Ben miró a otro lado.

—Ésta es la primera vez que pisa un escenario. —Al ver que callaba, pensé que igual me había extralimitado, pero entonces siguió hablando—: Por lo general, siempre que Anette hace algo nuevo es cuando más echo de menos a Chloe. Cuando me parece más injusto. Pero esta noche Anette se ha parecido a ella más que nunca. Su madre casi se crio en un escenario. Le habría encantado verla ahí arriba, palabrotas incluidas —dijo sonriendo de medio lado—: era muy fan de las Spice Girls. —Sonreí yo también—. ¿Cómo voy a pensar que Chloe no está aquí si Anette está allí mismo? —añadió señalando al escenario.

Nunca había hablado tanto conmigo. Eso me hizo preguntarme si quizá lo habría malinterpretado el fin de semana anterior.

—Ben, yo...

—¡Ben! Me ha parecido que eras tú... —Una mujer se había vuelto en su asiento para mirarnos, interrumpiendo por completo lo que él fuera a decirme a continuación. El rostro de la mujer reflejaba un vivo interés. Se me ocurrió que, para ella, Ben era un papá soltero apetecible, una especie de estrella de cine a la puerta de un colegio. «Alto, moreno y serio», como lo había descrito Samantha de forma tan desconsiderada. Ben, en cambio, no parecía percatarse—. ¿No eres tú nuestro fotógrafo oficial?

Noté que se tensaba a mi lado, aunque respondió con educación.

—Ya no, Ann.

—Bueno, estás acostumbrado a cosas más emocionantes que una función escolar, sin duda.

—Lo hacía con mucho gusto —respondió Ben—. Sólo que ya no soy fotógrafo.

—Pero ¿no andas siempre por alguna montaña...?

Se hizo el silencio.

—Ahora... ahora trabajo para el ayuntamiento.

—¿Y esa cámara de quién es? —preguntó la mujer, señalando con el dedo la que asomaba de la bolsa de lona que Ben tenía a sus pies. La cámara llevaba una bandolera con los colores del arcoíris.

—Mía —dije yo, y la cogí. Nunca lo había visto tan alterado. No pude resistir la tentación de intervenir—. Me especializo en selfis, sobre todo, así que tampoco sé si sería de mucha ayuda.

Para demostrárselo, enfoqué la cámara hacia nosotros.

—Sonríe, Ben.

El *flash* nos estalló en la cara. Ben parpadeó deprisa.

—Vale —concedió Ann con una sonrisa de cortesía—. Bueno, Ben, si alguna vez cambias de

opinión...

Él asintió aliviado. No lo vi relajarse hasta que la mujer volvió a mirar hacia delante.

—Gracias —me dijo en voz baja.

—De nada.

No podía quitarme de la cabeza la idea de que era fotógrafo. «¿Por qué lo has dejado, Ben?» El hombre era un enigma, uno que no me correspondía a mí resolver.

Los dos los vimos a la vez: a un grupo de padres reunidos delante del escenario, mirando al público. ¡A nosotros!, comprendí de pronto. Reconocí a las madres de Justice y Detty, que no parecían muy contentas, y a Samantha, que sí. Rodeaban a una mujer alta de cincuenta y tantos años con una melena redonda que se mecía mientras se acercaba decidida a nuestra fila.

—Ben... —empezó con un aire de obligación cumplida a la fuerza. Llevaba un vestido corto y holgado de color negro y botas de plataforma. Supuse que era ella la fan de las Spice Girls—. ¿Podemos hablar un momento antes de que empiece la segunda parte?

La pandilla de madres se había quedado junto al escenario, todas ellas esforzándose por que no pareciera que miraban.

—Sí, señora Clarke —accedió Ben, agachando la cabeza como el que se ha metido en un lío—. *Just tell me what you want, what you really, really want.*

Contuve una carcajada. A la señora Clarke no le hizo mucha gracia.

En el escenario, Anette asomó la cabeza entre las dos piezas del telón. En cuanto vio a su profesora con su padre, desapareció.

Ben suspiró.

—Tengo que ir a atrapar a un hada.

Cuando terminó el último acto y se cerró el telón, me levanté para marcharme y cogí mi mochila. Pesaba más de lo normal y eso me recordó lo que llevaba dentro. Lo ocurrido entre bastidores había tenido a Ben ocupado el resto de la función. Yo estaba deseando ver a Anette, pero eso significaba arriesgarme a tropezar con ciertas madres.

—¡Evie! —Anette se abrió paso hacia mí entre la multitud, aún vestida con su traje de hada y dejando tras de sí un rastro de purpurina—. ¡Has venido! —chilló. Le faltaba el lazo rojo de una de las coletas.

—¡Has estado espectacular! —exclamé.

—Tengo que disculparme con algunas personas —dijo como repitiendo obedientemente lo que le habían dicho.

Me agaché para poder susurrarle al oído:

—Campanilla se habría sentido orgullosa.

Sonrió.

—Papá me ha dicho que viniera a buscarte. Está entre bastidores, con mi tutora. Ven, que te

llevo. —Me agarró de la mano y tiró de mí saltarina hasta los peldaños que subían al escenario. Cruzamos el telón y me quedé en la escena apenas iluminada—. Espérame aquí —me pidió situándome junto al barco pirata de madera y marchándose después—. Papá quiere hablar contigo.

—¡Espera, Anette! —le grité, pero se desvaneció.

Pasaron varios minutos durante los cuales oí a los padres que intentaban reunir a sus hijos al otro lado de la fina partición de bambalinas.

Por fin oí pasos.

—¿Anette? —Era Ben, algo agobiado.

—Sólo estoy yo —contesté.

Ben cruzó la guarida de los Spice Boys y vino hacia mí. Al pasar por encima de la canoa de Tiger Spice, se le enganchó un dedo. Alargué los brazos para impedir que perdiera el equilibrio justo cuando se soltaba.

—Hola —saludó.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunté.

Me miró extrañado, escudriñándome mientras se acercaba.

—Pensaba que eras tú la que quería hablar conmigo...

Negué con la cabeza perpleja, y entonces vi un puñado de muérdago colgado de la proa del barco pirata. Lo habían atado con un lazo rojo. Anette.

¿Pretendía emparejarnos? Lo dudaba. Sin embargo, aquélla parecía una escena sacada de *Love Actually*.

Recé para que Ben no viera adónde miraba, y, claro, lo vio.

—Ah —dijo—. Evie, yo...

Una ráfaga de aire me azotó de pronto la espalda como si me hubieran sacudido con una almohada. Como no pude agarrarme a nada, me estampé contra Ben. Él intentó deshacerse de mí, pero yo apenas conseguía apartarme unos centímetros y de inmediato volvía a estamparme contra su pecho. Abrió la boca para decir algo y se comió el extremo de mi trenza.

—¡Justice Merriweather, ese ventilador no es un juguete! —bramó la señora Clarke mientras Ben se ahogaba. El viento cesó bruscamente y resonó una risita perversa, seguida del eco de unos pies que corrían.

Nos desenredamos enseguida, Ben estirándose la camisa y limpiándose la boca. Esbocé una sonrisa mientras me estiraba la rebeca, que se me había subido a los hombros. Entonces le vi la cara.

—Evie —me dijo muy serio—, quiero que sepas que no me interesa formar parte de tu experimento.

Me lo quedé mirando.

—¿Cómo dices...?

Señaló el ventilador, el muérdago.

—Esto es un «encuentro de película», ¿no?

¿En serio pensaba que lo había organizado todo para tirarme encima de él?

—Créeme, Ben —espeté encendida—, tú serías la última persona a la que querría conocer. —
No me atreví a decirle que lo había orquestado todo su hija cuando lo único que quería era ayudar.
Tiré de la mochila y saqué el regalo que le había llevado, la razón por la que había llegado tarde
—. Toma, para Anette. Por eso he subido aquí. —Ben lo cogió y acarició el borde del lazo grande
que rodeaba el papel verde metalizado—. Es de segunda mano, pero muy querido —expliqué, y
me dispuse a marcharme, consciente de que no tendría ni idea de qué era lo que le había dado—.
Me gustaría que Anette lo tuviera.

Vi de pronto a la niña, pasmada, envuelta en sus alas. Se abalanzó sobre mis piernas.

—¡Feliz Navidad, Evie! Me alegro de que te hayamos conocido.

—Yo también me alegro de haberos conocido —dije con un nudo en la garganta y sin mirar a su
padre.

Esa vez lo tuve claro: Ben me creía tonta perdida y su opinión sobre mí no iba a cambiar en
breve.

14
El del petardo

Exterior de una calle de adosados reformados en East Dulwich, domingo 23 de diciembre, a mediodía.

Cae aguanieve mientras Evie sale con dificultad de su casa arrastrando una maleta. Graeme, un hombre alto y algo calvo con una panza que se le adivina debajo de la cazadora, corre hacia ella, le coge la maleta y, antes de intentar embutirla en el maletero atestado, cosa que le lleva un rato, abre la puerta del pasajero de su Škoda azul para que Evie se acomode dentro.

—¿Todo bien?! —volví a gritarle a Graeme al oírlo jadear y resoplar.

—¡Tranquila, todo chupilerendi! —me contestó.

Era agradable oír hablar a alguien con acento de Sheffield; lo de «chupilerendi», en cambio, una pena.

—¡Siento mucho haber llegado tarde! —le grité.

—Habría estado bien no pillar atasco —me contestó agobiado, luego cerró el maletero con ímpetu de sobra para hacer temblar el coche entero.

Cuando se instaló en el asiento del conductor, vi que la aguanieve le había pegado el poco pelo que le quedaba al cuero cabelludo.

—Voy yo primero entonces, ¿no? —dijo con entusiasmo, dando golpecitos en el volante.

«Has sido tú quien me ha puesto en el asiento del pasajero, Graeme.» Sonreí, porque a Maria no le habría hecho gracia descubrir que había descartado el «encuentro de película» del viaje en coche antes de arrancar siquiera.

«A lo mejor es de los que no caen bien al principio.»

Evie: Ya puedes dejar de preocuparte.

Maria: No estoy preocupada, ¡te lo prometo!

Sarah: Sigo pensando que mi opción habría sido mejor.

Jeremy: Sí, ojalá Evie hubiera optado por alguien que NO ERA UN PSICÓPATA EN ABSOLUTO.

Evie: Bueno, chicos, voy a hablar con él. Sin reservas. Deseadme

suerte...

—Qué raro es esto, ¿verdad? —me dijo Graeme cuando cruzábamos el puente de Vauxhall. El Támesis estaba de un gris pizarra muy sombrío.

—Un poco —contesté sonriéndole.

A lo mejor no salía tan mal. *Cuando Harry encontró a Sally* era una de mis favoritas de siempre y, en cierto modo, yo iba a vivirla. Tenía preparada una lista de temas de conversación con la que asegurarme de que nuestro viaje era digno de una comedia romántica.

—No son ni cinco horas, si no hay mucho tráfico —me dijo—. Claro que habrían sido menos si hubiéramos salido cuando estaba previsto.

—Ya... —repuse.

Estaba claro que íbamos a necesitar esa lista. Cuando fui a rescatarla del móvil, me entró un mensaje.

ESNOB: ¿Qué tal el viaje? ¿Garry es tan maravilloso como parece?

Evie: Se llama Graeme. ¿Y no tienes nada más urgente en lo que pensar?, ¿un guion, por ejemplo?

ESNOB: Deduzco que eso es un «no».

Me metí el móvil debajo del muslo frustrada. ESNOB aún no me había dicho de qué iba su guion y no me atrevía a preguntarle a Monty. No quería que mi jefe perdiera la fe en mí. Siendo yo, en teoría, la encargada de conseguir que escribiera, iba a sorprenderle un poco que no supiera lo que estaba escribiendo. Al menos, los productores estaban contentos. A Sam y a Max les había entusiasmado tanto la idea de ESNOB que habían programado una reunión el 2 de enero para comentar lo que llevara escrito. Claro que, como aún no había escrito nada, la reunión iba a ser cortísima.

Procuré relajarme. Si tenía una idea, ya estaba un poco más cerca de terminar el guion. Yo sólo debía seguir haciendo todo lo posible por encontrar a don Final Feliz, de forma que ESNOB no tuviera excusa para no escribir.

Oí el frufrú de una bolsa seguido de un hedor espantoso, y me dio una arcada.

—¿Qué es eso?

—Ah, ¿quieres? —me preguntó Graeme con la mano izquierda metida en una bolsa de plástico que contenía algo que debía de llevar muerto un tiempo—. Es pescado seco. Acabo de volver de Islandia. Me encanta viajar, ¿a ti no?

Bajé la ventanilla y tomé una bocanada de aire fresco.

Media hora después, Graeme aún estaba de mal humor por haber tenido que tirar el pescado. Yo no había podido contener las arcadas y él no había querido poner en peligro la tapicería de su

coche.

—Maria me ha dicho que eres analista de datos —comenté—. ¿Qué haces exactamente?

No era uno de los temas de conversación de mi lista, pero dudaba que Graeme estuviera de humor para decidir si preferiría tener pezones en vez de dedos de los pies o dedos de los pies en vez de pezones (una aportación de Jeremy).

—Un poco de todo —contestó—. Maria me ha dicho que tú tienes un trabajo bastante interesante. Que eres agente de guionistas o algo así. ¿Qué tal es? ¿Ya has conocido a George Clooney?

Por lo menos lo intentaba.

—Soy asistente —contesté.

—Detrás de un gran hombre... y todo eso —dijo poniendo la radio en una de las emisoras preconfiguradas. Lo miré. ¿Lo habría dicho en serio?

Había puesto una tertulia. El anfitrión era uno de esos disidentes profesionales que disfrutaban adoptando puntos de vista abominables y viendo cómo revienta Twitter después. En cuanto oí la palabra *indeseables*, cambié a una emisora de pop. Graeme volvió a sintonizarla con el mando del volante.

—El conductor elige —dijo entre dientes con fingida jovialidad.

Evie: Maria, cariño, ¿cuánto conoces a Graeme?

Maria: Conozco a su madre, que es majísima. ¿Va todo bien?

Evie: Estupendamente.

Recordé de pronto lo que llevaba en el bolsillo. Había llegado tarde esa mañana porque había ido a Gil's a escribir, decidida a no dejarme desanimar por la actitud de Ben hacia mí. Incluso me había sentado con ellos (a petición de Anette, claro). Después de que hubiera dado por hecho que la pequeña travesura de Anette había sido cosa mía, decidí mandarle a ESNOB un informe como si aquello hubiera sido realmente un «encuentro de película» intencionado con Ben en el papel protagonista. Me había resultado catártico, casi como cuando escribía antes. Luego había preparado con Anette una lista de películas para que las viera en Navidades y no había hecho ni caso a su padre. Lo más cerca que habíamos estado de interactuar había sido cuando él le había recordado a la niña que tenía un regalo de Navidad para mí.

Era un lápiz de memoria con canciones para un viaje en coche.

—¿Puedo? —dije y, sin esperar a que Graeme me diera permiso, pinché el lápiz en el puerto USB del salpicadero.

—Hola, Evie, soy Anette —se oyó a la niña por los altavoces.

—¿Qué es esto? —preguntó Graeme.

—Es un regalo de...

—Y Ben.

Me interrumpí, atónita al oír su voz grave resonando por todo el coche.

—Aquí tienes nuestra recopilación para cuquiviajes —prosiguió Anette.

—¿Tú crees que Evie lo pillará? —preguntó Ben aclarándose la garganta—. Porque, a veces, la gente te malinterpreta.

—Y entonces se portan como imbéciles integrales.

—Gracias, Anette —dijo él socarrón—. Aunque te prometo que voy a ser menos imbécil de ahora en adelante.

¿Estaba oyendo bien? ¿Ben ya no pensaba que había urdido una compleja trama para besarlo? Pues ya me podría haber dicho algo en Gil's esa mañana. Aunque lo cierto era que yo le había estado haciendo el vacío... De pronto me sentí un poco mal por haberle enviado a ESNOB el informe del «encuentro de película».

—¿Ése es uno de tus ex? —dijo Graeme, colándose en mis pensamientos.

—No —contesté—. Es... —Era complicado de explicar—. Son unos amigos.

—A papá se le dan de maravilla las recos de canciones —prosiguió Anette—. Así que relájate.

—Sin perder de vista la carretera —terció Ben.

—Y prepárate para el viaje de tu vida.

Canté entera *The Circle of Life*, y *Objects in the Rearview Mirror*, de Meatloaf, antes de darme cuenta de que estaba esperando algún otro mensaje de Ben entre canciones.

«¿Qué estoy haciendo?» Con recopilación o sin ella, estaba claro que el tío pensaba que yo estaba zumbada por hacer los «encuentros de película». Y en ese momento me pareció que igual tenía razón.

—¿Puedes pasarme el agua que tengo atrás? La necesito con urgencia —dijo Graeme—. ¡Ojalá me hubiera traído también los tapones para los oídos! Ja, ja.

Le pasé la botella y saqué el móvil para distraerme y que él pudiera descansar un poco de mis gorgoritos desafinados.

ESNOB: Entretenme. La morenaza con la que voy me está demostrando que la belleza no lo es todo. Conversación: cero pelotero. Ni pizca de diversión.

¿Monica se había teñido el pelo? Me parecía una crueldad que hablara en esos términos de ella, pero ESNOB era así. Puede que los columnistas de la prensa rosa tuvieran razón después de todo y estuvieran pasando una mala racha.

Evie: Graeme es la monda.

ESNOB: Y una mierda. Estás en el mismo atasco que yo y te has quedado sin temas de conversación hace diez cruces.

Mi primer pensamiento fue «¿Atasco?». A Graeme le iba a encantar. Seguido de «Un momento...».

Evie: ¡¿Estás en la M1?!

ESNOB: Voy a pasar la Navidad en casa de Monica, ¿recuerdas? No me escuchas. ¿Cómo va el «encuentro de película»?

Pues no era verdad lo de la mala racha.

Evie: Va de maravilla. ¿Ya sabes cómo vas a llamar a tu protagonista? Graeme estaría bien.

ESNOB: Ni una sola mujer en la historia de la comedia romántica ha perdido jamás la cabeza por un Graeme.

Evie: Jude Law en *The Holiday*. ¡Ja!

Fuera, la aguanieve se convirtió en lluvia. Una ristra fluorescente de faros traseros se perdía en el horizonte delante de nosotros.

—Atasco. —Graeme sonrió triunfante—. Te lo he dicho.

—Me lo has dicho, sí. —«Venga, Evie, dale una oportunidad.»—. ¿Cómo vas a pasar la Navidad?

—Ayudando a mi mami. Se preguntará por qué estoy tardando tanto. Sin mí no tendría a nadie. —Sorbió agua ruidosamente—. Como estoy soltero, tengo tiempo para ella —continuó, mirándome de reojo. Tosió—. Claro que podría hacer sacrificios por la persona adecuada. El problema es —dijo agitando la botella con la cara coloradísima bajo el resplandor de las luces de freno— que hay una razón por la que tantas mujeres siguen solteras.

«Ahí va una afirmación que nunca ha terminado bien.»

—¡Mira cómo llueve! —dije. Unas gotas gordísimas aporreaban el cristal—. Hace un día para besarse —mascullé por lo bajo.

Él tosió fuerte.

—¿Cómo has dicho?

—Nada.

Era lluvia de película. De esa que te empapa por completo. De ésa con la que el paraguas no sirve de nada porque no hay ni un solo centímetro de tu cuerpo que no esté chorreando. Me vino a la memoria *Cuatro bodas y un funeral*, y la frase tremenda de Andie MacDowell.

Graeme sacudió la botella ya vacía y se dio un golpe seco con ella en el regazo, suspirando.

—¡¿Qué es eso?! —gritó de pronto, inclinándose bruscamente hacia delante y tensando con ello su cinturón de seguridad.

—¿El qué? —pregunté alarmada, buscando entre los coches atascados delante de nosotros. Se recolocó en el asiento.

—Era un pájaro —dijo como si fuera evidente.

—¿Te encuentras bien?

Lo miré con recelo. Tenía el pelo muy alborotado y empecé a pensar que la rojez de sus

mejillas no se debía tan sólo al resplandor de los faros de los otros coches.

Graeme abrió muchísimo los ojos y tiró la botella vacía al asiento de atrás.

—Estoy perfectamente, ¿por qué? —Se quedó pensativo un momento—. Tengo que hacer pipí.
—«Perdona, ¿qué acaba de decir este tío de pelo en pecho?»—. Paramos en la siguiente estación de servicio. ¡Ajá! —dijo dando botes—. Esta que viene ahora es mi favorita.

Me llegó un tufo que me alteró la respiración.

—¿Has vuelto a comer pescado de ése? —pregunté mirando a mi alrededor en busca de la bolsa.

Tosió.

—Me has hecho tirarlo, ¿recuerdas?

—Entonces ¿qué es ese...?

Un rataplán sonó por todo el coche, seguido, sólo un segundo después, por una tos. Cerré los ojos un instante al comprenderlo. El ciclo continuó unos minutos y Graeme cada vez sincronizaba peor las toses con lo otro, tanto que casi podría haber dejado de toser, la verdad.

Bajé la ventanilla. El GPS corrigió el cálculo de la hora de llegada. Nuestro destino estaba ahora a cinco horas. Hasta entonces, el infierno.

María: ¿Cómo va?

Evie: Estamos en su estación de servicio favorita.

María: Vamos, que es raro.

Evie: Más que un perro verde.

Sarah: Dale una oportunidad, Evie.

Evie: Además, es un capullo misógino.

María: ¡Ay, Dios! Lo siento mucho, Evie. Pensaba que éste estaba bien. Hasta le he dicho que estabas soltera.

Evie: Me da que no anda pensando en romances. Me acaba de anunciar que iba a «cambiarle el agua al canario».

No quería mosquearme con María por querer emparejarme con Graeme. Lo que pasa es que no era ella la que estaba encerrada en un coche con un tío que de verdad creía que podía disimular los pedos con toses.

Le envié a mi madre la nueva hora de llegada y pensé ilusionada en el momento en que el coche se detuviera por fin en mi antigua calle. A este paso no íbamos a llegar ni a las nueve. Temblé y encendí la calefacción.

Ra-ta-ta-tá.

Graeme, empapado, me hizo una seña por el cristal. Pensando que íbamos a cambiar de sitio otra vez, bajé del coche y me aparté para dejarlo pasar. Fue entonces cuando me agarró por los

hombros y me pegó un morreo como si su boca fuera un desatascador y la mía un sumidero.

Mi reacción fue puro reflejo y completamente justificable.

Graeme se apartó de forma brusca.

—¡Me has mordido! —dijo atónito, y sacó la lengua—. ¿Me sale sangre? ¿Por qué has hecho eso?

—¡Porque me la has metido hasta la campanilla! —«Eso que noto... ¿es pescado muerto? ¡Puaj!»

—Intentaba ser romántico. ¡Has sido tú la que ha dicho que hacía un tiempo para besarse!

Genial, ya me había estropeado la frase.

—No hay romanticismo sin consentimiento, Graeme. —Me limpié la lluvia de los ojos, respirando fuerte y considerando seriamente la posibilidad de dejarlo allí—. Sube al coche —le dije al final, y me puse yo al volante.

Al cabo de un minuto, montó él también.

Sacó otra botella de agua, gimoteando mientras bebía. Subí la música. Él acercó los dedos a la radio.

—No —le dije cortante.

Bajó la mano y, dándome la espalda, se acurrucó en el asiento, abrazado al agua como si fuera un peluche. Para mi asombro, empezó a roncar.

Disfruté de casi una hora de relativa tranquilidad antes de que despertara.

—El problema de las mujeres como tú —sentenció sobresaltándome— es que no os van los tíos majos. Siempre vais a por los capullos. Y luego os quejáis de que *nozotroz* os tratamos mal. —Debía de tener la lengua muy hinchada. «Bien.»

Volví a mirar el GPS. Quedaban cuatro horas.

Una persona sensata habría procurado conservar la tranquilidad. Yo no me sentía particularmente sensata.

—El problema de los tíos majos, Graeme —le dije—, es que no se dan cuenta de que los capullos son ellos.

—El problema de...

—¡Se acabó!

Me lanzó una mirada asesina, tragando el agua como si me desafiara. El atasco empezaba a disolverse, al parecer. Aceleré, viendo por fin la luz al final del túnel, pero entonces el motor hizo un ruido raro.

«¿Qué ha sido eso?»

El coche entero se sacudió. ¿Se estaba quemando algo?

—Graeme, ¿cuándo has mirado el aceite por última vez?

—*Pezdona*, mamá. «Graeme, ¿has mirado el aceite?» «Graeme, ¿por qué incomodas a tus compañeras?» Las mujeres siempre *hacéiz* preguntas impertinentes.

Empezó a salir humo del capó y se encendieron todos los testigos del salpicadero.

—¡Epa! —dijo Graeme.

El coche se sacudió, hizo que su mano se agitara y Graeme me tiró la bebida por encima. Fue entonces cuando me di cuenta de que no era agua lo que bebía, sino vodka.

15
El del *capusho*

Exterior del arcén de la M1, domingo 23 de diciembre a las 17.42.
Las luces estroboscópicas del camión de bomberos colorean la noche de un naranja artificial mientras los agentes de policía hacen avanzar la lenta procesión de vehículos que pasan junto al arcén. Se aleja de la escena una ambulancia y llega una grúa. Evie está envuelta en una manta de un plateado sideral y habla con una agente de policía. Graeme también está envuelto en una manta, discutiendo con los bomberos.

—¿Se encuentra bien, señorita? —me preguntó la policía—. A su novio se lo ve algo alterado —añadió mirando a Graeme.

—Estoy muy bien, gracias —contesté temblando bajo la llovizna—. Y no es mi novio.

Como la agente ya sospechaba que iba bebida, no le conté que, en realidad, no nos conocíamos de nada y que había orquestado aquel viaje en coche para conseguir que un guionista escribiese una comedia.

Le devolví el alcoholímetro. Lo miró.

—Gracias, señorita. Parece que está todo en orden. Teníamos que asegurarnos.

—Lo entiendo perfectamente —dije. A fin de cuentas, iba bañada en vodka.

Me dejó y se fue a rescatar a los bomberos de Graeme. Yo me senté en el quitamiedos, abatida, agotada y sin otro deseo que estar con mi madre comiendo empanadillas de carne caseras con un ponche bien caliente. Veía muy improbable que fuera a llegar a casa ya, y al día siguiente era Nochebuena.

Con los dedos helados apenas podía teclear.

Evie: Tenías razón.

ESNOB: Ya. Espera... ¿Has intentado fingir un orgasmo?

ESNOB: ¿Pelirroja?

Evie: Estoy en el arcén de la M1, mientras Graeme, que está borracho, por cierto, le grita a un bombero por darle un manguerazo al motor de su coche, que estaba ardiendo. En resumen: no.

ESNOB: No sois los de esa mierda de color azul, ¿no?

Me dio un vuelco el corazón al mirar el Škoda azul encima del que Graeme estaba tumbado en ese momento para fastidio de los técnicos de asistencia en carretera. «Sí, ¿por qué?», le tecleé. No me contestó.

El coche estaba ya bien anclado a la grúa y a Graeme lo arrancaban a la fuerza de encima del capó cuando el deportivo rojo se detuvo en el arcén. Estudié con atención las lunas tintadas, preguntándome qué clase de persona aparcaría su vehículo en la escena de una emergencia.

La ventanilla del pasajero empezó a bajar y pude ver un pelo rubio requetepeinado con un aire desenfadado, unos ojos azulísimos y una cara muy conocida y fastidiosamente guapa.

—¡Hola, Pelirroja!

«¿De verdad estoy viendo esto?» ESNOB. En el arcén de la M1. El corazón me revoloteaba en el pecho.

Sonrió e, inclinándose sobre el asiento vacío del pasajero, abrió la puerta.

—¿Qué probabilidades había de que fueras tú quien me estuviera haciendo la puñeta en este atasco, Pelirroja? —dijo divertido—. Anda, sube.

—¿En serio has venido a recogerme? —pregunté con voz temblona, asomándome al interior calentito.

—¿A qué, si no? —contestó él—. Date prisa, anda, que estás empapando los asientos de cuero.

—¿Hay sitio para uno más? —pregunté señalando a Graeme, que estaba sentado un poco más allá, abrazado a su equipaje. Los tíos de la grúa se habían negado a llevárselo. Era un capullo, pero era tarde, y Navidad, y su madre lo estaba esperando.

—Depende —contestó meneando las cejas como si insinuara algo—. ¿Va al mismo sitio que tú?

—A dos calles de mi casa. —«Cinco como mucho.»

—Vale. Si a mi amiga peluda no le importa... —respondió ESNOB, indicando el asiento de atrás. Si es que se podía llamar así: era una especie de estante de piel minúsculo que parecía aún más pequeño con el sabueso gigantesco que lo ocupaba.

—¿Qué es eso?

Con el frío me patinaban las neuronas. Desde luego, Monica no era.

—Pelirroja, te presento a *Ziggy*; *Ziggy*, ésta es Pelirroja —dijo ESNOB, sonriéndome.

«Un momento...» ¿Así que ésa era su «morenaza»? ¿Sabría lo que yo me había imaginado?

Por la sonrisa burlona, sí.

Nos costó tanto meter al borracho cincuentón y dos maletas empapadas en el elegantísimo pero diminuto deportivo de ESNOB que, cuando por fin salimos, el atasco ya se había disuelto.

—Gracias —le dije, preguntándome si esa palabra podía llegar a contener mi inmensa gratitud. Al parecer, volvía a ser Navidad, y era todo por ESNOB—. Te lo agradezco muchís...

—Entonces ¿tú eres el capullo? —soltó Graeme desde atrás.

ESNOB enarcó las cejas.

—¿Cómo?

Volví la cabeza para lanzarle una mirada asesina a Graeme, que estaba empujando a *Ziggy* para que le dejara más espacio. La perra ni se enteraba.

—Las mujeres siempre prefieren al capullo. Y tú —añadió amenazándome con el dedo—, luego no vengas llorando cuando te deje.

—*Ziggy* —dijo ESNOB con tranquilidad—: sentada.

Con un fuerte resoplido, la perra inmensa se tumbó por completo, asfixiando a Graeme, que chilló y trepó por el asiento jadeando.

No fui capaz de mirar a ESNOB.

—Está borracho —le expliqué.

—Ya lo he notado.

—¡Y otra cosa! —Silencio.

Me volví para mirar a Graeme y me lo encontré dormido como un tronco, con la cabeza apoyada en el lomo de *Ziggy*.

—Ya te he dado las gracias, ¿no? —dije dirigiéndome a ESNOB.

—Dámelas con tu informe —replicó él.

Puse los ojos en blanco.

«Sigue siendo ESNOB.»

En cuanto me sentí las manos otra vez, le escribí a mi madre; luego a mis amigos, para hacerles saber que llegaba con retraso pero estaba bien.

Maria: Lo siento mucho, Evie. No me lo puedo creer. Acabo de hablar con su madre. Me ha dicho que lo han despedido. Por beber en el trabajo y por un tuit insultante.

Jeremy: Sarah, ni se te ocurra decirlo.

Sarah: Con lo mal que lo ha pasado Evie, no voy a ser yo quien diga ahora que Paul era sin duda la mejor opción, ¿no?

Jeremy: Ya está. Se acabó la despedida de soltera. Coincidiréis en que es lo justo.

Maria: ¿Cómo vas a casa?

Evie: No os lo vais a creer.

—No te lo tomes a mal —le dije a ESNOB—, pero ¿para qué me has rescatado?

—Tenemos un trato, ¿no?

—Que yo sepa, no incluye asistencia en carretera.

—Necesitabas ayuda, Pelirroja, y yo estaba cerca. —Pausa—. No soy tan capullo.

—Graeme no piensa lo mismo.

Rio. Yo me entretuve deshaciéndome la trenza para que el pelo se me secara en rizos

encrespados, intrigada por aquellas nuevas versiones de ESNOB. ESNOB, el dueño de perro. ESNOB, el rescatador.

—¿Qué? —pregunté al ver que me miraba.

—Nada. —Esa vez sus ojos se detuvieron un poco más en mí—. Te queda bien el pelo suelto.

—Gracias —dije sobresaltada.

«¿Qué pasa aquí?»

No significaba nada. Para ESNOB, coquetear era como respirar. Si es que era eso lo que hacía.

Le entró una llamada y la música se silenció. «Llamada de Nena», leí en la pantalla del salpicadero. Él enmudeció y apretó su mandíbula perfecta. Cortó la llamada.

Extrañada, acaricié a *Ziggy*.

—¿Es de Monica? —No había visto nunca a la perra en su casa.

ESNOB soltó un bufido.

—Monica no la soporta. La pobre lleva en cuarentena desde Los Ángeles y a Monica no le ha hecho mucha gracia que haya conseguido salir. La llevo a una residencia canina, donde al menos tendrá unas Navidades mejores que las mías —dijo y, alargando el brazo, le rascó las orejas a *Ziggy*.

«Llamada de Nena», volvió a decirnos el salpicadero. Otra pulsación de ESNOB para cortarla.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—De maravilla —replicó él seco. Dejé que se hiciera el silencio—. Eres insufrible, ¿lo sabes? Vale. Los niños de Monica van a pasar las Navidades con nosotros. Me lo ha soltado esta mañana.

—Y tienen... ¿cuántos años? —No pude resistirme a preguntárselo.

Me miró sorprendido.

—Los suficientes para saber que su madre podría encontrar algo mejor que una «estrella fugaz».

—Pronto tendrás con qué impresionarlos —repuse—. A los productores les ha encantado tu idea. Verás cuando les enseñes el guion. —En su cara bonita se dibujó una expresión que se parecía muchísimo a la duda—. Tenemos que hablar de la reunión de enero.

—Ya he visto esta mañana el informe de tu último «encuentro de película» —dijo cambiando de tema—. Tenía clarísimo que perdías el tiempo con Papi Soso.

Con todo lo que había pasado después, no recordaba que se lo hubiera mandado.

—Se llama Ben, y de ése ya puedes olvidarte —dije muerta de vergüenza. La recopilación de canciones estaba a salvo en mi bolsillo.

—Tranquila —contestó ESNOB—. El tío es bastante olvidable. Bueno, ¿cuándo me vas a enviar el del viaje en coche?

—En cuanto le mandes unas páginas a Monty —respondí más irritada de lo que pretendía.

Silencio. No apartó la vista de la carretera.

—Esa idea que le he mandado a Monts... —dijo por fin—. La verdad, Pelirroja, es que... no se

me habría ocurrido de no ser por ti. —Meneó la cabeza—. Son esos puñeteros «encuentros de película». Me han ayudado más de lo que imaginas. —Ya me había dicho algo parecido antes, pero, si eso era cierto, ¿dónde estaba lo que había escrito?—. Sin embargo... —se volvió hacia mí — tengo la sensación de que...

—¿Qué?

—De que te reprimes cuando escribes. —Se encogió de hombros—. No lo hagas. Eres buena, Pelirroja. Si de verdad quieres que termine el guion, vuélcate.

Contemplé su perfil perfecto, meditando sus palabras. Yo no paraba de decirme que era la única que se estaba tomando en serio nuestro trato, y resulta que ESNOb... ESNOb me tenía calada.

Porque era cierto: aunque me había ido soltando con cada informe, aún había una vocecita interior que me decía que yo no era escritora de verdad y me hacía refrenarme. Había hecho aquel trato con él para conseguir que escribiera. Si era sincero y los informes de verdad lo inspiraban, ¿de qué tenía yo tanto miedo? ¿De descubrir que me vacilaba cuando me decía lo buena escritora que era?

¿O de disfrutar de verdad volviendo a escribir?

—Vale —dije, y esbozó una extraña sonrisa de alivio—. Pero tienes que entregar unas páginas.

—Trato hecho.

Ziggy asomó la cabeza entre nuestros asientos y gimoteó para que le hiciéramos un poco de caso.

—Perdona, preciosa —le dijo ESNOb acariciándola—. Nos pondremos al día después de Navidad.

Le enterré los dedos en el pelo y me dio pena imaginarla sola durante las fiestas, justo después de salir de la cuarentena.

—Oye, yo podría cuidar de *Ziggy* una semana —dije—. Es lo mínimo, después de que tú hayas venido a rescatarme. En Navidades, la norma de mi madre es que cuantos más, mejor. —Aunque *Ziggy* casi con seguridad sería más de lo que esperaba.

—¿En casa de tu madre? —preguntó visiblemente escéptico, porque, claro, para qué iba a darme las gracias.

—Bueno, no es el Four Seasons, pero tampoco es «Emmerdale» —espeté.

Soltó una carcajada.

—No, es que no sabes lo que te llevas, nada más. *Ziggy* es una perra que necesita mucho espacio. Y es vegana —añadió entre vacilante y esperanzado.

—Lo que sea por mi ángel de la guarda —dije acariciando a *Ziggy*.

—¡Ángel de la guarda! Me gusta.

—Me refería a la perra.

Me sorprendí conteniendo las lágrimas cuando vi el pequeño adosado de mi madre todo iluminado con lucecitas navideñas. HOGAR, decían con cada parpadeo. ESNOB apagó el motor y bajó de golpe la temperatura, como si hubiera reventado una burbuja.

—¿Seguro que te las apañas con...? —empecé a decir.

Graeme se tiró un pedo enorme en medio de un ronquido. Esa vez no lo siguió una tos.

—¿El bello durmiente? Ahora lo llevo a casa.

—Te he dado la dirección de su madre...

Noté que estaba alargando el asunto. Tenía la sensación de que habíamos pactado una especie de tregua en las últimas horas y que se acabaría en cuanto me bajara de su coche.

—Las cosas de *Ziggy* están en la bolsa que hay atrás. —Ninguno de los dos comentó que podríamos haber quitado esa bolsa para dejarle más sitio a Graeme—. Mándame fotos para que sepa que sigue viva.

—Todos los días —prometí—. Bueno, más vale que...

ESNOB se inclinó sobre mí para abrirme la puerta y por un instante me llegó su olor a miel y a crema. «Ese potingue carísimo que se echa en el pelo», pensé.

—Ha sido divertido —afirmó.

Al sacar la maleta del maletero, le di un golpe sin querer al asiento de atrás.

—¡Evie! —Graeme asomó por encima de los reposacabezas y me dio un susto—. Oye... Lo... lo siento. Estoy pasando una mala racha. Soy un buen tío, de verdad, te lo prometo. ¿Te ayudo con la maleta?

—Graeme —le dije—, vas a ser testigo presencial de que las mujeres no siempre preferimos al capullo.

Sus ojos de borracho me miraron esperanzados. Cerré el maletero de golpe.

Cuando me volví hacia la casa de mi madre, me encontré a ESNOB de pie en mi camino. Empezaban a caer copos de nieve de las nubes plateadas.

—¿No se te olvida algo? —me preguntó.

—¿El qué?

Me entregó la correa de *Ziggy* y me colgó del hombro una bolsa negra inmensa. Me vencí hacia delante por el peso repentino y me agarré al pecho de ESNOB. Me cogió de los brazos y se me acercó al oído.

—¿Te estás enamorando de mí, Pelirroja? —dijo, y sonrió. Me cayó nieve en la cara y se derritió en mis labios. ESNOB me miró a los ojos y su arrogancia se desvaneció. Era la primera vez que no lo veía del todo seguro. Parpadeó y se apartó primero—. No te olvides de mandarme el informe —añadió, y esa vez su sonrisa me pareció fingida.

—Claro —contesté extrañamente afectada—. Ya sabes lo que tienes que hacer para conseguirlo. —Agarré el asa de mi maleta—. Gracias otra vez por el rescate. No te preocupes por *Ziggy*, te la devolveré entera. Más gorda, seguramente, pero entera. —Di media vuelta y me fui.

Abrí la puerta, entré al calor y los olores familiares de la casa de mi madre y encendí la luz del

recibidor.

Maria, Sarah y Jeremy estaban plantados en el pasillo con una sonrisa inmensa en la cara.

—¡Mary, ya está en casa! —gritó Jeremy en dirección al salón—. Y trae una especie de bestia peluda.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, vinieron todos corriendo hacia mí.

«Esto... —pensé abrazándolos fuerte y olvidándome de ESNOB—, esto son las Navidades.»

16

La morenaza

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Para: TheEzraChester@ezrachester.com
Asunto: MUY CONFIDENCIAL: Feliz Navidad
Enviado el: 25 de diciembre, 19.39

Querido Ezra:

Como verás en la imagen adjunta, *Ziggy* disfrutó muchísimo de nuestra cena de Nochebuena. La perdimos de vista un minuto y, cuando quisimos darnos cuenta, estaba montando al pavo.

¿No decías que era vegana?

¡Feliz Navidad! Espero que los niños te estén tratando bien. Y, si no, piensa que en menos de dos meses tendrás un guion que enseñarles.

Tengo que dejarte antes de que Jeremy termine matando a Sarah. Están jugando al Pictionary, a pesar de la «Normativa antiPictionary», aprobada después del «Expediente Teta 2015», cuando Sarah, estando pedo, leyó mal la tarjeta y dibujó un *pecho* en vez de un *lecho*. Jeremy aún celebra el aniversario de cuando la oímos gritar «¡Es una TEEETA!» al final de su minuto de tiempo.

Evie

X

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Para: TheEzraChester@ezrachester.com
Asunto: MUY CONFIDENCIAL: *Ziggy Stardust* (¿me estás leyendo?)
Enviado el: 26 de diciembre, 15.02

Querido Ezra:

Perdona el correo de ayer. Fue por los *gin-tonics*.

Te mando la foto de hoy de *Ziggy*. Sí, mi madre la ha disfrazado de su homónimo, David Bowie. Te gustará saber que se ha dejado hacer sin rechistar.

Saludos,

Evie

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: Diablillo peludo (recuerda: el 2 de enero)

Enviado el: 27 de diciembre, 14.56

Querido Ezra:

Entramos oficialmente en el modo cuenta atrás para la fecha tope de entrega. Sé que no hace falta que te recuerde cuándo se reúne Monty con los productores (es el 2 de enero). Y sobre todo no hace falta que te recuerde que no te voy a mandar mi informe del viaje en coche hasta que entregues esas páginas. Lo digo en serio, Ezra.

Antes de escribir el párrafo siguiente, mi madre quiere que te diga que está encantada de tener a *Ziggy* en casa.

Verás que la foto de *Ziggy* de hoy viene con un rótulo que reza: COSAS QUE HE COMIDO.

Te adelanto la lista provisional:

- jamón
- una deportiva nueva (pie izquierdo)
- un pavo
- dos pares de zapatillas de ir por casa
- *Las comidas de Jamie en 15 minutos*
- un bizcocho Victoria
- más jamón
- casi todo mi cojín favorito
- el gnomo de jardín del vecino
- la carta de reclamación del vecino
- más jamón todavía

Cosas que *Ziggy* no ha comido:

- nada remotamente vegano

Recuerdos,

Evie (y Mary) Summers

P. D. 2 de enero.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: Limbo navideño (MANDALAS PUÑETERAS PÁGINAS YA)

Enviado el: 28 de diciembre, 20.04

Ezra:

IBA a escribirte para contarte que mi madre ha incorporado a *Ziggy* a nuestra tradición del «Limbo navideño», que celebra *toros* los años entre Navidad y Año Nuevo. Reúne a *gete*, prepara una tonelada de margaritas y empuja a todo el mundo a participar en un concurso de *limbo*. Como verás *n* la foto, *Ziggy* lo intentó ¡y se largó con el palo!

EN CAMBIO, lo que te voy a decir es esto (porque es Navidad y por el *TEQUILA*).

Sé *DE SORBA* lo que estás haciendo, don Guionista Oscarizado. Te estás aprovechando de que estoy siendo supermaja *PARA NO ESCRIBIR* con la *EXCUSA* de que no te he mandado el último *infrome*.

Pues aquí tienes mi regalo de Navidad *atracado*: el «encuentro de película» del viaje en coche. Lo escribí

en Nochebuena porque la Evie sobria es *invenible*. Eres un *escrito* brillante, así que *ESCRÍBE* DE UNA VEZ. Tampoco hace falta que escribas un montón. Basta con que le mandes *AGLO* a Monty.

Ya está bien de excusas.

Adiós,

Evie

XX

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: Disculpas

Enviado el: 29 de diciembre, 10.02

Querido Ezra:

Sólo quería disculparme por mi correo de ayer. Fue muy poco profesional y, por si te sirve de consuelo, me muero de vergüenza y me siento fatal, tanto por el contenido del mismo como por la cantidad ingente de tequila que bebí.

Te agradecería mucho que, por favor, lo ignorases por completo. Salvo lo del envío de las páginas.

Las tienes que mandar ya, en serio.

Recuerdos,

Evie

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: Eres un ser humano absurdo, lo sabes, ¿no?

Enviado el: 30 de diciembre, 3.20

Le he mandado a Monts el primer acto.

Considéralo un regalo de Navidad *atracado*.

E.

X

Algo para recordar (en Sheffield)

Interior del dormitorio de la infancia de Evie, lunes 31 de diciembre a las 19.34.

Evie va en camisón y está terminando de arreglarse los rizos con las tenacillas. Las paredes están forradas de pósteres de películas medio despegados: *La camarera*, *Los caballeros las prefieren rubias*, *Tienes un e-mail*, *Brick Park*, *Cantando bajo la lluvia*, *Tootsie*, *Algo para recordar...* La antigua chimenea en desuso está ocupada por montañas de DVD.

Mi madre abrió la puerta calzada con una sola zapatilla de andar por casa y cargada con dos vasos de espumoso. Me pasó uno. *Ziggy* entró detrás de ella, resopló en mi regazo y se dejó caer con pesadez a mis pies.

—¡Feliz Año Nuevo, cielo! —Brindamos—. ¿Ya lo tienes todo listo para la despedida de soltera de Sarah?

—Casi todo. —Aún tenía que confirmar la reserva de la mansión, pero sólo había que mandar un correo rápido.

—Genial. —Mi madre bebió un sorbito de su prosecco—. Entonces, podemos hablar de tu próximo «encuentro de película».

Gruñí.

—Llego tarde, mamá. El taxi vendrá enseguida.

Mis amigos y yo íbamos a pasar la Nochevieja en The Wick, como en nuestra época de estudiantes. María se había empeñado en que nos vistiéramos todos exactamente igual que en la universidad. Yo llevaba un vestido de topos azul y blanco años cincuenta con unas enaguas enormes. Hacía mucho que no me arreglaba tanto el pelo, pero por entonces yo vestía como una chica de revista de los cincuenta fan total de Dorothy Taylor.

—Igual puedo ayudarte a organizarlo.

Antes de que pudiera impedirselo, mi madre agarró las tenacillas y empezó a dividirme en secciones los rizos de la nuca, como hacía antes. Me miró en el espejo y sonrió.

Cuando me había dejado en casa antes de Navidad nada menos que el mismísimo ESNOB en persona, pesadilla de la vida laboral de su hija, mi madre me había sonsacado hasta el último

detalle sobre el trato que había hecho con él y los «encuentros de película». Cualquier madre normal se habría centrado en el hecho de que su única hija estaba, por una razón muy cuestionable, intentando conocer a un hombre. La mía sólo me dijo: «Me da igual la clase de hombre que conozcas, cielo, siempre y cuando tenga una mirada amable». Luego me preguntó cuándo iba a volver al club de lectura de novela erótica. Cuando le expliqué que sólo había ido allí por trabajo, me dijo: «Evie, cielo, cuando falleció tu padre, yo hice muy buenas amigas en un club de lectura. De vez en cuando, también les gustaba leer alguna cochinada, como a todo el que vale la pena».

Mientras ella intentaba domarme un poco los rizos rebeldes, mi móvil se iluminó con sus cochinadas propias.

Número desconocido: Hola, he encontrado tu número en una novela de John Grisham. Me encantaría conocerte mejor. ¿Quieres ser mi jojojó navideño?

En la última semana no había parado de recibir mensajes de desconocidos que se habían encontrado mis tarjetas. Por lo visto, las Navidades ponían cachondísima a mucha gente. Lo que explicaría, creo yo, *Love Actually*.

Borré el mensaje antes de que lo leyera mi madre y me sugiriera que le diese una oportunidad. Teníamos un planteamiento muy distinto de la vida en general. Ella siempre estaba probando cosas nuevas y evitaba la rutina todo lo posible. Yo, en cambio, valoraba mi seguridad y mi cordura. Al menos antes. En cuanto pasaran esos tres meses, mi vida volvería a ser normal. Todo Netflix y nada de emociones fuertes. «¿De verdad es eso lo que quieres?», me preguntó una vocecilla interior.

—Se suponía que debía ser el «encuentro de película» del romance navideño —le dije, procurando no prestar demasiada atención a ese pensamiento.

—Aaah.

—Pero ahora no me lo puedo permitir.

—Ah.

Confiaba en poder reservar una casita rural en algún lado. Un descanso y un «encuentro de película», todo en uno. Pero me había fundido los ahorros en la despedida de soltera de Sarah.

—¿Y si te buscas algún alojamiento en la campiña de Yorkshire? —me propuso mi madre.

—Con mi presupuesto, podría permitirme como mucho una tienda de campaña, y eso no es precisamente material de comedia romántica.

—¿Sabías que la casita de *The Holiday* era un plató? ¡Era casi de cartón! —me dijo.

—Bueno, tampoco me la podría permitir.

Me vibró el móvil. Temiéndome más mensajes de lectores acosadores de Londres, le di la vuelta.

Número desconocido: Hola, Evie. He encontrado tu tarjeta en un libro.

No mencionaba lo que quería que le hiciera a su pirulí. Lo pensé un momento antes de decidir

contestar. Necesitaba con urgencia otro «encuentro de película».

Evie: Gracias por ponerte en contacto conmigo.

Me mordí el labio, luego escribí:

Evie: Si no te importa que te lo pregunte, ¿en qué libro la has encontrado?

Habría sido de mala educación preguntarle directamente si era un rarito. «Número desconocido está escribiendo» apareció de forma intermitente en la pantalla.

Número desconocido: *Peter Pan*.

No recordaba haber metido una tarjeta en ese libro antes de volver a dejarlo en su sitio, pero me había agobiado después de robarlo por accidente cuando ESNOB y yo... «No pienses en ESNOB.» Le había mandado las páginas a Monty, y eso era lo que importaba. La reunión que había en dos días iba a ir fenomenal. Mis amigos y yo lo íbamos a celebrar esa noche con champán.

«Tú no pienses en tu correo electrónico. NO pienses en ese correo...»

Evie: ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Yo estuve en una casita como la de la película con unas amigas hace un tiempo —musitó mi madre, tirándome de un rizo rebelde—. Absolutamente perfecta para un romance navideño —añadió guiñándome un ojo—. Y tirada de precio.

—¿En una casita? —dije distraída.

Número desconocido: Ben.

«¿Cómo?» ¿Ben? No sería el Ben que yo estaba pensando...

Pues claro que no. Era una coincidencia, nada más.

Evie: Hola, Ben. Encantada de conocerte.

—¿Cómo se llamaba? Honeysuckle Cottage —se contestó ella sola—. Era justo como una se imagina que debería ser una casita, ya me entiendes. —Me cogió el móvil, mirando con los ojos fruncidos por encima de las gafas, buscó la casita en internet—. Uy —dijo apartándose el teléfono—. Ben lamenta cómo se portó en la función de su hija. ¿No le gustó el disfraz?

«¿Qué?»

Leí el mensaje.

Ben: Quería decirte lo mucho que me gustas y que siento haber sido superborde en la función de mi hija.

Se me cortó la respiración. ¡Era él! ¿Qué le pasaba? ¿Estaba borracho? Claro que tampoco se

lo iba a censurar después de mis meteduras de pata recientes...

Evie: ¿Te encuentras bien, Ben?

Ben: ¡Estupendamente! Cuando volvamos a vernos, igual no digo que hemos hablado. Soy muy misterioso.

—¿Cielo?

Mi madre me sacó de mi ensimismamiento. ¿Le gustaba a Ben? No tenía claro cómo me hacía sentir eso. ¿Aliviada?

Más bien perpleja. Aunque me hubiera grabado una recopilación de canciones, eso no explicaba que de pronto quisiera que fuésemos amigos.

—El disfraz de Anette era perfecto —contesté aún confundida. Mi madre hizo un ruidito de interés y yo le lancé una miradita—. Se refiere a que me dejó bien clarito que él no era el hombre al que yo buscaba para mis «encuentros de película».

—Ah, ¿sí? Y entonces ¿para qué te manda un mensaje?

Buena pregunta.

Evie: ¿Seguro que estás bien?

Ben: De maravilla.

—Bueno, no negarás que te ha hecho sonreír.

—No es por él —repuse, sonriendo aún.

Ben: Anette, ¿estás mandando mensajes con mi tablet?

Ben: *Merde.*

Me los imaginaba a los dos en casa: Anette llevándose la tablet a escondidas a su cuarto y Ben seguramente leyendo en otra habitación y viendo entrar los mensajes en el móvil.

Ben: Siento haberte molestado. Tranquila, mi hija recibirá el castigo que merece. Anette, castigada sin usurpar cuentas una semana.

Evie: Ben, soy yo...

Pasaron unos segundos. O le estaba quitando la tablet por la fuerza a Anette o no quería contestar.

Ben: Anette dice que siente mucho haberte hecho un *Algo para recordar*.

Exacto. Eso era lo que estaba haciendo. El padre viudo. La niña. Anette seguía intentando emparejarnos a su padre y a mí. Me parecía muy tierno, aunque total y absolutamente desacertado.

Ben: Ha encontrado una tarjeta tuya en el libro que le regalaste. De eso quería hablarte yo.

Mi sonrisa se esfumó. Me acaloré de pronto. ¿En serio pensaba que yo había orquestado todo aquello después de lo que me había dicho en la función de Anette?

—¡Arrrg! —gruñí, tecleando furiosa una respuesta mientras mi madre terminaba de arreglarme el pelo, tarareando por lo bajo.

Evie: Ha sido un accidente, Ben. Te prometo que no te voy a tender una trampa para que tengas un «encuentro de película» conmigo en breve.

Ben: Sólo quería darte las gracias por el libro. A Anette le hizo muchísima ilusión.

Uy. «Merde.» Fuera, mi taxi hizo sonar el claxon. Mi madre me dio un beso en la mejilla.

—Voy a avisar al taxista de que aún tardarás un poco —dijo, y se fue con *Ziggy* y me dejó a lo mío.

Evie: De nada. Me alegra mucho que le haya gustado.

Ben: ¿Era tuyo?

Al principio, vacilé. Luego:

Evie: Sí.

Me puse el vestido, retorciéndome como un gusano, y traté de imaginar lo que estaría pensando Ben en ese momento. ¿Que menuda bobada? Me encantaba ese libro. Significaba más para mí que ninguna otra de mis posesiones y, sin embargo, no me había importado regalárselo a Anette. Miré la foto enmarcada del tocador. Mi padre con el brazo por encima de mis hombros y una sonrisa de orgullo en la cara. Me la habían hecho cuando había cumplido los catorce y en ella llevaba un portátil en su caja y tenía las mejillas coloradas de felicidad y de lo que me fastidiaba tener que posar.

Ben: Le has alegrado las Navidades.

Sonreí de oreja a oreja.

Ben: Y es cierto que siento haber sido superborde en la función de Anette.

Evie: Acepto tus disculpas. ¿Qué tal tu Navidad, Ben?

Ben: Comimos demasiado y vimos todas las películas que nos habías recomendado.

Ben: Fue la mejor Navidad desde hace un tiempo.

Se me cortó la respiración. Sólo de imaginarlos a los dos tirados en el sofá delante de la tele, viendo todas mis películas favoritas el día de Navidad, se me encogió el corazón. Me entró otro

mensaje cuando me estaba poniendo la trenca. Era un enlace a *You Were Meant for Me*, de *Cantando bajo la lluvia*, una de las películas de la lista. Meneé la cabeza.

Evie: Hola, Anette.

Ben: ¡Hola, Evie!

Ben: Despidete, Anette.

Ben: ¡¡A partir de la semana que viene, volvemos a Gil's!!

Evie: Os veo a los dos allí, entonces.

Ben: Nos vemos pronto, Evie.

Mientras me subía al taxi, me vibró el móvil en la mano. ¿Sería Ben otra vez? Pero era un mensaje de Monty.

Monty: Juraría que me habías dicho que lo tenías todo bajo control, Evelyn. Entonces ¿dónde demonios están las páginas de Ezra?

18
NochEVIEja

Interior de The Wick at Both Ends, lunes 31 de diciembre a las 23.45. Evie y Maria están sentadas a una mesa llena de vasos vacíos en el bar atestado de gente. Hay un pinchadiscos y luces verdes que iluminan de forma intermitente las cabezas de los que bailan. Evie no suelta el móvil. Maria, vestida entera de negro, con muchísima sombra de ojos negra y los labios pintados de oscuro, se agarra la cabeza con las manos.

—¿Has visto esto?! —le dije a gritos para que me oyera con la música.

Estaba echando un vistazo al Instagram de ESNOB.

—¿Cuánto tiempo llevan estos dos en la barra? —preguntó Maria hastiada.

Fui pasando imágenes de un árbol de Navidad impecablemente decorado. Montañas de regalos envueltos a la perfección con papel metalizado y elegantes cintas vaporosas. ESNOB haciendo yoga, manteniendo el equilibrio con la cabeza clavada en el suelo, el pecho desnudo, los músculos tensos y brillantes...

—Sólo eran cuatro chupitos de tequila —protestó.

Me detuve en una imagen algo desenfocada de una mujer con la cara medio tapada por una taza blanca, la melena rubio fresa suavemente ondulada cayéndole por los hombros, los calcetines largos de lana subidos hasta las rodillas, un suéter de cachemir gris sobre su cuerpo esbelto. Monica. La foto llevaba las etiquetas #elamordemivida #unabendición y #lasmejoresnavidades.

Se la puse a Maria delante de las narices.

—Si ha tenido tiempo para publicar fotos todos los días, podría al menos haber escrito una página, una mísera paginita, del guion. En cambio, él anda presumiendo de su maravillosa existencia mientras yo recibo mensajes de pervertidos. Es que ni siquiera es porque no haya escrito nada...

—Es porque te ha mentido —dijo Maria, frotándose la cara hastiada y clavándose las uñas negras en la mejilla.

—¡Exacto! —contesté, y cogí mi vaso hasta que recordé que estaba vacío.

—No dejes que te fastidie la diversión esta noche —me aconsejó mi amiga, y percibí en su voz cierto tono de advertencia.

—¿Cómo quieres que me divierta mientras él está pavoneándose por Yorkshire y haciendo

yoga con esas piernas de gacela tan mediáticas?

—Madre mía, Evie —espetó Maria exasperada.

La miré.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Aún está dando la murga con ese capullo? —Apareció de pronto Jeremy con una bandeja, alzándose sobre Sarah, que lo llevaba cogido por la cintura. La purpurina rosa y amarilla que ella llevaba en los párpados al principio de la noche le había migrado al recio pelo rubio.

—Mis héroes —terció Maria alargando la mano hacia la bandeja—. Ahora os toca a vosotros lidiar con ella.

—Quita de ahí —le ordenó Sarah, apartándola de un manotazo y asignándonos a cada uno un chupito y una rodaja de lima y colocando la sal en el centro exacto de la mesa.

—Tampoco es para tanto, ¿no? —dije yo.

—Evie, faltan unos minutos para la medianoche. Estamos todos juntos. Tú vas de «Te quiero, Lucy», Maria de Miércoles Addams y Sarah va vestida de hada... ¿En serio te vestías así?

—¡Al menos no voy embutida en licra! —replicó Sarah, tirándose de las alas. La esbelta figura de Jeremy iba enfundada en neón de la cabeza a los pies, como un ciclista que se hubiera ido de copas.

—Fue una fase. Vamos a disfrutar de esto y ya está —insistió.

El DJ bajó la música y empezó la cuenta atrás.

«Diez.»

Se formó un barullo increíble y todo el mundo gritaba con él.

—¿Estáis todos hasta las narices de mí? —pregunté mirando a mis amigos.

—De ti, no. —Maria me enhebró el brazo—. Pero estoy almohadilla harta de desentrañar todas y cada una de las fotos que ESNOB sube a Instagram.

Mis amigos tenían ya preparados sus chupitos. En ese instante, podríamos haber sido nosotros hacía diez años.

«Nueve.»

Jeremy tenía razón: estaba perdiendo un tiempo precioso.

«Ocho.»

—Lamed —nos ordenó.

Le tendimos todos, obedientes, el dorso de la mano y él nos hizo un circulito de sal a cada uno.

«Siete.»

—Por que sigamos siendo jóvenes. O casi —dijo Jeremy alzando su chupito.

«Seis.»

—Por los mejores amigos del mundo, que me organizan la despedida de soltera perfecta, y por mí, que me estoy organizando la boda del año yo solita. —Sarah hizo una pausa—. Y porque voy a ser mamidrastra.

«Cinco.»

—Por... —Pensé en lo que me apetecía de verdad. Jeremy me hizo un gesto con los dedos, como metiéndome prisa—. Por que consiga que ESNOB escriba ese condenado guion.

«Cuatro.»

—Por que nos enamoremos —dijo Maria levantando su chupito—. Como en las películas.

—Tres, dos, uno —terminó Jeremy antes de que me diera tiempo a protestar. Nos bebimos todos el tequila de un trago.

—¡Feliz Año Nuevo! —dije al tiempo que me preguntaba qué nos depararía.

—Hola, hola, ¿sabes lo que eres?

Estaba en un cubículo, sentada en la tapa del váter, con las enaguas recogidas en la cintura y el plástico frío pegado a la parte de atrás de los muslos. Llevaba unos cuantos chupitos de tequila encima, todos ellos compitiendo por ser el que me convenciera de que aquello era buena idea.

—¿Tienes idea de la hora que es? —preguntó ESNOB cansado.

—Más de medianoche, seguro —contesté. No me iba a cambiar de tema tan fácilmente—. Y tú eres un ESNO... pesado. —Me detuve justo a tiempo.

—Estás... borracha, ¿verdad? —dijo más despejado ya—. ¿Cómo de borracha?

—¡Lo bastante borracha! —chillé.

Sonó la cisterna del váter de al lado.

—¿Estás en un baño?

—No.

Se oyó entonces el secamanos.

—En serio, Pelirroja... —La voz de ESNOB sonó de pronto apagada—: No es nada: Eddy, que ya sabes cómo se pone. Enseguida vengo, nena. —Se cerró una puerta—. ¿Me has llamado sólo para decirme que soy un pesado? —me preguntó—. Voy a pasar a recoger a Ziggy mañana. ¿No podrías haber esperado?

—¡No! —Se me había olvidado lo de la perra—. También te llamo porque no has hecho la entrega... —Pegué la boca al micrófono—. COMO PROMETISTE. Me has mentido.

—No me dejabas en paz. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Entregar las páginas!

—Nadie trabaja en Navidad.

Oí a unas niñas riendo como bobas y bajé la voz.

—¡Yo sí!

Suspiró.

—Si te sirve de consuelo, he tenido unas Navidades de pena.

—Mentiroso.

Un poco sí me consolaba. ESNOB no contestó enseguida. Oí una especie de chirrido suave, como si se estuviera pasando las manos por la barba de varios días.

—¿Crees que eres la única que me está volviendo loco con el guion?

Arrugué la nariz.

—¿Monty?

—Él también.

A mí eso me daba igual.

—He vuelto a escribir, como Dios manda, por ti, y tú me prometiste que escribirías esas páginas —insistí—. ¿Qué problema hay?

Hizo un ruidito gutural.

—Deberías centrarte en conseguir que alguien se enamore de ti, en vez de incordiarne a mí.

—¿Por qué está todo el mundo tan empeñado en eso?

Me agarré a la taza del váter. Me sentía como una niña en una piscina de olas, sólo que en lugar de agua había tequila.

—¿No se trata de eso precisamente? —me recordó ESNOB. Hipé de forma lamentable—. Mira, tu último informe de «encuentro de película» ha sido el mejor hasta la fecha. Sabía que por ahí dentro se escondía una gran escritora. ¿Es eso lo que quieres que te diga?

—Lo que quiero que me digas es que no me has estado vacilando todo este tiempo. Porque... —Apoyé la cabeza en el cubículo cubierto de pintadas; aquella discusión me estaba dejando sin fuerzas—. Porque me voy a quedar en el paro si no entregas.

Una pausa.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —contesté, con la absoluta certeza de que no debería habérselo dicho—. ¡Sorpresa! Don Ombligo del Mundo descubre que es tan importante como cree. Sin ti, la agencia se va a la mierda. Ha llegado el momento de llevar las lentes a casa. Monty se reúne con los productores el... —Entorné los ojos.

—El 2 —dijo él.

—Mándale unas páginas antes de esa fecha.

—Es Nochevieja, Pelirroja, ¿cuándo quieres que...?

—¡Se acabó! —Me erguí, no quería oír ni una sola excusa más.

Me lo había prometido. Si yo escribía más, él también. Yo sólo estaba haciendo los «encuentros de película» para conseguir que él escribiera. Si no iba a hacerlo, ¿para qué iba a seguir humillándome? De pronto lo vi todo clarísimo: yo estaba haciendo los «encuentros de película» para que él escribiera; él no estaba escribiendo; ergo, se acabaron los «encuentros de película». «Una lógica aplastante, Evie», me felicité, procurando ignorar el hecho de que se me estaba escapando algo esencial.

—¡Se acabaron los «encuentros de película»! —sentencié, y me quedé tan ancha—. Lo digo en serio.

—Lo único serio aquí es tu borrachera —replicó con desdén.

—Las dos cosas —le aseguré—. Si no vas a escribir, ¿de qué sirven? No escribes, no hay

«encuentros de película».

—Nuestro acuerdo sigue en pie, Pelirroja —me dijo con cierto retintín—. No cantes victoria tan pronto. ¿Qué hay de tu empleo?

«Ah, eso.»

—¿Qué empleo? —pregunté desatada—. No hay guion, no hay empleo.

Se me volvió loco el corazón, como si estuviera borracho también. «Lo estoy haciendo bien, ¿no?» Le estaba poniendo los puntos sobre las íes a ESNOB, demostrándole que no podía seguir vacilándome.

—¿Qué dirían los productores si se enteraran de que conseguiste que firmara con engaños?

—Si no entregas el guion, por mí se lo puedes contar todo. ¡Incluido que su guionista es un ESNOB egoísta, egocéntrico, incumplidor de contrato e impertinente!

Dicho eso, colgué, temblando del subidón. Lo había hecho. Por fin le había dicho lo que pensaba de él. Y desde luego me sentía mucho mejor.

—¿Evie? —Era Jeremy—. ¡Es hora de irse! Maria ha empezado a cantar, y ya sabemos todos lo que eso significa.

Abrí la puerta, todavía estremecida. Mis amigos estaban plantados delante de los lavabos, apoyándose unos en otros. Me sonrieron medio groguis.

—*Dale a tu cuerpo alegría mañanera...*

—Me parece que la letra no es así, cariño.

Maria dejó de cantar.

—Evievie, ¿estás bien?

Mi triunfo se fue esfumando como las olas con la resaca, poco a poco, hasta desaparecer.

Me agarré al marco de la puerta.

—Me parece... que me acabo de quedar sin trabajo.

Me incorporé de un bote en la cama.

—Mierda, mierda, mierda, mierda...

Busqué a tientas el móvil para comprobarlo, por si había sido sólo un sueño, pero la prueba estaba en el registro de llamadas. Había llamado a ESNOB diez veces, ¡diez!, hasta que al fin me lo había cogido, pasadas las tres de la madrugada. La conversación me vino a la cabeza deslavazada. Lo había llamado «ESNOB». Le había dicho que me iba a quedar en paro si él no escribía. Prácticamente le había pedido que se asegurara de que así fuese.

Tenía un montonazo de mensajes sin leer. Algunos eran de mis amigos; el resto, de Monty.

Monty: Prometiste que mandarías las páginas a tiempo, Evelyn.

¿Dónde están?

Monty: No debería haber dejado que te encargaras de esto. Si no las tenemos mañana, se acabó.

Me tiré boca abajo sobre las sábanas. Luego levanté la cabeza, recordando de pronto. ESNOB iba a pasar a por a *Ziggy*. «Voy a tener que verle la cara.»

No. Eso era bueno, más o menos. Podría hablar con él, quizá incluso arreglar el desastre.

Llamaron a la puerta.

—¡Evie, ha venido tu amigo! —me gritó mi madre.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda!

Me puse a toda prisa unos vaqueros y un suéter y bajé al trote la escalera con el corazón encogido.

Mi madre estaba esperando junto a la puerta con *Ziggy*. Le di a la inmensa perra un abrazo, enterrando la cara en su pelo.

—La voy a echar de menos.

—Yo también —repuso ella.

—Prométeme que te vas a portar bien —le dije a mi madre.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Tenía una sensación rara en el estómago que era una parte de resaca y dos de miedo.

Mi madre se colocó emocionada a mi espalda. Conté hasta tres antes de abrir.

No era ESNOB.

Plantada a la entrada, con un chaleco de pieles encima de una chaqueta púrpura oscuro, estaba Monica Reed, alta y regia como un miembro desubicado de la realeza. Llevaba gafas de sol, no fuera a ser que alguien esperara toparse con la oscarizada actriz el día de Año Nuevo en un barrio de las afueras de Sheffield.

—¡Ay, madre mía! —dijo mi madre inclinándose hacia delante—. ¡Qué honor!

«Por Dios, no. No lo está haciendo, ¿no?» Sí. Mary Summers le estaba haciendo una reverencia. Me volví hacia Monica y sonreí.

—He venido a por la perra —dijo ella tendiendo la mano con la palma hacia arriba.

Le di la correa de *Ziggy* antes de que a mi madre se le ocurriera besarle la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó con cara de asco al ver que mi madre, que había vuelto dentro, salía cargada con la enorme bolsa negra. Fui corriendo a por ella.

—Son sus cosas. He preparado un aperitivo: salchichas —indicó mi madre servicial, ofreciéndole la bolsita de plástico transparente.

Monica hizo una mueca.

—Soy vegana.

—Son para la perra —replicó mi madre perpleja.

—Es el doble de lo que era antes de Navidad. Ezzie se va a poner furioso.

Costaba verlo con las gafas, pero me pareció que le gustaba mucho la idea.

—Espera, que te echo una mano —le dije colgándome la bolsa del hombro.

—Genial —dijo Monica. Me devolvió la correa de *Ziggy* y dio media vuelta con sus botas de tacón.

—¡Encantada de conocerte, cielo! —le gritó mi madre cuando se iba.

Seguí a Monica, con la esperanza aún de poder hablar un poco con Ezra.

Junto a la acera había aparcado un resplandeciente Land Rover.

—¿Dónde está Ezra? —pregunté, notándome en el estómago un desagradable retortijón que no tenía nada que ver con la resaca.

—Ezzie ha vuelto ya a Londres —me contestó. «¿Que Ezzie qué?» Abrió la puerta del pasajero. Le hice una última caricia a Ziggy antes de que se subiera a los pies del asiento—. ¿No eres tú su asistente? —añadió. La vi pasarle a la perra una de las salchichas—. ¿No deberías saberlo?

—¿Saber qué?

—Que Ezzie quería reunirse con Monty antes de ver a los productores mañana.

Monty me habría avisado si yo hubiera tenido que organizar una reunión para ese día. Me saqué el móvil del bolsillo.

Tenía un mensaje suyo, enviado hacía sólo unos minutos. Lo único que decía era: «Código rojo».

No había muchas razones por las que ESNOB pudiera organizar voluntariamente él mismo la reunión.

Una. Que su asistente le había dicho que, si no entregaba las páginas, ya podía contarle a Monty que, para empezar, nunca había querido firmar la enmienda del contrato.

Dos. Que nuestra conversación de la noche anterior lo había convencido para que escribiera esas páginas, después de todo.

Tres. «Ay, Dios, ESNOB se lo está contando todo a Monty.»

El mundo se puso borroso de repente. Mi visión se redujo a un puntito, como cuando se apagaban los televisores antiguos. Si Monty se enteraba de que el guion y la agencia dependían de mi vida amorosa, ya podía olvidarme del ascenso. Tendría suerte si conseguía volver a trabajar en una agencia.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Monica sin mucho entusiasmo.

El mundo se puso nítido otra vez. Monica se estaba subiendo al coche.

¿Cómo era lo que me había dicho ESNOB esa madrugada? «¿Crees que eres la única que me está volviendo loco con el guion?» A lo mejor a Monica le interesaba tanto como a mí que terminara.

—Confío en que el trabajo de Ezra no os haya fastidiado mucho las Navidades —espeté esperando sonsacarle algo.

Se bajó las gafas, dejando al descubierto unos ojos verde claro, del color de las joyas de antes.

—¿El trabajo de Ezra? —repitió.

—El guion. —Las palabras se me atascaron en la garganta y el pánico me alborotó el pecho—. El que está escribiendo para Intrepid Productions.

—No te enteras de nada, ¿no? —me dijo como si le diera lástima. Volvió a ponerse las gafas

—. Bueno —añadió como para sí—, ya está bien.

Y cerró de golpe la puerta del coche antes de que pudiera responderle.

«Pues no me deja muy tranquila.»

Lo de Fish & Chips

Exterior de Chinatown, Londres, martes 1 de enero a las 19.30.

Evie arrastra la maleta por la calle adoquinada y pasa frente a los restaurantes cerrados, con las manoplas colgando de los puños de la trenca. Encima de su cabeza, los farolillos se mecen con el viento. Hay gente, pero, en general, las calles están vacías. Lleva los ojos pegados al móvil y por poco no choca con alguien.

Derrapé al volver una esquina, resbalando en un poco de hielo. «A ver, Evie, igual deberías calmarte.» ESNOB no había contestado a ninguno de los mensajes que le había mandado durante el viaje de vuelta en tren. El único mensaje que había recibido era el «Código rojo» de Monty, para pedirme que fuera directa a la oficina.

Que mi jefe quisiera verme a esas horas podía explicarse de varias formas. Todas ellas terminaban con su intención de despedirme.

Se me iluminó el móvil otra vez.

Era ESNOB. «Ay, menos mal.»

ESNOB: ¿A qué viene tanta urgencia, Pelirroja?

Evie: ¿No te han llegado mis mensajes?

ESNOB: Los trescientos, sí.

Evie: Entonces ya sabes que nuestro trato sigue en pie.

ESNOB: No es eso lo que me dijiste anoche.

«Mierda.»

Manipulé la cerradura con mis llaves, pero no cedía. Monty había echado el cerrojo por dentro. «¿Qué está pasando?»

Evie: Hola, Monty. Ya estoy aquí, pero no puedo entrar.

Evie: ¡Hace mucho frío fuera! ¿Aún sigues ahí?

Evie: ¿Hola?

Monty: Necesito que vayas al súper a por unas cosas.

Evie: ¿No querías hablar conmigo primero? Me has dicho que era un código rojo.

Monty: LEJÍA. Y LIMPIADOR DE MOQUETA.

Monty: Y PAPEL DE COCINA. Y GUANTES.

Monty: Y AMBIENTADOR.

Me iba a despedir. O algo peor.

Evie: Chicos, creo que mi jefe me va a asesinar.

Maria: ¡¿Estás en el trabajo?!

Evie: En el súper, comprándole a Monty lo que necesita para limpiar cuando haya acabado conmigo. La cajera me está mirando raro.

Jeremy: Pídele una lona de PVC.

Evie: ESNOB se ha reunido con Monty hoy. Creo que le ha contado lo de nuestro acuerdo. Me va a estallar el corazón.

Maria: Procura no angustiarte. Podría ser cualquier otra cosa.

Evie: Vale. Vuelvo a la oficina. Deseadme suerte.

Sarah: ¿Alguno de vosotros podría dedicarle un segundo al hecho de que me caso este año?

Jeremy: Evie, mándanos una prueba de vida en cuanto termines.

Esa vez, Monty había quitado el cerrojo. Abrí de un empujón la pesada puerta de la calle, gritando con cautela: «¡¿Hola?!».

No hubo respuesta.

Dejé la maleta en el vestíbulo y subí despacio la escalera con la bolsa de productos de limpieza en la mano, pisando flojito la raída moqueta marrón. Por lo general, el crujido de la vieja escalera me daba cierta sensación de confort y de familiaridad, pero esa noche me aterraba.

«Criiic... Te van a despedir. Criiic... Monty te está esperando arriba y está furioso porque ESNOB no ha hecho la entrega y todo por tu culpa. Criiic... Llevas contigo lo que va a usar para no dejar rastro y jamás encontrarán tu cadáver.»

El pasillo principal estaba a oscuras, iluminado sólo por la luz del despacho de Monty. Tenía un ventanal que daba al corredor donde estaba mi mesa, pero las persianas estaban bajadas.

Había un olor que yo no había detectado antes de Navidades. Un olor que se me adhería a la garganta y me irritaba la nariz. Cuanto más me acercaba al despacho de mi jefe, más fuerte era.

—¿Monty?

Mi pobre estómago resacoso apenas podía soportarlo.

Contuve la respiración y abrí la puerta de un empujón.

Monty estaba sentado en el suelo, con las manos cogidas, mirando fijamente una bolsa de Fish & Chips volcada que tenía entre las piernas separadas. Había dos botellas abiertas de champán en su escritorio. Una de ellas tenía la boca manchada de carmín.

Me miró desde abajo, bizqueando un poco.

—Evelyn, menos mal. Me temo que estoy en un aprieto.

Bueno, eso explicaba los mensajes. Cuando Monty estaba borracho, siempre hablaba en mayúsculas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté procurando no respirar por la nariz.

—Mi acompañante. —Me vio poner mala cara y bajó la voz a un susurro—. Mi acompañante. Quería... que le enseñara la oficina, pero resulta que tenía, hip, otros planes muy distintos.

Salvo por el carmín de la botella, no veía ni rastro de la mujer.

—¿Para qué querías verme? —pregunté.

De pronto se levantó tambaleándose.

—Me he reunido con Ezra. Me ha dado la noticia.

—¿Noticia?

—Luego hemos ido a por un Fish & Chips.

—¿Ezra y tú? —pregunté flipada.

—Mi acompañante y yo.

—¿Y qué ha pasado antes de eso, Monty?

—Bueno, íbamos muy bien. Ella estaba al tanto de que no me pusiera tontorrón. —Cerré los ojos un instante—. Me estaba ayudando a celebrar la estupenda noticia.

«Un momento...»

—¿Qué estupenda noticia? —pregunté sin atreverme a albergar ninguna esperanza.

—¿No me estás escuchando? Que Ezra ha escrito el primer acto. Y esas páginas... —Monty alzó la voz y lanzó los brazos al aire como si se dirigiera a una multitud— esas páginas son excelentes. Se ha superado. —Me quedé sin habla un instante. ¿Sería cierto? Me tiré sobre la moqueta y dejé a Monty de pie—. Yo no me sentaría ahí.

—Pero... el código rojo...

—Es MUY difícil encontrar un restaurante decente que abra en Año Nuevo.

¿Y ya está? ¿Ésa era la emergencia que me había tenido todo el día con el corazón encogido?

Claro que, mirándolo bien, no me había quedado sin empleo. ESNOB estaba escribiendo. Nuestro trato estaba funcionando.

—¿Puedo leer lo que ha escrito?

El rostro de Monty hizo varias acrobacias antes de terminar en un ceño fruncido.

—Tú vas a tener que esperar —me advirtió señalándome con un dedo—. Me ha dicho que se encuentra en un... un momento delicado. Sólo podemos verlo los altos cargos hasta que esté terminado. —«¿Monty me va a ver algún día como algo más que su asistente?»—. Ahora mismo tienes algo importante que hacer.

—Ya, conseguir que lo termine —dije. Me miró extrañado—. Un momento... Si todo va bien, ¿por qué me has mandado el segundo código rojo?

—Es lo que llevo un rato intentando decirte —resopló. Se inclinó sobre la bolsa de Fish & Chips con los brazos en jarras—. Mi «acompañante». —Temí averiguar qué había debajo de aquella bolsa—. Si ALGUIEN te dice que tiene un «deseo especial», tú te niegas —me aconsejó muy serio—. Yo, claro, he dicho que por qué no. Luego hemos empezado a... —Meneó los dedos. Yo me puse blanca. «NO TE IMAGINES A MONTY DESNUDO.»—. Cuando pensaba que nos íbamos a poner manos a la obra, me ha quitado de en medio y... —Se agachó y, como si fuera un camarero que levanta la campana para descubrir un plato caliente, levantó de golpe la bolsa—. Se ha puesto a ello. —Había una caca enterrada en la alfombra de pelo blanco—. ¡Qué mundo éste, ¿eh?! —observó—. ¿Sabes? —añadió pensativo—, igual resulta que no me ha dicho que tuviera un «deseo especial».

La bolsa de productos de limpieza me ayudó a adivinar qué era lo siguiente que había pensado. «¿Para esto es para lo único que cree que valgo?» Siempre me había preguntado dónde estaría mi límite en cuanto a hacer todo lo que Monty me pedía. Mirando la alfombra, me dije: «Se acabó».

—Tú... —dijo él de pronto. Se tambaleó y yo me levanté para agarrarlo—. Eres un hacha. Nunca te lo digo, ¿verdad? —¿Me estaba... piropeando? «¿Ahora?» Levantó mucho la voz—: ¡¿Por quééééé no te lo digo?! Eres un hacha librándome de mis marrones. —Cabeceó y, cerrando los ojos, se inclinó sobre mí y, con un fuerte suspiro, yo intenté enderezarlo—. Está bien saber —añadió medio grogui— que siempre puedo confiar en ti. Lo curioso es que... no tenía a nadie más a quien llamar.

«Ay, Monty.» Le miré la cabeza inestable, la panza que no tenía hacía unos años, las canas, y supe que iba a terminar haciendo lo que hacía siempre.

Lo iba a librar, literalmente, de su marrón.

—Ven, anda, que te llevo a casa —le ofrecí.

Maria: Hola, preciosa, ¿va todo bien?

Evie: Sí, va todo estupendamente. Mi empleo está a salvo de momento. ESNOB está escribiendo y Monty se ha pasado celebrándolo, nada más.

Sarah: Entonces ¿no estás muerta?

Evie: ¡Dios, no, perdonadme! No hay bajas, salvo la alfombra. Pregunta rápida: ¿sabéis cómo se llama el fetichismo de los que se excitan con excrementos? Coprofilia. Me lo ha confirmado Jane muy amablemente.

Maria: Vale. Primero, ¡HAS CONSEGUIDO QUE ESNOB ESCRIBA! Espero que te sientas orgullosa de ti misma, mi niña. Segundo, ya sé

que no te gusta que te diga esto, pero trabajas para unos auténticos mierdas.

En cualquier parte, o en Shrewksbury

Interior de Gil's Coffee House, domingo 6 de enero a las 10.00.

Evie está sentada a su mesa de siempre con el portátil abierto y un montón de papeles extendidos a su alrededor, páginas impresas de la presentación en PowerPoint de la despedida de soltera de Sarah. Va cogiendo páginas y comprobándolas, mientras envía un mensaje tras otro con el móvil.

Jeremy: ¿Ha confirmado Linda su asistencia?

Sarah: Insisto, Jeremy: no todas las responsables de recursos humanos se llaman Linda.

Evie: Beth viene, ¡tranquila!

Sarah: Bien, porque es mi mayor rival en el trabajo y sigue soltera. La adoro, pero si no pasa el fin de semana muerta de celos, ¿de qué sirve? ¡¡Y estoy tranquila!! Sé que habréis hecho todo lo posible porque mi despedida sea absolutamente perfecta.

Jeremy: Creo que hablo por todos si digo que estamos impacientes porque llegue el fin de semana.

Todo estaba preparado, en su mayor parte gracias a Jeremy y a Maria. Tenía presupuestado invitarlos a muchas copas de agradecimiento durante todo el fin de semana. Con suerte, el restaurante con varias estrellas Michelin tendría algún vino de la casa asequible. Lo único que me quedaba por hacer era asegurarme de que no debía trabajar durante la despedida. Con lo que ese fin de semana no habría «encuentros de película».

Por desgracia, a ESNOB «Estoy ocupada» no le había parecido una excusa aceptable para que me saltara uno. Ahora que por fin había hecho la entrega, estaba disfrutando muchísimo recordándome que era yo la que lo retrasaba. «Si no hay “encuentros de película”, no escribo», me había dicho, haciéndose eco de mi ebria declaración. Llevaba pidiéndome el siguiente desde la reunión con los productores de la semana anterior, a la que yo no había asistido porque seguía sin ser un «alto cargo» («La próxima vez», me había dicho Monty guiñándome un ojo). Por suerte, me habían ido llegando las novedades en tiempo real.

ESNOB: Que sepas que Monty se está atribuyendo el mérito de que yo haya entregado esas páginas. Te aliviará saber que no lo estoy

contradiciendo.

ESNOB: ¿Pelirroja? ¿Sigues enfadada conmigo? Te habría dicho que ya las tenía escritas, pero era más divertido así.

ESNOB: ¿Seguro que no prefieres que le cuente a Monts lo de nuestro acuerdo antes de que resulte demasiado embarazoso para él?

Evie: Ni se te ocurra.

ESNOB: Ah, estás ahí. ¿Y mi siguiente «encuentro de película»? Los productores quieren el segundo acto para finales de mes. ¿Qué les cuento, Pelirroja?

Me dije que no me importaba que Monty se atribuyera el mérito. Al menos, eso significaba que consideraba que estaba haciendo un buen trabajo. Tan bueno, de hecho, que lo hacía pasar por suyo. Estaba de mucho mejor humor desde que ESNOB había entregado. No sólo estaba escribiendo su guionista sin que a él le costara apenas esfuerzo, sino que además Monty había descubierto un nuevo talento extraordinario, Alessandro Russo, en la pila de manuscritos no solicitados, también conocida como *su escritorio*, donde yo había dejado el guion de su gran descubrimiento junto con el resto de mis propuestas. «Esto no va a volver a pasar en cuanto te asciendan.» Sólo tenía que esperar un poco más.

Mandé un mensaje rápido a Maria y a Jeremy.

Evie: Muchas gracias por encargarnos de todo.

Maria: Tú nos has conseguido la mansión de Shrewksbury a precio de ganga, todo perdonado.

Jeremy: El vino también ayuda a perdonar.

Abrí la web de la mansión para volver a echar un vistazo a nuestras habitaciones. A pesar del coste, estaba deseando pasar un fin de semana de lujo con mis amigos. Y Linda. «Beth. Maldita sea, Jeremy.»

Puede que no hubiera participado en la organización tanto como debería, pero al menos había negociado un descuento de una tercera parte del precio cuando había hecho la reserva...

Cuando había hecho la reserva.

El corazón empezó a aporrearme el pecho. Histérica, abrí el correo y empecé a revisar mis mensajes. «Por favor, por favor, por favor, por favor...» ¡Ajá! Ahí estaba el mensaje de la gerente preguntándome si me refería a champán de bienvenida, no prosecco. Sabía que le había contestado. ¿No?

Me entró el pánico.

Despacio, pasé el cursor a la carpeta de borradores e hice clic en ella.

Estimada Marjorie:

Le escribo para confirmar nuestra reserva con el depósito. Y, sí, me refería a *prosecco*. Si recuerda, le pregunté si podíamos tomar el cóctel favorito de la novia, el *pornstar martini*, pero no le entusiasmó mucho la

idea...

«Ay, no. Ay, no, no, no, no.»

Debía mantener la calma. Era muy posible que las habitaciones siguieran reservadas. Salí corriendo a llamar a la mansión, pasando de refilón a Ben y a Anette, que llegaban en ese momento. Anette iba con una amiguita, una niña que llevaba un gorro de lana con orejeras.

—Ésa es nuestra amiga Evie —le oí decirle a la otra—. ¿Le pasa algo? —le preguntó a continuación a su padre.

No oí lo que le contestaba él, pero no tardé en conocer yo misma la respuesta.

Me pasaba algo, desde luego.

Volví a sentarme delante del portátil, mirando sin verla la web de la mansión Shrewksbury con toda su opulencia inalcanzable. La gerente me había informado de que alguien más había reservado nuestra suite, y había hecho hincapié en que habían pagado su precio real. No había nada más disponible.

«¿Qué he hecho?»

Ben levantó la vista de su libro. Enarcó sus cejas oscuras, como preguntándome en silencio si estaba bien. Asentí, consciente de que debía de tener mal aspecto. Al verme, Anette le tiró a su amiga del suéter tejido a mano. Muy a mi pesar, de pronto me alegré de que los dos estuvieran allí.

—¡Feliz Año Nuevo, Evie! Ésta es Bea. Acaba de empezar las clases de teatro conmigo. Bea, ésta es nuestra amiga Evie.

Forcé una enorme sonrisa.

—Hola, Bea, encantada de conocerte.

—*Enchantée* —dijo la niña. Llevaba el pelo repleto de horquillas multicolores.

—¿Qué tal el «encuentro de película» del viaje en coche? ¿Te vino bien la recopilación de canciones? —me preguntó Anette sin hacer apenas pausa entre preguntas.

—El peor hasta la fecha, por desgracia. Menos mal que tenía tus canciones. No sé qué habría hecho sin ellas. Gracias, Anette.

Se mostró aliviada.

—Me ayudó papá —dijo generosa.

—Pues entonces me alegrasteis el día los dos.

Ben esbozó una sonrisa de medio lado y yo noté un subidón.

Hasta que me acordé de lo que había hecho. «Ay, Sarah. Lo siento muchísimo.»

—Anette, ¿por qué no le enseñas a Bea nuestro juego? —le propuso Ben.

Le dediqué una mirada de agradecimiento y abrí la presentación de Sarah, buscando a toda prisa alguna alternativa a la mansión. Aunque reservara en otro sitio, mis amigos se habían pasado un mes organizando todas las actividades, y eran todas en Shrewksbury. ¿Cómo se lo iba a decir?

¿Y cómo iba a enfrentarme a Sarah? Los Berrinches Mathers® se habían hecho tristemente célebres en la universidad, pero hacía años que nadie presenciaba uno. «Porque todos los testigos están muertos.»

Me sujeté la cabeza con las manos, cerré los ojos e inspiré hondo.

—Evie —dijo Ben.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—De maravilla —contesté con la voz apagada.

Sarah me iba a matar. Maria se iba a poner como una furia. Jeremy... Bueno, Jeremy seguramente organizaría un desfile en mi honor.

Mi móvil sonó en ese instante. Me volví para mirarlo.

ESNOB: Basta de excusas. ¿Dónde está mi «encuentro de película»?

Solté el teléfono cabreada y lo mandé al otro extremo de la mesa. Noté movimiento a mi alrededor. Anette y Ben estaban teniendo una conversación rápida y silenciosa. Anette hizo un gesto como de alas con los brazos. Ben asintió. «Vale, vale», le dijo por señas, y ella paró y se volvió hacia su amiga.

—¿Qué pasa, Evie? —me preguntó él. Su inesperada amabilidad me hizo un nudo en la garganta.

—No es nada, de verdad —repuse—. Acabo de fastidiarle la despedida de soltera a mi mejor amiga y soy la peor amiga del mundo, eso es todo. Sigue con tu libro, por favor.

—Igual puedo ayudarte.

Lo miré.

—Ni siquiera sabes qué he hecho.

—Pues cuéntamelo.

Y se lo conté, luego esperé la inevitable censura.

—¿Cuándo es?

—El próximo fin de semana.

—¿Dónde es?

—En Shrewksbury.

—Eso está en medio de la nada —dijo Ben.

—Sí —contesté apenada.

Él cerró el libro.

—Me refiero a que podríais hacer la despedida en cualquier sitio, siempre que sea similar a Shrewksbury; ¿me equivoco?

—Con Sarah, nada es nunca tan sencillo.

Le pasé las páginas de la presentación por la mesa. Ojeó las primeras. Hizo una pausa, luego se fue al final, donde estaba la lista de actividades. Yo no quería ni mirar.

—Vale —dijo. Después se levantó sin más y se fue.

«Ya le había durado demasiado lo de ser menos imbécil.»

Volví a enterrar la cabeza en las manos.

—¿Te apetece un chocolate caliente, Evie? —me preguntó Anette al rato.

—No, gracias —mascullé contra la manga.

—Demasiado tarde —aseguró Ben. Oí un golpe suave y levanté la vista. Había pedido chocolate para todos—. ¿Tienes los datos de las reservas? —quiso saber.

Asentí sin dejar de mirar la bebida y luego saqué la hoja de cálculo de Maria.

—Están todos aquí.

—¿Y no hay ningún otro sitio válido cerca?

—Ya he mirado. La única forma de que pudiéramos seguir haciendo todas las actividades que hemos organizado sería que yo alquilara una autocaravana, y mi amiga Sarah prohibió cualquier tipo de acampada ya en 2006, después de que casi nos ahogáramos los cuatro en Escocia. Es largo de contar.

Ben se inclinó hacia delante, recuperó mi móvil y me lo devolvió.

—Entonces, prepárate —me dijo—. ¿Lista? Anda, tómate esto —indicó poniéndome el chocolate caliente en las manos—. Lo vas a cancelar todo, cuanto antes mejor. —Protesté en voz alta, aunque agradecida, y rodeé con los dedos la taza caliente—. Se puede arreglar.

—Lo veo improbable.

—Tienes esto —señaló sin más. Lo miré—. Por lo que he visto, puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Vas a buscar otro sitio y vas a volver a reservarlo todo. Y, si necesitas ayuda, me tienes aquí. Ya lo he hecho antes.

—¿Organizar despedidas de soltera? —repuse, pensando aún que Ben me creía capaz de cualquier cosa.

«Pero si le parezco ridícula..., seguro que esto no hace más que empeorar la imagen que tiene de mí.»

—Equipos de fotógrafos, principalmente. Llevarlos a sitios. Tenerlos entretenidos. Era casi como arrear gatos. —¿Quién era ese hombre?—. Créeme —dijo Ben—, me llamaban «Itinerario». —Le sonreí sin ganas y levanté un hombro—. Entonces ¿me dejas que te eche una mano?

Hasta ese día, Ben habría sido la última persona que habría querido que me viera como un auténtico desastre. Sin embargo, en sus labios todo sonaba tan viable... Tener un fin de semana alternativo preparado desde luego me vendría muy bien cuando les contara a mis amigos lo que me había pasado con el original. Y la despedida de soltera de Sarah no la iba a salvar lloriqueando.

—Vale —accedí—. Adelante.

—Pues vamos a cancelar.

Menos de una hora después, la despedida perfecta que Jeremy y Maria habían pasado meses organizando ya no existía. El único problema habían sido los tratamientos dominicales del

balneario de Shrewksbury. Ya estaban pagados y no eran reembolsables. Ben lo había intentado también, y yo lo había oído al teléfono, enérgico, educado e increíblemente convincente. En la mansión habían sido tajantes. Lo que significaba que iba a tener que ahorrar los próximos meses para devolverles el dinero a Jeremy y a Maria, pero era lo mínimo que podía hacer.

—Y ahora viene lo divertido —anunció Ben entusiasmado. Yo debí de poner cara de recelo—. Buscamos otro sitio. Luego cogemos cada uno la mitad de las actividades y las vamos reservando otra vez, idénticas a las de antes. ¿Dónde le gustaría alojarse a tu amiga Sarah?

Para ella, nada estaría a la altura de Shrewksbury Manor.

—Es un poco peculiar —señalé, y me quedaba corta—. Tendría que ser un sitio absolutamente perfecto, como sacado de un cuento de hadas. —Me encogí de hombros a modo de disculpa—. Ése es el tema de su boda —aclaré—. Puntos extras si se llama algo del estilo de Loganberry Lodge.

—O Foxgloveington Hall —propuso Ben.

—Honeysuckle Cottage —tercié sonriendo.

«Un momento...» Yo eso lo había oído en algún lado, me dije intentando recordar dónde. Me lo había mencionado mi madre en Nochevieja. Me había distraído tanto el empeño de Anette por hacerme un *Algo para recordar* que al final ni siquiera lo había buscado.

¿Cómo había dicho...? Que era exactamente como una se imagina que debería ser una casita. Sólo éramos cinco, contando a Beth. No necesitábamos una mansión...

Ben estaba entretenido dividiendo en dos las páginas de la presentación. Le caía un rizo oscuro por la frente, más largo de lo que yo recordaba. Me estaban dando unas ganas tremendas de apartárselo de los ojos.

«¡Uala, Evie...! ¿Y eso? Este tío piensa que eres idiota, ¿te acuerdas? Lo más seguro es que te esté ayudando porque le da pena Sarah.»

Para distraerme, busqué la casita de la que me había hablado mi madre. Debía de andar por Yorkshire...

«¡Ajá!»

Las fotos de la página web estaban algo borrosas, pero la casita era tal y como mi madre la había descrito: ideal. Hecha de piedra gris toscamente labrada, tenía un acogedor tejado de paja, preciosas ventanas de guillotina y una alegre puerta de madera pintada de azul celeste. Había rosas de color rosa pálido por todo un lado del edificio, como si floreciera con delicadeza. Era pequeña, de dos plantas y dos habitaciones por planta, pero había espacio de sobra para todos y era cierto que estaba «tirada de precio», como mi madre me había prometido. No podría haber sido más perfecta para un «encuentro de película» navideño.

«Despedida de soltera —me dije de pronto—. Esto es para una despedida de soltera.» No era para mí. Era para salvarle el fin de semana a Sarah.

Y sería ideal para su despedida.

Empecé a albergar poco a poco algo de esperanza. La casita estaba, lo que era muy acertado,

en Little Thrumpton, un pueblo del estilo de Shrewksbury. El lujo ya lo pondríamos nosotros. A Sarah le iba a dar mucha pena lo de la mansión, y aún tenía que enfrentarme a Maria y a Jeremy, pero era eso o en medio del campo. Podía funcionar. «Además —me dijo una vocecita interior—, igual hasta matas dos pájaros de un tiro y consigues que ESNOB siga escribiendo.»

—Lo he encontrado —dije antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión.

—¿Ves? —repuso Ben distraído. Vi que la página que estaba leyendo era la de la política de «nada de penes»—. Esto ya lo tienes. —Mientras yo me encargaba de la reserva, Ben repartió en dos montones las hojas de la presentación y señaló la que yo tenía más cerca—. Actividades para el sábado. —Y luego la que tenía cerca él—. Para el domingo.

Yo hice otro montón con la página del alojamiento.

—Reservado —afirmé, y tuvimos un instante de orgullo cómplice por lo bien que nos habíamos organizado.

Diez minutos después, Ben ya había encontrado un reemplazo para la entrenadora olímpica que Sarah había pedido para nuestra clase de ejercicio matinal —Barbara's Bootcamp, me dijo poniendo la página en el montón del centro— y una mujer que iría a la casita a hacernos la manicura y darnos un masaje: Shelley's Shellacs. Little Thrumpton, por lo visto, se enorgullecía de ser cursi.

Yo estaba todavía maquinando la yincana. Por suerte, en el pueblo había una parcela de tierra grande que se usaba como laberinto de maíz («¡Alucinante!»). Estaba fuera de temporada, pero seguía abierto. Beth podía entregarle a Sarah un premio cuando lograra llegar al centro. No eran los jardines de una mansión, pero así estarían entretenidas mientras organizábamos la casita.

Ben miró de reojo mi móvil, que no había parado de vibrar mientras trabajábamos. Lo agarré enseguida.

ESNOB: No me puedo creer que estés incumpliendo tu parte del trato.

ESNOB: Está claro que no te lo estás tomando tan en serio como yo.

¿Que no me lo estaba tomando en serio? A lo mejor habría avanzado más si no tuviera que estar lidiando con el mayor ego del mundo, que necesitaba atención cada cinco segundos.

«Se acabaron las interrupciones.»

Evie: Voy a hacer el «encuentro de película» del romance navideño este fin de semana en la despedida de soltera de mi amiga.

Puedes seguir escribiendo.

ESNOB: ¿Vas a usar la despedida de soltera de una amiga para un «encuentro de película»? Qué cruel, Pelirroja.

ESNOB: Me gusta.

Puse el móvil boca abajo para no ver la pantalla. ¿Tendría razón ESNOB? Mi intención era dedicarle el fin de semana entero a Sarah, sólo que, cuando saliéramos de copas por la noche, igual me topaba con alguien del pueblo.

—¿Cómo vas? —me preguntó Ben.

Di un respingo, y procuré no pensar mucho en lo culpable que me sentía.

—Creo que he encontrado un restaurante —dije enseñándole la web.

—The Hangman's Daughter... ¿«La hija del ahorcado»? ¿Tiene alguna estrella Michelin?

Se inclinó hacia delante para echar un vistazo a mi portátil. Olía a aire fresco y a canela.

—Tiene premios —contesté.

Ben consultó su tablet.

—También es el único del pueblo donde sirven comidas.

—Entonces es perfecto —sentencié, y tiré la página correspondiente al montón de los «reservados».

A continuación, busqué una clase de dibujo en el pueblo. Sarah había elegido Shrewksbury Manor no sólo porque era lujosa, sino también porque una artista de la zona, Martine (sin apellido), daba clases de pintura a alumnos selectísimos. Sarah no tenía ni un pelo de artista, pero Martine había dado clase una vez a Kim Kardashian. El artista de Little Thrumpton no podía presumir de semejante honor, pero no ponía peros a que sus alumnos fueran a clase borrachos.

—¡Hecho! —dijo Ben, colocando la última página de su montón—. ¿Qué es lo siguiente que tienes tú?

—La clase de coctelería —respondí—. Había pensado preguntar en el restaurante si nos echarían una mano.

Mientras yo hacía la llamada, Ben abrió en su tablet la web del restaurante (que parecía más bien un pub). La carta de bebidas no era más que una foto de la pizarra que tenían en la pared de la barra.

—Preparan de todo, desde *sex on the beach* hasta... —Hizo una pausa. Alguien contestó entonces al otro lado de la línea—. Hasta un *orgasmo*.

—¿Cómo dice? —preguntó la persona que estaba al teléfono. Le hice una seña a Ben para que callara y poder preguntar si nos organizarían una clase particular de coctelería.

—¿Será demasiado tarde para mirar en otro sitio? —meditó Ben en voz alta.

—Muchísimo —contesté yo, luego añadí la página al montón de las resueltas y, al ver que era la última, miré dos veces para asegurarme—. No me lo puedo creer... ¡Lo hemos conseguido!

Levanté la mano para chocar los cinco, pero antes de que me diera tiempo a pensar con quién, Ben ya me la había chocado.

«¡Vete a saber!», musité centrándome entonces en el nuevo itinerario. Poder presentarles aquello a Jeremy y a Maria suavizaría, esperaba, el golpe. A lo mejor así sólo dejarían de hablarme de cinco a diez años...

—Tranquila —me dijo Ben, como si presintiera que empezaba a agobiarme otra vez—. Saldrá bien.

—Todo gracias a ti —repuse.

—Tú sí que eres alucinante.

Protesté y sonrió, y sus ojos pardos caídos se iluminaron. Le devolví la sonrisa, y se hizo un breve silencio nada incómodo.

Entonces vi algo por encima de su hombro. A Anette sonriéndonos. Me apresuré a recoger las páginas. Era preferible que no se hiciera ilusiones. Ben miró hacia otro lado también, rascándose la nuca.

Al abrir la bolsa del portátil, que llevaba a reventar, para guardar las páginas de la presentación, vi la caja que había metido allí. Me había olvidado por completo de que tenía pensado dedicar parte de la mañana a montarle una sorpresa a Sarah.

Bueno, una sorpresa le iba a dar, desde luego.

Saqué la caja, se soltó la tapa y cayó al suelo una fotografía.

—¡No, déjalo! —dije, pero ya era tarde. Ben la había cogido.

Era una foto en la que salía yo con mis amigos, a los dieciocho años, en una fiesta de disfraces. «Porque tenía que ser ésa, claro.» Habíamos ido de *Pretty Woman*. Sarah iba de Julia Roberts antes de quitarse la peluca rubia. Yo iba «de después», con un vestido de noche, mis rizos pelirrojos y una sonrisa tímida. Jeremy era nuestro Richard Gere, con una gruesa peluca cana. Ben esbozó una sonrisa de medio lado.

—Iba a hacerle un *collage* a Sarah —me expliqué, y levanté la tapa de la caja para volver a meter la foto dentro. Lo pillé mirando de reojo las demás, intrigado. Anette y su amiga se asomaron también. Había más salidas nocturnas. Una serie de fotos mías, inclinada sobre el portátil, escribiendo, completamente ajena a las caras que ponían mis amigos a mi espalda. En Navidades siempre quedábamos—. Pero ya no me da tiempo.

Tenía trabajo pendiente para esa tarde. Uno de nuestros guionistas, Simon, me había rogado que lo llamara para repasar las razones por las que el proyecto en el que estaba trabajando era a la vez lo mejor que había escrito en su vida y del todo insalvable (era un cliente mitad y mitad: mitad ego, mitad neurosis).

Anette movió las manos como si quisiera decirle algo por señas a Ben, pero su padre no la vio.

—Pues... —dijo él. Ella se quedó inmóvil, mirándolo fijamente con cara de súplica—. Si quieres, te ayudo con eso también.

Su hija sonrió de oreja a oreja.

Pero se puede forrar de purpurina

Exterior de un adosado, un callejón sin salida, Sheffield, sábado 12 de enero a las 7.30.

Sarah sale por la puerta, tirando de una maleta de color rosa chillón. Su prometido, Jim, en bata, se acerca a darle un beso. Ella se pone de puntillas y lo besa en la mejilla, luego, al ver que llega su amiga Beth en un estupendo Audi TT Rosa, se cuelga del cuello de Jim y le da un morreo. Jeremy aparca su corsa Vauxhall, más mazacote, al lado del cochazo de Beth, pero se queda dentro y deja que Maria y Evie bajen a saludar a Sarah.

—¡Feliz despedida de soltera, Sarah! —gritó Maria, mientras nos apiñábamos para abrazar a nuestra diminuta amiga.

—¡Por fin ha llegado! —chilló apretándonos muchísimo por la emoción. Sarah parecía como si hubieran cogido a una persona mucho más grande y la hubieran condensado en una más reconcentrada. Como una estrella de neutrones, pero en mujer.

Sarah nos presentó a Beth, que tenía una de esas melenas rubias onduladas de anuncio de champú. Llevaban exactamente el mismo chándal de velvetón rosa.

—Para el viaje —dijo Sarah al vernos la cara. Luego saludó con la mano a Jeremy, que bajó la ventanilla—. ¡Que empiece el espectáculo! Estoy deseando ver adónde vamos.

—Sí, ¿adónde será...? —canturreó Jeremy.

Se me revolvió el estómago. Había decidido contarles la verdad a mis amigos después de que dejáramos a Sarah y a Beth en mi versión de la yincana, y ya estaba sudando sólo de pensarlo. Beth nunca había visto el itinerario original, pero dudaba que Sarah no le hubiera comentado que Shrewksbury era una posibilidad; a fin de cuentas, ¿por qué iban a decepcionarla sus mejores amigos?

Ya me preocuparía luego por la reacción de Beth.

Pi-piiiiii.

—¡No hagáis esperar a Big Bertha! —gritó Jeremy por la ventanilla, dándole unas palmaditas cariñosas al volante de su coche—. ¿Os habéis puesto los cinturones? —preguntó cuando ya estábamos todos dentro—. Pues siguiente parada: mi propio infierno personal.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Beth desde atrás.

—Al final te acostumbras a él —contestó Sarah.

—Ya te voy indicando yo —dije, y agarré el GPS del salpicadero.

Jeremy me miró de reojo: jamás me ofrecía voluntaria para dar indicaciones. El problema era que sólo yo sabía adónde íbamos.

—¿Me va a explicar alguien por qué acabamos de dejar a Sarah y a Linda en medio del campo? Me ha encantado la cara de espanto que han puesto, pero se supone que la yincana iba a ser en los jardines de la mansión, ¿no?

Al llegar al laberinto de maíz, me había encargado yo de darle a Beth el champán para que Sarah y ella se lo bebieran cuando lograran llegar al centro, además de un mapa con una ruta a pie para llegar al estudio del artista donde nos encontraríamos con ellas al cabo de una hora. Beth había titubeado un poco, pero básicamente ése era el plan exacto que habíamos tenido desde el principio: que ella le hiciera compañía a Sarah mientras nosotros decorábamos la suite. Sólo que no había suite.

—Evie... —me dijo Maria desde el asiento de atrás.

—Vale —concedí yo, e inspiré hondo para prepararme—. No os cabreéis...

—Yo no estoy cabreado. ¿Tú estás cabreada, Maria? —Jeremy fue el primero en hablar en cuanto terminé de explicarme—. A mí me encanta haber dedicado un mes de mi vida a preparar un fin de semana que parecía pensado para torturarme y descubrir después que mi amiga lo ha reemplazado por algo aún menos apetecible.

—Lo siento muchísimo. Fue un error tonto y me siento fatal. Hemos hecho lo posible porque el fin de semana siga cuadrando con lo que Sarah había pedido. ¿Maria...? —Me volví en el asiento para mirarla.

—No estoy cabreada —me aseguró, pero lo dijo muy seca.

—¿«Hemos hecho»? —soltó Jeremy de pronto.

—Me ha ayudado ese hombre al que he conocido, el de la niña. Ben.

—Viudo Macizo —repuso Jeremy.

—Sí. ¡No! No lo llares así.

—Creía que no te gustaba —terció Maria.

—Pues sí me gusta. Creo. No sé. Gracias a él, he conseguido organizar todo esto tan rápido. Lo que no significa que no esté meditadísimo, claro —añadí enseguida—. Os acabo de mandar por correo el nuevo itinerario para que lo veáis.

Maria comprobó su móvil.

—Está todo —le confirmó a Jeremy—. Vamos a hacer las mismas actividades.

—Bueno, algo es algo —dijo él; luego negó con la cabeza—. Pero ¿qué digo?

—Está todo lo que nos pidió Sarah, lo prometo —afirmé con entusiasmo—. Sólo que a dos

horas al oeste de donde ella espera que sea.

Por el retrovisor, vi que los ojos grises de Maria se relajaban un poco.

—Has hecho lo que has podido. Tendrá que entenderlo. —No tenía claro a quién quería convencer Maria—. ¿Dónde está el enlace del alojamiento?

—Es precioso, ya veréis —constaté, y se lo mandé. Era un alivio habérselo contado todo. «O casi todo.» Después de unos segundos de silencio, pregunté—: ¿Lo tenéis?

—Evie... —dijo Maria con una calma espeluznante—. No fastidies...

Jeremy me miró inquisitivo, agarrado al volante con las manos en las dos menos diez.

—¿Qué pasa? —pregunté. «¿Qué me he perdido?»

—La casita, Evie. Es idéntica a la de *The Holiday*. ¿No me digas que has convertido la despedida de soltera de Sarah en uno de tus «encuentros de película»?

«Ups.» ¿Tanto se notaba? ¿Tan obsesionada estaba con los «encuentros de película» últimamente como para que ésa fuera la conclusión inmediata de Maria? «¡Qué vergüenza tan grande, Evie!»

—De verdad —aseguré con el corazón encogido por el remordimiento—, no lo habría elegido si no fuera perfecto para Sarah.

—Evie —repuso Jeremy—, has secuestrado la despedida de soltera de Sarah para atrapar a Jude Law. Como los próximos dos días no sean absolutamente perfectos, adiós, encantado de haberte conocido.

Apiñados bajo el paraguas de Jeremy, miramos todos lo que debería haber sido mi casita ideal de vacaciones románticas barra cuento de hadas.

—Evie, cielo —dijo él—, ¿de cuándo eran esas fotos que nos has enseñado?

La pintura de los marcos de madera y de la puerta de entrada estaba agrietada y desconchada, y era más gris cadáver que azul celeste. El tejado de paja estaba combado. Una de las ventanas de la planta superior estaba sellada con tablas de madera y la otra estaba rota, y el bajo de una cortina de encaje desgarrada revoloteaba por la rendija. Hasta las rosas que en su día habían trepado por el lateral de la casa no eran ya más que una maraña de palitos secos.

—Igual está mejor por dentro —señalé justo cuando una bandada entera de algo oscuro y rápido emergía de un agujero en el tejado de paja y echaba a volar.

—Murciélagos —dijo Maria abatida—. Por dentro está llena de murciélagos.

—Ya no —terció Jeremy pasmado—. ¿Cómo has encontrado esto?

—Por mi madre —contesté en voz baja.

—¿Os habéis enfadado últimamente?

Evie: Mamá, ¿cuánto hace que estuviste en la casita de Honeysuckle?

Mamá: ¡Uy, hace unos veinte años! ¿Por...?

«Ay, mamá.» Hice una fotografía de la casa para intentar recuperar el dinero después.

—Vamos. A ver con qué nos encontramos.

Enfilé a toda prisa el caminito plagado de malas hierbas y entramos en la casita con la llave que el dueño había dejado debajo del felpudo. Hacía un frío terrible. Busqué a tientas la luz y noté que el laminado astillado se deshacía bajo mis dedos al pulsar el interruptor. La bombilla de la lámpara con flecos parpadeó un poco, pero se quedó encendida, proyectando sombras alargadas en el salón.

Nos íbamos a alojar en una cápsula del tiempo de los setenta. Los muebles estaban cubiertos de una capa gruesa de polvo gris de al menos dos años y los dos sofás de floripondios y el sillón orejero de color verde oscuro parecían empapados de humedad.

—Cocina —dijo Maria.

Pasamos todos en bloque por la puerta baja a la segunda estancia. Dentro había una mesa de pino redonda con cuatro sillas, una de ellas apoyada en la pared porque le faltaba una pata. Los fogones de gas y el horno estaban sin duda rotos. Una colección de tazas de té con formas de caras nos observaba desde lo alto de los armarios.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jeremy aguzando el oído.

Maria y yo nos quedamos inmóviles pensando en los murciélagos, pero sólo era la lluvia, que golpeaba en una alcantarilla de fuera.

—A ver la nevera... —dije yo. Si funcionaba, por lo menos podríamos tener el vino frío. Si no... No quería ni pensarlo—. Bueno, ¿qué?

No se movió nadie.

—Jeremy... —lo instó Maria.

Se encogió de hombros un par de veces, como preparándose, luego se abalanzó sobre la nevera, abrió la puerta de golpe y retrocedió de un salto.

En mi vida había oído nada como el hedor que salió de allí.

—¡Cierra la puerta, ciérrala! —gritamos Maria y yo a la vez, dejando que fuera Jeremy quien la cerrase de un portazo.

—Decidme que eso era queso, por favor —rogó Maria.

—¿Os he dicho ya cuánto lo siento? —tercié yo.

—No pasa nada —dijo Jeremy generoso, dándome unas palmaditas en la cabeza—. Es Sarah quien debería preocuparte.

—Pues claro que no pasa nada —añadió Maria con determinación—. Ya estamos aquí. Voy a decirle a Sarah que las vemos a Beth y a ella un poco más tarde, cuando terminen con la clase de dibujo. No es ideal, pero nos puede venir bien. Sacaremos el vino fuera, que hace frío de sobra. Jeremy, tú ve a ver cómo andamos de camas. Yo voy a limpiar. Evie que vaya decorando. Sarah ni se va a enterar de que nos la hemos encontrado así. Todo va a salir perfecto.

Poco más de una hora después, la vieja caldera ya funcionaba. Casi todas las superficies

estaban libres de polvo. Jeremy había encontrado sábanas mohosas pero limpias en el armario de la ropa blanca y confirmado que los murciélagos que habían hecho nido en el desván no podían acceder al resto de la casa.

Me aparté de la sábana que había colgado delante del proyector. Ben me había prestado su equipo para la presentación que había preparado con todas mis fotos. Me dijo que ya había hecho otras presentaciones y que «no le iba a costar nada» hacer la mía. A juzgar por la cantidad de polvo que tenía el proyector, me dio la impresión de que llevaba tiempo sin hacer algo así. Y, sin embargo, lo había hecho por mí.

Mis amigos se situaron a mi espalda en el salón. Inspeccionamos nuestro trabajo. Con las velas esparcidas por ahí, el sitio parecía casi...

—Bueno —dijo Jeremy—. No se le puede sacar brillo a un mojón.

—Pero se puede forrar de purpurina —repuse apagando la luz. El titileo de las velas le daba un aire casi... Nah, seguía siendo horrible—. Vale. Sólo queda una cosa por hacer antes de irnos.

—Me respondieron con gruñidos de protesta—. ¡Beber! —dije. Me siguieron a la cocina entre vítores—. Jem, ¿te importa buscar vasos en los armarios?

Maria tenía el itinerario a mano.

—Entonces, ahora saldrán de la clase de dibujo y se irán a la de coctelería.

—¿Os han escrito?

—Nada.

—A mí tampoco.

Procuré relajarme un poco. Aquello parecía buena señal.

—Otra vez ese ruidito —dijo Jeremy. Olisqueó un paquete medio empezado de galletas digestivas del primer bloque de armarios—. ¿Creéis que Kate Winslet era así de guarra?

—El vino... —le recordé.

Lo que menos me apetecía en ese momento era pensar en comedias románticas.

—Nada —dijo Jeremy, abriendo y cerrando el siguiente bloque de armarios—. Nada. Nada. Nada. —Pasó a los dos últimos—. Rezad conmigo —dijo al abrir las puertas.

Una rata del tamaño de un yorkshire le saltó de pronto a la cara.

Berrinche Mathers®

Interior de The Hangman's Daughter, sábado 12 de enero a las 16.32.

El pub sólo se puede describir como «de pueblo». Hay cientos de herraduras clavadas a una pared; las otras paredes están cubiertas por una ingente cantidad de cuadritos de metal con bromas y eslóganes que van de lo empalagoso a lo cuestionable. Beth y Sarah están sentadas a una mesa manchada. Sarah lleva cruzada sobre el pecho una banda plateada en la que pone

NOVIA. Con un gesto indescifrable, estudia el pub oscuro, su fuego chisporroteante y su parroquia de hombres del pueblo, en su mayoría, que miran fijamente a las dos rubias vestidas con idénticos chándales rosas. Se abre la puertecita del local y entran Jeremy, Maria y Evie nerviosos.

Jeremy echó un vistazo a los lugareños que poblaban las mesas próximas a las paredes.

—Voy a la barra —anunció sacudiendo el paraguas. Aún no se había recuperado del todo de lo de la rata.

—¡Pregunta por la clase de coctelería! —le grité.

El sitio estaba casi vacío. Había tres hombres sentados a tres mesas distintas junto a la pared del fondo, todos ellos con la típica nariz colorada del bebedor veterano. Dos mujeres nos miraron con desconfianza. A las dos las había peinado el mismo peluquero, con un manual de los setenta, como la casita: permanentes ahuecadas con mechadas de rubio chillón.

Estaba clarísimo que era un pub, no un restaurante. ¿Adónde habíamos ido a parar?

—Evie —me dijo Maria con urgencia llevándome a un aparte y, sonriendo para que Sarah no sospechase, me enseñó su móvil.

📞 Tienes 21 llamadas perdidas de Sarah Mathers

Miré el mío. Tenía quince, todas de las últimas horas. No debía de haber cobertura en la casita. Y ella no era la única persona que había intentado ponerse en contacto conmigo.

Ben: ¡Buena suerte con la despedida de soltera! Ya me contarás qué

tal.

ESNOB: Estoy deseando que me mandes mi «encuentro de película», Pelirroja.

Le mandé a ESNOB la foto de la casita.

Evie: La culpa de esto es tuya. Espero que estés contento. La despedida de soltera de mi amiga se ha ido al garete.

—Vamos —dijo Maria inspirando hondo—. Ha llegado la hora de la verdad.

Sarah y Beth habían extendido las chaquetas de chándal rosa empapadas encima de los taburetes libres, con lo que Maria y yo no tuvimos más remedio que quedarnos de pie. Beth tenía los brazos cruzados con fuerza. El pelo, que llevaba por la mañana perfectamente alisado, empezaba a abultársele ahora a medida que se le rizaba, como si se lo hubieran cardado para una balada ñoña. Llevaba una ramita enredada entre los recios mechones. Sarah había querido recogerse el suyo en una coleta lateral, pero casi todo se negaba a entrar en su coiletero. No levantó la vista enseguida. En su lugar, agitó el gin-tonic con una cuchara de plástico.

Tragué saliva asustada.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Perdonad que no hayamos podido reunirnos con vosotras antes —añadió Maria.

Sarah intentó aplastarse el flequillo, pero se le volvió a levantar como un resorte.

—¿Sabéis lo que es un laberinto de maíz fuera de temporada? —preguntó. Beth resopló—. Pues es un campo.

—Ay, Sarah —repuse yo hecha polvo—. ¿Por lo menos la clase de dibujo ha ido bien?

—Tranquila, cielo —le dijo Beth intentando consolarla—. Yo no quería decírtelo porque tú estabas convencida de que la iban a contratar a ella, pero te lo advertí: Martine no le da clases a cualquiera. Hasta Kim tuvo que mover algunos hilos.

—¡Enséñaselo, Beth! —espetó Sarah. —Beth sacó un rollo de papel del asiento de atrás y empezó a desenroscarlo—. No es que yo sea inflexible... —añadió. Meforcé por disimular—. Pero ¿recordáis lo que dije expresamente que no quería para mi despedida?

El dibujo empezó a verse poco a poco según Beth iba tirando de la lámina, como cuando se cargaba una imagen en los primeros días de internet.

—¿Qué es...?

—Uf...

Beth siguió desenrollando.

—Pero ¿qué tamaño tiene eso? —preguntó Maria tímidamente.

—El artista nos ha dado una clase de dibujo al natural —explicó Sarah.

—A veces son de muy buen gusto —tercié yo sin atreverme a mirarla.

—El modelo era él.

—¡Voy con las bebidas! —gritó Jeremy—. ¡La hostia, eso sí que es un pollón!

Los otros clientes se miraron de una mesa a otra. No parecían contentos.

—¡Guárdalo, Beth! —le ordenó Sarah. Beth empezó a enrollarlo de nuevo con dificultad—. ¿Podemos ir a registrarnos ya en la mansión? —preguntó cansada haciendo unos giros de hombros—. Necesito una sauna y nadar un rato para volver a sentirme humana.

Beth nos miró con una sonrisita de satisfacción y las cejas algo enarcadas, como desafiándonos. Sarah no se había dado cuenta de que no estábamos en Shrewksbury y Beth no la había corregido.

—¿Qué pasa? —dijo hastiada.

—Me parece que te lo dice a ti, Evie —soltó Jeremy, sentándose encima de la chaqueta de chándal de Beth, que enseguida tiró de ella con fuerza para recuperarla.

—¿Qué demonios es eso? —quiso saber Sarah.

Jeremy había dejado en la mesa una bandeja plateada con botellas de vodka, ginebra y tequila, un tetrabrik de zumo de naranja y cinco vasos. Uno de ellos llevaba dentro una sombrilla de papel aplastada.

—Ah, ¿esto? Es tu clase particular de coctelería —le explicó Jeremy, inclinando la cabeza hacia mí—. Un «hágaselo usted mismo». Por lo visto, no sirven copas en despedidas de soltera.

Se me cayó el alma a los pies mientras mirábamos todos hacia la barra. Al otro lado había una mujer de cuarenta y tantos con el pelo gris y encrespado peinado hacia atrás en una especie de recogido improvisado. Tenía la boca cerrada y los labios apretados, los ojos rebosantes de absoluta desaprobación.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —dijo Sarah sin alterarse.

—Te lo puedo explicar... —empecé yo.

—Te lo podemos explicar —intervino Maria, dándole un codazo a Jeremy.

—Claro, ¿cómo no? —indicó él, sirviendo un poco de vodka en uno de los vasos con restos de agua—. Porque la rata no ha sido castigo suficiente.

—No —me apresuré a decir yo antes de que Sarah pudiera pillar el comentario—. Esto es sólo culpa mía.

—Evie, tranquila. —Maria me socorrió, aunque sin poder disimular su alivio.

—Por el amor de Dios, que alguien me lo cuente —exigió Sarah.

Me preparé.

—El caso es que, Sarah...

—Esto no es Shrewksbury —soltó Beth triunfante—. Se han cargado tu despedida de soltera.

—Gracias, Linda —repuso Jeremy.

—¿Quién demonios es Linda?

Lo malo de los Berrinches Mathers® era que siempre ocurrían cuando menos te los esperabas. Una vez que empezaba la cuenta atrás, era imposible saber el momento.

Y, a juzgar por la cara arrugada y blanca de Sarah al darle un sorbo a la ginebra, estaba clarísimo que acababa de estallar. No tardaría en ponerse amoratada, luego vendrían los puños apretados, los mares de lágrimas rabiosas y, por último, una pataleta en toda regla de las que te revientan los oídos y sin duración ni lógica previsibles.

—¿Habéis perdido la reserva de la mansión? —preguntó Sarah muy despacio.

—Voy a por más agitadores —dijo Jeremy poniéndose de pie.

—Tú no te mueves de aquí —le ordenó Sarah.

Beth abrió mucho los ojos.

—Tengo justo lo que necesita esta despedida de soltera —dijo, y empezó a hurgar en su bolso de mano.

—Pues échame una mano, Beth, si es lo que creo que es...

Ella la miró extrañada. Me pareció verla guardarse algo en el bolsillo mientras se levantaba, tambaleándose un poco con los tacones. Su ginebra no tenía otro agitador más que la sombrillita de cóctel.

—Sólo voy a preguntar qué opciones vegetarianas tienen para la cena.

—¿¡Vamos a comer aquí?! ¿Habéis cambiado Jorden's, un restaurante con estrellas Michelin, por un pub donde sólo sirven empanadillas? —espetó Sarah, señalando un letrero que decía: ¡PREGUNTE POR NUESTRAS FAMOSAS EMPANADILLAS!

—Son famosas —repuso Jeremy.

En el silencio que se hizo después, abrió el tequila y empezó a servirnos.

—¿Mi despedida de soltera es una broma para vosotros? —preguntó Sarah en voz baja.

Maria y yo empezamos a protestar enseguida. Sarah levantó una mano para acallarnos. «Ya está», pensé. Nos preparamos los tres.

Pero Sarah se mantuvo inquietantemente tranquila.

—No podría haberos dejado más claro lo que quería. ¿Os pareció divertido coger todo lo que os había pedido y montarme una versión cutre? Vosotros tres siempre hacéis piña. Supongo que lo que nunca me habría esperado es que me dejarais fuera de mi propia despedida de soltera.

—Sarah, no es eso ni mucho menos —dijo Maria horrorizada.

—Ha sido culpa mía —insistí—. Maria y Jeremy hicieron todo lo que tú habías pedido. Fui yo quien perdió la reserva y reservó una casita en este pueblo porque se parecía a la de *The Holiday*. No te imaginas lo mucho que lo siento.

Sarah dejó su copa en la mesa.

—No me lo imagino, no.

Mis amigos y yo nos miramos por encima de su cabeza. Había una perturbación en el aire, como la calma que precede a la tormenta. Berrinche Mathers® inminente.

—No pretendía que saliera así —dije desesperada—. Es que ESNOB...

—¡Evie! —exclamó como si me diera un bofetón. «Ahí viene.» Sarah inspiró muy hondo y... exhaló despacio—. Ni se te ocurra cargarle este muerto a ese hombre. Esto es cosa tuya nada más.

Podrías haberlo hecho cualquier otro fin de semana... ¿Por qué ha tenido que ser en mi despedida?

Maria alargó el brazo y le cogió la mano.

—Muy bien —le dijo en voz baja.

—Es la terapia —replicó Sarah.

Creo que habría preferido el berrinche.

—¿No podría habérmelo permitido si no! —Mis amigos se sobresaltaron y yo bajé la voz avergonzada—. Lo siento. Te juro que quería que tuvieras la despedida de soltera perfecta, pero pedías mucho, Sarah. No podía hacer las dos cosas.

—Maria y David se van de vacaciones en mayo. Jeremy va a pasar el verano en Nueva York. No creo que os haya dejado a todos en la indigencia.

Jeremy me lanzó una mirada de «te has quedado sola».

Me crucé de brazos. Había tardado meses en ahorrar para el fin de semana de Sarah. La agencia no me pagaba mal, pero tampoco me habían subido mucho el sueldo con los años.

—Vosotros no acabáis de entender lo que es andar siempre mirando el dinero —repliqué muy seca—. Lo tenéis todo supercontrolado. Cuando pienso en vuestras vidas, siempre me siento varios peldaños por debajo.

—¿«Nuestras vidas»? —repitió Sarah. Maria y Jeremy me miraron atónitos—. ¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor tengo motivos para querer una despedida de soltera decente? Sabía dónde me metía cuando accedí a casarme con Jim. Lo quiero, pero viene con el lote completo. Tiene dos perros, una hipoteca con su ex, un gusto espantoso para vestir y dos niños. Así que perdóname si, antes de empezar a ser mamidrastra (y lo voy a dar todo por esos niños, que nos vamos de luna de miel ¡a Disneyland París!), me apetecía un fin de semana de lujo y ser el centro de todo por última vez. ¿Era demasiado pedir?

Me dejó sin palabras. Había dado por supuesto que Sarah estaba siendo tan exigente con su despedida como con todo lo demás. Sabía que, cuando había decidido estar con Jim, no había optado por una vida precisamente fácil, pero siempre había pensado que ella podía con cualquier cosa. No le había preguntado ni una sola vez cómo llevaba los preparativos de la boda.

—Sarah no es la única —dijo Maria, robándole el protagonismo—. Puede que desde fuera parezca que David y yo estamos fenomenal, pero cuando veo la vida que llevas, Evie, me da muchísima envidia tu libertad. Siempre que David me habla de casarnos y tener niños, me siento como si tuviera ya toda la vida planificada y sin posibilidad de cambiarla. Tú, en cambio, tienes mucho donde elegir.

—Pero si no paráis de decirme que tengo que cambiar...

—Porque puedes —respondió Maria sin más.

—Pensaba que David y tú erais felices —dije en voz baja. Jamás se me había ocurrido, ni por asomo, que mi amiga pudiera no sentirse satisfecha con su relación.

Maria sonrió.

—Pues como todo el mundo. Y en parte es porque nos tenemos el uno al otro, pero cuesta

mucho esfuerzo conseguir que desde fuera parezca que estamos tan bien.

Jeremy asintió mientras bebía.

—No te ofendas, Evie, pero yo, si tuviera que envidiar a alguien, sería a Jeremy —dijo Sarah.

—¿Cómo dices? —espetó él, espurreando la bebida.

—A veces creo que eres el único de nosotros que se lo ha montado bien —se explicó Sarah—. Un trabajo alucinante, ese pedazo de apartamento y ninguna prisa por sentar la cabeza.

—¿Ninguna prisa por sentar la cabeza? Tú intenta conocer a alguien cuando pasas los sábados por la noche en la oficina... —Todas miramos a Jeremy—. Evie, cuando te quejas de que tu vida se resume en trabajo y Netflix, te miro y me digo: «¿Tienes tiempo para Netflix?».

Me quedé pasmada. Pero Jeremy no buscaba pareja, ¿no? Al menos, cuando éramos jóvenes no.

—Debería haberte preguntado cómo te iba.

—Todos deberíamos haberlo hecho —terció Maria.

—Bah —respondió Jeremy encogiéndose de hombros—, ¿quién soy yo para lloriquear? Por lo menos estoy calentito por las noches en mi inmenso apartamento. Evie sólo tiene su antro de vicio y perversión.

Mis amigos y yo nos miramos, y se me ocurrió que en el tiempo que yo llevaba en Londres ellos habían estado ocupados madurando.

—Evie —dijo Sarah al fin—, por favor, no pienses que con esto te eximo de toda culpa, pero estoy dispuesta a aceptar que a veces puedo ponerme un poquitín difícil. —Ninguno de nosotros dijo nada—. Con la boda.

Saltamos todos enseguida.

—Es muy comprensible —la tranquilizó Maria.

—Es mucha presión —dije yo.

Esperamos a que interviniera Jeremy. Se sirvió un poco más de tequila.

—¿Qué? —preguntó. Suspiró—. Vale. Sarah, sabes que te queremos igual.

Ella sonrió de oreja a oreja, con los ojos llorosos.

—Anda, dadme un abrazo. Es a mí a quien han fastidiado la despedida de soltera.

Maria y yo la abrazamos y tiramos de Jeremy para que se sumara al abrazo.

—Maria, sabes que puedes venirte a mi casa siempre que quieras —le dije.

—Lo sé.

—Jeremy, ahora que sé que sí que te gustaría conocer a alguien, te voy a emparejar con un hombre absolutamente perfecto —prometió Sarah.

—Centrémonos en Evie, ya sabes, la responsable de este desastre —replicó él.

—Es un horror, ¿no? —dije yo.

—Integral —terció Maria.

Sarah se recostó en el asiento.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer para arreglarlo, Evie?

—¿Dejar de obsesionarme con mis cosas? —propuse con timidez.

—No está mal para empezar, pero me refiero al «encuentro de película» —añadió Sarah. Nos la quedamos mirando todos—. ¿Cómo tienes pensado conocer a alguien?

—Sarah, te prometo que ya no. Éste es tu fin de semana.

—Tienes razón. Y no voy a consentir que me lo hayas fastidiado para nada. Algún soltero habrá en este condenado pueblo. —Se levantó y se estiró el top—. Y yo lo voy a encontrar.

Fue entonces cuando caímos en la cuenta de que el bar estaba en absoluto silencio. Al principio pensé que era porque habíamos estado hablando muy alto, pero no era a nosotros a quienes miraban los lugareños.

—Ah, vale, que ya habéis terminado. ¡Pues a divertirse! —gritó Beth.

La responsable de recursos humanos estaba en el centro del pub con una ginebra en una mano y un pene inflable gigante en la otra.

Girl Alone

Interior de The Fox's Den, sábado 12 de enero a las 19.23.

El pub es un edificio achaparrado de una sola planta y sin ventanas. La estancia es cuadrada, con una mesa de billar en un extremo y una barra pequeña en el otro. Hay más gente que en The Hangman's Daughter, pero aun así está medio vacío. En el centro hay un bulldog tumbado, mordisqueando una oreja de cerdo. A modo de guiño desacertado al nombre del establecimiento, una cabeza de zorro disecada gruñe desde la pared, encima de la fila de mesas medio vacía. Aparte de eso, no hay otro elemento decorativo más que la bola de discoteca que cuelga del centro del techo.

—¿Sabe dónde está Dorian? —preguntó Sarah al barman, fichándolo en cuanto entramos en el bar. Yo me quedé admirando las cejas perfectamente depiladas del individuo.

Sarah le había prometido a la camarera de The Hangman's Daughter que nos llevaríamos a Beth si nos indicaban dónde podíamos encontrar algún soltero en el pueblo. La mujer nos había dicho que teníamos a «ese traidor» en The Fox's Den, por lo visto, el pub de peor reputación de los dos que había en el pueblo, y luego había escupido. A mí no me había parecido buena señal, pero a Sarah no había quien la parara.

El barman nos miró de arriba abajo y vio la banda de NOVIA de Sarah y el pene inflable de Beth.

—Dorian no viene hasta después de las nueve —dijo en un tono que no invitaba a preguntar más.

No obstante, Sarah insistió.

—¿Y qué edad tiene Dorian?

Las cejas del barman formaron un arco perfecto.

—Suficiente —respondió.

—¿Qué ginebras sirven? —dijo Beth entonces, adelantándose—. Yo sólo bebo Bombay Sapphire.

—Nos vamos a tomar unos dobles de lo que tengan —intervino Jeremy, y Beth puso cara de

asco. Sarah miró el pene inflable y su compañera de trabajo se amansó convenientemente.

—Aquí están prohibidas las despedidas de soltera —nos advirtió el barman con los ojos clavados en el miembro del grupo que iba desinflándose poco a poco.

Sarah se quitó la banda cruzada de un tirón y estrujó el pene inflable que sostenía Beth.

—¿Qué despedida de soltera? —El pene se deshinchó del todo, soltando un triste silbido por la punta. El camarero suspiró y fue a por los vasos—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. —Nos apiñamos alrededor de Sarah—. Nos vamos a dividir en grupos para preguntar por Dorian. Hay que averiguar todo lo posible antes de que llegue. ¿Alguna duda?

Levanté la mano.

—¿Puedo opinar?

—No.

—Tengo una pregunta —dijo Beth—: ¿yo qué gano con todo esto? No la conozco. Pensaba que estaba pagando por un fin de semana en un balneario de lujo, no por perseguir a un paleta. ¿Qué?

Sarah infló las aletas de la nariz.

—Le vamos a buscar acompañante a Evie para mi boda —repuso en vez de dar la explicación más larga y cuestionable.

—¿Y por qué tendría que importarme a mí?

—Porque, si nos ayudas —dijo Sarah, entornando los ojos y esbozando una sonrisa tierna—, serás mi dama de honor.

—Agárrame esto —le pidió Beth a Jeremy pasándole el pene; luego cogió su bebida y se fue a grandes zancadas hacia el fondo del pub.

—No habrás dicho en serio lo de la dama de honor, ¿no? —preguntó Maria en voz baja.

—Le advertí que nada de penes —respondió Sarah dando sorbitos a su ginebra.

—Me voy a quitar el vestido en cerocoma —anunció Beth dejándose caer en una silla.

Jeremy era el único de nosotros que no había vuelto.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Sarah con recelo. Todas las personas a las que habíamos preguntado se habían mostrado esquivas. No parecían gustarles los forasteros, sobre todo los que hacían preguntas.

Beth, por lo visto, había tenido más éxito.

—Es francés —dijo empezando a enumerar con la ayuda de los dedos—, es bajito y trabajó en el zoo de Londres como levantador de pingüinos. —La miramos todos—. Ya sabéis, para cuando los pingüinos se ponen a mirar los aviones y terminan volcando...

—¿Cuánta ginebra has bebido, Beth? —preguntó Sarah.

—¿Insinúas que no es cierto?

Maria disimuló una sonrisa y yo solté una carcajada que terminó en tos.

Sarah suspiró.

—Al menos no tardará en venir.

—Entonces igual ella no debería quedar con él —masculló Beth—. ¿Quién iba a querer empezar una relación con mentiras?

—Esto se está llenando, ¿no? —comentó Maria, y tenía razón: ya sólo quedaba sitio de pie.

—¡Hacedme hueco, hacedme hueco! —Jeremy volvió a su sitio, con el abrigo inflado—. Tomad —dijo y, al abrirse la cremallera, dejó al descubierto una bolsa de papel abultada con manchas de grasa—. Cortesía de *The Hangman's Daughter*.

—Pero ¿qué demonios...? —replicó Maria.

—¡Empanadillas! —exclamó Jeremy sonriente.

Miramos a Sarah a ver qué cara ponía. Tras una pausa minúscula, fue la primera en meter la mano en la bolsa. Los demás hicimos lo mismo. Beth arrugó la nariz hasta que Jeremy le pasó una de queso con envoltorio individual. La cogió, algo más tranquila.

—Evie, ¿has visto esto?

Maria había sacado el móvil. Limpió con la mano las migas de empanadilla de la pantalla y me la enseñó. Era la página de *Bitch About It*.

«Monica Reed rompe con su yogurín.»

—Está por todas partes —dijo—. Han tenido una pelotera de las gordas en público. —Maria hizo una pausa de efecto—. Él le dijo que no necesitaba una segunda madre y Monica le contestó que tampoco ella necesitaba un tercer hijo, que lo que buscaba era un compañero al que no lo intimidara el éxito de una mujer.

Yo asentí y las palabras de ella me hicieron sonreír, pero no pude evitar que ESNOB me diera un poco de pena. Era un imbécil, pero una ruptura ya era bastante desagradable sin la intervención de los medios de todo el país. Maria recuperó su móvil, mirándome pensativa.

Se oyó una conmoción al otro lado de la sala. Mientras mis amigos estiraban el cuello para ver, yo saqué el teléfono. Tenía un mensaje de Ben, pero abrí primero el chat de ESNOB.

Evie: ¿Estás bien? He visto la noticia.

ESNOB: ¿Por qué no iba a estarlo?

Evie: ¿Seguro? Porque tengo un «maratón de películas para corazones rotos» de eficacia demostrada que puedo recomendarte.

Te hará sentir mejor, garantizado.

ESNOB: Gracias, Pelirroja, pero no lo tengo roto. ¿Qué tal el «encuentro de película»?

Estupendo. Si no quería hablar del asunto, yo no iba a insistir. Además, podía animarlo simplemente contándole mi intento más reciente de conocer a alguien.

Evie: Para empezar, en la casita había una rata gigante.

—¿Qué hace esta gente ahora? —preguntó Jeremy, chupándose los restos de empanadilla del pulgar.

Le seguí la mirada. Un hombre calvo y corpulento había juntado dos mesas de billar a empujones y las estaba tapando con tablones. La gente empezaba a dejar despejada la zona, como si aquello fuera algo habitual. Mientras acercaba rodando una escalera de tijera que había estado pegada a la pared del fondo y cubierta con un paño negro, Beth se levantó de repente.

—¡Tengo que hacer una llamada! —dijo, y se encogió para pasar por detrás de mi silla—. Voy a ser la mejor dama de honor.

ESNOB: ¿Qué casita?

Deslicé la pantalla hacia arriba para poder responder con la foto que le había enviado.

No estaba.

Me bajó por el cuello una sensación como de agua helada. Miré las conversaciones de otros chats.

Ben. Le había mandado ¡a Ben! un mensaje diciéndole que la despedida de soltera fastidiada era culpa suya y sólo suya, y me había contestado.

Ben: ¿Qué puedo hacer?

«Ay, no.» Hora de arreglar los desperfectos. Le explicaría que había sido un simple error.

—Ajá —dijo Jeremy, y me hizo levantar la vista.

Se metió en la boca lo que le quedaba de empanadilla. Miré hacia donde miraba él y vi al forzudo que venía hacia nosotros.

Maria intentó recoger a toda prisa nuestras migas con el canto de la mano.

—¿Cuál de vosotros buscaba a Dorian? —gruñó el hombre.

—Pues aquí, Evie —dijo Sarah enseguida.

El hombre me estudió, en absoluto impresionado.

—Ven conmigo.

Miré a mis amigos en busca de auxilio.

—Yo esto no me lo pierdo —dijo Jeremy.

—No pasa nada —terció Maria. Me arrancó el móvil de la mano y me dio un empujoncito—. Nos tienes aquí mismo.

Sarah levantó su teléfono.

—Me voy a asegurar de que lo que pase queda grabado.

A lo mejor no me habían perdonado del todo.

A regañadientes, seguí el camino que me abría el hombre por el bar. ¿Sería él Dorian? Los brazos le colgaban a los lados, levantados por unos inmensos músculos que parecían manguitos de

piscina. No era mi tipo, pero, para tener a Sarah contenta, tenía que ser muy optimista. Además, había bebido mucha ginebra.

El hombre me condujo a las mesas de billar tapadas, encima de las cuales de pronto había una mesa y una silla. Me tendió la mano y se la agarré sin pensarlo. Se zafó de mí mosqueado. Por lo visto, me estaba indicando que subiera la escalera. Al hacerlo, vi que alguien había dejado una vela encendida y una rosa roja en la mesa. ¿Estaba a punto de tener una primera cita delante de todo el mundo? Me volví hacia mis amigos, que me hicieron señas para que continuara.

Una vez sentada, se encendió un foco justo encima de mi cabeza. Todos los ojos se volvieron hacia mí mientras la música retumbaba por el pub. La bola de discoteca del techo empezó a girar y, cuando destaparon de golpe la escalera, vi que era de color rosa brillante.

Estaba en un escenario.

El tío calvo sostenía de pronto un micrófono.

—Damas y caballeros, The Fox's Den se complace en presentarles, de nuevo entre nosotros y para siempre, a nuestra reinona total, Dorian Gay y su famoso Karaoke para Todos.

«¿Qué?»

Se hizo el silencio en la sala y la multitud se apartó.

Una mujer despampanante con leotardos negros brillantes, camiseta de malla, una inmensa melena rubia y unas plataformas de vértigo se acercó con decisión al escenario cantando *Big Splender*, de Shirley Bassey. Me miró de reojo y me guiñó un ojo con sus gruesas pestañas.

Era el camarero de las cejas bonitas, superarreglado.

Bajó un poco el volumen de la música.

—Lo primero, una confesión —anunció inclinando la cabeza sobre el micro con las uñas brillantes—: es cierto. Me he dejado seducir brevemente por The Hangman's Daughter. No he podido resistirme a sus empanadillas —añadió con voz más grave. Carcajadas—. Bueno... Me han dicho que esta lagartona pelirroja lleva toda la noche preguntando por mí, así que, cielo —dijo Dorian poniendo una de sus piernas largas y esbeltas encima de la mesa en un medio espagat—, ¿qué te gustaría hacer conmigo? —Estoy convencida de que solté un chillido—. ¿Qué tal si me dices nada más qué canción te gustaría cantar? —Miré suplicante a mis amigos, pero estaban demasiado entretenidos disfrutando del espectáculo—. ¿Y bien? —dijo Dorian acercándose el micro a la boca.

Dije la primera que me vino a la cabeza: *Love Machine*, de Girls Aloud.

Me miró de arriba abajo, levantando un hombro adornado con borlas.

—Muy bien. —Cambió la música—. Un aplauso, por favor, para *Love Machine*, interpretada por... Girl Alone.

Se oyeron carcajadas por todo el pub y yo me puse como un tomate.

Luego hubo un murmullo de movimiento y, cuando quise darme cuenta, mis amigos habían subido corriendo la escalera para cantar conmigo.

—¡No está sola! —gritó Maria sin aliento.

Sarah le quitó el micro a Dorian, que se lo estaba pasando en grande, y Jeremy me puso de pie.

—Venga, vamos a demostrarles cómo se hace.

Pero antes de que pudiéramos aceptar el reto, resonó un grito por toda la sala.

—¡¿Qué demonios pasa aquí?!

El pub entero se quedó en silencio, la música se interrumpió bruscamente y un policía se abrió paso para examinar con la linterna el cuestionable «escenario».

—Agente —dijo Dorian Gay, todo digno—. ¿En qué podemos ayudarlo?

—No he venido aquí por ti —replicó el hombre.

Jeremy, a mi lado, hizo un ruidito raro.

Fue entonces cuando vi que la linterna le salía al agente de los pantalones.

—¡Sarah Mathers! —gritó arrancándose los pantalones de un tirón—. Has sido una niña muy mala. ¡Contra la pared y ábrete de piernas!

Mis amigos se agruparon a mi espalda mientras yo abría la puerta de la casita. Entramos en el vestíbulo oscuro.

—Ahora, Sarah —dijo Jeremy tambaleándose un poco—, vas a ver por qué Linda ha hecho bien quedándose en el pub.

—A «Linda» no le ha quedado otro remedio —replicó Sarah malhumorada—. Conocía de sobra mi norma de «nada de penes».

—¿Preparada?

Maria y yo le agarramos una mano cada una.

—Preparada —contestó con valentía.

Inspiré hondo y encendí la luz.

—Ay, chicos —dijo Sarah emocionada.

Alguien había llenado el salón de globos de helio de color rosa oro que disimulaban las humedades del techo y formaban una especie de bosque de cintas rizadas.

Entramos todos despacio en la estancia.

Maria estaba maravillada.

—¿Qué es esto? —me preguntó en voz baja.

Las cintas me hacían cosquillas en la cara.

—No tengo ni idea —repuse.

Encendí el proyector, apartando los globos que había delante de la pantalla. La primera foto era la que nos habíamos hecho disfrazados de *Pretty Woman*. Jeremy atenuó las luces. Los globos se iluminaron todos con un suave resplandor.

«¿Quién habrá hecho esto?»

Aparte de nosotros, las únicas dos personas que sabían lo de la casita eran ESNOB y Ben.

Evie: ¿Has sido tú?

Maria tapó uno de los sofás con una sábana y todos mis amigos se sentaron allí, delante de la pantalla.

—Ven, Evie, que tenemos vino.

Entre sus ohs y ahs al ver las fotografías, saqué de nuevo el móvil.

Ben: El casero se ha encargado de recibir la entrega. Te devolverán el dinero.

—Ha sido Ben —dije.

No me había dicho nada de unos globos cuando había ido a Gil's a recoger el proyector el día anterior. «¿Por qué iba a...?» Angustiada, caí de pronto en la cuenta de que aún pensaba que lo culpaba por haberme fastidiado la despedida de soltera. Con todo lo que había pasado, se me había olvidado explicarme. Los globos eran su forma de disculparse.

«Ay, Dios.»

—Ya te dije que a mí me molaba —dijo Jeremy.

—No te precipites —le advertí mientras tiraba de mí para que me sentase a su lado—. Esto sólo demuestra que soy verdaderamente penosa.

Ahora iba a tener que disculparme con Ben. El miedo se me retorció en el estómago y se mezcló con el alcohol.

Evie: No sé qué decir. Gracias, Ben. Siento que hayas pensado que tenías que hacer esto. Ese mensaje era para el imbécil de ESNOB, no para ti. Esto NO ha sido culpa tuya. Si te sirve de consuelo, ¡le has alegrado el fin de semana a Sarah!

«Ben está escribiendo...» apareció y desapareció unas cuantas veces.

Ben: ¿ESNOB? Entonces ¿el fin de semana era un «encuentro de película»?

Lo primero que sentí al leer su mensaje fue vergüenza, luego de pronto me molesté. Con él siempre era un paso adelante y dos atrás. ¿Qué más le daba que yo hiciera los «encuentros de película»?

Evie: Te agradezco los globos. Y las fotos. Y tu ayuda... Pero tampoco hace falta que te pongas en plan don Censura.

Dicho eso, tiré el móvil a la moqueta y me volví hacia mis amigos y las fotos. Ben no las había organizado cronológicamente. Mientras las veíamos, abrazándonos un poco más fuerte con cada una, empezaron a surgir temas: vacaciones, celebraciones, graduaciones, fotos muertas de risa, yo con mi portátil... En alguna de las partes de mi cerebro que aún permanecían unos milímetros por encima del nivel del alcohol, estaba la idea de que aquella presentación no era algo que a Ben «no le hubiera costado nada»...

Toc, toc, toc.

Nos sacudimos todos debajo de la ropa de cama.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Maria agarrándose la cabeza—. ¿Nos estamos moviendo? Jeremy estaba en una silla, envuelto en una sábana como una crisálida. Parpadeó soñoliento.

—Evie, ¿qué parte abominable de tu plan es ésta?

—Más vale que sea el de Deliveroo con un bocata de salchichas —dijo Sarah.

Toc, toc, toc.

Ceñuda, me esforcé por recordar el itinerario.

—¡Ay, Dios, no! —Caí en la cuenta—. Es Barbara's Crossfit.

—No, ni hablar —replicó Jeremy.

Apartando el edredón, me levanté como pude y paré para recuperar el equilibrio, porque la habitación me daba vueltas.

—Evie —dijo Sarah—, yo ya no puedo con esta despedida de soltera. Diles que se vayan.

—¡Tú querías una clase de ejercicio! —protesté desmontando la barricada de cojines que habíamos levantado la noche anterior para tapar el hueco de debajo de la puerta y evitar que viniera a vernos la rata amiga de Jeremy—. Además, luego te van a mimar. A las once viene Shelley's Shellacs.

Jeremy ladeó la cabeza.

—¿Alguna de las dos te suena a algo de verdad?

Lo miré exasperada mientras descorría el cerrojo de la puerta de la calle.

—Evie, por lo que a mí respecta, puedes decirle a Barbara que se meta el *crossfit* por el culo —soltó Sarah acurrucándose debajo del edredón.

Al abrir la puerta, me encontré allí plantado a un hombre con un abrigo elegante. A su espalda esperaba un coche. Sonrió, con la nariz sonrosada a causa del frío.

—¿Qué desea? —pregunté pensando, en un momento de insensatez, en la escena de *The Holiday* en que Jude Law aparece en la casita.

—He venido a llevarlos a Shrewksbury Manor —dijo aún más sonriente—. Deberíamos irnos ya si quieren llegar a tiempo a las citas del balneario. Salvo que... —añadió inquisitivo— prefieran que me las meta por el culo.

Sarah se acercó a mí con dificultad.

—¿Balneario? —dijo jadeando—. ¿Balneario de Shrewksbury? Me da igual cómo lo hayas hecho, Evie, pero por fin te ha salido algo bien. ¡Venga, todo el mundo al coche!

A mi cerebro embotado le costó atar cabos. Aquello era cosa de Ben. En lugar de reservar citas de reemplazo, había contratado un chófer. ¡Shelley's Shellac, seguro! Eso significaba que el domingo entero de Sarah iba a ser como ella lo había querido.

—Viudo Macizo —silbó Jeremy a nuestra espalda.

Sí, Viudo Macizo. ¿Y cómo le había dado yo las gracias anoche? Llamándolo don Censura.

«Ay, Evie.»

Como una tortuga patas arriba

Interior de la agencia de guionistas William Jonathan Montgomery & Sons, martes 15 de enero a las 7.24.

Evie está sentada delante de su ordenador, absorta del mundo mientras teclea. La única luz proviene de su lámpara de escritorio. Al final del corredor, el despacho de Monty sigue a oscuras. Agarra el café y, cuando va a darle un sorbo, ve que la taza está vacía.

Suspiré, volví a dejar la taza en la mesa y revisé el buzón de entrada de mi correo. Aún tenía más de cien mensajes sin leer, sin contar los cientos de correos de nuevos guionistas que esperaban que Monty los representara. O la pila de contratos que tenía en la mesa, que me llegaba ya a la nariz. Había pasado el día anterior escribiendo el informe del «encuentro de película» de las vacaciones y, pese a que casi todo el fin de semana había sido un completo desastre, escribir sobre lo ocurrido había sido una especie de penitencia. Le había prometido a ESNOB que dejaría de contenerme cuando escribiera. Ya no podía contar con que mi padre me revisara los guiones, así que la única forma de dejarme llevar era pensando que nadie más iba a verlo, que lo escribía sólo para mí. En algún momento, algo hizo clic. Cuando quise darme cuenta, me había pasado el día entero escribiendo. Por raro y maravilloso que eso fuera, ahora tenía que ponerme al día con el trabajo. Iba a necesitar una semana de horas extras para volver más o menos a la normalidad. Ojalá ESNOB lo entendiera. Para él, mi trabajo a jornada completa era un estorbo. En cuanto le había mandado el «encuentro de película» de las vacaciones, ya me estaba pidiendo el siguiente.

ESNOB: Es tu turno, Pelirroja.

Evie: Esto no es un juego.

ESNOB: Entonces ¿cómo es que estoy ganando?

Aunque me fastidiara reconocerlo, no iba del todo desencaminado. Los productores querían que les entregara el segundo acto a finales de enero. Yo debía hacer todo lo posible para que ESNOB se lo enviara. Sobre todo si deseaba que mi trabajo consistiera en algo más que en ocuparme de correos que a Monty no le apetecía contestar.

Entró un correo nuevo. Sarah. De camino a casa, todos mis amigos me habían propuesto ideas

nuevas para «encuentros de película», con lo que me quedó claro que se había arreglado lo nuestro. Aun así, abrí el correo con cautela.

Evie:

Quiero que sepas que lo he meditado muchísimo y he decidido perdonarte por fastidiarme la despedida de soltera. Se lo debes a la generosidad de tu amigo Ben, claro.

Y las flores que me has mandado supongo que han salido de lo que te ahorraste en el fin de semana, pero agradezco el detalle igualmente, teniendo en cuenta lo pobre que eres.

—De nada, Sarah —mascullé.

Le había enviado un mensaje a Ben para agradecerle efusivamente todo lo que había hecho por mi amiga y ofrecerme a abonarle los globos y el chófer que nos había llevado a Shrewksbury. Su respuesta: «No te preocupes», que yo no había sido capaz de descifrar por más que lo había intentado. Me había dado la impresión de que lo nuestro iba a alguna parte, pero luego yo había tenido que demostrar que él estaba en lo cierto por completo respecto a mí.

El correo de Sarah seguía:

También quería decirte que he encontrado otro álbum en el lápiz de memoria donde estaba mi *collage*. Supongo que es de Ben, porque el lápiz es suyo. No me habías dicho que era fotógrafo. Por lo poco que me has contado, parece que valora mucho su intimidad. Así que, para ahorrarte el agobio, ya he mirado yo todas las fotos. ¡Tienes un amigo con mucho talento!

Al final del mensaje incluía un enlace de un sitio de intercambio de archivos.

Titubeé, con el cursor encima del enlace. A pesar de lo «considerada» que había sido Sarah, aún me parecía que abrir aquella carpeta era como inmismirme. Igual era personal, quizá contenía fotos antiguas de su mujer... Debía respetar su intimidad.

Me mordí el labio.

La idea de averiguar algo, lo que fuera, de Ben resultaba demasiado tentadora.

Hice clic. El archivo era enorme. Lo puse a descargar y esperé, moviendo nerviosa las rodillas.

«Por fin.» Contenía más de un centenar de imágenes.

La primera fotografía era de un lago helado. Me relajé un poco. No había razón para que me sintiera culpable por mirar una foto de un lago. No tenía nada de personal. Al pasar a la siguiente, y a la otra, mi alivio se transformó en una especie de decepción. Ben no salía en ninguna de ellas. Parecían hechas en Islandia, por los géiseres, los fiordos y el terreno abrupto y oscuro. Mientras seguía pasando imágenes, apoyé la barbilla en la palma de la mano, deteniéndome un poco más en cada una. A través del objetivo de Ben, el paisaje cobraba vida propia.

—Ay, Ben —mascullé.

Todas las imágenes estaban impregnadas del intenso amor por la naturaleza y el paisaje que él había capturado. Había valentía en la foto de la catarata cayendo por el acantilado a las aguas espumosas; sobrecogimiento en las de los icebergs azules que salpicaban una playa de arena

negra. Me había equivocado al suponer que no eran más que fotografías profesionales, porque todas aquellas imágenes eran personales para Ben.

¿Por qué habría renunciado a aquel don inmenso e increíble? Viendo aquellas fotos tuve la impresión de que por fin empezaba a conocer al verdadero Ben. Aunque, con lo que la había cagado ese fin de semana, era muy probable que ya no pudiera seguir conociéndolo. La idea me produjo una tristeza inexplicable.

El ruido de la puerta de la calle al abrirse me sacó de mis pensamientos. Se oyeron voces por la escalera. Volví al álbum, pensando que serían los contables con los que compartíamos cocina. Entonces oí aquel tono plomizo inconfundible: Monty.

Miré si, por alguna razón, había perdido la noción del tiempo. No eran ni las ocho de la mañana.

«¿Qué?» En siete años, Monty sólo había llegado a la oficina antes de las diez una vez que se le olvidó atrasar el reloj con el cambio de hora. ¿Qué le habría hecho madrugar tanto? Era temprano hasta para mí.

Monty llegó al final de la escalera.

—Buenos días —le dije, algo tarde.

—En serio, Evelyn, intenta parecer un poco menos sorprendida —replicó con sequedad al pasar por mi sitio.

Entonces apareció quien lo acompañaba y me quedé pasmada.

—ESN... Ezra —dije nerviosa por lo cerca que había estado de meter la pata.

Me lo quedé mirando sin darme cuenta. Con el carísimo despeinado de su pelo rubio, sus pómulos exageradamente prominentes y su sonrisa de cine, parecía del todo fuera de lugar en nuestra sórdida oficina. Pasaba tanto tiempo mosqueada con él que a veces se me olvidaba lo guapísimo que era.

ESNOB ni siquiera me miró al pasar por mi lado, como si nuestra relación hubiera vuelto al punto en el que estaba antes de nuestro trato. Caí en la cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas en los últimos meses para que me doliera. Antes pensaba que ESNOB no era más que un capullo. Ahora sabía que era él mismo sin concesiones con todo el mundo. Claro que eso no quería decir que no fuera casi siempre un capullo, pero había demostrado que había algo más en él. Así que, ¿a qué jugaba?

Me escurrí en la silla, dando golpecitos rápidos con el boli en el bloc y mirándolo furiosa por la espalda según se alejaba como si de ahí fuera a sacar la respuesta. ¿Para qué se reunirían aquellos dos a esa hora? ¿Y por qué no se me había informado?

Justo antes de cerrar la puerta del despacho de Monty, ESNOB se volvió para mirarme y me guiñó un ojo.

Yo fingí que tecleaba, sin perder de vista el ventanal del despacho de mi jefe. Entonces vi a ESNOB paseándose de un lado a otro y gesticulando mientras hablaba. De vez en cuando oía alguna palabra que se filtraba por las finas paredes. Me pareció que decían mi nombre.

Después de mi espantada de Año Nuevo, le había hecho prometer a ESNOB otra vez que no le contaría a Monty lo de nuestro acuerdo. Como a mi yo ebrio se le había escapado que mi puesto de trabajo podía peligrar, le había dicho a ESNOB que era muy probable que mi jefe me despidiera si se enteraba. Me había jurado que no diría una palabra.

Entonces ¿qué demonios hacía?

ESNOB desapareció de mi vista y yo me eché un poco más hacia atrás en la silla. Si lograba ver la cara que ponía Monty a lo que fuera que le estaba diciendo, igual me enteraba de lo que estaba pasando. Empujando la pared con el dedo gordo del pie, me columpié un poco más en la silla. Un poquitín más... Otro poquitín más. «Ahí.» Ya volvía a ver a ESNOB. Llevaba algo en la mano.

De pronto mi silla se bamboleó de forma alarmante. Me tambaleé un segundo, antes de que la gravedad se ocupara del resto. ESNOB miró por el ventanal y me vio caer hacia atrás hasta que el reposacabezas topó con la pared de mi espalda y me dejó encajada en un ángulo de noventa grados, con las piernas en el aire.

Monty se asomó y me lanzó una mirada asesina como si yo lo hubiera hecho a propósito. Tiró del cordón de la veneciana, que bajó hasta la mitad y se atascó. Sacudió el cordón hacia arriba y volvió a probar. ESNOB estaba a su espalda, viendo divertido cómo subía y bajaba la persiana mientras yo seguía encajada en el corredor como una tortuga patas arriba. Mientras Monty estaba distraído, miré a ESNOB, sonreí y le hice una peineta. Él enarcó las cejas espantado y yo me agarré a los brazos de la silla antes de que mi jefe me pillara haciéndole la peineta a la inglesa a su cliente número uno. «¿Te merecía la pena arriesgarte, Evie?» Monty sólo había conseguido bajar la persiana a la mitad cuando se hartó y abandonó furioso.

Yo ya estaba correctamente sentada y contestando correos cuando ESNOB salió del despacho de mi jefe. Una vez más, ni me miró al pasar por mi lado. Lo seguí con la vista y sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Evelyn? —me llamó Monty—. A mi despacho. Ya.

Cuando entré, me lo encontré al parecer fascinado por un pequeño montón de papel que tenía en su mesa.

—¿Va todo bien?

Levantó la vista toqueteando los bordes de las páginas, como para asegurarse de que seguían ahí.

—Es por Ezra —dijo—. Me acaba de traer el segundo acto.

Me quedé sin habla un instante, luego me oí decir:

—Pero... se ha adelantado.

—Bueno, no está terminado del todo.

«Ah.» Al menos había entregado algo.

—¿Qué tal es?

—Excelente —contestó Monty algo distraído. Solté la respiración que había estado conteniendo. Debería haberme alegrado, y me alegraba, pero ¿por qué tenía que ser ESNOB tan irritante con eso? Podría haberme dicho al menos que estaba escribiendo. En cambio, había vuelto a dejarme al margen—. Debo confesar que no tenía ni idea de lo mucho que lo estabas ayudando. —Yo andaba tan abstraída pensando en atizarle a ESNOB en la cabeza con su propio Oscar que casi me lo perdí. Monty. ¡Elogiándome! Se le iluminó la cara—. Es muy distinto de *Un corazón hecho trizas*, pero me parece que promete, Evelyn.

Viendo a Monty así, era fácil imaginarlo en aquella misma silla hacía varios lustros, antes de que años de indulgencia hicieran mella en él y le restaran lustre.

—Me encantaría leerlo —dije.

Se volvió de golpe hacia mí, y juraría que vi un destello de culpa en su rostro.

—¿No te lo ha enseñado él? —Negué con la cabeza. Monty agarró con fuerza los bordes del guion—. Todo a su debido tiempo. —Se lo acercó más—. Tenemos... tenemos que hablar, Evelyn. Ezra está muy preocupado por ti. —Me dejó demasiado pasmada para responder—. Por la cantidad de trabajo que tienes.

—¿Por la cantidad de trabajo que tengo...?

Se aclaró la garganta.

—A Ezra le preocupa que te distraigas. —Supuse que se refería a que «me distrajera» con otros guionistas o con la escasa vida privada que me quedaba. «¡Niñato arrogante e insufrible!»—. Está avanzando mucho y quiere asegurarse de que dispones de tiempo que dedicarle. Por eso he tomado una decisión. —Hizo una pausa. Contuve la respiración y me preparé para lo que se me venía encima—. No hace falta que te recuerde cuánto depende de este guion. Cuento contigo para que consigas que entregue el resto. Sin distracciones. —Monty enderezó un bolígrafo que tenía en la mesa—. Así que me voy a asegurar de que te centras en tu cliente.

—¿Mi qué?

Limpio con la manga la foto enmarcada de él con Richard Attenborough.

—¿Te lo tengo que deletrear? A petición de Ezra, te concedo temporalmente la responsabilidad de su gestión. Eso implica, como es lógico, que tendrás que descargarte de otras labores para poder dedicarle más tiempo. Estoy convencido de que no hace falta que insista en que Ezra precisa determinadas atenciones. Hasta que concluya el plazo de entrega, estaré atento a tus quehaceres e incluso... —Masculló algo más.

—No te he oído bien...

—Haré parte de tu trabajo —resolló Monty, como si le costara pronunciar las palabras—. Es fundamental que siga escribiendo, Evelyn. Es lo único que tenemos. Ahora que Alessandro ya no es una opción... —Se interrumpió.

—Pensaba que la cosa iba bien...

Me había aliviado ver que mi jefe iba detrás de alguien nuevo, aunque lo hubiera descubierto yo. Firmar con Alessandro nos habría quitado un poco de presión. Había visto sus cortometrajes: era un talento que merecía la pena considerar.

—Lo pretendía otro agente —dijo Monty cerrando los ojos. Eso pasaba constantemente en el sector: como empezara a hablarse de un nuevo talento, las agencias enseguida se lo disputaban. Sin embargo, veía que éste había afectado mucho a Monty. Me preguntaba si las cosas habrían sido distintas si yo hubiera podido hablar con Alessandro. «La próxima vez.»—. Resulta que no le importaba demasiado su carrera. Ha firmado con Geoffrey and Turner.

Eso lo explicaba todo.

—Lo siento, Monty —repuse en voz baja. Siempre habíamos compartido nuestra antipatía por Geoffrey and Turner.

—Ha ido a por el relumbrón. No tardará en darse cuenta de su error —añadió, y se sacudió como para quitárselo de encima—. Pásame el contrato de Miller y tu lista de tareas pendientes. —Una cosa era oírlo decir que iba a hacer mi trabajo y otra muy distinta ver que lo ponía en práctica—. No te quedes ahí pasmada, Ezra te necesita.

Procuré no mostrarme demasiado contenta mientras depositaba la enorme pila de contratos en la mesa de Monty. Él miró la torre en precario equilibrio con un espanto mal disimulado. Luego me cogió el bloc de la mano y echó un vistazo a mi lista de tareas.

—Hace un tiempo que no hago nada de esto. Claro que tampoco hace falta ser un genio para hacerlo.

—Eso es sólo la primera página —dije inclinándome sobre la mesa y pasando las hojas del bloc para que las viera.

Palideció, luego se remangó.

—Estás ante un auténtico agente manos a la obra. Anda, sal de aquí ya.

—Sólo una cosa —dije—. Si voy a trabajar con Ezra, necesitaré acceso a la cuenta de gastos.

Cuando volví a mi sitio, me esperaba un mensaje.

ESNOB: De nada.

Evie: ¿Ahora sí que me hablas? Tendrías que haberme preguntado primero.

ESNOB: Estaba disimulando delante de Monty. No he olvidado lo que me dijiste de que tu puesto de trabajo peligraba. Sólo queda un mes. Tienes que esmerarte si quieres que termine el guion. Si no, ¿cómo vas a conocer a alguien a tiempo?

Contuve las ganas de estampar el móvil contra la pared. Con lo que le habían elogiado el guion, seguramente podía terminar sin necesidad de que yo me pusiera en ridículo primero...

ESNOb: Debes saber lo útiles que me han resultado tus informes hasta la fecha. A partir de ahora, necesito que hagas por lo menos dos «encuentros de película» a la semana para poder terminar esto. Deberías estar agradecida. Dudo mucho de tus posibilidades de enamorarte... y vas a necesitar toda la ayuda posible.

Me dejé caer a plomo en el asiento. ¿Dos «encuentros de película» por semana? Uno ya era más que suficiente. No estaba segura de poder duplicar la humillación. Esperé a que me inundara el miedo de siempre a tener que escribir también el doble, pero sentí una especie de ilusión en su lugar. «Esto es nuevo.»

Me llamaba la atención la insistencia de ESNOb en que debía enamorarme. Cuando había aceptado su trato, había pensado que, si podía conseguir que empezara a escribir, terminaría el guion y se olvidaría del resto. Pero ahí estaba, escribiendo por primera vez en años y recordándome aún esa parte de nuestro trato. Era evidente que ya no tenía problemas de inspiración, entonces ¿por qué se empeñaba en hacerme pasar por el aro? Aun así, encontrara o no a don Final Feliz, sólo disponía de un mes para conocerlo, o ESNOb no terminaría el guion. Al menos ahora tenía más tiempo. Mis amigos siempre me habían dicho que encontraría a alguien si trabajaba menos. Supuse que ahora podría averiguar si era cierto.

Evie: De acuerdo... SI me mandas lo que escribas cada semana a partir de ahora.

ESNOb: ¡Y dale! Se lo mandaré a mi agente, Pelirroja.

Evie: Corrígeme si me equivoco, pero ¿no soy yo?

Aparecieron y desaparecieron los puntos suspensivos unas cuantas veces, como si hubiera empezado a contestar y luego hubiera cambiado de opinión. Hasta que al final...

ESNOb: Cuando esto termine, deberíamos salir a tomar una copa y hablar de toda esta tensión sexual no resuelta que hay entre los dos.

Me dejó loca. Se estaba yendo por las ramas clarísimamente. Y aun así no pude evitar recordar aquel momento que habíamos tenido justo antes de Navidad, cuando me había dejado en casa de mi madre. Yo había patinado y él me había agarrado y por un segundo me había parecido que había algo entre nosotros. Meneé la cabeza para deshacerme del recuerdo. «Estoy agotada, no cabe duda.»

Evie: Dos «encuentros de película» semanales a cambio de que tú me mandes lo que hayas escrito esa semana.

ESNOb: Perfecto. Haré un envío semanal. A Monty.

Estaba prometiendo una entrega semanal. Se acabó el esperar angustiados a que se dignara compartir sus páginas con alguien. Ya lo tenía donde quería. Para conseguir el ascenso, sólo

faltaba que cumpliera su palabra.

Evie: Trato hecho.

TOC, TOC, TOC.

Monty estaba delante del ventanal de su despacho, separando con dos dedos las láminas de la veneciana torcida para poder asomarse. Me hizo una seña y luego me indicó la puerta.

—Vete ya, vete —me dijo con la voz amortiguada por el cristal.

No tenía claro qué esperaba que hiciera por ESNOB a las nueve de la mañana de un martes, pero recogí mis cosas de todas formas. Recordé entonces la lista que mis amigos y yo habíamos preparado. Si aguantaba dos «encuentros de película» por semana, ¿podría con alguno más? Para albergar alguna esperanza de cumplir la absurda cláusula de ESNOB de conocer a don Final Feliz, cuantos más «encuentros de película», mejor. Había llegado el momento de recuperar el control. «Y más vale que lo disfrute», me dije guardándome la American Express de Monty en la cartera.

25

Ausente de la oficina

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Para: TheEzraChester@ezrachester.com
Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El «encuentro de película» de colarse
Enviado el: 16 de enero, 19.03

Te adjunto mi intento de recrear el «encuentro de película» de *Sólo los tontos se enamoran*.

En resumen: me he pasado el día pidiendo a hombres que me colaran y tratando de entablar conversación con ellos. Está claro que hay colas en las que esto funciona mejor que en otras. Por ejemplo, en la cola del baño de chicos. Al menos tienes una buena excusa. ¿Has visto las colas de los baños de chicas?

He querido colarme en la oficina de correos. Por desgracia, el tío que me ha colado intentaba averiguar si podía enviar por correo certificado un animal vivo. Es difícil coquetear con un hombre que va cargado con una serpiente que está empeñado en mandar a Australia.

Por si te lo preguntas: sí, se pueden mandar animales vivos por correo. Lástima que la cola de correos vaya tan lenta que los pobres bichos no sobrevivan.

Saludos,

Evie

De: Monty@WJM.co.uk
Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Asunto: Pregunta sobre recomendación – URGENTE
Enviado el: 17 de enero, 13.45

Querida Evelyn:

Esta tarde voy a presentar lo último de Michael Mayhew a unos productores y no me ha dado tiempo a leerlo. Ha pensado algo así como *El cuento de la criada* para fans de «Top Gear». Estoy dispuesto a arriesgarme un poco con éste.

¿Te suena bien? Si no, dímelo antes de las dos de la tarde.

Un abrazo,

Monty

De: TheEzraChester@ezrachester.com
Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk
Asunto: Debe esforzarse más

Enviado el: 17 de enero, 17.43

Es más una cuestión de calidad que de cantidad, Pelirroja. Sigues reprimiéndote conmigo. Me prometiste que no volverías a hacerlo, ¿recuerdas? Eres bastante buena, de verdad. Deberías tener más seguridad. Así que déjate de descripciones y dame más diálogo ya.

Voy a necesitar otro «encuentro de película» en mi mesa antes de que acabe la semana.

E.

De: Monty@WJM.co.uk

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: Simon – URGENTE

Enviado el: 18 de enero, 11.32

Querida Evelyn:

Llevo dos horas al teléfono con Simon. Te estoy escribiendo mientras él sigue hablando, tal cual. Le falta sólo una escena por escribir y sufre una especie de crisis existencial.

¿Qué hago, Evelyn?

Está catalogando todos los comentarios negativos que ha recibido en su vida y aún no ha terminado siquiera con la época del instituto.

Socorro.

Un abrazo,

Monty

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El de la zancadilla

Enviado el: 19 de enero, 17.15

¿Tanto te cuesta decir «por favor», Ezra?

Por favor, echa un vistazo al informe de *Las tres noches de Eva* que te envío adjunto. No es una comedia romántica, pero tiene un «encuentro de película» que merecía un homenaje. Aunque no sé si es eso precisamente lo que hice. Me permitió, eso sí, probar algunos de los restaurantes más exquisitos de Londres. Lástima que no me vayan a dejar volver a entrar en la mayoría de ellos.

Resulta que, para ponerle la zancadilla a alguien en un restaurante, hay que sacar bastante el pie. Yo tuve que sacar más de media pierna al pasillo para hacer tropezar a un hombre. Luego cuesta mucho más justificarse, te lo aseguro.

Ahora que lo pienso, ojalá hubiera elegido un restaurante sin manteles, porque la gente, cuando se cae, se agarra a lo primero que pilla. Fue como uno de esos trucos que hacen los magos, sólo que en vez de quedarse toda la comida en la mesa terminó encima del artista, que acababa de aterrizar de bruces en un risotto de marisco.

He documentado todos mis intentos fallidos. El informe es principalmente diálogo. Confío en que sea más de tu agrado.

Saludos,

Evie

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: POR FAVOR

Enviado el: 20 de enero, 1.12

Sí, mejor. Más como éste, por favor. Y ya, por favor.

E. X

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: El del ascensor (alias, «encuentro de película» extra)

Enviado el: 22 de enero, 18.34

Por favor, echa un vistazo al «encuentro de película» del ascensor de *(500) días juntos*, que te envío adjunto. Éste me costó conseguirlo casi un día entero, tres grandes almacenes y unos cincuenta y siete ascensores.

Es complicadísimo encontrar a alguien que vaya escuchando a The Smiths a todo volumen para poder cantar al son de la música y *(spoiler)* no lo hice.

Tuve que conformarme con lo que había.

Aquí va un adelanto:

Yo: [da un toquecito en el hombro a un tipo] Ay, Dios, ¿estás escuchando a... Gloria Estefan?

Él: [coloradísimo] Es una emisora de Spotify. [Mira al resto de los que van en el ascensor.] Es completamente aleatoria.

Yo: [insistiendo] ME ENCANTA esa canción.

¿Y a que no sabes qué? Que resulta que su ideal de mujer NO es una que se sepa la letra de *Rhythm Is Gonna Get You*.

Igual no lo sabes, pero algunos ascensores antiguos aún tienen botones de parada de emergencia y, si un pasajero anciano de dicho ascensor, por ejemplo, tiene tendencia a sufrir ataques de pánico, lo pulsa sin pensarlo. Que una mujer de pronto se ponga a cantar puede ser un desencadenante.

Ya ha pasado una semana. Te he mandado tres «encuentros de película».

Te toca enviarme tus páginas.

Evie X

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: RE: MUY CONFIDENCIAL: El del ascensor (alias, «encuentro de película» extra)

Enviado el: 24 de enero, 2.20

Tu forma de escribir es muy evocadora, Pelirroja. En serio. Ha sido como si estuviera allí contigo en el ascensor. Sobre todo la parte en que el tío decide apagar la música y tú te empeñas en terminar la canción. He tenido clarísimo lo que iba a tardar el ascensorista en echarte.

E. X

P. D. Te mandaré las páginas cuando sean buenas y estén listas.

De: Monty@WJM.co.uk

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: ¡¿Bandeja de entrada llena?! – URGENTE

Enviado el: 24 de enero, 12.50

Creo que le pasa algo a la bandeja de entrada de mi correo. No para de decirme que está llena. He tenido que borrar mensajes para poder mandarte éste. ¿Cómo puede haber tantos?

Tampoco sé qué sistema de archivo usas, así que he ido poniendo los contratos en el primer sitio vacío que he encontrado.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: MUY CONFIDENCIAL: Teníamos un trato

Enviado el: 24 de enero, 13.22

Mándamelas ya, Ezra. No te envío más «encuentros de película» hasta que las tenga.

Aunque te envío aquí el de los grandes almacenes de *Serendipity*, porque cuando te has pasado el día entero plantándote detrás de hombres que han ido a comprarse ropa y comunicándoles que quieres comprar lo mismo que ellos, te apetece que la humillación merezca la pena.

Sé que puedes.

Evie

De: TheEzraChester@ezrachester.com

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: AUSENTE DE LA OFICINA

Enviado el: 24 de enero, 13.22

Hola, en estos momentos me estoy tomando unos margaritas en una piscina infinita y me va a ser imposible contestar tu correo.

E.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: RE: AUSENTE DE LA OFICINA

Enviado el: 25 de enero, 7.45

¡Más vale que eso de que estás ausente sea una broma, Ezra! El trato es que envíes esas páginas. Me he estado poniendo en ridículo por todo Londres, así que LO MÍNIMO que puedes hacer es mandarle algo a Monty.

Ni se te ocurra ignorarme.

Evie

De: Monty@WJM.co.uk

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: URGENTE

Enviado el: 25 de enero, 12.42

Querida Evelyn:

Seguro que no hace falta que te recuerde que el martes se cumple el plazo para que Ezra entregue a los productores el resto del segundo acto.

He observado que has estado usando la cuenta de gastos, con lo que deduzco que va todo bien.

En circunstancias normales, me ofrecería a intervenir porque yo tengo más experiencia en estas cosas. Sin embargo, debo decir que en los últimos meses me has dejado muy impresionado. Empiezo a creer que de verdad vas a poder sacar esto adelante después de todo.

Te auguro un futuro muy prometedor, Evelyn.

Saludos,

Monty

P. D. Salvo que hayas comprado los guantes de cien libras para que Ezra se proteja las manos mientras teclea, sería conveniente que los devolvieras.

De: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Para: TheEzraChester@ezrachester.com

Asunto: Mensaje devuelto: RE: AUSENTE DE LA OFICINA

Enviado el: 25 de enero, 8.45

Su mensaje a TheEzraChester@ezrachester.com se ha bloqueado por no respetar los ajustes de decoro del usuario.

Interior de The Lordship Pub, East Dulwich, sábado 26 de enero a las 22.30.

El pub está a reventar. Evie y Steph están junto a la barra atestada de gente, esperando a que las atiendan. Las dos se quitan como pueden los abrigos mojados en el escaso espacio disponible y se hablan a gritos para poder oírse entre tanto bullicio. Ya casi les toca.

—¿Siempre está así de lleno? —me gritó Steph.

Me empujaron por detrás y Steph y yo nos acercamos a la barra sin quererlo, como los restos de un naufragio arrastrados por la marea.

—Nunca había venido aquí —le dije encogiéndome de hombros con desenfado—. Las noches de sábado se las suelo dedicar a Netflix —añadí ruborizándome. El vino que habíamos tomado con la cena se me había subido más de lo que pensaba, estaba claro.

Steph me sonrió, metiéndose el pelo liso y oscuro detrás de la oreja.

—Ay, cielo, menos mal que hemos conseguido sacarte de casa hoy.

Se me hacía raro salir en fin de semana, más aún con alguien nuevo. Atendiendo al consejo siempre sabio de mi madre sobre el club de lectura, había vuelto, esta vez con el libro leído (*Juego de Morros*). Había vuelto a ser Steph quien había puesto el vino y me había hecho sentir a gusto. Me había costado buena parte de la semana anterior reunir el valor para preguntarle si le apetecía salir esa noche. Estaba decidida a aprovechar al máximo que, por una vez, tenía tiempo. Hacer amigos de adulto es tan estresante como pedirle a alguien que salga contigo. Pedir el teléfono ya cuesta. Luego envías ese primer mensaje, confiando en camelar a la persona con un poco de humor y, cuando te contestan, das brincos de alegría y luego tardas como una hora en responder, no vaya a ser que piense que estás muy necesitada.

—Entonces, si conoces a alguien en este pub, ¿contaría como «encuentro de película»? —me preguntó Steph.

Le había contado todo lo de ESNOB y sus retos, y que estaba desaparecido. Seguía sin saber dónde andaba ni cuándo iba a volver. Tenía que entregar el segundo acto el martes y continuaba sin responder a mis correos o mis mensajes. Procuré ignorar mi preocupación.

Lo único bueno —estupendo, asombroso, ¡increíble!— de todo aquello era que, después de dos

semanas escribiendo sobre un «encuentro de película» tras otro, no había tenido tiempo de pensar mucho en que estaba escribiendo otra vez. Había escrito y ya está. Y me había sentado de maravilla. Aún no me había planteado lo que eso podía significar. No quería dar demasiada importancia a aquella nueva y frágil esperanza.

—Necesitaría un giro adicional —contesté—. Como en *Salvando las distancias*, cuando Justin Long y Drew Barrymore descubren que habían estado intentando batir el uno el récord del otro en el juego de la maquinita del bar. —Quedó un hueco en la barra delante de nosotras y nos metimos a presión en él—. Aunque, la verdad, empiezo a pensar que no voy a conocer nunca a nadie, y me preocupa.

—Conozco la sensación, créeme —dijo Steph sonriendo al camarero—. Mi cita de Tinder de la semana pasada me preguntó si me interesaba la lactancia.

Alguien chocó fuerte con nosotras.

—Perdón —oí decir a un hombre con acento irlandés—, suelo coordinar mejor. Ya que estamos, sé que no es asunto mío, pero no he podido evitar enterarme de que las dos estáis saliendo con el tipo de hombre equivocado.

Lo teníamos detrás, con dos pintas rebosantes en la mano y la mitad de su melenita rubia recogida en un moñito alto.

—Menos mal que te tenemos a ti para que nos lo digas —le soltó Steph con una mirada de desdén—. Una botella de rosado —le dijo al camarero—. De la casa.

Nos abrimos paso por el bar, yo aferrada a la botella y Steph con las copas en alto, como si fueran faros que nos guiasen entre la multitud.

—¡Veo una mesa!

Pero al llegar allí ya había alguien sentado en uno de nuestros cuatro sitios: don Estáis-saliendo-con-el-tipo-de-hombre-equivocado.

Se le iluminaron los ojos al vernos, o mejor dicho, al ver a Steph, que dio media vuelta de inmediato con sus botas de tacón rojas.

—¡No os vayáis! —gritó—. Nos sobran dos sillas. Podéis sentaros. Sé que no os he caído bien, pero dadme otra oportunidad.

Steph me miró para ver qué me parecía.

—O esto o de pie —observé yo. Dio media vuelta y dejó el vino en la mesa.

—Muy bien, pues a ver —le dijo al irlandés, sentándose a su lado.

El hombre sonrió y se sentó erguido.

—Marc. Soltero desde hace poco. Fotógrafo. Un tío de primera cuando estoy sobrio. Jamás te preguntaría si te va la lactancia. Ese taburete de ahí es para mi amigo, uno de esos guapos insufribles que no lo saben y tienen cara de *boy scouts*. —Me clavó la mirada—. Me acaba de ayudar a mudarme de casa de mi ex. —Eso último iba dirigido sólo a Steph y, aun así, por puro reflejo, empecé a sopesar el potencial de «encuentro de película» de la situación. «Igual si le tiro la bebida por encima al *boy scout* (supuestamente mayor de edad)...» Claro que, para que

mereciera la pena, ESNOB tendría que estar leyendo los correos que le mandaba—. Ahora os toca a vosotras: ¿cómo os llamáis y qué es lo más destacado de vuestras personas?

Steph me llenó la copa de vino hasta arriba, conteniendo una sonrisa.

—Yo soy Steph —dijo—. Estoy haciendo una tesis sobre literatura feminista que me financio escribiendo novela erótica. —Dejó a Marc tan impresionado como a mí cuando me lo había contado hacía un rato—. Ésta es mi amiga Evie. —Yo estaba pensando en la mejor forma de decir «Veo mucho Netflix» cuando Steph continuó—: Trabaja en una agencia de guionistas. Intenta enamorarse como en las películas románticas para que un capullo de guionista pueda escribir su guion.

—En realidad no busco amor —objeté, como si Marc necesitara una aclaración o le interesara en absoluto—. Lo hago por conservar mi trabajo.

Bebí un buen trago de vino, muerta de vergüenza y a la vez complacida de que mi vida sonara bastante más interesante que antes.

—No sé si he bebido demasiado o demasiado poco para entender lo que acabas de decir —repuso Marc, mirando fijamente el interior de su pinta—. ¡Ah! —exclamó a continuación, haciendo una seña a alguien a nuestra espalda—. Ahí viene. —Volvió a mirarme—. En serio, un ser humano maravilloso y el mejor amigo que un hombre pueda tener.

Mi primer pensamiento fue «Alto, pelo moreno rizado, ojos pardos claros, cejas oscuras y expresivas, excelente mandíbula...», hasta que me di cuenta de a quién estaba describiendo.

—¿Ben?!

—¿Evie?!

Ben se quedó pasmado mirándome mientras se guardaba el móvil en el bolsillo. Me puse como un tomate y me alegré de que no pudiera saber lo que estaba pensando hacía un momento. «Potencial de “encuentro de película” cien por cien.» Steph lo estaba mirando también, intrigada. No habíamos llegado a hablar de él.

Marc le señaló el taburete que había a mi lado y, tras una pausa considerable, Ben se sentó sin dejar de mirarme.

—¿Ya os conocéis? Pensaba que no salías, tío. ¡No me habías dicho nada!

—Nos conocimos en Gil's —dijo Ben en voz baja.

La expresión de Marc se suavizó.

—Ah, tío, precisamente ahí —comentó mirándome de una forma muy distinta.

Después se hizo un breve silencio que yo me apresuré a llenar.

—Steph, éste es mi Ben amigo —¡mi Ben!—, mi amigo Ben —farfullé nerviosa, haciendo que él enarcara aquellas cejas negras tan expresivas.

No habíamos vuelto a hablar desde el domingo, cuando le había llevado el proyector a Gil's. Había sido una visita fugaz porque, con escasa delicadeza, como no me veía capaz de verle la cara tan pronto después de haberlo llamado «don Censura», yo había salido escopeteada a hacer un «encuentro de película». Anette debía de haberlo convencido de algún modo para que se

hiciera un selfi, porque una hora más tarde había recibido una foto de ellos dos bebiendo chocolate caliente, con el mensaje: «¡Buena suerte en tu búsqueda de don Final Feliz, Evie!». Me sentía fatal por haber estado evitándolo.

Y de pronto lo tenía allí, lo bastante cerca como para tocarlo.

—Tú ya conoces a mi Marc —dijo Ben tendiéndole la mano a Steph. Ella se la estrechó con una sonrisa lenta, mirándolo encantada de arriba abajo.

Contuve un súbito arrebató posesivo.

«En realidad, no es tu Ben.»

—Ya nos conocemos muy bien —espetó Marc, bebiéndose de un trago media cerveza—. Evie nos estaba contando que tiene claro que no pretende enamorarse.

Ben no dijo nada. Lo estudié, intentando adivinar si estaba molesto conmigo.

Steph debió de notar que pasaba algo.

—Marc estaba a punto de contarnos qué clase de fotógrafo es.

—Ah, ¿sí? —dijo él. Ella asintió, como animándolo—. Mira, no soy de los que presumen de equipo en la primera cita, pero... —Sacó una cámara grande de la bolsa que colgaba del respaldo de su silla y se la pasó a Steph—. Paisajes y naturaleza, más que nada. Cosas para *National Geographic*. Trabajé con Attenborough. Bueno... —Se ruborizó—. Él escribió el prólogo de un libro en el que se publicaron unas fotos mías a doble página.

Mientras comentaba con Steph sus fotografías, yo no pude evitar mirar a Ben, pero él miraba la cámara. ¿Habrían trabajado juntos?

—Sissy Lately —dijo Steph devolviéndole la cámara—. Ése es mi seudónimo, por si te interesa. Tú me has enseñado lo tuyo y lo justo es que yo te enseñe lo mío. Tienes mucho talento, Marc.

—Tendrías que ver mi trabajo *in situ*. —Se oyó un trueno fuera que provocó un aspaviento generalizado de la clientela borracha del pub—. Esto me recuerda que cierran la barra dentro de veinte minutos y estos tíos preparan los mejores *dark and stormys* del sureste de Londres.

Steph vació enseguida lo que quedaba de la botella en mi copa.

—Los dioses de la tormenta han hablado. Vamos —dijo, y se bajaron los dos de sus taburetes.

—Toma, grandullón —dijo Marc, plantándole la cámara en el regazo a Ben—. Jill ha estado a punto de regalarla junto con el resto de mis cosas. Mi ex —le explicó a Steph—. Es una señal —añadió, extendiendo mucho los brazos y tropezando sin querer con un grupo de personas que bebían a su espalda—. Te vienes conmigo en mi próximo encargo... ¡Necesitamos que vuelva nuestro *boy scout*!

—¡Te la regalé yo! —le gritó Ben—. Y ya tengo trabajo.

Pero ya se había ido. Y nos había dejado solos.

«Tranquila, Evie.» A lo mejor ni se acordaba.

—Así que don Censura... —dijo Ben.

—Había bebido —me apresuré a aclarar, y noté que me ponía a la defensiva. Puede que me hubiera portado como una auténtica cobarde el domingo, pero llevaba desde la despedida de soltera intentando encontrar un modo de darle las gracias por todo como se merecía. Podía empezar por una disculpa sincera—. No debería haberte dicho eso, y menos después de todo lo que hiciste. Lo siento. El caso es que los globos, la presentación, Shrewksbury... Conseguiste que fuera un fin de semana que Sarah jamás olvidará. —Sonreí con tristeza—. Y no sólo por el «exceso» de penes.

Asomó a su boca una sonrisa mínima.

—De nada —respondió, y yo procuré relajarme. A lo mejor no había fastidiado lo nuestro del todo—. Espero que valiera la pena. —El comentario me dejó un poco perdida—. Lo que pasó en la despedida de soltera —aclaró—. El «encuentro de película» que hiciste para el guionista.

«Lo que yo decía: don Censura», murmuró una vocecilla en mi interior con cierto aire de suficiencia. Pero se suponía que aquello era una disculpa y, a fin de cuentas, me lo merecía.

—Si te sirve de consuelo, no sé si volveré a hacer más. ESNOB se ha largado.

—¿Se ha largado?

—Desaparecido. Evaporado. Desvanecido. Justo cuando tenía que entregar el resto del segundo acto.

—Por lo que me has contado, es un milagro que haya llegado a escribir algo.

—Te cae fenomenal, ¿eh? —espeté.

«Controla, Evie.» A ese paso, iba a tener que disculparme por la disculpa.

—Lo que he querido decir —insistió Ben— es que has conseguido que vuelva a escribir. Es obvio que te necesita. Así que ponle las pilas. —Lo dijo con cierto desafío—. Niégate a hacer más «encuentros de película».

¿Por qué le fastidiaban tanto?

—¿Crees que no lo he intentado ya? —«Aunque borracha.»—. No me toma en serio. Me había hecho creer que lo ayudaban a escribir. Te sonará absurdo, seguro.

—En absoluto —repuso él, y lo miré a los ojos sorprendida. —«Unos ojos amables», pensé, tonta de mí.

—¡Evie! —Steph se acercó corriendo a la mesa—. ¿Tienes suelto? Marc y yo estamos compitiendo en la maquinita tragaperras —me explicó con una mirada cómplice.

Ben ya había sacado la cartera y le había dado un buen puñado de monedas de una libra.

—Buena suerte, Drew —le dije yo.

Steph me guiñó un ojo y salió corriendo.

—Anette ha empezado a hacer cosas nuevas —comentó Ben en cuanto Steph se fue—. Clases de teatro. Amigos. La función del colegio le reforzó la autoestima.

—Eso es maravilloso —respondí preguntándome adónde quería llegar.

—Y es gracias a ti. Ver todo lo que has estado haciendo ha hecho que ella quiera ser valiente

también. —Nunca me habían llamado «valiente». Después de dejarlo tirado el domingo, no me parecía que lo mereciera. Y, aunque los «encuentros de película» habían hecho peligrar mi dignidad en más de una ocasión, siempre había pensado que lo que me motivaba era el miedo a quedarme sin trabajo—. Me ha dicho que quiere «ser más Evie».

—¿En serio?

—Dice que yo también debería ser más Evie. —Miró la cámara un instante, luego a mí de nuevo—. Ese guionista estaría perdido sin ti, y lo sabe. Te necesita. Créeme. Si piensa que te has hartado del trato, volverá corriendo.

Medité sus palabras. Parecía convencido. ESNOB había arreglado las cosas para que yo pudiera hacer más «encuentros de película». ¿Lo habría hecho si no los necesitara?

En ese caso, ¿cómo reaccionaría si pensara que ya no lo iba a ayudar más? ¿Bastaría con eso para obligarlo a que se ajustara al plazo, incluso que me enviara las páginas a mí, para variar? Iba a necesitar algo más que la vaga amenaza que le había lanzado en Nochevieja. Debía abandonar nuestro trato.

Para eso tendría que ser tan valiente como Anette me creía. O estar borracha.

—Vale —le dije a Ben—. Se acabaron los «encuentros de película».

Una sonrisa le iluminó la cara.

—Me parece que eso merece otra copa.

Se fue a la barra y su figura alta se abrió paso entre la multitud cada vez menor. Yo saqué el móvil y le mandé un mensaje a ESNOB que confiaba en no tener que lamentar cuando despertara, sobria, a la mañana siguiente.

Evie: Tenías razón en lo de las comedias románticas. No son
realistas. Nunca voy
a conocer a nadie que se enamore de mí.
Se lo voy a contar todo a Monty. Me rindo. Nuestro trato ha
terminado.

Ben aún estaba en la barra cuando me entró un mensaje. Lo miré.

Número desconocido: Hola. Acabo de encontrar tu tarjeta. Creo que me gustaría mucho conocer a la chica a la que se le ha ocurrido hacer algo así.

Me recosté en el asiento decepcionada. Prácticamente había dado por perdido el «encuentro de película» del destino después de los mensajes guarros que había recibido en Navidades. ¿Podía ser que alguien normal hubiera encontrado por fin una de mis tarjetas metida en un libro? Guardé el móvil sin contestar. Debía acatar mi decisión: nada de «encuentros de película» hasta que ESNOB entregara. Entretanto, ya podía rezar para que no le hablara a Monty de nuestro trato, porque yo, desde luego, no lo iba a hacer. Era un riesgo calculado, uno que estaba dispuesta a asumir si con eso conseguía que ESNOB pensara que iba en serio. Él sabía que si Monty se

enteraba me jugaba el puesto de trabajo. Debía confiar en que bastara con eso para que me creyera.

Ben volvió zigzagueando desde la barra. Tenía las orejas coloradas. Me pregunté si habría ido a echar un vistazo a nuestros amigos ausentes. Dejó las copas en la mesa, *dark stormys*, supuse por su aspecto, a una distancia prudencial de su cámara, y pensé en la oferta de trabajo que Marc le había hecho. Ben me había vuelto a ayudar y, a cambio, yo apenas había sabido disculparme con torpeza. A lo mejor había algo que pudiera hacer por él.

A veces nos hacía falta sólo un empujón para reencauzarnos.

Metí la mano en el bolso y saqué el lápiz de memoria que había llevado encima varios días.

—Te dejaste unas fotos aquí —le dije.

Hizo una pausa, con la pajita a medio camino de la boca, y pasaron por su rostro un montón de emociones que no me dio tiempo a descifrar. Inquietud, quizá, como si le preocupara mi opinión. Y es posible que incluso alivio.

—Son increíbles, Ben.

—Gracias —respondió con cautela.

Había muchas preguntas que quería hacerle desde que había visto las fotos. Empecé por la que me pareció más fácil.

—¿Cuándo lo dejaste? —pregunté con delicadeza.

—Hace unos tres años.

El mismo tiempo que hacía de la muerte de su mujer. Dudaba que fuera coincidencia.

Tilín, tilín, tilín.

—¡Cinco minutos para las últimas consumiciones! —anunció un camarero.

Era ahora o nunca.

A lo mejor si no hubiera visto esas fotos o la añoranza con que miraba la cámara, habría dejado de insistir ahí. Pero no pude. Menos aún después de haberle dicho algo que rara vez le decía a nadie. Se lo debía.

—Yo antes quería ser guionista. —Mi súbita confesión lo dejó quieto y muy atento—. Mi padre y yo solíamos ver películas juntos. No éramos quisquillosos: románticas, musicales, del Oeste, de suspense... *Brick Park*, de Dorothy Taylor, era nuestra favorita. Yo deseaba con toda mi alma parecerme a ella. Escribía a todas horas. Incluso estudié escritura de guiones en la universidad. Papá iba al estreno de uno de mis primeros cortometrajes cuando ocurrió. —Tragué saliva al recordar que me fastidió que llegara tarde y, no sabiendo dónde podía estar, llamé a mi madre, y el mundo se me derrumbó. «Tu padre está en el hospital.»—. Nos dijeron que había sufrido un paro cardíaco. Podría haberle pasado en cualquier momento. —Pero le pasó cuando venía corriendo a ver mi película.

—No fue culpa tuya —afirmó Ben, y me di cuenta de que había enmudecido—. Sé que te lo dirá todo el mundo y que cuesta creerlo, pero es verdad.

Por cómo lo dijo, me pareció que sabía bien cómo me sentía, y me hizo preguntarme qué le

habría pasado a su mujer.

—Gracias. Lo sé —contesté en voz baja—. Por suerte, tengo buenísimos amigos que no me dejaron pensar otra cosa. Hasta intentaron que siguiera escribiendo. Lo hice durante un tiempo, pero estaba seca por dentro, sólo que no lo sabía. Mis amigos eran lo único que me empujaba a seguir. Cuando me mudé a Londres, no tardé mucho en dejarlo por completo. —Hice una pausa y reuní valor para lo que iba a contarle—. Al final, bastó con que un solo agente me dijera que no era lo bastante buena. Igual esos «encuentros de película» no parecen gran cosa desde fuera, pero escribir sobre ellos para ESNOB ha sido como ponerme en marcha por fin, después de pasar una temporada muy larga sin moverme. —Hice una pausa porque no quería excederme—. A veces sólo puedes llegar a donde quieres muy poco a poco. Sólo hay que estar dispuesto a aprovechar la oportunidad.

Exploré sus ojos pardos, preguntándome si había hecho lo correcto contándole todo aquello.

—Eve, los «encuentros de película»... No sabía que...

Un grito procedente de cerca de la barra lo interrumpió.

—¡Hora de cerrar! ¡Gracias, señoras y caballeros!

—¡Eh, chicos! —Marc y Steph se acercaron a nosotros haciendo esos, cogidos del brazo. Marc se abalanzó sobre Ben y lo estrechó de lado en un abrazo, apretándole la cabeza contra su pecho—. Steph dice que acabamos de tener un cuquiencuentro. ¿Vosotros también habéis tenido uno de éstos?

¿Se había hecho el silencio de pronto? Porque las palabras de Marc me resonaron en los oídos como un pitido.

—Anda, ponte el abrigo, Marc —le dijo Ben sin alterarse, zafándose de él.

Eché un vistazo a Steph. No hizo ni una ese mientras recogía sus cosas.

—Eres un gran amigo, lo sabes, ¿verdad? —le señaló Marc mientras Ben lo ayudaba a ponerse el abrigo—. ¡Ben, el tío que nunca te falla! Aunque igual ahora mismo convendría que te apartaras... —añadió poniéndose verde.

—Espera a que salgamos, colega. —Ben lo redirigió hacia la puerta con firmeza y delicadeza a la vez—. Hasta te voy a sujetar el pelo.

—Un segundo. —Steph le metió a Marc una tarjeta en el bolsillo del abrigo y, dándole unas palmaditas, le dijo—: Mi número. Para que podamos conocernos de verdad.

Luego me dio en la mejilla un beso que olía a fresas y a ron.

—Tenemos que repetir. ¿Te acompaño a casa?

Le expliqué que yo vivía a la vuelta de la esquina y salió pitando del pub arrastrando su bufanda roja. Me la quedé mirando algo admirada.

Ben acompañó a Marc y se detuvo un momento a la entrada.

—Mañana no iremos a Gil's, para que lo sepas. Voy a recoger a Anette a casa de sus abuelos —dijo abatido.

—Nos vemos la semana que viene, entonces —le contesté decepcionada. Procuré disimular

para que no me lo notara en la cara.

Asintió con la cabeza justo cuando la puerta se cerraba a su espalda.

«¿Qué ha pasado?» Pero ya lo sabía. En cuanto Marc había mencionado que lo de esa noche había sido un «encuentro de película», Ben se había cerrado en banda. Otra vez. Me puse las manoplas furiosa. No era mi intención tener un «encuentro de película» con él, precisamente, así que, ¿qué problema tenía?

Cuando fui a coger la trenca del respaldo de la silla, vi su cámara en el asiento. «Ay, no fastidies.» Como poco, tenía que llevársela. La agarré y salí corriendo. Llovía a mares. Abrí mi paraguas rojo, salí a la calle y lo busqué en medio del diluvio. «Allí.» Ben había parado un taxi y estaba intentando convencer a Marc para que subiera. La lluvia le había empapado el pelo, que llevaba por los ojos.

—Ben...

Me acerqué corriendo, le puse la cámara en las manos y me fui antes de que le diera tiempo a reaccionar.

—Evie...

Me volví temblando debajo de una farola, aferrada a mi paraguas, preguntándome qué querría.

Un *flashazo*. Se iluminó la calle entera, brillante y resbaladiza por la lluvia. Parpadeé y vi a Ben bajar la cámara. La miró un instante y luego me miró a mí.

—Muy poco a poco —me dijo.

Damas de horror

Interior del dormitorio de Evie, miércoles 30 de enero a las 17.34.

Evie, en pantis y bata, saca una prenda de una caja de envío de cartón y la cuelga de la puerta del armario. Su cuarto es pequeñito, pero está ordenado. En las paredes hay carteles de películas enmarcados: *Brick Park*, *Cuando Harry encontró a Sally*, *Lost in Translation*, *Campeón*, *Una habitación con vistas*, *Thelma y Louise*, *Una jaula de grillos*, *Juno...*

El vestido de dama de honor pesaba más de lo que había imaginado. Sarah los había elegido antes de Navidades, pero yo no había podido ir con ella y, en vez de mandarme una foto, había preferido que lo viera en persona para «hacerlo bien de verdad». Me lo había enviado por correo para que pudiéramos probarnos nuestros vestidos las dos ese día a la misma hora, aun estando a más de trescientos kilómetros de distancia.

—¿Te queda bien?

La voz de Sarah sonaba enlatada por los altavoces del portátil, que había dejado encima de la cama. La calidad de la cámara de la tablet de Jeremy no era excelente, pero los veía a él y a Maria sentados en el pequeño sofá en forma de corazón de la tienda de novias de Sheffield, con una copa de prosecco cada uno mientras esperaban a que nos vistiéramos. Ojalá hubiera podido permitirme estar allí con ellos en persona. Menos mal que también yo tenía mi copa (de plástico) de prosecco con la que pasar el trance.

—Aún no lo he sacado de la bolsa.

—Se me hace rarísimo que no estés en el trabajo a estas horas —dijo Jeremy abrazándose las rodillas y mirando a la cámara con los ojos entornados.

—Y a mí que no estés tú —repuse. Ahora que sabíamos la de horas extras que había estado haciendo, estábamos más pendientes de él—. Monty me ha descargado un poco de trabajo. Me lo ha quitado casi todo menos mis revisiones.

Era el trabajo ideal, sólo que para mí estaba siendo una pesadilla porque todavía no le había dicho a mi jefe que ESNOB seguía desaparecido. O que yo me había negado a continuar haciendo lo único que, por lo visto, le había devuelto la inspiración.

Me deshice con decisión de mis preocupaciones y agarré la copa del escritorio. Ahora lo importante era Sarah, no yo. Bebí un sorbito de prosecco antes de acercarme a la bolsa. Por las

indirectas de Jeremy y el estoicismo de Maria, el vestido de dama de honor había que verlo para creerlo.

—Entonces ¿le has dicho a ESNOB que se acabó? —preguntó Maria mientras yo bajaba la cremallera de la bolsa y me asomaba dentro—. ¿Así, tal cual?

—Sip. Ay, Dios —dije.

Era muy... ¡melocotón! No precisamente el rosa oro de un gusto exquisito que Sarah me había prometido. Al principio no veía bien el vestido con tanto volante. Luego entendí que los volantes eran el vestido. Lo saqué como pude de la bolsa y lo miré a cierta distancia.

Igual puesto no quedaba mal.

—Debe de estar bien tener tiempo libre.

—La verdad es que estoy disfrutando del descanso. Había olvidado todo lo que se puede hacer en Londres. Además —añadí con timidez—, me he dado cuenta de cuánto me gusta haber vuelto a escribir. Aunque sólo sea de «encuentros de película».

—Ay, Evie —dijo Jeremy mientras Maria se le colgaba del brazo, moderadamente esperanzada.

—¿Te estás probando el vestido?! —se oyó gritar a Sarah fuera de plano.

Obediente, me aparté de la cámara y me quité la bata sacudiéndomela de los hombros.

—Me alegro muchísimo por ti, Evie —dijo Maria.

—Yo también —terció Jeremy—, pero ¿podemos volver a la parte en que Viudo Macizo te hizo una foto?

Me acerqué a la cámara para que pudiera ver la cara que le estaba poniendo.

—¿Se lo ha puesto ya? —preguntó Sarah.

—Un momentito —gruñí intentando localizar la cremallera.

Me sentía como Katherine Heigl en *27 vestidos*, sólo que yo los llevaba puestos todos a la vez.

—¿Qué pasa? —oí a Sarah, levantando la voz—. Si ahora no te vale, ya no tiene remedio y prefiero no saberlo.

—Si te pones la espalda por delante, le subes la cremallera hasta la mitad y luego lo vuelves a girar, es más fácil —me propuso Maria, arrugando la cara por solidaridad.

Hice lo que me decía, retorciéndome y jadeando, luego empecé a dar saltitos para que subiera la cremallera.

—Te estamos viendo —dijo Jeremy—. Y nuestra encantadora dependienta también. —Vi a una mujer de pelo oscuro que se detenía a rellenarles las copas.

—¡Mierda! —exclamé, y me retiré como pude, pegándome al escritorio.

—Bueno, ¿y qué pasó cuando te hizo la foto? —quiso saber Maria.

Puse cara de asco al recordar que Marc se había bajado tambaleándose del taxi y se había doblado hacia delante con los carrillos inflados.

—Que su amigo le vomitó en los zapatos.

—Maravilloso —canturreó Jeremy—. ¿Y después?

—Después Ben dijo: «Tendríamos que dejar de vernos así».

Maria suspiró.

—Ay, Viudo Macizo... —dijo Jeremy con cariño.

—¿Tengo que recordaros que me considera un ser humano absurdo? Y con motivo —mascullé.

—¿Tengo que recordaros yo que estamos aquí por mí? —se oyó a Sarah.

—¡No, claro que no! —contesté.

La cremallera avanzó unos centímetros más y yo hice un discreto gesto de victoria. Sólo un poco más y listo. Se enganchó.

No, listo no, ni mucho menos.

Empezó a caerme el sudor por la frente. ¿De qué estaba hecho aquel vestido?, ¿de tela asfáltica?

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor a Viudo Macizo lo intimida el bombón de guionista con el que estás obsesionada? —preguntó Jeremy.

Sus palabras me hicieron pensar.

—No estoy obsesionada con él, ¿no? —Silencio en el portátil—. Os prometo que en las próximas tres semanas no voy a mencionarlo siquiera. —Respiré cuando la cremallera por fin subió del todo—. Además, estáis dando por sentado que le gusto a Ben, y no. No de esa forma. Ni siquiera hemos llegado a la fase de amigos.

Más silencio. Me agaché para asegurarme de que no se había cortado la videollamada. Mis amigos me miraron con escepticismo. Les había impactado que Ben hubiera salvado la despedida de soltera de Sarah, pero no lo conocían como yo. Como había dicho Marc, Ben era un tío que nunca te fallaba. Lo hacía por cualquiera.

—Centrémonos en ESNOB —les dije.

—¡Centrémonos en el vestido! —chilló Sarah—. No, Shannon, no quiero llevar diadema el día de mi boda.

—Bienvenida a nuestro infierno —dijo Jeremy a la cámara.

—Igual es buena idea que le enseñes tu vestido a Sarah ahora —sugirió Maria.

Me vibró el móvil.

—Un momento.

Me aparté unos mechones de pelo sudados de la frente y leí el mensaje.

Monty: Mira el correo, Evelyn.

«¡Madre mía, madre mía, madre mía, madre mía!»

De pronto tuve una certeza absoluta: la había cagado diciéndole a ESNOB que se había terminado. Le había contado a Monty lo de nuestro trato y no iba a terminar el guion.

Abrí el correo.

De: Monty@WJM.co.uk

Para: Evelyn.Summers@WJM.co.uk

Asunto: FW: RE: QQQ

Enviado el: 30 de enero, 17.04

Te pongo al día de cómo ha terminado todo para que te animes, Evelyn.
Buen trabajo.

M.

De: samandmax@intrepidproductions.com

Para: Monty@WJM.com

Asunto: RE: QQQ

Enviado el: 30 de enero, 10.42

¡Qué MARAVILLA!* De todos los que formamos Intrepid Productions, un aplauso enorme para Ezra Chester por alegrarnos la vida con un salto adelante tan inmenso en el guion.

El equipo ha hecho una porra acerca de con quién terminará la protagonista.

Esperamos impacientes el final feliz.

Un abrazo,

Sam y Max

Intrepid Productions

*Pequeña sugerencia: ¿estamos seguros del título?

**Otra sugerencia: ¿ha reconsiderado ya la escena inicial? Un poco traída por los pelos, ¿no?

—¡La madre del cordero!

—¿Estás bien, cielo? —me gritó Jeremy.

—¿Es por el vestido? —preguntó Sarah.

—Es por ESNOB —contesté mareada—. Le acaba de mandar más páginas a Monty. Casi ha terminado el guion.

Volví a leer el correo. ¿Significaba eso que el que yo hubiera fingido que me daba por vencida había funcionado? Meneando la cabeza asombrada, mandé un mensaje rápido.

Evie: Tenías razón. ¡Ha mandado las páginas! Gracias.

—¡Enhorabuena! —me felicitó Maria—. Entonces ¿sigues con los «encuentros de película»?

«Ah.» Mi euforia se evaporó.

—Supongo que sí —dije.

Aunque ESNOB aún no se había puesto en contacto conmigo. Supuse que debía alegrarme que estuviera escribiendo. Se me ocurrió que debería responder al mensaje de QQQ que había recibido el sábado. Además, ¡vete a saber!, igual ese desconocido era mi don Final Feliz. Estaba intentando ignorar la carcajada de mi vocecilla interior cuando se iluminó la pantalla de mi móvil.

Ben: Lo has conseguido tú sola. Sabía que podrías.

Sonreí. ¿Podría ser que, a pesar de todos nuestros malentendidos, Ben y yo hubiéramos logrado llegar a la fase de amistad después de todo? «Toma ésa, Harry; Sally tenía razón.»

—¿En serio estás mirando el móvil ahora? ¿Te ha mandado un mensaje el vestido diciéndote si te queda bien? —me espetó Sarah histérica. Fue como un recordatorio de lo que Jeremy y Maria habían estado aguantando en mi ausencia.

Solté el móvil. Después de la despedida de soltera, Sarah todavía no me había otorgado su perdón; me tenía a prueba. Era hora de demostrarle que estaba por la labor.

Me levanté de un brinco de la cama.

Raaaaaas.

Me quedé tiesa, medio doblada, pisando aún el volante que colgaba. Apreté mucho los ojos, rezando para que estuviera entero.

«¡Mierda!»

Toda la espalda del vestido se había desprendido como una monda de naranja.

En la pantalla vi a Jeremy con unos ojos como platos y la copa a medio camino de la boca.

—Uuuy, ahora sí que la has liado —dijo.

—¿Qué, qué pasa? —preguntó Sarah.

—Nada —contestamos Maria y yo.

Me acerqué a la cámara.

—Jeremy, como se te ocurra decir una sola palabra... —le susurré furiosa. Lo veía con ganas de hacerlo.

—¡¡No, ese velo no!! ¡¡He dicho un poco de brillo, no que se vea desde el espacio!! ¡Maria!

Mi amiga se levantó de un brinco del sofá para ayudar a Sarah.

Jeremy sonrió.

—Evie ya está lista —dijo en voz alta—. ¿A que está absolutamente impresionante?

A lo mejor aún me guardaba rencor por lo de la rata.

—Yo primero —indicó Sarah—. Enfocadme con la cámara.

Tiré enseguida el volante suelto a mi espalda. Mi madre me lo arreglaría antes del gran día, me dije. Sarah ni se enteraría. O eso esperaba, porque no podía decepcionarla otra vez.

Jeremy cogió la tablet y de pronto vi a Sarah, borrosa al principio y perfectamente nítida después. Llevaba su preciosa melena rubia recogida en un moño, con unos mechones sueltos de manera desenfadada. Por suerte, los vestidos de dama de honor se habían llevado la peor parte del aire de hada que Sarah quería darles. El suyo, en cambio, era tan elegante como lo había imaginado: marfil, de corte sencillo, palabra de honor, ceñía su figura compacta y se abría por abajo en forma de cola de sirena, rematado por una banda de cristalitos brillantes alrededor de la cintura.

Se hizo un silencio absoluto que duró un instante.

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó Sarah—. Ahora es cuando tendrías que hacer uno de tus

comentarios chisposos, Jeremy.

—En realidad —oí a mi amigo en voz baja—, iba a decirte que estás espectacular.

Oí a Maria sorberse los mocos y un frufrú de ropa, como si Jeremy la estuviera abrazando.

—Ay, Sarah —suspiré con la carne de gallina. Sarah siempre había dicho que sería la primera de nosotros en casarse. Al verla ahora no podía alegrarme más, por ella, de que fuera cierto—. Estás preciosa.

—Lo sé —dijo pavoneándose.

Vi movimiento y la cámara quedó un momento comprimida entre los cuerpos de mis amigos mientras se abrazaban. Bebí un poco más de prosecco y me sentí a millones de kilómetros de allí.

Apenas pude distinguir a Sarah limpiándose rápidamente los ojos antes de zafarse del abrazo.

—Bueno, ¿has terminado ya de hacer el tonto, Evie? Deja que te vea.

Se juntaron los tres para darme su opinión.

—¿Por qué no das una vuelta para que podamos verte bien? —propuso Jeremy sin malicia.

Un borde de tela deshilachado me había caído por la cadera. Hice un bailecito sin moverme del sitio como si estuviera contentísima y aproveché el movimiento de los brazos para echármelo hacia atrás.

—¡Me encanta! —exclamé.

—Ay, Evie —dijo Sarah con los ojos empañados—. Me alegro mucho. ¿Sabes qué?, que he estado toda la semana pensando en las otras opciones para el vestido de dama de honor, pero tú has decidido por mí. Además, éstos van mejor con la tarta. Estás guapísima.

Dejé de bailar. Maria se bebió de un trago el prosecco y Jeremy sonrió de oreja a oreja.

—A propósito de opciones —dije—, ¿has decidido ya qué va a llevar Jeremy?

El niño que nunca se hacía mayor

Interior de The Ash, sábado 2 de febrero a las 19.30.

Evie está en el vestíbulo de The Ash. En la sala de espera hay una especie de Oscar gigante repantigado en una de las sillas de director de color verde fosforescente. El mostrador de recepción es como las urnas donde se depositan las entradas en los cines. Al otro lado hay una chica impecablemente maquillada que luce un uniforme parecido al de un acomodador y una sonrisa bien ensayada.

Dejé mi ejemplar recién adquirido de *Peter Pan* encima del mostrador mientras recogía mi novísima tarjeta de socia. Monty me la había ofrecido con mucha ceremonia la semana anterior, después de que ESNOB entregara, y me había dicho que no tardaría en usarla para mis propias reuniones. Debería haberme alegrado, sólo que era un recordatorio caro de que aún no sabía nada de ESNOB. Y, en cambio, allí estaba yo, haciendo otro «encuentro de película» porque era la única forma de que siguiera escribiendo.

Cuando la empleada vio el nombre en la tarjeta, se le iluminaron los ojos.

—Su invitado la espera arriba.

Me extrañó. Normalmente hacían esperar a los invitados en el salón. Miré la tarjeta antes de guardármela otra vez en el bolso. ¿Sería algún paquete especial para socios platino? A mí me parecía una tarjeta normal. Le di las gracias y me alejé enseguida, antes de que se diera cuenta de que había cometido un error.

Había quedado con Peter en The Ash porque allí me conocía casi todo el personal. No había otro sitio más seguro en Londres, ni más discreto, lo que era aún más importante. Íbamos a usar algo para identificarnos, como Tom Hanks y Meg Ryan en *Tienes un e-mail*. Como se llamaba Peter, la elección había sido fácil.

Peter había sido agradable pero breve en sus mensajes de los últimos días y había insistido en que causaba mejor impresión en persona. Me había dicho que tenía treinta y dos (buen comienzo) y que había encontrado mi tarjeta en la edición anual de *Beano* de 1999 (pequeña alerta roja) que había comprado para su sobrino (alivio). En general, podía permitirme ser optimista.

Entré en el chat de JEMS como había prometido.

Maria: ¿Has llegado bien?

Evie: Subo ahora. Él ya está arriba.

Jeremy: ¿Quién crees que es?

Evie: ¿Peter?

Sarah: ¿No fuiste a ver a la niña de Viudo Macizo en una función prenavideña de *Peter Pan*?

Evie: ¿Y eso qué tiene que ver?

Sarah: No sé... Peter. Peter Pan. Mucha coincidencia me parece a mí.

Me detuve en un rincón de la escalera. ¿En serio insinuaba que podía ser Ben?

«Tiene tu número.»

¿Y no estaba Ben en el bar cuando me había entrado el mensaje? De pronto recordé lo coloradas que tenía las orejas cuando había vuelto, como si se hubiera puesto nervioso por algo...

Descarté la idea. Pues claro que no iba a ser Ben quien me estuviera esperando. Acabábamos de empezar a ser amigos, y eso ya era un milagro. A veces tenía que recordarme a mí misma que no era parte de una comedia romántica.

Evie: No es Ben. Sólo somos amigos. Además, tampoco querría que fuera él.

Maria: Entonces, ahora sois amigos. No me digas que no lo has pensado ni un poquito.

Subí al bar de la tercera planta. Había un par de empleados apiñados junto a la cortina, riendo y asomándose al restaurante. Nunca se sabía cuándo podía haber alguna celebridad en The Ash. Aunque el personal solía ser bastante discreto. Al acercarme, observé que uno de ellos era el camarero rubio que había visto a Monty salir derrapando de cabeza del cubículo del baño de señoras como si fuera una foca.

«Ay, no.»

Abrió mucho los ojos y le dio un codazo a la chica con la que estaba charlando. Ella no fue tan rápida disimulando su interés.

«Ay, Dios, ¿sabe todo el mundo lo que pasó en el baño?»

El camarero se acercó, con las manos a la espalda.

—Señorita Summers —dijo—, ¡qué delicia volver a verla! Los hemos sentado en el Reservado del Director.

«¿En el Reservado del Director?» Era uno de los sitios más exclusivos del club, después de la zona vip. ¿Todo aquello era por mi acompañante? Me puse nerviosísima.

¿Quién demonios podía provocar un trato así? ¿Y si Peter era un pez gordo y por eso lo dejaban subir allí? Mientras seguía al camarero rubio por el restaurante atestado, pensé en Peters

famosos. Dudaba que Peter Capalbi hubiera enviado un mensaje a una desconocida y mentido sobre su edad.

¿Peter Andre? Podría.

Los cubículos bordeaban ambos lados del restaurante; el camarero me condujo al único que tenía cortina de reservado. No me atreví a pensar para qué necesitábamos un reservado, teniendo en cuenta que en aquel club había aceite corporal en los baños.

Al principio sólo vi la carta del tamaño de un periódico de gran formato que el hombre tenía delante de la cara.

—Ha llegado la señorita Summers, señor —anunció el camarero.

Durante un segundo disparatado de desconcierto, pensé: «¿Y si al final es Ben?».

Me dio un bote el corazón cuando bajó la carta.

«Pero ¿qué co...?»

—Tú —le dije.

—Pelirroja. —ESNOB sonrió.

Plegó la carta con sus manos bronceadas. ¿Él era quien tenía nervioso a todo el mundo? Por mucho Ezra Chester, «el auténtico», que fuera, tampoco era para tanto. Al menos cuando lo conocías. Todavía me iba el corazón a mil. «Es por la sorpresa», me dije. Nada que ver con lo que había estado pensando hacía un momento.

—Ay, espera —dijo, y tocó la pantalla del móvil para encenderlo y luego lo apoyó en un cubo de rayas de palomitas que había en el centro de la mesa—. Así mejor.

En la pantalla había una página con un título en el centro.

PETER PAN

—Me llamo John —le dijo el camarero a ESNOB, pero él no le hizo ni caso—. Bien, pues... —Empezó a tirar de la cortina, vio que yo estaba en medio y la abrió por detrás de mí—. Los dejo solos, entonces. —Mirando a ESNOB por última vez, se esfumó de forma muy profesional.

Me encaré con él.

—¿Dónde demonios estabas? Has ignorado todos los mensajes que te he mandado. Me haces trabajar más, me haces creer que pasas de escribir y luego, cuando por fin entregas, ¡no te molestas en avisarme!

—No todos los mensajes —dijo, y le brillaron los ojos azules una barbaridad. «¿Se había blanqueado los dientes?» Llevaba un traje gris tan bien hecho que se adaptaba a todos los pliegues de su cuerpo como si fuera un sobre y él la tarjeta para la que estaba hecho—. Estás preciosa, por cierto.

—Yo...

Tenía una forma de desarmarme que me fastidiaba muchísimo.

—Siéntate, Pelirroja.

Me temblaron las piernas y me agarré a la mesa para poder sentarme enfrente.

—¿Qué broma es ésta?

—Recibí tu mensaje —dijo con calma—: ¿«Se acabó»?

¿Había montado todo aquello para castigarme por el mensaje? ¿Se había hecho pasar por otro?

—¿Me has traído aquí sólo para humillarme?

—Ni siquiera estaba seguro de que fueras a venir.

—Bueno, no sabía que eras tú, por eso... —dije señalándome el vestido. Era el más bonito que tenía. Verde bosque, con una transparencia de encaje negro. Y lo había desperdiciado con un capullo.

—Me dijiste que no querías saber nada de nuestro trato, Pelirroja. Aunque, teniendo en cuenta que estás aquí, supongo que no era del todo cierto.

—No me has dejado muchas opciones —repuse, negándome a sentirme culpable por mi mentirijilla—. Ya he visto que estás moreno, Ezra. Has estado de vacaciones y me has hecho lidiar a mí sola con Monty y los productores. He hecho lo único que se me ha ocurrido que podía hacer.

—Ha sido un retiro profesional —insistió él—. Después de la ruptura con Monica, necesitaba un descanso. Quería terminar esas páginas para ti. Cuanto más tiempo estuviera lejos, más claro me quedaría por qué. Entonces supe que debía contártelo. Y ésta me ha parecido una forma apropiada de hacerlo. Peter. *Peter Pan*. El libro que te llevaste del puesto, ¿recuerdas?

Así que el nombre era por algo.

—¿Contarme el qué, Ezra? —pregunté. ¿Un retiro profesional? No sabía si creérmelo. Había entregado las páginas, eso sí.

Toqueteó el vaso.

—Tú... —empezó, y se interrumpió.

—¿Qué?! —le pregunté furiosa.

Se revolvió en el asiento y en su frente perfecta comenzó a asomar el sudor. Un momento... ¿ESNOB estaba nervioso?

Inspiró hondo para tranquilizarse.

—No estabas equivocada respecto a las comedias románticas, Pelirroja, porque, si lo estuvieras, no me habría enamorado de ti.

Tardé un segundo en acordarme de respirar.

—No seas cruel, Ezra.

—No me crees —repuso como si tampoco lo creyera él—. Vale, vamos poco a poco. «Sólo soy un chico, delante de una chica...»

—Para.

—Pelirroja, lo digo en serio. Evie... —dijo al ver que me levantaba y apartaba la cortina para salir. Ya estaba a casi un metro de distancia cuando lo oí gritar—: ¡Por favor!

Aquellas dos palabras me sonaron tan sentidas, tan impropias de ESNOB, que me detuve. Otros

comensales nos miraban. Al volverme, vi que había salido también del reservado.

—Me gustas de verdad. ¿Quieres que lo diga a voces? Porque puedo hacerlo. ¡Me gustas, Evie Summers! —dijo abriendo mucho los brazos y levantando la voz—. ¡Me he enamorado de ti! De hecho... —bajó la voz—, hace tiempo que estoy enamorado.

Vi que John, el camarero, nos miraba desde el otro lado del restaurante con cara de «Ya estamos otra vez» y gesto de resignación. La camarera que había pasado por nuestro lado antes estaba con él, tapándose la boca con las manos, con los ojos tan abiertos como una cierva, como si jamás hubiera visto nada tan romántico.

—¡Vamos, no me fastidies! —Empujé a ESNOB al reservado y lo senté en su sitio, luego cerré la cortina malhumorada y me instalé a su lado—. ¡Me muero de vergüenza!

—Pues ha sido igualito que en las comedias románticas —dijo sonriendo. La sonrisa se desvaneció cuando me vio la cara de cabreo—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que me gustas?

—Porque eres Ezra Chester. Sales con las Monicas Reed de este mundo, no con Evie Summers de Sheffield —repliqué. No es que yo me considerara espantosa, pero estábamos hablando de ESNOB. Para él todo era estatus y apariencias. No me dejaba ni leer su guion porque yo sólo era la asistente.

Sin embargo, me miraba como si no entendiera lo que le decía.

—No estoy con Monica. Estoy aquí contigo, diciéndote que me gustas. Sal conmigo. Sólo una vez. Me basta con eso para convencerte.

Parecía sincero, y no se rendía. ¿Hasta cuándo pensaba seguir con aquello?

—Sólo una copa —concedí de mala gana—. Y nos la vamos a tomar ahora mismo.

—Algo es algo.

Mientras me dedicaba aquella sonrisa de cine suya de va-todo-de-maravilla, John asomó la cabeza por la cortina. No parecía contento, pero se puso la sonrisa para ESNOB.

—Justo a tiempo... Tomaremos una botella de vuestro merlot —le dijo.

—Vale, te escucho —lo desafié cuando John se retiró.

—Eres adorable. Me haces reír. Y debes de ser la única persona que no me aguanta ni una tontería —me soltó de un tirón, con más facilidad de lo que yo esperaba—. Además —añadió—, yo te gusto. Reconócelo.

Lo encontraba atractivo, pero desde luego no era la única. Y eso no significaba que me gustara. Aunque fuera, debía admitirlo, algo más de lo que yo creía antes. El rescate en carretera. *Ziggy*. Y, si me presionaba, hasta podría reconocer que sus mensajes tampoco eran tan irritantes.

—No —contesté de todas formas—. No, Ezra, de verdad.

Se estremeció y yo me sentí un poco culpable.

—No me digas que no has disfrutado estos últimos meses. Yo sí. Hablar contigo ha sido el único aliciente de una porquería de principio de año. Yo te gusto, Pelirroja.

Quise negarlo, pero lo cierto era que, muy en el fondo, por lo menos lo apreciaba. Aunque me desquiciaba, Ezra Chester era muy transparente. Lo que veías era lo que había, y eso era algo que

encandilaba.

Se acercó un poco más a mí en el asiento, como detectando mi debilidad, con sus ojos azules llenos de ilusión.

—Me parece que hay algo entre nosotros, Pelirroja. Dime que tú no lo notas.

Recordé cuando estaba en su cocina el día en que habíamos llegado a nuestro acuerdo, cuando me miró como si de verdad me viera por primera vez. Había sido como estar bajo la luz de un foco. Comparado con aquello, su mirada de ahora era como un rayo abductor que me atraía hacia él.

Alguien abrió de pronto la cortina. John. Con una floritura, depositó en nuestra mesa una bandeja con copas y vino y empezó a descorchar el merlot.

—¿Nos dejas un momento a solas...? —le pidió ESNOB.

—Ah, no tardo nada, señor —dijo John, y sirvió una gota de vino en la copa de ESNOB, con toda la parsimonia, hasta que le arrebataron la botella de los dedos.

—Gracias, John —dije yo mientras ESNOB le hacía una seña con la mano para que se largara.

El camarero recuperó por la fuerza el sacacorchos y no se molestó en correr de nuevo la cortina al salir.

—¿Decías...? —preguntó ESNOB.

Miré hacia el restaurante porque necesitaba un momento.

Entonces llegó alguien que me llamó la atención.

—¡Ay, Dios mío! —exclamé—. ¡Ricky!

—No me llamo así.

—No —dije escurriéndome en el asiento—. Ricky. Mi ex. Está aquí.

29
Dicky

Interior del reservado del director, The Ash, sábado 2 de febrero a las 20.13.

ESNOB está repantigado en el asiento de cuero púrpura del reservado, iluminado por un foco en miniatura. A su lado, Evie se escurre hasta que le llega la barbilla a la mesa mientras él la mira divertido.

—Uy, esto tiene miga. Cuenta. O se lo pregunto a tu ex —dijo ESNOB haciendo ademán de levantarse.

Lo obligué a sentarse.

—Vale, vale.

Volví a mirar a Ricky con disimulo y vi con quién estaba: Jodi.

—¡Mierda!

Como me viera a solas con ESNOB, todo el gremio creería que de verdad estábamos saliendo. Pensándolo bien, ¿qué hacían Ricky y ella allí solos...?

—Estoy esperando.

—Muy bien. —Abrevié todo lo posible—. Ricky es mi ex. Estuvimos juntos dos años. Consiguió trabajo en la competencia y me dejó. Me dijo... —Me interrumpí.

—¿Qué, Pelirroja? Toma... —Me acercó la copa y yo la cogí con las manos sudorosas.

Había conseguido evitar a Ricky durante más de un año. Mi trabajo lo era todo para mí y, aun así, me había perdido eventos a propósito porque sabía que era muy probable que me lo encontrara. Pese a todo, en un gremio tan pequeño como el nuestro, estaba cantado que terminaríamos viéndonos en un momento u otro, y The Ash era el punto de conexión de nuestro sector. Sobre todo para alguien como Ricky, al que le gustaba dejarse ver.

—Respira —me dijo ESNOB. Seguí su consejo e inhalé el vino—. ¿Te dijo...? —me animó. ¿En serio le importaba?

—Me dijo que quería una vida mejor, más emocionante. —Tragué más vino, con las mejillas encendidas—. Y que no podía tenerla conmigo, que yo no era bastante. Y me dejó.

Tardé sólo unos segundos en decir las palabras que me habían atormentado durante un año. «Es que yo quiero más», me había dicho, y en ese instante el chico al que quería se convirtió en otra persona más que me decía que no era lo bastante buena.

ESNOB me miró con la cabeza ladeada.

—Ricky es un capullo integral.

Solté una carcajada entrecortada.

—Mis amigos lo llaman Dicky.

—Pues no mires ahora, pero Dicky nos ha visto. Viene para aquí. Levanta.

Me erguí.

«Ay, no, no.»

ESNOB terminó de rellenarme la copa en el preciso instante en que Ricky y Jodi se plantaban delante de nuestra mesa.

—¡Evie! Me ha parecido que eras tú. Ritchie no estaba seguro, pero no pasas inadvertida fácilmente, ¿verdad?

Sonreí a Jodi sin ganas y me obligué a mirar a mi exnovio. Había cambiado las gafas de pasta por unas de diseño y llevaba el pelo distinto, con la raya a un lado y rizado. «¿Se ha hecho la permanente?» Me sonrió, enseñando los dientes pequeños y separados que siempre había dicho que detestaba, pero que, para mi fastidio, le hacían parecer travieso y divertido.

—Evie —dijo como si fuéramos antiguos conocidos—. ¿Y Monty? No me lo digas... Te ha pedido que le calientes el asiento mientras llega —añadió con ojos risueños, como si fuera una broma que los dos conocíamos.

—He venido con un cliente, Ricky —le repliqué, satisfecha de ver que lo fastidiaba que lo llamara así.

Miró a ESNOB y, pese a su estudiada indiferencia, no pudo disimular su curiosidad. Jodi fue menos sutil y, acercándose más a la mesa, clavó los ojos en el trofeo.

—Soy Ritchie —dijo tendiéndole la mano a ESNOB—. Y yo ya sé quién eres, por supuesto. Sobran las presentaciones. —Eso lo dijo por mí—. Encantado de conocerte por fin, Ezra. —Cuando empezó a ser asistente, dejó de usar el apodo de ESNOB porque no le parecía bien.

—Claro —contestó ESNOB, y cogió su copa.

Ricky bajó enseguida la mano, sin darse por vencido.

—Si me lo permites, voy a hacer de fan total: me encantó *Un corazón hecho trizas*. Ya sé que no se le cuentan estas cosas a alguien a quien acabas de conocer, pero... Quince veces. La he visto quince veces.

El numerito de «Soy fan total» de Ricky solía funcionar de maravilla, pero yo sabía que casi nunca veía la misma película dos veces.

—¿En serio, Ricky? —No pude contenerme—. ¿Quince veces?

Entornó los ojos sin dejar de mirar a ESNOB, esperando su reacción.

—No me sorprendería que hubieran sido menos —le dijo él.

Las sirenas de pelea-o-pelea de mi cabeza empezaron a sonar cuando Ricky se quedó pensando qué contestar. Antes de nuestro trato, ESNOB me había hecho eso mismo a mí montones de veces.

Se le daba de miedo hacerte sentir que tenías que ser tú quien se ganara su atención, no al revés. Ver cómo se lo hacía a Ricky, tengo que reconocerlo, tuvo su gracia.

—Jodi, FTD —intervino Jodi. Usó las iniciales de su agencia, confiando en que ESNOB supiera de su prestigio. Si era así, no debió de importarle mucho. Se acercó a Ricky y le apretó el brazo, con su melena rubia cayéndole por los hombros. Un momento... ¿Tenían algo Ricky y ella? La cosa iba de mal en peor—. Hemos salido a celebrar que a Ritchie lo han ascendido a agente —explicó.

Ricky me miró.

—Enhorabuena —le dije con la sensación de que me lo había buscado.

No debería haberme dolido tanto. Su ascenso hacía tiempo que era inevitable. Si se proponía algo, no había quien lo parara. Cuando nos habíamos conocido, era camarero y se llamaba Ricky. Le encantaba acompañarme a los eventos del trabajo, yo creía que por apoyarme. Luego empezó a hablar en ellos con más gente que yo y siempre se sabía el nombre de todo el mundo. Seis meses antes de romper conmigo, consiguió su primer empleo en la competencia y se convirtió en Ritchie. Él me dijo que sólo eran negocios, nada personal, que no tenía por qué afectar a nuestra relación. Siempre sabía qué decir, ahora me daba cuenta.

—Bueno, tampoco es para tanto —dijo él, quitándole importancia—. Lo cierto es que ya llevaba un tiempo haciendo ese trabajo. —Se encogió de hombros divertido—. Tan pronto como salvas unos cuantos contratos y conoces a unos cuantos productores, la gente da por supuesto que ya eres agente. Ahora lo pone en mi tarjeta de visita, imagino que así parece oficial.

Sacó una tarjeta y se la ofreció a ESNOB, que lo ignoró y sacó el móvil. Fue tan grosero que casi lo quise por eso.

—Ritchie ya ha firmado con su primer cliente —terció Jodi.

ESNOB disimuló un bostezo.

—Estoy nerviosísimo. Alessandro. Un talento descomunal. —¿Ricky había sido el agente que me había robado a Alessandro? Había querido convencerme de que la pérdida de Alessandro había sido cosa de Monty, pero esa vez no funcionó. Lo había descubierto yo y Ricky se me había adelantado. «¿Cómo se atreve?»—. Es la clase de talentos de altura a los que voy a representar. Claro que siempre ando buscando más —le dijo directamente a ESNOB.

«¿En serio me lo está intentando birlar delante de mis narices?» Mientras yo me ponía furibunda, observé que asomaba a los labios de ESNOB una sonrisa, como si Ricky le pareciera divertido.

—Oye, qué curioso que nos hayamos tropezado con vosotros —terció Jodi—. Ahora mismo anda por ahí un falso guion de Ezra Chester, malísimo y que es para morir de risa. Alguien ha intentado imitar tu estilo de forma descarada. —La diversión se evaporó y ESNOB se puso serio. A ella la irritó ver que él no reaccionaba—. Cualquiera diría que... —primero me miró a mí, luego a ESNOB, y quedó meridianamente claro a qué se refería— que os hemos interrumpido.

—Pues la verdad es que sí —contestó ESNOB, y la dejó pasmada. «Insultante.»—. Estábamos

a punto de pasar a la zona vip para celebrar la inestimable ayuda de Evie en mi último guion. No podría haberlo hecho sin ella, desde luego. —Me ruboricé un poco, complacida. Ricky se puso verde—. Venid con nosotros y hacemos una doble celebración.

—Un buen asistente necesita años de entrenamiento —terció de pronto Ricky—, así que no me sorprende que Evie sea la mejor.

Me estremecí. «¿En serio acaba de decir lo que he oído?» Ése era el chico que solía tranquilizarme cuando estaba nerviosa. Yo adoraba su facilidad de palabra. Siempre conseguía que pareciera que nuestro destino era estar juntos. Por eso cuando me dijo que yo ya no era bastante para él, me dejó helada. «Y él sabía muy bien que sería así.» Contuve las lágrimas, pero no estaba triste, sino rabiosa.

Antes de que pudiera replicarle, ESNOB le tiró algo.

—Toma. —Por desgracia, era su tarjeta vip, con lo que no le hizo mucho daño—. Enseguida vamos. Id pidiendo una botella de... —Miró un segundo la carta—. Dom Pérignon Edición Especial The Ash.

—Por supuesto —dijo Ricky, enseñando sus dientes separados—. Y luego podemos hablar de tu futuro profesional.

«Pide perdón, no permiso» era el lema de Ricky.

—Lo estoy deseando —contestó ESNOB sin inmutarse.

En cuanto se fueron, me volví hacia él.

—Más vale que estés tramando algo —le advertí.

—Eso ha sido sólo el primer paso.

Chascó los dedos para llamar al camarero más próximo: John, que miró a su alrededor desesperado en busca de un compañero que pudiera ocupar su lugar. Cuando quedó patente que estaba solo, se acercó despacio a nosotros y entró en modo sonrisa.

—¿Sí, señor?

ESNOB empezó a palparse los bolsillos.

—Me ha desaparecido la tarjeta vip. La tenía cuando he entrado, pero igual me la he dejado en el baño... Había allí un tío con permanente. Quizá él la haya visto.

John palideció y me miró a mí. Yo me encogí de hombros, porque no tenía claro adónde quería llegar ESNOB con todo aquello.

—Hablaré... hablaré con el *maitre* —dijo derrotado—. Lo lamento muchísimo, señor Chester.

La cortina hizo frufrú con su salida.

—¿Qué te propones exactamente?

—Venga ya, Pelirroja. ¿No quieres vengarte de Dicky, aunque sólo sea un poquito? —preguntó con un destello en la mirada.

Las palabras de despedida de Ricky me habían perseguido durante un año y, cuando empezaba a deshacerme de ellas, volvía a entrar en mi vida con la intención de servirse de mí alegremente para hacer otro contacto.

«¿Que si me gustaría que se llevara su merecido?»

—Adelante.

La segunda planta de The Ash estaba ocupada por el bar, la Cabina de Proyección y la Sala de Proyección, la impenetrable zona vip. La gruesa puerta metálica de la Sala de Proyección había iniciado su existencia en la cámara blindada de un banco. La flanqueaban unos empleados que llenaban el traje como si en sus ratos libres trabajaran de luchadores clandestinos.

Estábamos esperando en el reservado cuando entró John detrás del *maître*.

—¿Qué ha sido de la exclusividad de este sitio? —protestó ESNOB señalando las puertas.

—Le aseguro, señor Chester —dijo el *maître* con un fuerte acento de Huddersfield—, que si hubiera alguien ahí dentro usando su tarjeta, yo lo sabría.

Justo entonces pasó entre nosotros una camarera que se dirigía a la puerta con una bandeja en la que llevaba el champán y la tarjeta de ESNOB. Todos vimos cómo ESNOB agarraba la tarjeta negra de la bandeja. El *maître* se puso blanco como el papel. John empezó a moverse discretamente hacia la escalera.

—Bueno, es evidente que yo no estoy ahí dentro —dijo ESNOB—. Segundo paso —me susurró a mí mientras el *maître* sacaba el *walkie-talkie*.

—Tenemos un código negro. Que se acerque a la Sala de Proyección de inmediato todo el personal que conozca el protocolo de seguridad para intrusos.

Al cabo de un minuto nos habían retirado a una «distancia de seguridad» y ESNOB había requerido la botella de champán «por las molestias». Unos diez empleados se habían reunido delante de la puerta blindada, de pie, muy rectos. El *maître* les indicó que encendieran las linternas y se llevó un dedo a la boca para pedir silencio, luego levantó el brazo bien recto y lo bajó con brusquedad hacia la zona vip.

Los gorilas abrieron la puerta de golpe.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó el *maître*, y entraron todos uno a uno detrás de él, iluminando la sala con sus linternas.

Vimos a Jodi y a Ricky en el interior de la sala en penumbra, acobardados cuando el personal los iluminó con las linternas y los rodeó.

Ricky nos llamó al vernos en la puerta. ESNOB lo saludó con la mano.

—¿Lo ven? —dijo Ricky—. Estamos con ellos.

Cuando el grupo de empleados se volvió hacia nosotros, ESNOB pasó de saludar a encogerse exageradamente de hombros, como si no tuviera ni idea de a qué se refería Ricky.

Jodi se apartó un paso de mi ex, distanciándose. Ver cómo se evaporaba la cara de suficiencia de Ricky no tenía precio.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a ESNOB.

—Ahora, el tercer paso —contestó sonriente.

Le dio un trago al champán, me atrajo hacia sí y me besó.

Interior de Gil's Coffee House, domingo 3 de febrero a las 11.30.

Ben y Anette están sentados en su sitio de siempre, leyendo. Se abre la puerta de Gil's. Los dos levantan la vista, ven que es un desconocido y vuelven a bajarla. Tienen delante dos tazas de chocolate caliente vacías. Ben mira de reojo la tercera taza, en el sitio que tiene al lado. Sigue llena, aunque la nata montada se ha derretido ya y forma un charquito en la mesa. Vuelve a centrarse en el número de *National Geographic* que está leyendo. Anette levanta un momento la vista del libro y dedica a su padre una mirada cómplice. Se abre la puerta de Gil's. Padre e hija vuelven a mirar.

Me relajé cuando vi que Ben y Anette seguían allí. Me aseguré de que me habían visto, luego mandé un mensaje rapidísimo a JEMS. Esa mañana me había dormido. Era como si todo lo que había pasado en los últimos meses —el peligro de cierre de la agencia, los «encuentros de película» y luego lo de Ricky— por fin empezara a pasarme factura. Digerida ya la emoción de ver cómo mi ex recibía su merecido, la noche anterior no había sido más que otro «encuentro de película» fallido: a pesar de la insistencia de ESNOB, nuestra copa juntos no me había convencido. «Ni ese beso.» Y a sólo dos semanas de que terminara el plazo, me quedaban ya pocas oportunidades de encontrar a don Final Feliz. Había caído en la cama exhausta y al despertarme, tarde, me había encontrado el chat de JEMS repleto de mensajes sin leer sobre mi cita con Peter, dos llamadas perdidas de Maria y una foto de tres chocolates calientes enviada por Ben poco después de las diez de la mañana. Había salido corriendo hacia allí.

Evie: ¡Lo siento muchísimo, chicos! Me he dormido.

Sarah: ¡Por fin! Nos tenías preocupados. Tengo *bodorring* pendiente, ya sabes.

Jeremy: Cuando añades «ing» a las palabras me produces *migrañing*.

Maria: Me alegro de que estés bien, pero para futuras ocasiones, un mensaje de «Sigo viva» después de una cita a ciegas sería de agradecer. Bueno..., ¿era don Final Feliz?

Evie: Era ESNOB.

Maria: ¡¿QUÉ?!

Evie: Me dijo que podía dejar de buscar, que se ha enamorado de mí.

Jeremy: Menudo capullo.

Maria: Qué tío. ¡Haría lo que fuera con tal de impedir que encuentres a alguien para no tener que terminar el puñetero guion!

Sarah: ¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Evie? YA puedes dejar de buscar. ¡Yo te he encontrado al acompañante perfecto para mi boda!

Debería haberme tranquilizado que mis amigos llegaran de inmediato a la misma conclusión a la que había llegado yo la noche anterior, la misma que me había hecho irme directamente a casa después de The Ash. Claro que ESNOB me había estado mintiendo para impedir que conociera a alguien. Le estaba costando terminar el guion y mi falta de éxito con los «encuentros de película» era la excusa perfecta. El guionista macizo no se enamora de la asistente en la vida real. Y, aun así, en parte habría preferido que mis amigos no lo hubieran tenido tan claro.

«Basta de autocompasión.» Tenía que centrarme en encontrar a mi verdadero don Final Feliz para poder demostrarle a ESNOB lo equivocado que estaba respecto a las comedias románticas y restregárselo por la cara. Basta de distracciones, basta de excusas. Haría dos «encuentros de película» al día si hacía falta.

«Entonces ¿por qué sigues pensando en ese beso?»

Cuando me acercaba a la mesa, Ben se levantó. Hizo un gesto con la mano y yo levanté la mía, pero luego vi que Xan le devolvía el gesto desde el otro lado del local. Bajé enseguida el brazo.

—¡Siento llegar tarde! No os vais ya, ¿no?

—Te esperábamos —dijo Anette señalando la taza de chocolate ya frío que quedaba en la mesa, las virutas de chocolate a la deriva en la nata deshecha. Ben enarcó sus cejas oscuras.

—Aún está bueno —señalé sentándome y bebiendo a sorbitos el líquido dulce y frío. Procuré que no me dieran arcadas—. ¡Ñam! —Miré a Ben. ¡Qué alto era!—. ¿No os quedáis a tomar otra ronda?

—No sé. ¿Qué te parece, Anette?

—No sería mucha celebración sin nosotros —dijo ella.

Los miraba a los dos perpleja cuando Xan se plantó en nuestra mesa con una tarta glaseada gigantesca, espolvoreada de anises de colores.

Anette se puso un gorro de papel de colores vistosos.

—¡Enhorabuena, Evie!

—¿Por qué? —pregunté perpleja.

—¡Por conseguir que ESNOB termine el guion! —exclamó sonriente—. Sabíamos que podrías. Ben sopló un matasuegras que había sacado de algún lado.

—Sois increíbles, gracias. —La semana anterior le había dicho a Ben que mi idea de negarme a hacer los «encuentros de película» había funcionado. Debió de pensar que ya había acabado todo. Me habían emocionado tanto que casi no me apetecía sacarlos del error—. Pero ESNOB aún no ha terminado del todo.

Ben soltó el matasuegras.

—¿Todavía tienes que conocer a alguien? —preguntó.

—Sí —contesté. Aun siendo una palabra corta, me costó una barbaridad decirla.

—Hay tiempo —repuso Anette. Esperaba de verdad que Ben no hubiera reparado en la cara que había puesto su hija al decirlo.

—Bueno, dejo esto aquí —dijo Xan, poniendo la tarta en la mesa—. ¿Puedo tentaros a alguno con mi último batido de naranja? Esta vez he usado aguacate y rabani...

—¡No! —dijimos los tres a la vez.

—Café, entonces —concluyó Xan, y se encogió de hombros como diciendo «sobre gustos...».

—Piensa un deseo —me dijo Ben pasándome el cuchillo. Luego atrajo a Anette hacia sí y apoyó la barbilla en su hombro, mirándome con sus ojos caídos. Me pareció adorable.

Medité lo que quería. Conocer a alguien, seguro. En una comedia romántica, con un par de semanas habría bastado para que dos personas se enamoraran: *Un día inolvidable*, *Amor con preaviso*, *Hechizo de luna*... En la vida real, el plazo se me antojaba imposible. Y, aunque lo consiguiera, después de lo de Ricky, no quería arriesgarme a enamorarme de verdad de...

«¿Por qué sigo pensando así? ¡Que le den a Dicky!» Había pasado un año creyendo que no era lo bastante buena para él. Con lo mal que se había portado en The Ash, era hora de que aceptara que él no era lo bastante bueno para mí. Me quedaban dos semanas. A ESNOB le faltaba muy poco para llegar a la meta. Mi ascenso, el rescate de la agencia..., todo estaba al alcance. Y lo único que tenía que hacer para lograr todo lo que siempre había querido era conocer a un soltero. Eso era lo que debía desear.

«Pero ¿es eso lo único que quieres?»

—Me voy a hacer vieja... —dijo Anette, y rio cuando su padre le hizo cosquillas.

—Vale, vale, ya tengo uno —contesté riendo, y al cortar la tarta vi que estaba hecha de capas de colores.

«Quisiera volver a ser guionista.»

—¡Pelirroja! ¡Hola, Pelirroja!

Levanté la vista atónita. ESNOB me saludaba desde la puerta.

¿Qué estaba pasando? ¿ESNOB? ¿Allí? ¿En Gil's? Aquello no... no cuadraba, no sabía por qué. ¿Cómo había sabido dónde iba a estar? Entonces recordé mi excusa para marcharme la noche anterior: que tenía que madrugar para escribir el «encuentro de película», por desastroso que

hubiera sido. Me insistió en que le diera los detalles, para asegurarse de que lo escribía de verdad, había supuesto yo. Ni se me había ocurrido que pudiera aparecer por allí.

Pero allí estaba, plantado delante de nuestra mesa, con aquella deslumbrante sonrisa suya de dientes blanquísimos.

—Vaya, éste es el famoso Gil's. ¿Aquí es donde haces mis informes? Es tan... ¡provinciano! Cuesta creer que esto siga siendo Londres.

—¿Qué quieres? —le pregunté al ver la cara de fastidio de Ben y Anette.

ESNOB le tendió la mano a Ben.

—Soy Ezra, encantadísimo de conocerte. ¿Y tú eres...?

Ben se la estrechó después de una pausa. Fue como cuando en *Cazafantasmas* se cruzan los rayos.

Anette miraba a Ezra pasmada, con sincera admiración.

—Sé quién eres, eres ESN... —empezó la niña.

—Ben —dijo Ben enseguida, salvándose.

—¿A qué has venido, Ezra? —le pregunté—. Estoy con mis amigos. ¿No puede esperar?

—Siento interrumpir vuestro... ¿almuerzo? —declaró ESNOB mirando la tarta empezada—. He venido por nuestra cita, Pelirroja. Anoche te fuiste sin que nos diera tiempo a nada.

Ben puso cara de espanto.

—No hay cita, Ezra —le dije pensando en la reacción de Ben. Yo me había quejado mucho de ESNOB, seguramente era por eso.

—¡Eres el guionista! —exclamó Anette sin dejarse intimidar.

—Mi fama me precede —contestó ESNOB complacido.

—El que está falto de inspiración —añadió la niña.

Ben se atragantó con el café.

Anette se metió un buen trozo de tarta en la boca, tarareando para sí mientras ESNOB la miraba inquieto. Le lancé a Ben una mirada suplicante. Tras una pausa de un minuto, asintió con la cabeza y sacó el libro de Anette de su mochila, junto con lo que parecía la autobiografía de un fotógrafo para él. ESNOB los miraba extrañado a los dos, luego abrió mucho los ojos. Se volvió hacia mí. «Ay, no, no te atrevas...»

«¿Papi Soso?», me dijo sólo con la boca.

«Ay, no.» Se acordaba del informe sobre la función de Anette. Se cruzaron los rayos, pero bien cruzados. Tenía que irse.

—¿No tienes un guion que escribir?

«Compórtate», le dije yo también sólo con la boca, procurando que Ben no me viera. Estudiaba su libro con una intensidad que era probable que no mereciera.

—A eso he venido. —Antes de que pudiera protestar, ESNOB se instaló en una de las sillas que había enfrente de nosotros como si el local fuera suyo—. Ah, perfecto —sentenció mirando los restos de la tarta—. ¿Puedo?

Se sirvió un trozo enorme sin esperar respuesta. Cuando Anette, furiosa, empezó a hacerle señas a Ben, él le dio unos golpecitos en el libro, luego se centró en el suyo.

—Para empezar, eso no era para ti —le dije a ESNOB, arrebatándole el plato—. Además, eres consciente de que esa tarta es una bomba de carbohidratos, ¿verdad?

—Pues por eso —repuso él; agarró el pedazo del plato, inspiró hondo y se metió la mitad en la boca.

—¿Qué haces? —le espeté exasperada.

Alguien carraspeó. Era Xan, con un café enorme. Miró a ESNOB y a Ben, luego a mí. ESNOB bebió un sorbo y le dio una arcada.

—Con leche entera y toda su cafeína, ¿verdad?

—Lo que ha pedido —le replicó Xan, y se fue poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué está pasando, Ezra?

ESNOB bebió un buen trago y el sabor lo estremeció.

—Te estoy demostrando que lo que siento por ti va en serio.

Ben rasgó sin querer la página al pasarla.

—No te molestes, de verdad —le dije. No iba a servirle de nada.

—Venga ya, habría que ser un pringado total para no darse cuenta de lo genial que eres —respondió ESNOB, miró a Ben y le guiñó un ojo.

«¿Por qué le mandarías yo aquel condenado informe?» Porque estaba cabreada y avergonzada y por entonces no sabía que Ben y yo podíamos llegar a ser amigos.

Y si ESNOB no se marchaba enseguida, puede que ya nunca lo fuéramos.

—Sólo vas a conseguir que pare de una forma —afirmó ESNOB, dándole otro mordisco a la tarta—: accede a salir conmigo.

—Te he dicho que no, Ezra.

Levantó un dedo, tragó y se tiró de la cinturilla de los vaqueros como si ya empezaran a apretarle. Seguro que sólo fue casualidad que de ese modo enseñara un segundo los abdominales. Vi que Ben hacía ademán de llevarse la mano a los suyos y luego meneaba la cabeza y seguía con su libro.

ESNOB se aporreó el pecho para que la tarta que se le había quedado atascada le bajara, le dio otro trago al café y puso la misma cara que si hubiera bebido limpiaváteres. En ese momento, Anette se quitó furiosa los audífonos y los dejó a propósito en la mesa, luego se inclinó de nuevo sobre su libro. ¿Cómo había terminado así nuestra preciosa celebración?

—Por favor, Pelirroja. Noto cómo se me obstruyen las arterias. Olvida tus dudas por un momento y recuerda que soy yo, Ezra, el que te pide una cita, una nada más.

¿Cómo era lo que me había dicho María? ¿Que me estaba distraendo para que no encontrara a don Final Feliz? Pues aquello me parecía tomarse muchísimas molestias para conseguirlo.

«Claro que —me dijo mi vocecilla interior—, si resulta que ESNOB dice la verdad sobre sus sentimientos, eso significaría que yo tenía razón respecto a las comedias románticas y él tendría

que terminar el guion.»

Y además conseguiría que se fuera.

—Me estás matando, Pelirroja. —Se limpió la boca—. Tú verás. —Y se preparó para comer más tarta.

Levanté la mano. Anette alzó la vista.

—Vale —dije, y la niña me vio pronunciar la palabra.

Ben se detuvo a media página. Anette iba a decir algo, pero Ben la miró y meneó la cabeza suplicante.

—¿En serio? —replicó ESNOB tragando.

—Una cita —contesté, preguntándome qué se estarían diciendo Ben y Anette.

Su sonrisa de colorines era una parte de triunfo y dos partes de alivio.

—Con eso me basta —aseguró—. Ahora, si me perdonáis, tengo que purgarme.

A Anette no se le escapaba nada. Le hizo una seña a su padre que estoy casi segura de que significaba «Y yo».

Mientras lo veía salir a grandes zancadas del café, siendo el blanco de unas cuantas miradas, muy en el fondo sentí... curiosidad.

Detecté movimiento con el rabillo del ojo. Ben estaba ayudando a Anette a ponerse el abrigo antes de ponerse el suyo.

—¿Os vais? —pregunté.

—Anette quiere quedar con su amiga Bea —comentó él. Las siguientes señas de la niña fueron bruscas—. Dice que gracias por esta estupenda mañana.

A juzgar por su expresión, dudaba que la traducción fuera fiel. Tenía la sensación de haberla decepcionado. Quise darle las gracias yo también, pero se negó a mirarme.

—Si existe la más mínima posibilidad de que diga la verdad, podría conseguir que terminara el guion —le aseguré a la niña, desesperada por explicarme pero notando que lo estaba empeorando—. Si no quedaran sólo dos semanas...

Anette seguía sin mirarme.

Ben la cogió de la mano.

—Buena suerte con tu cita —me deseó—. Espero de verdad que sea lo que buscas.

Y me dejaron sola, intentando desentrañar lo que aquello podía querer decir.

Montaje de transformación

Interior de la cocina de Evie, miércoles 13 de febrero a las 9.55.

Evie está apoyada en la encimera, mirando con recelo la caja de cartón rosa de una tarta. Hay una nota de envío pegada con celo al lateral. La saca del sobre para leerla.

Pelirroja:

Yo nunca he sido muy de flores. Tú me has sometido a lo que consideras «comida» y se me ha ocurrido invitarte a la mía. Aquí tienes, en honor a nuestra cita de hoy, esta tarta vegana sin gluten de la mejor pastelería del Soho. Es una revelación.

Un coche pasará a buscarte a las diez en punto de la mañana. Prepárate para perder la cabeza. Estoy impaciente por darte tu sorpresa luego.

E. X

Miré dentro de la caja y puse cara de asco. En el fondo era un detalle que me la hubiera mandado. Aunque fuera una especie de leño marrón pastoso. Volví a mirar la hora de la nota. Las diez de la mañana, ¿no? Se suponía que nos íbamos a ver por la noche. Menos mal que no tenía que pasar por la oficina. Como sólo quedaban cinco días para que terminara el plazo, Monty se había refugiado en The Ash, donde tenía fácil acceso al alcohol con el que calmar los nervios y podía mandarme mensajes constantes preguntándome dónde estaba el final. Yo había cruzado los dedos y le había prometido que lo tenía todo bajo control. Y a lo mejor era cierto. Desde luego, el entusiasmo de ESNOB no había mermado.

Lo único que había querido contarme de nuestra cita era que tenía una sorpresa para mí. Medio en broma, yo le había preguntado si era el guion y él me había contestado con el emoji del guiño. Y ya no podía dejar de pensar si sería en realidad el guion. Quizá ya lo tuviera acabado. Si era así, la cita merecería la pena.

Me moría de ganas de pedirles consejo a mis amigos, sólo que ellos no sabían nada de lo de esa noche. Pasara lo que pasase, se lo contaría todo. Pero después. Ya me habían dejado claro lo que pensaban de lo que ESNOB sentía por mí. No lo creían. Algo muy comprensible. Yo sólo deseaba abordar la cita sin prejuicios. Durante la última semana me había agotado haciendo «encuentros de película» diarios, decidida a no dejar que ESNOB me distrajera, si era eso lo que pretendía, y ninguno de ellos me había llevado a ninguna parte. Por más que intentaba ser

prudente, en parte tenía todas mis esperanzas puestas en aquella cita. No me apetecía que mis amigos, con la mejor de las intenciones, me recordaran que era un disparate. Tampoco es que yo corriera peligro de enamorarme de ESNOB, pero habría sido tonta de no averiguar, por lo menos, si él se había enamorado de mí...

Además, ya había sido objeto de suficiente censura. El domingo, en Gil's, había comprado chocolate caliente y *brownies* para todos con la esperanza de reconducir mi amistad con Ben y Anette después de la interrupción de ESNOB de la semana anterior. Había estado allí sentada casi dos horas, hasta que los chocolates se habían quedado fríos. Ben y Anette no habían aparecido.

Oí el golpeteo de unos tacones en el linóleo.

—¿Qué demonios es eso, corazón?

Me aparté para que Jane pudiera acceder al cajón.

—Se supone que es una tarta.

—¡Qué cosa tan poco apetecible! Por cierto, tú no habrás visto a Belinda, ¿verdad?

Belinda era el Miorgasmo 3000® de Jane, un vibrador estupendísimo que, al parecer, era el mejor que había tenido nunca.

—¿Has mirado en el lavaplatos?

Me puso cara rara.

—Está vacío. Espero que aparezca, que la echo de menos. Bueno..., me voy. ¡Buena suerte esta noche! Me largo y os dejo el piso entero para vosotros solos. Hasta he limpiado el columpio.

Tapé la caja de la tarta, perdiendo de pronto el apetito.

—Gracias, Jane, pero no es más que la primera cita.

—¡Por eso mismo!

Evie: Gracias por la tarta.

Ezra: Sabía que te iba a encantar. Ya verás la sorpresa... Hasta luego,
Pelirroja. X

Esperé frente al edificio en el que me había dejado el taxi, sin saber aún qué iba a pasar. ¿Aquello era la cita ya? Me había llevado el vestido, por si acaso. No tenía ni idea de dónde estaba. El sitio no tenía rótulo en la puerta. Dentro, todas las superficies sólidas eran blancas y brillaban como diamantes, intercaladas con elementos decorativos blandos de color cereza. Era como estar dentro de la boca de un anuncio de pasta de dientes.

—Hola —le dije al impoluto chico de veintitantos que había en recepción—. He quedado aquí con Ezra Chester, ¿ha llegado ya?

Salió un hombre de una abertura en la cortina de felpa roja que colgaba detrás del mostrador. Cincuenta y tantos, bronceado, calvo, completamente vestido de negro, de los mocasines a las gafas. Me miró de arriba abajo y juntó las manos.

—¡Ezra! Mi mejor cliente. Tú debes de ser Evie —dijo con un suave ronroneo escocés—. Gary —añadió, tendiéndome la mano como si fuera un látigo—. Encantado de conocerte. —Se la estreché perpleja—. No te imaginas lo que te tenemos preparado.

—La verdad es que no —repuse.

Gary me hizo la ficha.

—Ven, que te quitamos ese... abrigo.

Mi adorada trenca no se merecía ese tono. Me privó de ella antes de que me diera tiempo a protestar y me envolvió en una bata blanca resplandeciente.

—¿Dónde está Ezra?

—Pasaré a recogerte a las cinco en punto de la tarde.

—¡Pero eso es dentro de siete horas!

—Ya, no es mucho, pero habrá que encajarlo todo como sea.

—¿Encajar el qué? —quise saber.

—¿Qué va a ser, Evie? —Gary descorrió la cortina tirando de un cordón y dejó al descubierto uno de esos salones de belleza que tienen socias, no clientas—. Tu transformación, por supuesto.

¿ESNOB me había pedido cita para una «transformación»? Me parecía insolente, tremendamente insultante y... ¡muy ESNOB! Me quemaban los dedos, lo primero que se me ocurrió fue contárselo a mis amigos. Pero, claro, no podía. Así que le escribí a él.

Evie: ¿Ésta es mi sorpresa?

Ezra: ¿No hay un montaje de transformación de la protagonista en todas las grandes comedias románticas?

Pero aquello era la vida real y lo que yo quería era el guion, no una transformación. Y menos aún una de ¡siete horas! La cirugía plástica llevaba menos tiempo. Cuando Gary volvió con un carrito, yo ya estaba furibunda.

—Muy bien, sirenita pelirroja, vamos a echarte un vistazo.

—Lo cierto es que me voy a marchar. Ha habido un enorme malentendido.

«Pensaba que ESNOB era un ser humano decente.»

—Por supuesto —dijo Gary con un codo apoyado en la cadera—. Éste es uno de los salones más exclusivos de Londres, yo soy absolutamente increíble y está todo pagado; ¿quién no iba a querer desaprovechar una oportunidad así? Pero ¿no sientes la más mínima curiosidad por ver qué es lo que Ezra te ha preparado?

Lo miré con recelo.

—Déjeme ver la lista.

Me pasó un folleto que casi se me cayó de las manos cuando vi los precios.

—Son sólo los que están marcados con un círculo.

—Están marcados casi todos.

Gary sonrió.

—Sí. ¿He dicho ya que está todo pagado...?

Empecé a idear un plan.

—¿Me presta un bolígrafo? —A regañadientes, me pasó uno y se quedó allí plantado chasqueando la lengua mientras yo iba repasando la lista—. No. Ni hablar. Rotundamente no. Cera no. ¡¿Envoltura hidratante en aceite de oliva?! ¡Ni que fueran a asar un pavo! Vale, éste no está mal. —Se lo devolví y, cuando vio lo que quedaba, puso una cara larga—. Gary —le dije—, usted es el mejor, ¿no? Pues haga lo que pueda con eso.

Me soltó la goma del pelo y me oreó un poco los rizos. Me cayeron por los hombros en una masa informe. Para ser sincera, no recordaba la última vez que me los había cortado. Gary retrocedió un paso, luego otro, como si aún estuviera demasiado cerca para verlos todos. Dio una palmada de atención y levantó la voz.

—¡Necesito refuerzos!

Lo primero que quisieron hacer fue teñirme.

—Va a ser que no.

—Te quedará tan natural que ni lo notarás. Vamos a controlar y realzar.

—Vamos, que mi pelo es a la vez demasiado y demasiado poco, ¿no?

—Ahora lo estás entendiendo.

Lo pensé. En circunstancias normales, ni se me habría ocurrido teñirme, porque en Londres eso costaba más o menos lo que un coche pequeño. Además, después de años de despiadadas traiciones adolescentes, me había costado mucho tiempo y esfuerzo alcanzar el cariño que ahora les tenía a mis rizos pelirrojos. Pero, en teoría, aquello debía ser una transformación, y yo quería impactar, y era gratis... Antes de acceder, le pedí a Gary que me enseñara los tonos exactos que iba a usar.

—Sólo siete horas así —dijo mientras preparaba el tinte—. Qué suerte la mía.

Lo bueno de los montajes es que los aceleran. Yo tuve que estar planchando el trasero hasta el último minuto. En la versión cinematográfica seguramente no se habría visto la conversación telefónica de media hora que había tenido con mi madre sobre mi vestido de dama de honor y la parte en que me había comido un sándwich.

—¡Y ahora el maquillaje! —ladró Gary sólo cuatro horas después, y una chica con el pelo cortado a lo *pixie* y una piel de porcelana acercó un inmenso carro plateado.

Gary pasó las dos horas siguientes convirtiéndome la cara en un lienzo en blanco a base de esconderme todas las pecas. Siguió por el cuello hasta los hombros y, forzando la vista, conseguí

ver que mi piel de pronto era de color crema liso. Luego, con gran pericia y cuidado, me pintó una cara nueva encima de la mía.

Una hora más tarde, se limpió el sudor de la frente.

—Muy bien, ya está. —Su equipo se reunió a su alrededor para mirar, pero no pude descifrar sus expresiones. Gary había tapado los espejos para «la gran revelación». Los despachó a todos —. Evie, querida —me dijo—, me había parecido ver una lagarta en tu interior y por Dios que pienso que hemos conseguido sacarla. Creo que estás lista para el toque final.

Me hizo pasar por varias cortinas recias hasta llegar a un probador. En un asiento mullido había una caja hexagonal grande rematada con un lazo de satén de color tofe.

—¿Qué es esto?! —le grité a Gary, que me esperaba nervioso a la puerta del probador.

—¡Tú póntelo!

Tiré del lazo y retiré la tapa de la caja. Entre capas de papel de seda de color crema había un bulto de tela de un verde tan oscuro que casi parecía negro. Lo acaricié. Yo llevaba las uñas justo del mismo color. Al sacar el vestido de la caja, la tela me acarició la piel como un suave murmullo y la falda cayó al suelo. Debajo había un par de zapatos de tacón de charol negro con las suelas rojas y lacitos de seda en los tobillos. También había ropa interior. Ropa interior «con mucho refuerzo».

«Mete tripa, Evie. Literalmente.»

—¡Estoy lista! —grité.

Gary abrió la cortina de inmediato. Al verme, se quedó pasmado y se tapó nervioso la boca con los dedos.

—Ahí está la lagarta —dijo—. Ahora, ponte aquí y cierra los ojos. —Me dejé colocar donde él quería—. Tres, dos, uno.

Miré. Me había puesto delante un espejo de cuerpo entero con ruedas. El equipo al completo se había reunido a mi espalda, junto con un par de clientas. Por primera vez en mi vida, nadie podría haber sabido que me estaba ruborizando.

—¡Madre mía!

Gary estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Te gusta?

La chica que me miraba desde el espejo no era Evie Summers. A la nueva Evie la habían vertido dentro de un vestido que fluía por todas sus curvas como si fuera humo. Su pelo lustroso le caía en una espiral luminosa sobre uno de los hombros desnudos, de un color entre rojo bruñido y dorado. Del tono exacto que le habría gustado a mi yo adolescente. Tenía una piel clara, casi translúcida, unos enormes ojos de color zafiro y una boca de un carmesí oscuro. Era, debía reconocerlo, preciosa.

Sólo que no era yo.

—Gracias —le dije a falta de palabras más adecuadas.

Gary me dio un beso al aire en cada mejilla.

—Pareces salida de un sueño —comentó.

«Sí, de ese en que el príncipe guapo le dice a la chica que se ha enamorado de ella y luego la convierte en una persona completamente distinta.»

No sé por qué, no me sorprendió que ESNOB llegara en limusina.

—Un momento... —me ordenó desde la parte de atrás antes de dejarme subir. Me admiró un instante y se dibujó en su cara una sonrisa lenta, satisfecha—. Evie Summers, ahí estás —dijo.

—¿Cómo me ves? —pregunté, dando una vuelta con mis tacones y notando que el tobillo derecho amenazaba con torcerse.

—Absolutamente despampanante —dijo—. Pareces otra, Pelirroja.

Suspiré hondo y noté que las mejillas acartonadas por el maquillaje no me dejaban sonreír.

—Sólo quería darte las gracias.

—De nada —respondió ESNOB mientras servía dos copas de champán.

—Me he pasado toda la vida siendo un capullo sin abrir y tú me has hecho florecer.

Me miró con cierto recelo.

—Me alegra que pienses eso. ¿No vas a subir?

—Es que me ha hecho falta esta transformación para darme cuenta por fin de lo hermosa que soy.

Pasaron unos segundos.

—No estás muy contenta, ¿no?

—¿Tú qué crees? ¡Esto es lo más insultante, misógino y arrogante que podrías haber hecho, Ezra! —estallé. Casi se le cayeron las copas—. Sólo he venido a decirte, en persona, que nuestra cita se cancela.

—¡Quería darte algo de lo que escribir! —espetó. Me dejó desconcertada. Se acercó a la puerta y me miró muy serio—. Para tu «encuentro de película».

—¿Qué «encuentro de película»?

—Éste. ¡El nuestro! Llámalo *Amor con preaviso*, *La proposición*, lo que quieras... Me apunto.

—¿Has estado viendo comedias románticas?

«¿Y cuál de los dos es Sandra Bullock?» Eso daba igual.

—Todas las que me recomendaste.

Estaba a punto de replicarle cuando caí en la cuenta de algo.

ESNOB se estaba ofreciendo a ayudarme a cumplir la última cláusula de nuestro acuerdo. Justo como yo esperaba.

—¿Eres consciente de que, si tú eres mi don Final Feliz, tienes que terminar el guion?

Sus ojos azules me miraron transparentes e inocentes.

—Soy consciente de que te estoy ofreciendo ser el último «encuentro de película» de tu vida.

—Se apartó para dejarme sitio—. ¿No sientes ni la más mínima curiosidad?

Consideré mis opciones. «Me marcho ahora, con la cabeza bien alta, y le digo que se olvide del guion o...» Suspiré y metí primero en la limusina mi aparatosa bolsa y luego me levanté el vestido hasta las rodillas para poder subirme yo al asiento de cuero calefactado.

—Relájate —me dijo sonriendo de nuevo mientras me ofrecía una copa de champán. El cuello alto de la camisa que llevaba debajo del traje azul marino casi parecía la vestimenta de un cura, pero no había habido nunca un hombre de aspecto menos santo—. Si no te gusta lo que te voy a decir a continuación, te llevo directamente a casa. La transformación sólo era el primer paso de mi sorpresa. Quería hacer algo por ti, la mujer que ha conseguido que escriba una comedia romántica. Tenía que ser algo apropiado. —Me llené de esperanza. ¿Sería el guion, después de todo?—. Y he pensado: «¿Qué podría ser más apropiado que un estreno con alfombra roja?».

—¿Qué?

Me debatí entre la decepción y la emoción. Siempre había querido ir al estreno de una película, pero en todo el tiempo que llevaba trabajando con Monty nunca me había dejado. También quería el guion, claro.

Ezra apuró el champán.

—Sabía que te encantaría.

—¿Ésa es mi sorpresa?

—Es parte de ella. —Suspiré aliviada. El guion seguía siendo una posibilidad—. Mira, he cometido un error estúpido con la transformación, lo pillo, pero, por favor, no te rindas todavía. —Me lo dijo con cierta urgencia. Por todos los santos, parecía sincero—. Quiero que sepas —prosiguió— que las cosas son distintas. Contigo. Yo soy distinto —añadió entre frustrado y serio—. Por favor, créeme.

—Ezra —le pedí—, dime que no estás a punto de soltarme el discurso de «tú eres especial», porque eso es típico del conquistador de una comedia romántica y no voy a caer en la trampa. Menos aún viniendo de ti.

—Pelirroja —repuso con soltura—, ni se me había pasado por la cabeza.

Como en Hollywood

Exterior de la alfombra roja, Odeon, Leicester Square, miércoles 13 de febrero a las 18.00.

Ezra le tiende la mano a Evie y la ayuda a bajar de la limusina con un movimiento suave. Ella se queda a su lado y él le pasa el brazo por la cintura. El personal de seguridad los lleva hasta la alfombra roja, que está apartada del público mediante vallas. Ezra le susurra algo al oído a Evie que la hace sonreír mientras la dirige hacia las cámaras. Ella lo mira recelosa pero atenta.

Parpadeé, deslumbrada por los *flashes*, para poder absorber todo lo que pudiera de la escena. En cuanto pusimos un pie en la alfombra roja, nos asaltó un bullicio inmenso. Aquella no era una película menor. De la fachada del Odeon colgaba un cartel gigante, pero desde donde estaba no podía leerlo. Bordeaban la alfombra unos recipientes de cristal enormes con cirios encendidos dentro. Multitud de fotógrafos nos rodeaban por todas partes. De pronto me vi incapaz de moverme, sobresaltada por otro *flash* y la ingente cantidad de personas apiñadas en un espacio tan reducido. Ezra —ESNOB— me asustó levantándome la barbilla con un dedo para que alzase la mirada.

—Estás preciosa —dijo—. Déjalos que lo vean.

Me aparté.

—Estoy helada. —Me castañeteaban los dientes, en parte por el frío, pero también de los nervios.

Di un respingo cuando me deslizó la mano por la espalda, posando para las cámaras con la soltura que le daban años de práctica.

«Ezra Chester me tiene cogida por la cintura.»

¿Cuántas veces habría hecho aquello? En los estrenos mundiales de su película, por supuesto, y la noche en que le habían dado el Oscar, pero el resto... Debía de haber ido con Monica, que seguro que recorría la alfombra roja como si fuera suya. Los *flashazos* eran tan intensos que no veía nada. *Flash*.

—Ezra...

Yo quería seguir avanzando, pero él nos retuvo allí unos segundos más mientras echaba un

vistazo a nuestra espalda.

—Estás perfecta, Pelirroja.

Cuando intenté hablar otra vez, se me cerró la garganta con su nombre. *Flash*. Tropecé con los puñeteros tacones. «¿Y si mis amigos ven estas fotos?» Ni siquiera se me había ocurrido hasta que vi a la multitud. ¿Tan importante era aquella película? *Flash*. No podía con aquello. Yo no pintaba nada allí. «No tienes lo que hay que tener.»

—Lo estás haciendo muy bien, Pelirroja. —La sonrisa de ESNOB era natural y relajada, para las cámaras, observé, pero no me quitaba los ojos de encima—. Yo estaba exactamente igual la primera vez que pisé una alfombra roja.

—¿En serio? ¿Estabas nervioso? ¿Tú?

—Estaba aterrado. ¿Confías en mí? —«Ni una pizca», me dieron ganas de decirle. Pero ESNOB me estaba tendiendo la mano, mirándome cariñoso con sus ojos azules. La acepté con timidez—. Haz lo que haga yo. Mira allí, ahora a tu izquierda, abajo, a mí, otra vez a ellos. —Hice lo que me decía y empecé a relajarme—. Ahora a mí, abajo otra vez, y a mí. Sigue mirándome a mí. Mírame sólo a mí. —Le di un manotazo en el brazo. Sonrió aún más—. ¡Venga ya!

No era porque pudieran verme. Había querido ir a un estreno desde que tenía uso de razón. Puede que nunca volviera a tener una oportunidad así. «Tú puedes, Evie.» El ataque de pánico empezó a remitir, y se lo debía ¡a Ezra!

Miré al suelo. ¿Cuántos guionistas increíbles habrían recorrido aquel mismo camino? Personas que habían contribuido a hacer el mundo un poco más luminoso, un poco más fácil de entender. Yo solía imaginar cómo sería asistir a mi primer estreno como otras personas sueñan con sus bodas. Sentarme en las butacas rojas. Sentir la reacción del público a tu alrededor, sabiendo que era por tu historia, por tus palabras. Era lo que siempre había querido.

Una mujer con cazadora de aviador y pinganillo nos pidió que avanzáramos. Me zafé del brazo de ESNOB. Me llamó a gritos, pero yo había visto a alguien que conocía de una serie de HBO. Empezaban a llegar los actores. No me había perdido al guionista, ¿no? Confiaba en reconocerlo, fuera quien fuese.

Me puse de puntillas.

—¿Lo ves por alguna parte? —le pregunté a ESNOB, que había venido corriendo hasta mí.

—¿A quién? —dijo girando la cabeza y mirando a nuestra espalda.

—¡Al guionista!

—Lo tienes aquí —contestó arrimándose a él—. Y yo sólo te veo a ti.

—Cuidado con esa línea, que también es muy fina.

Esbozó una sonrisa.

—Pero se me da de maravilla no cruzarla.

—Avancen, por favor —nos dijo la misma mujer al pasar por nuestro lado.

Lo intenté, pero Ezra —ESNOB— aún me tenía agarrada por la cintura.

—¿Qué tendría de malo que estuviéramos juntos, Pelirroja?

La mujer volvió a donde estábamos.

—Caballero, señora, tienen que moverse, están llegando los actores.

—Un momento —le dijo ESNOB—, estoy intentando entender por qué esta mujer asombrosa y exasperante sigue negándose a creer que estoy loco por ella.

—Ya —contestó la vigilante divertida—. Señora, ¿me permite que le sugiera que acepte que este caballero está loco por usted para que los demás podamos seguir con nuestras vidas?

Él buscó con sus ojos azules los míos, desesperado por una respuesta. Muy a mi pesar, noté que se me ponía la carne de gallina. «¿Sería verdad? ¿Podría gustarme Ezra Chester de verdad?» No había salido huyendo ante la perspectiva de tener un «encuentro de película» conmigo. Había sido él quien me había pedido a mí que dejara de huir.

—Pelirroja, sé que Dicky te hizo sentir que nunca habías sido lo bastante buena para nadie, pero, sinceramente, que le den a ese tío —dijo sonriéndome—. Es imbécil. Igual que ese Papi Soso. Eres más que suficiente, Pelirroja. Lo eres todo. Me tienes aquí deseando estar contigo. Podrías tener todo lo que siempre has querido. Sólo has de decir que sí.

Había muchas cosas que no había previsto cuando había aceptado nuestro acuerdo. Que alguien pudiera enamorarse de mí de verdad. Que Ezra Chester se enamorara de mí.

O que pudiera haber la más mínima posibilidad de que yo, Evie Summers, pensara siquiera en enamorarme de él.

El *walkie-talkie* de la mujer de seguridad sonó y ella habló con urgencia.

—¿Que ella ya está aquí? —Nos miró—. Sí, todo despejado por aquí, ¿verdad? —dijo mirándonos.

—Sí —contesté yo.

Ezra me dedicó una sonrisa, no una de cine, sino una sincera y auténtica, llena de alivio.

—¿Estás preparada ya para tu sorpresa?

La ilusión me alborotó el pecho. Era el guion, tenía que ser. «Puedes tener todo lo que siempre has querido.»

—Desde luego.

Me estrechó en sus brazos, deslizando una mano por la seda de mi espalda, y, sin previo aviso, me echó hacia atrás, al estilo de Hollywood, y me besó allí mismo, en la alfombra roja. Fue, en muchísimos sentidos, el beso perfecto.

Entonces ¿por qué, mientras estallaban las luces a mi alrededor, oí la voz de Ben que me decía «Espero de verdad que sea lo que buscas»?

El bullicio de nuestro entorno se intensificó. Aparté mis labios de los de Ezra y, con la cabeza hacia atrás, vi el mundo del revés. Delante de nosotros se abrió un pasillo para la actriz que acababa de llegar.

Me quedé sin respiración.

A sólo unos metros de distancia, enfundada en un vestido largo de encaje negro, tan

despampanante como siempre, estaba Monica Reed.

Lo había visto todo.

ESNOB me puso derecha y yo me aparté de él conmocionada.

—Es su película —dije, y la súbita constatación me dejó sin aire en los pulmones. Le busqué la cara—. ¿Todo esto ha sido por ella? La «transformación». El beso. ¿Para ponerla celosa? ¡Dime! —le ordené—. ¡¡Dime que no es verdad!!

—Pelirroja...

Vi un destello de algo en sus ojos. «Remordimiento.»

Parpadeé para deshacerme de las lágrimas, sin saber si eran de dolor o de humillación o de ambas cosas.

—Esto era lo que te había prometido —dijo Ezra, recuperándose enseguida—. Tu sorpresa, ¿recuerdas?

—¿Besarme delante de tu exnovia? —pregunté sin dar crédito. No podía parecerse menos a lo que yo quería—. Ella tenía razón. Eres un crío, Ezra. Madura.

Me miró con dureza.

—Lo he hecho por nosotros. Por el guion. Eso lo entenderás, ¿no? Te dije lo mucho que necesitaba tus «encuentros de película» para seguir adelante. Necesitaba el último para poder terminar y a ti no te iba muy bien por tu cuenta. He sido sincero contigo en todo momento. Te he dado algo sobre lo que escribir. Ése era nuestro trato, Pelirroja. Tampoco es que tú no te hayas salido con la tuya. Te he salvado el puesto de trabajo.

Me dolía cada respiración, como si tuviera algo puntiagudo clavado en los pulmones.

Alguien carraspeó. Era la mujer de seguridad.

—¿Hemos terminado ya?

—Uy, sí, hemos terminado —contesté yo.

Lancé una última mirada a ESNOB y me levanté el vestido para irme. Un gesto que podría haber resultado extraordinariamente dramático si mi tobillo no hubiera decidido torcerse en ese preciso momento y hacerme caer de bruces en la alfombra.

Valoré la posibilidad de quedarme allí tirada hasta que entraran todos en el cine, pero alguien me dio la mano y tiró de mí.

Monica.

Me miró implacable, casi desafiante.

—Vamos. Caerse es lo fácil. Demuéstrales cómo te levantas.

Me apoyé en ella para quitarme los tacones. Los *flashes* se dispararon a nuestro alrededor.

—Gracias —le dije—. Y lo siento. Enhorabuena por la película.

Y, reuniendo la poca dignidad que me quedaba, hui.

ESNOB: ¿Qué quieres que te diga, Pelirroja? No pensaba que te lo fueras a tomar así. Se suponía que tenía que ser un gran final feliz para ti.

ESNOB: Pelirroja, ¿qué diferencia hay entre lo de esta noche y lo que hice por ti con Dicky?

ESNOB: ¿Necesitas que reconozca que he cometido un error? Vale: he cometido un error.

ESNOB: Estás de suerte, Pelirroja. Aunque no hayas conocido a nadie, he decidido terminar el guion. De nada. Sólo necesito que escribas sobre nuestro «encuentro de película» como si hubiera terminado como debía terminar. O sea, «y fueron felices...», por si no lo tienes claro.

ESNOB: Pelirroja, mándame el condenado «encuentro de película».

- ☺ Tienes una llamada perdida de ESNOB a las 20.03 de hoy
- ☺ Tienes una llamada perdida de ESNOB a las 21.45 de hoy
- ☺ Tienes una llamada perdida de ESNOB a las 23.03 de hoy

Evie: No hay más «encuentros de película». Se acabó.

El marrón

Interior del dormitorio de Evie, jueves 14 de febrero a las 18.42.

Evie está repantigada en la cama, comiéndose una tarrina de helado con el mismo vestido que llevaba en el estreno, que se le ha metido por dentro del pantalón del pijama. Tiene el pelo algo aplastado por un lado. Se ha quitado casi todo el maquillaje, pero le quedan unos manchurrónes negros debajo de los ojos.

Por primera vez en años, había llamado al trabajo para decir que estaba enferma. Después de todo lo que había pasado la noche anterior (y en los tres meses previos), necesitaba un descanso para aclararme.

Me había llamado Monty hacía un rato para informarme de que ESNOB se había quejado de mi falta de dedicación. Que si no sabía que faltaban cuatro días para que cumpliera el plazo y que él necesitaba el final para la reunión del lunes con Intrepid Productions. Ésa a la que no me había invitado. Que si no era consciente de lo que pasaría si ese día ESNOB se plantaba allí con las manos vacías. Yo le había confirmado que, en efecto, lo comprendía a la perfección, y había colgado.

Había vivido en un estado de ansiedad permanente desde que había sabido que la agencia podía quebrar, más y más tensa cada día, y la noche anterior, después de lo que ESNOB había hecho..., había reventado. En lo relativo a mis preocupaciones, era como un teléfono apagado. «El número al que llama está apagado o fuera de cobertura. Vuelva a intentarlo más tarde.»

Comí otra cucharada de helado de *cookies* y vi que me había llegado otro mensaje.

Maria: He pensado que querías ver esto, cariño.

Aun a más de trescientos kilómetros de distancia, la sensibilidad de mi amiga Maria no tenía parangón. Hice clic en el enlace y mi media sonrisa se desvaneció. Era una columna de *Bitch About It*:



RATA DE ALFOMBRA ROJA

Hay cosas que simplemente no se hacen. Prometerse en la boda de una amiga, robar protagonismo a la estrella de una película en su estreno... Sí, brujas, eso es lo que Ezra Chester (33), el ex desesperado de Monica Reed, intentó anoche llevando a una acompañante misteriosa al estreno. «Fue un intento lamentable de

recuperarla, pero se dio de bruces, ¡literalmente!», nos comunican fuentes cercanas a la actriz, refiriéndose al momento en que su rubia acompañante aterrizó de bruces en la alfombra. ¿Y quién la ayudó a levantarse? La propia Reed. ¡Qué clase!

La única foto mía que había era, por supuesto, una en la que estaba tirada en la alfombra boca abajo, a los pies de Monica. Al menos estaba irreconocible con aquel vestido oscuro y el pelo liso. Rubio, desde luego.

Maria: Pensarás que estoy loca, pero ¿ésa eres tú?

Miré fijamente el mensaje. Me había prometido a mí misma que les contaría la verdad a mis amigos y estaba deseando ir corriendo en busca de su consuelo, si es que lo merecía después de habérselo ocultado todo. Pero, tras lo ocurrido, no podía mirarlos a la cara sabiendo que había llegado a creer de verdad, aunque sólo fuera un segundo, que a ESNOb le gustaba. Y menos aún siendo consciente de que, para empezar, ellos jamás me habrían dejado ir si se lo hubiera consultado. ¡Qué boba había sido! Me cayó un pegote de helado en el vestido que dejó un reguero de blanco lechoso en la seda de color verde oscuro. Lo limpié antes de contestar.

Evie: ¡¿Qué?! ¡Pues claro que no! Yo estaba en casa, viendo algo en Netflix, ya me conoces.

Maria: Sólo preguntaba. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

Evie: Lo sé.

«Crisis sorteada.»

Toqué con la cuchara el fondo de la tarrina y bajé de la cama para ir a por más.

No quedaba nada comestible en el congelador. Abrí la nevera, dispuesta a comerme lo que fuese mientras fuera malo para mí.

Entonces vi la tarta que ESNOb me había enviado. La saqué y la puse, furiosa, en la encimera. Se me escapó un sollozo ahogado. Me tapé la boca con la mano y parpadeé para deshacerme de las lágrimas.

No lloraba por él. Era por lo que había hecho y por cómo había reaccionado yo. Por fin había empezado a bajar las defensas que había levantado después de lo de Ricky. ESNOb me había dicho unas cuantas cosas y, por primera vez en mucho tiempo, me había abierto. Me había costado un poco, pero al final lo había dejado entrar. Aquel tío no tenía por qué ser un ejemplo de lo que iba a pasar si bajaba las defensas.

Empecé a respirar más tranquila y me quedé mirando la porquería aquella que no era ni mucho menos una tarta. Ni siquiera tenía la decencia de ser mala para mi salud. La cogí de todas formas y me la llevé al dormitorio, arrancando un pedazo por el camino y metiéndomelo en la boca.

«Uf. ¡Madre mía!»

Estaba muy... seca pero a la vez jugosa, con cierto regusto químico. Era como comer

gomaespuma mojada en cola de carpintero.

Fui corriendo al baño y lo escupí directamente en el váter, con una arcada. Al erguirme, me vi en el espejo.

La cara llena de churretes de lágrimas. El pelo lacio. El rímel corrido. La mitad de las pecas aún tapadas por el maquillaje. Apenas me reconocía. Con lo orgullosa que me había sentido por lograr que ESNOB escribiera... Al final, él había conseguido lo que quería: había superado su crisis de inspiración y, pese a lo que decía, no me necesitaba para terminar el guion. Pronto lo elogiarían por todo Hollywood. ¿Y a mí qué me quedaba? Mi empleo. Un ascenso. Tendría que estar contenta.

Tiré de la cadena y noté de pronto una inmensa satisfacción al ver cómo la tarta se iba por la taza. «¡Adiós, ESNOB!»

Eso me hizo sentir... ¡bien! Tiré otro trozo. Cayó dentro con un chof fuerte y maravilloso. Apreté el pulsador de la cisterna. Flush. «¡Adiós, capullo arrogante!» Chof. Debería sentirme orgullosa de mí misma. Flush. Había conseguido que ESNOB escribiera. Chof. Los «encuentros de película» habían dado mucho más fruto del que podría haber soñado. Flush. El club de lectura. Chof. Steph. Flush. Volver a escribir. Chof. Ben y Anette... Flush.

Aterrizó dentro otro trozo. Chof. «Así que toma, pedante.» Flush. Número uno. Chof. «¡Niñato! ¡Mamón!»

Apreté el pulsador de nuevo. Si no pesaba lo suficiente, no se lo tragaba. Lo intenté unas cuantas veces más. Nada. El último trozo se quedó encajado al fondo de la taza, negándose a ceder. Cerré los ojos y volví a intentarlo. Flush.

«Ay, menos mal.

»Un momento...»

¿Por qué tenía los dedos de los pies mojados?

Miré. La taza se había llenado hasta arriba, el agua había empezado a rebosar y aquel último trozo de tarta flotaba de pronto en la superficie como un tronquito marrón.

Me aparté de un brinco, sosteniendo la bandeja a modo de escudo.

Tendría que haber dejado de salir agua ya.

La cisterna protestó de forma alarmante.

Me quité de una sacudida las zapatillas empapadas y me quedé descalza en el agua.

—Puj. —Agarré las toallas del radiador toallero y rodeé con ellas la base de la taza del váter. Apenas habían empapado el agua cuando empezó a salir más—. ¡Para! —le grité al inodoro—. ¡Para, por favor! Lo he pasado fatal y, de verdad, ¡de verdad!, que esto es lo que me faltaba.

El váter no reaccionó a mis súplicas. «¿Qué hago?» Busqué desesperada algo por allí, lo que fuera, que me pudiese servir. Me alivió ver el mango de la escobilla que asomaba al lado del váter.

Lo agarré y me asusté tanto cuando empezó a vibrar que se me cayó dentro de la taza. Entonces vi cómo el Miorgasmo 3000® de Jane desaparecía por el sifón.

Recorrí nerviosa el pasillo de un lado a otro. El váter seguía soltando agua y yo había hecho todo lo posible por sacar de allí a Belinda, incluso con la escobilla de verdad, con la que por lo menos había podido apagarla.

Había llegado el momento de pedir ayuda a alguien. Lo lógico habría sido llamar a un fontanero. «Hola, necesito un fontanero porque se me ha atascado el váter. ¿Con qué, dice?» Me estremecí. Ni hablar. Después de tres meses de «encuentros de película» rematados por un aterrizaje forzoso en una alfombra roja, había cubierto el cupo de humillaciones.

Me quedaba Jane. Igual ella tenía algún amigo que sabía qué hacer. Aunque para eso tuviera que confesarle que su queridísima Belinda estaba atascada en el sifón. Cada vez que la llamaba, me saltaba el buzón de voz: «Si me necesitas, seguramente ando liada en alguna parte. ¡Hasta luego, corazón!».

La lista de personas que conocía en Londres de pronto me pareció muy pequeña. Estaba Steph, pero dudaba que quisiera pasar el día de San Valentín metiendo la mano en mi inodoro. Y, por desgracia, Monty, al que yo ya había rescatado de dos marrones de ese tipo, seguramente no se consideraba en deuda conmigo.

Sólo me quedaba una opción.

Evie: Tengo un problemón.

Aunque me daba muchísima vergüenza, expuse la situación, diciendo incluso que la tarta me la había regalado ESNOB. No especificué el motivo.

Evie: Siento muchísimo interrumpir vuestro día de San Valentín con esto.

Sarah: Estamos en plena comida a domicilio para dos de M&S. Dice Jim que menos mal que no ha pedido el pudín de chocolate.

Evie: ¡¿Se lo has contado?!

Sarah: Sigo sin entender por qué ESNOB te ha mandado una tarta.

Maria: David dice que llames a un fontanero.

Evie: ¡¿Ya lo sabe todo el mundo?! ¡No puedo! ¡¿Qué va a decir cuando le cuente que tengo el váter atascado con tarta y un vibrador?!

Jeremy: Eres una chica soltera y sola el día de San Valentín, seguro que los llaman con cosas así a todas horas.

Evie: Alternativas viables, por favor.

Jeremy: ¿A quién vas a llamar? ¡A Viudo Macizo!

Evie: No me estás ayudando, Jeremy.

Maria: Pues yo estoy con Jeremy. ¿No vive cerca de ti?

Evie: No quiere verme.

Sarah: Si lo llamas, seguro que va, créeme.

El charco de agua había llegado ya al vestíbulo. Por la moqueta de color crema había pedazos de tarta poco apetecibles de idéntico aspecto que cualquier cosa que pudiera salir flotando de un inodoro. Sarah se equivocaba con Ben. Me había dejado plantada en Gil's la semana anterior y ni siquiera había contestado a la foto de los chocolates calientes que le había mandado. No sabía si iba a poder soportar que me defraudara otra vez. Sobre todo cuando ya pensaba que todo lo que yo hacía era un espectáculo. Con esto le daría la razón. No había más que ver el pastel, y nunca mejor dicho.

A la vuelta de la esquina

Interior de la entrada de la casa de Evie, jueves
14 de febrero a las 20.23.

Evie se remete el vestido dentro del pantalón del pijama y se estira la rebeca. Se lleva corriendo las manos al pelo y luego niega con la cabeza, convencida de que no tiene arreglo posible. Inspira hondo un par de veces y abre la puerta. Al otro lado hay un hombre alto de espalda ancha con una caja de herramientas en la mano, mirando en otra dirección, hacia la calle.

—Gracias por venir.

Ben me miró y abrió mucho los ojos. No esperaba que llegara tan pronto y no me había dado tiempo más que a ponerme una rebeca. «¡La pinta que debo de llevar!»

—No hay problema. Seguro que no tardo mucho —dijo levantando la caja de herramientas.

Me aparté para dejarlo entrar.

—Mejor quítate también los calcetines —le aconsejé mientras se desprendía de la gruesa chaqueta azul marino y la colgaba en el perchero de la entrada, con ganchos en forma de dedo diciendo «ven aquí». Se quitó también el suéter. Debajo no llevaba camisa como siempre, sino una camiseta sencilla de color azul que se extendía por su ancha espalda.

—¿Vamos...? —señaló, y me sobresaltó.

—Ay, sí, perdona. Es al fondo del pasillo —le indiqué, di media vuelta y lo llevé, procurando meterme a toda prisa el resto del vestido por los pantalones.

—¿Y Anette?

—Ya se encuentra bastante mejor y se ha quedado a dormir en casa de sus abuelos —me dijo en un tono agradable pero falto de emoción, como si fuésemos conocidos que se encuentran en la calle.

—¿Ha estado enferma? —pregunté, anadeando entre las toallas mojadas.

—¿No has recibido el...? —Se interrumpió. Me volví. Miraba algo marrón anclado a la moqueta mojada.

—Es tarta —le expliqué.

Se mostró muy aliviado.

Entró en el baño primero, chapoteando en las baldosas con los pies descalzos. Yo lo seguí de cerca.

—¿Puedo ayudarte?

Me respondió cargándome con la caja de herramientas.

—¿Sabes qué ha pasado? —preguntó.

Para asegurarme de que venía, le había mencionado sólo la inundación, no la causa. Empecé a toquetear nerviosa el asa de la caja de herramientas.

—Puestos a especular —dije como si nada—, igual se ha llenado de tarta.

Lo único que se oía era el agua que caía sin parar por el borde de la taza.

—Vale —repuso sin alterarse.

Preferí no contarle lo de Belinda también. Puede que hubiera conseguido desatascarla con la escobilla y estaba dispuesta a arriesgarme.

Pensativo, ladeó la cabeza para oír mejor los ruidos de atranco de la cisterna. Se puso unos guantes de látex y yo lo miré espantada.

—Tranquila, sé cómo arreglarlo. No voy a tardar.

—No me lo digas —bromeé, apoyando la rodilla en la caja de herramientas para que no se cayera de la bañera—: has visto cosas así antes.

Casi sonrió.

—Anette ha llegado a meter en el váter cualquier cosa que se te ocurra.

Estábamos siendo muy adultos los dos. Yo le sujetaba la caja de herramientas mientras él buscaba la llave de paso del agua (no había) y decía cosas como «Voy a tener que manipular la boya para pararlo», y yo asentía como si lo hubiera entendido.

—Entonces..., esto es tarta —apuntó al cabo de un rato con una mano bien metida en la cisterna.

Suspiré y cambié la rodilla contra la que apoyaba la caja de herramientas. Podríamos haber seguido así, sin necesidad de hablar de ello.

—Ha sido una estupidez, lo sé.

—¿Qué ha pasado? —preguntó amablemente.

El pobre tenía la mano en mi váter, ¿qué daño podía hacerle ya la verdad?

—Salí con ESNOB. Resultó ser un error. Y no sólo por su espantoso gusto para hacer regalos.

Me miró con sus ojos pardos.

—¿Y el guion? —dijo en voz baja—. ¿Aún conservas tu empleo?

Fue un detalle por su parte preguntar, teniendo en cuenta dónde tenía la mano en ese momento.

—No estoy segura.

Puede que ESNOB escribiera el final a pesar de todo. Puede que todo saliera bien y me hicieran agente como siempre había querido. Ojalá me alegrara más aquella posibilidad.

Ben asintió con la cabeza y se centró de nuevo en la cisterna.

—Ya está —dijo apartándose. Fue un alivio ver que por fin había dejado de salir agua—.

Ahora tengo que sacar lo que lo está atrancando —me explicó.

«Ah. Eso.»

Se puso manos a la obra con el desatascador que había traído, y del agua que rebosaba fueron cayendo islitas marrones que flotaban por el suelo dando vueltas sobre su propio eje. Retrocedió. Un trozo grande de tarta emergió del sifón y empezó a flotar en la superficie.

—Tenemos un superviviente —dijo. Yo puse cara de asco—. Perdona, un chiste fácil. La costumbre. —Lo cogió con la mano y lo depositó en la bañera—. Sigue habiendo algo ahí dentro —añadió asomándose a la taza.

Yo hice una mueca y me aferré a la caja de herramientas, preparándome para lo peor.

—¿Estás seguro? —le pregunté en tono lastimero. «Ay, por favor, ¡lárgate, Belinda!»

—Voy a tener que llegar hasta el fondo —dijo y, mirando el inodoro sin mucho entusiasmo, se agachó y metió la mano.

El agua desbordó por un lado, empapándole la camiseta. Me sorprendí observando la forma tan interesante en que se le adhería el tejido al pecho, hasta que me acordé de que era agua del váter.

Luego se inclinó demasiado y resbaló, y le quedó la barbilla peligrosamente cerca de la superficie.

—¡Ben! —Sin pensarlo, me abalancé sobre él para ayudarlo y me cayó una llave inglesa en el pie descalzo—. ¡Mierda! —exclamé saltando a la pata coja. Entonces resbalé yo también y vi cómo la habitación se me volvía del revés y la caja de herramientas se me escapaba de los dedos—. ¡Ufff!

Me quedé de pronto sin aliento. Unas manos firmes me sujetaron la espalda. Ben me había cogido al vuelo. Con delicadeza, me bajó al borde de la bañera, ignorando la caja de herramientas que había volcado dentro.

—Aaayyy. —Se me saltaban las lágrimas.

—Deja que te eche un vistazo.

Antes de que pudiera impedirselo, estaba acuclillado, con una rodilla hincada en el suelo mojado, quitándose los guantes para poder cogerme el pie. De forma refleja, le solté una patada y le aticé sin querer en plena barbilla. Cayó de espaldas, agarrándose a mi tobillo y, patinando en las baldosas mojadas, me arrastró consigo.

Acto seguido estábamos los dos tirados en el suelo, nariz con nariz, yo encima de él, ambos jadeando un poco.

—¿Para qué haces eso?! —le grité.

—¡Me has dado una patada!

—¡Tú me has hecho cosquillas en el pie!

De pronto, Ben sonrió y se le iluminó la cara entera. Y allí, temblando, tendida encima de él, empezó a latirme tan fuerte el corazón que seguro que él notaba cada latido. Pero aquél era Ben. El hombre que había salido corriendo cada vez que le había parecido que podía verse atrapado en uno de mis «encuentros de película», que me había dejado plantada en Gil's el domingo anterior.

—Ben... —le dije, porque noté algo.

—Es el desatascador —me replicó enseguida, y lo retiró.

BZZZZZ. Se oyó un zumbido.

Ambos miramos hacia el váter.

—Evie, ¿qué es eso? —preguntó.

Me puse como un tomate y me incorporé para levantarme. Genial. Como si Ben no tuviera razones de sobra para censurarme.

—Seguro que ni siquiera te sorprende nada de esto —opiné subiendo la voz para que me oyera con el zumbido.

—¿A qué te refieres? —preguntó levantándose también.

—Oí lo que le decías a esa mujer, Samantha, antes de Navidades. —*Bzzz*—. «Se empeña en ponerse en evidencia en público» —dije imitando su voz grave—. Bueno, pues aquí tienes la prueba —añadí sacudiéndome los trozos de tarta mojados del vestido estropeado.

—Recuerdo bien lo que dije —contestó Ben, manteniendo la compostura, y volvió a colocarse los guantes.

—¡Ni siquiera lo niegas!

Se puso de rodillas y ladeó la cabeza para aguzar el oído.

—Esa mujer está empeñada en que no deje que Anette se quite los audífonos en público para que pueda ser «normal» —terció con la voz algo de pito mientras volvía a meter la mano hasta el sifón—. Desde que conociste a Anette, siempre la has tratado con naturalidad. Y, por las cosas que haces, cuando te mira, ve a alguien a quien no le importa lo que piensen los demás. Cuando estás tú, no tiene que ser «normal». Es ella misma, nada más. Ésa es la conversación que oíste. Destornillador.

Me arrastré como pude para enderezar la caja de herramientas y le pasé lo primero que vi parecido un destornillador.

—Pero... en el fondo no me tragas. No hago más que liarla.

—A ver..., ¿de dónde sacas eso? —quiso saber Ben, arrugando la cara mientras intentaba soltar con la punta del destornillador lo que estaba atascado en el sifón.

BZZZZZZZZZ. BZZZ. BZZZZZ. BZZZZZ. «¡Ay, Dios!» Había puesto a Belinda en una especie de modo turbo.

—No fuiste a Gil's la semana pasada —repuse sin mucha convicción.

—Te mandamos un mensaje. ¿Qué demonios tienes aquí? —masculló.

—Ah, ¿sí?

—Con fotos —dijo Ben. Ladeó la cabeza—. ¡Ajá! —Sacó la mano, blandiendo algo triunfante. Tardó dos segundos largos en darse cuenta de que me estaba amenazando con un vibrador en marcha, a la máxima potencia.

Mientras Ben se daba una ducha, yo me senté en la cama para poner al día a mis amigos sobre el «Expendiente Atranco», como se conocería a partir de entonces.

«Ben está en mi ducha.»

Me quité la idea de la cabeza en cuanto vi que tenía más de cincuenta mensajes.

Sarah: SE HA FASTIDIADO TODO. VOY A CANCELAR LA BODA.

Evie: ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

Sarah: ¡El puñetero fotógrafo se ha roto la puñetera pierna bailando en la puñetera boda de no sé quién! ¡¡Ha cancelado a dos días del evento!! ¡¡Jim amenaza con reemplazarlo por uno de sus primos!!

Evie: Lo siento mucho, Sarah. ¿No puede hacerlo nadie más?

Me llevé una mano al corazón alborotado. Aunque no podía tranquilizarme más ver que Sarah estaba siendo Sarah, también quería llegar a la vejez.

Sin mirar, ya sabía cuál iba a ser la respuesta de mi amiga.

Sarah: Evie, tienes que pedirselo a Ben.

Evie: Igual no es tan fácil.

Jeremy: ¡Viudo Macizo!

Sarah: Te lo suplico. ¿Te acuerdas de que echaste a perder mi despedida de soltera? Me debes una bien gorda. Él tiene mucho más talento que cualquier fotógrafo de bodas de verdad.

Maria: Coincido en que parece la solución perfecta si está libre, pero ¿no dijo Evie que llevaba un tiempo sin tocar la cámara?

Mientras decidía qué hacer, me puse unos vaqueros y un suéter. Ben ya había hecho muchísimo por mí.

Puede que hubiera dicho que ya no era fotógrafo, pero yo sabía que, en el fondo, seguía encantándole. Lo que significaba que aún había una posibilidad de que volviera a dedicarse a ello, independientemente del motivo por el que lo hubiera dejado. Por poco que pareciera, quizá aquello lo ayudase. Así, yo podría compensarle su amabilidad.

Lo iba a hacer.

Lo haría por Ben.

Evie: Vale, lo voy a intentar.

Sarah: ¡Genial! Entonces, ya está todo arreglado. Menos mal que no me he subido por las paredes.

Jeremy: ¡!

Evie: No prometo nada.

Sarah: Tranquila, a ti te dirá que sí.

Maria: Buena suerte, cariño.

Me acerqué a la puerta del baño y oí a Ben entonando el tema principal de *Cantando bajo la lluvia*.

—¿Te apetece un chocolate caliente?! —grité sin caer en la cuenta de que le estaba ofreciendo más líquido marrón.

Dejó de cantar.

—¡Sí, gracias! —contestó.

Estaba claro que tenía buen estómago.

—Te he dejado ropa encima de mi cama.

Unos minutos después, entró en la cocina con el pelo oscuro mojado y ahuecado por donde se lo había secado un poco con la toalla. Llevaba mi antigua sudadera con capucha de la Universidad de Sheffield y le quedaba mejor a él.

—¿Eso que tienes en la pared es una cita de *Brick Park*? —preguntó—. «Que deje huella.»

—Sí —contesté—, lo encargó mi padre.

Así que Ben sabía frases de mi película favorita, ¿y qué? Añadí nubes de azúcar extra a su bebida.

—Tu pelo... —dijo.

Me lo toqué cohibida. Se me había vuelto a rizar con el agua.

—Se me ha ido el alisado —contesté con tristeza.

—A mí me gusta así.

Sonreí y le pasé la taza de Gil's.

—Toma. ¡Feliz día de San Valentín! Gracias por pasarlo desatascándome el váter.

Rio y me cambió la taza por la suya.

—Está desportillada —dijo mostrándomelo.

En cuanto nos instalamos en el sofá juntos, me metí una cucharada de nubes de azúcar en la boca para armarme de valor antes de empezar.

«Allá voy.»

—Quiero preguntarte una cosa. —Ben sopló su bebida, mirándome con sus ojos firmes—. ¿Estás libre este fin de semana?

Dejó de soplar.

—Como de costumbre. ¿Por...?

—Es la boda de mi amiga Sarah. —Lo solté todo lo rápido que pude—. Ya sé que no es lo que sueles hacer y que es sólo una boda, bueno, no es «sólo» una boda para mi amiga, por eso esto significaría muchísimo para ella, y puede venir Anette también, claro. —Ben se irguió en el asiento, algo esperanzado. Yo seguí, alentada—: Sarah te cubrirá todos los gastos y te pagará, por supuesto, y lo del alojamiento ya está arreglado, porque el fotógrafo que había contratado tenía habitación.

Miré el móvil. Sarah me había estado mandando los detalles durante los últimos quince minutos.

—¿Me estás pidiendo que sea el fotógrafo...? —dijo despacio, volviendo a recostarse en el asiento.

—Me harías otro favor inmenso, y sé que esta noche ya me has sacado un consolador del váter, pero significaría mucho para Sarah.

«Y el caso es que creo que podría ser precisamente lo que necesitas», habría querido decirle también.

Se quedó muy callado.

«Vamos, Ben, aprovecha la ocasión. Por favor.»

Se levantó.

—Lo siento. No puedo.

—Espera, Ben... —lo llamé. Ya estaba cruzando la puerta.

—Gracias por el chocolate.

Me quedé hecha un ovillo en el sofá mientras él recogía sus cosas, preguntándome si habría hecho lo correcto. De camino a la salida, pasó por el salón y se detuvo. Por un instante, pensé que iba a decir algo.

—¿Ben?

Pero lo único que oí fue la puerta de la calle cerrándose.

Ya era casi medianoche cuando me llegó su mensaje.

Ben: He hablado con Marc. Te mando sus datos. Le vendrá bien el trabajo. Lo siento, Evie.

Servicio Completo

Interior de The Ash, viernes 15 de febrero a las 18.23.

Evie está sentada a una mesa en el bar de la tercera planta, con una expresión comedida en el rostro. Hay una bolsa con un vestido colgada encima de una maleta que tiene al lado. Monty está junto a la barra, hablando por teléfono e indicando a un camarero la mesa a la que está sentada Evie. Es John, que aminora el paso al verla.

Casi le había dicho que no a Monty cuando me había propuesto que nos viéramos en The Ash. Viajaba a Sheffield esa noche para la boda de Sarah, que era al día siguiente. Pero había empezado a rumiar las posibles explicaciones. Monty jamás me había llevado a tomar una copa antes. A lo mejor ésa era su forma de despedirme después de que le hubiera colgado el teléfono el día anterior. O a lo mejor ESNOB se había cabreado tanto conmigo que se lo había contado todo. O a lo mejor había terminado negándose a escribir el final porque yo no le había mandado «nuestro» «encuentro de película». En general, Monty tenía razones de sobra para despedirme. No podía ir a la boda de Sarah con eso rondándome la cabeza.

Cuando apareció John y me mostró una botella de champán antes de servirlo, me relajé un poco. Dudaba que Monty fuese a celebrar mi despido, al menos en mi presencia. Estábamos a tres días de la fecha oficial en que se cumplía el plazo. ¿Era demasiado esperar que ESNOB hubiera entregado? A ver si Monty acababa de hablar y me lo contaba ya.

John terminó de servir en silencio. Tenía la sensación de que aún estaba molesto por lo ocurrido la última vez que yo había estado allí.

—Quisiera darte las gracias —dije— por la delicadeza con que manejas siempre las situaciones, por muy difícil que te lo pongamos. Te prometo menos drama a partir de ahora.

Me pareció que se ablandaba un poco.

—No se preocupe —repuso dando media vuelta para irse—. En este sitio no es usted la peor ni mucho menos.

Monty no había terminado aún, así que saqué el móvil y miré de nuevo las fotos que me habían entrado esa mañana. La primera era un selfi: Anette con las mejillas coloradas, la nariz mocosa y la mano de Ben sujetándole el termómetro en la frente mientras ella bebía de una taza humeante. La siguiente era una de Ben en una silla blanca junto a la cama de su hija, relajado y distraído, con

la cabeza gacha, el pelo oscuro cayéndole por los ojos mientras leía en voz alta el ejemplar de *Peter Pan* que yo le había regalado a Anette por Navidad. La imagen me entristeció un poco.

Por lo visto, Anette debería haberlas enviado el domingo anterior, pero no lo había hecho. Yo tenía el presentimiento de que era porque había salido con ESNOB. Anette estaba tan empeñada en emparejarme con Ben que probablemente le había parecido una traición. Al menos el incidente del váter había servido para algo. Esa mañana, la niña me había mandado un mensaje junto con las fotos: «Siento que ESNOB te regalara una tarta que parecía caca», y aunque me había dado muchísima vergüenza que Ben se lo hubiera contado todo, había merecido la pena porque me había perdonado.

Monty volvió a sentarse en su sitio, con la tripa sobresaliéndole por encima del cinturón. Sudoroso, agarró las copas de champán y me plantó una en la mano.

—Alegra esa cara —me pidió—, que estamos de celebración.

—¿Qué celebramos? —pregunté desesperada por oírsele decir.

—Tu guion, por supuesto —contestó Monty, y yo me pregunté si toda la tensión del asunto de la agencia habría terminado afectándole.

—El guion de Ezra, querrás decir.

Monty se limpió el labio superior y se meció en el asiento guiñándome el ojo.

—Confieso que no me había dado cuenta —observó, bebiendo un buen trago de champán—. Habéis sido los dos muy astutos, haciendo las entregas a través de Ezra. Has hecho un trabajo extraordinario, Evie. Hasta que me mandó la parte de la despedida de soltera no caí en la cuenta. Recordaba que me habías contado algo de que no ibas a estar localizable durante el fin de semana y, acto seguido, leo la historia de una chica en una despedida de soltera que sin la menor duda eres tú. Ezra es un genio, pero la creación de personajes nunca ha sido su fuerte. —Las burbujas me estallaban en la boca como perdigones de una pistola de foguero—. Así que rescaté de mi archivador aquel antiguo guion tuyo y el estilo coincidía. Fue entonces cuando lo supe —dijo aporreando la mesa con la base de la mano.

—No lo entiendo.

—Tú le has estado dando las escenas —añadió Monty, encantado de haberlo descubierto—. Ya sabes, la despedida de soltera, la bebida derramada, el club de lectura de novela verde...

¿A qué se refería? ¿A los «encuentros de película»?

«No, no, no.» No podía ser. ESNOB me había usado para inspirarse, no para robarme las palabras. ¿Por qué iba a hacerlo? Era un guionista oscarizado. Era...

Era un hombre que había fingido enamorarse de mí para conseguir que le escribiera su «final feliz». Empecé a respirar con dificultad, como si me faltara el aire.

Monty prosiguió, ajeno a todo.

—Si yo no hubiera caído en la cuenta antes, el final lo habría delatado. El que me ha dado para los productores es una pena. Está claro que ha intentado escribirlo él solo. Le falta el toque

femenino, ya me entiendes. Necesita que tú lo espolvorees con tu magia antes de la reunión del lunes con Intrepid.

Agarró su maletín, sacó el guion y me lo puso delante. Allí estaba. Lo que tanto le había rogado a ESNOB que me enseñara.

Y que por lo visto yo ya había leído.

Lo cogí, sin apenas sentir el papel en mis dedos mientras pasaba la primera página. «El de la bebida derramada.» Era el comienzo de mi «encuentro de película», rematado con los retoques (en su mayoría insultantes) de ESNOB.

Interior del Café, East Dulwich, domingo 2 de diciembre a una hora intempestiva (10.00).

Cheryl, veintitantos, pelo rubio por los hombros, vestido largo, tacones, espera nerviosa delante del mostrador.

Todos mis «encuentros de película» estaban allí: el de la bebida derramada en Gil's, el de la librería, el del viaje en coche... Cada instante horrendo de los últimos meses. Todo. Lo había convertido en un guion. Se había tomado algunas licencias con el aspecto de la narradora, pero ese diálogo, la descripción, casi todo era mío. «Te mandaré las páginas cuando sean buenas y estén listas», me había dicho ESNOB, ganando tiempo para hacer los cambios necesarios. Después de los primeros informes, prácticamente me había instado a que describiera todos los «encuentros de película» como si fueran un guion. Cada vez me pedía más diálogo. La segunda parte del guion era casi idéntica a lo que yo le había mandado, pero había colado un nuevo personaje: ¡él!

—¿Cómo acaba? —me sorprendí preguntando, aunque en el fondo ya lo sabía.

—Fatal —me contestó Monty—. El guionista le dice a su asistente que se ha enamorado de ella, le da un beso de película en la alfombra roja y ella le parte el corazón. Es como si no hubiera visto una comedia romántica en su vida. Después de ver las fotos del estreno de Monica Reed, sospecho que lo escribió basándose en su propia experiencia. —Me dedicó una mirada cómplice y yo me tensé, esperando la acusación. Sólo que el que su asistente hubiera salido con su cliente y montado un numerito en público no era asunto suyo—. A los productores no les gusta nada. Quieren un final feliz. No vamos a dejar que una riña de pareja nos fastidie el asunto ahora, ¿verdad?

Me daba vueltas la habitación, se me nubló la vista. Unas páginas cayeron al suelo. ESNOB se había pintado como el héroe romántico y a mí como la mujer que le había roto el corazón. ¿Y por eso Monty daba por supuesto que yo no había escrito el final?

—Los productores no lo aceptarán hasta que cambiemos el final por uno más satisfactorio, y hay que pulirlo un poco todo —dijo Monty. Tenía la mirada fija en mí, consciente, quizá, de que su asistente no estaba reaccionando como él esperaba—. Has llevado el guion muy lejos, Evelyn, es hora de cerrarlo. Ezra agradece mucho todo lo que has hecho. Lástima que un agente no pueda figurar como guionista, ¿verdad?

De pronto lo vi todo clarísimo.

—Pero yo no sé escribir —repuse—. Tú mismo me lo dijiste.

Habían pasado siete años y el recuerdo de aquella reunión aún me dolía. Recién llegada a Londres a los veintidós, me había sentado delante de William Jonathan Montgomery III con la sensación de que estaba a punto de experimentar un gran cambio y consciente de lo orgulloso que se sentiría mi padre. Allí estaba yo, en la antigua agencia de Dorothy Taylor, con un cartel de *Brick Park* en la pared.

Monty había querido que nos viéramos para hablarme del guion que le había enviado, el mismo en el que había puesto el corazón y el alma y me había fundido los ahorros para poder terminar. Era una película dedicada a todas las chicas que, como yo, se habían educado emocionalmente con la escuela de Nora Ephron; era una película sobre un padre que sabía que podía morir en cualquier momento y vivía la vida como si no fuera así. Era ñoña y había que pulirla, y a lo mejor el guion no habría sido el que vendiera, pero era un primer paso, uno que habría dado si Monty no me hubiera dicho las palabras que me rompieron por dentro. Siete palabritas que se habían colado por la fisura que me había dejado la muerte de mi padre y la habían convertido en una grieta.

«No tienes lo que hay que tener.»

Resultó que sólo me había llamado para pedirme que fuera su asistente porque la anterior acababa de largarse. Me dijo que admiraba el entusiasmo que había mostrado en la carta de presentación que había mandado a la agencia. Estaba desesperada y aún me tambaleaba cuando acepté.

Había pensado en las palabras de Monty tantas veces a lo largo de los años que se habían convertido en mi mantra. Ahora, sentada delante de él, me preguntaba cuánto poder tendrían aún sobre mí.

Apuró el champán y sirvió más.

—Quizá entonces me precipité un poco —me dijo sereno, frívolo, como si no significara nada para él.

Habría querido poder plegar el tiempo, juntar aquel instante con el momento en que me había despojado de toda mi seguridad en mí misma, para que se tocaran. «No te rindas —quería decirle a mi yo más joven—. No pongas tu autoestima en manos de otros cuando más vulnerable eres. Escucha a los que te quieren.»

—Deberías sentirte orgullosa de ti misma —añadió Monty, y fue a servirme más champán, pero vio que apenas había tocado la copa—. A los productores les gusta tanto tu guion que sólo quieren tu final, no el de Ezra. Aunque tampoco saben que es tuyo, claro. Ya te has encargado tú de eso. Siempre tan profesional, salvo por los contratiempos de la alfombra roja. ¡De todo se aprende!

Entonces reparé en la enormidad de lo que había hecho ESNOb. Me había manipulado desde el principio. Me había robado mis palabras y las había hecho pasar por suyas. Mientras crecía la rabia en mi interior, no paraba de preguntarme por qué. Cuando habíamos sellado nuestro acuerdo, él no podría haber sabido que yo iba a terminar mandándole material que podía usar para el guion.

—No pienses que no va a haber recompensas —me dijo Monty. Yo ya conocía ese tono.

Pensaba que mi silencio significaba que me estaba callando algo, como si aquello fuera una negociación—. Lógicamente, cuando la agencia reflote... —Brindó conmigo—. Por Evelyn Summers, agente júnior. ¿Qué tal suena eso?

Apenas presté atención a sus palabras.

—Es mi guion —dije en voz baja.

—Sí, bueno, tú eres mi asistente, a punto de dar el siguiente paso si sigues jugando bien tus cartas. Lo tuyo es ayudar a los guionistas.

—No, Monty, este guion es mío de verdad —repuse con rotundidad—. Ezra me lo ha robado.

Le tembló la mano mientras vaciaba la botella de champán en su copa, y entonces vi que sabía muy bien lo que había hecho ESNOB.

—Evelyn Summers, agente, pues. ¿Eso te suena mejor? Y si los productores no se enteran, mejor.

«De verdad cree que voy a hacer lo que me diga.»

¿Y por qué no iba a creerlo? Siempre lo había hecho.

Pensé en lo mal que lo había pasado, en mi dedicación profesional durante los últimos siete años, empeñada en demostrarle mi valía a un hombre que decía que no era lo bastante buena. Y ahora, después de tres meses descuidando a mis seres queridos, de las humillaciones, de mi empeño constante por superarme creyendo que iba a merecer la pena porque ESNOB por fin iba a llegar a alguna parte, total, para que al final se apropiara de mis palabras, ¡de mi vida!..., ahora había llegado el momento de «ser más Evie».

—Yo me voy —dije, y en cuanto me oí decir aquellas palabras supe que eran ciertas.

Me había hartado de aguantarle sus mierdas a Monty.

—¡Pero si ni siquiera te has bebido el champán! —replicó mirando mi copa.

—No, me refiero a que ya está —expliqué con calma—, que o les cuentas la verdad a Sam y a Max o me largo. Ya encontraré trabajo en otro sitio.

Se hizo un silencio incómodo. Cuando Monty volvió a hablar, su voz había perdido toda la jovialidad.

—Eso no te ha funcionado otras veces. Es difícil encontrar trabajo sin buenas referencias. — Lo miré fijamente. Todas esas empresas a las que había ido y que no habían querido contratarme... Pensaba que era porque no estaba preparada. Pero era por Monty—. ¿Qué? —soltó encogiéndose de hombros—. Eras una buena asistente, Evelyn. ¿Tú sabes lo difícil que es encontrar a alguien así? No iba a dejarte marchar. Deberías sentirte halagada.

Entonces supe que jamás me iba a hacer agente, hiciera lo que hiciese. Monty no quería trabajar con una igual.

—Merezco que se me reconozca la autoría del guion —expuse sin más—. Dámelo a mí y lo termino.

—Eso no va a poder ser —contestó—. Seguro que podemos pedir que te incluyan en los créditos como revisora. Tu nombre saldría igual en la gran pantalla.

Me levanté y tiré del asa de mi maleta.

—Monty —dije con calma—, sabes lo que quiero. Tengo que coger un tren.

—No seas cría, Evelyn. —John estaba al otro lado de la cortina. Lo había oído todo—. Espera... —me pidió Monty. Me volví. Se alisó la corbata y se pasó los dedos por el pelo canoso, tirándose de la chaqueta como si así fuera a teparle la barriga—. Si te vas ahora, se acabó. Sabes que puedo asegurarme de que no te contrate nadie. No eres nada sin mí, Evelyn.

—No, Monty —repuse—. Tú no eres nada sin mí.

Me volví hacia John, que me miró de arriba abajo.

—Señorita Summers... —me dijo muy pomposo, echándome la trenca por los hombros como si fuera una de las celebridades del club. Luego se inclinó hacia delante, me guiñó un ojo y añadió —: Bravo.

Doble acompañante

Interior de Rosehill Manor, Sheffield, sábado 16 de febrero a las 13.15.
Evie y Maria están delante de un espejo de cuerpo entero en una habitación con grandes ventanas abovedadas. Llevan puestos sus vestidos de damas de honor y estudian su reflejo con aire de resignación.

Nos toqueteamos los volantes la una a la otra para aplastárnoslos, pero no sirvió de nada.

—¿Tú me lo ves bien? —le pregunté a Maria, y me volví un poco hacia ella desplazando los pies en una dirección y luego en la otra, porque los vestidos, a pesar de llevar tanta tela, oprimían una barbaridad.

Maria ladeó la cabeza y me examinó.

—Supongo —dijo al fin—. Depende de lo que entiendas por *bien*.

Solté un resoplido. Era evidente que mi madre, que le había pasado el vestido a Maria esa mañana para que me lo diera a mí, había obrado su magia. Estaba justo como debía estar (sólo que pesaba aún más que antes), y desde luego la cremallera era mucho más fácil de subir.

—¿Y tú estás bien, Evie? —me preguntó mi amiga, mirándome fijamente con sus ojos grises.

—Claro.

Aparte de confirmar que ESNOB había entregado su final, no les había dicho una palabra ni a ella ni a ningún otro de mis amigos sobre nada más de lo ocurrido. Ni de la cita con ESNOB, ni de su traición, ni del guion robado, ni de que me había despedido, ni de que iba a tener que volver a instalarme en mi antiguo cuarto en casa de mi madre a final de mes... «Pero se lo contaré», me dije. Ése era el fin de semana de Sarah. Ya habría tiempo de sobra para hablar de cómo me había cargado mi vida.

—¿Es por ESNOB? —insistió.

ESNOB se había plantado en mi piso esa mañana, al ver que yo ignoraba sus constantes mensajes pidiéndome el final, y se había negado a marcharse hasta que Jane le había dicho que estaba fuera, en una boda.

—Es por el vestido. Me preocupa caerme de bruces camino del altar.

La miré de reojo al recordar el artículo de *Bitch About It* que me había mandado, pero andaba entretenida retocándose el pelo.

—Si necesitas hablar de algo, aquí me tienes —dijo colocándose un mechón de pelo negro

detrás de la oreja—. Sin censura.

—ESNOB ha cumplido el plazo. —Sonreí sin ganas—. No hay nada más que decir, de verdad.

Dos críos que corrían berreando por el pasillo me salvaron de más preguntas.

—Si alguien puede lidiar con esos dos vándalos, es Sarah —afirmó Maria.

Eran monísimos, con sus ojazos pardos y aquellos rizos oscuros como los de su padre, pero dos auténticos elementos.

—Además, nos tiene a nosotras para que le suministremos vino si la cosa se complica —añadí, y ambas recordamos un instante la despedida de soltera.

Maria me agarró de los hombros y nuestros volantes se enredaron.

—Evie Summers —dijo mirándome a los ojos—. Todo se va a arreglar.

Asentí y parpadeé para deshacerme de las lágrimas.

Dimos un respingo las dos cuando irrumpió en la habitación una mujer que yo sabía que era familia de Jim.

—¡Es Sarah! —exclamó, y yo identifiqué enseguida aquella cara de pánico—. Os necesita.

La mujer se agarró el collar de perlas y salió, supuse que en busca de una bebida potente.

—¿Preparada para el último Berrinche Mathers® antes de que se convierta en Johnson? —pregunté.

—Vamos a echar una mano a nuestra chica.

Nos levantamos los volantes y corrimos tanto como nos lo permitieron los vestidos.

—Arrastra los pies, deslízate, deslízate, deslízate —me instruyó Maria—. ¡Rápido! —Contuve una carcajada, a pesar de que aquella tela asfixiante ya empezaba a hacerme sudar—. ¡Muévete como si tu vida dependiera de ello! —me dijo dándome un codazo para que estuviera callada. Cruzamos con brusquedad la puerta de doble hoja de la habitación donde Sarah se estaba cambiando—. ¿Qué pasa? —preguntó Maria jadeando.

Inspeccionamos histéricas el espacio diáfano y bien ventilado en busca de indicios de catástrofe. Sólo estaba Sarah, delante de un espejo de cuerpo entero, absolutamente deslumbrante. El pelo le brillaba de un blanco dorado en el recogido. El vestido, aquella hermosa superficie de color marfil sólo resaltada por la fina banda de brillos de la cintura, acariciaba el suelo. Hasta el último centímetro de ella era elegancia y buen gusto, salvo, quizá, la corona de diamantes.

—Sólo quería vacilaros un poco —dijo Sarah sonriente, y abrió mucho los brazos. Maria y yo nos miramos antes de abrazarla—. Gracias por aguantarme estos últimos meses —añadió echando la cabeza hacia atrás para no despeinarse—. Sé que puedo ser un poquitín neurótica.

—¿Tú? Nunca —repuso Maria. Yo me tapé la sonrisa con un volante.

Los críos pasaron como rayos por allí otra vez, berreando a pleno pulmón.

—¡Oliver, Adam, ¿qué os he dicho?! —les gritó Sarah.

El ruido cesó de inmediato.

—¡Perdón, madrastra malvada! —chillaron los dos a coro.

Maria y yo nos preparamos para la reacción de Sarah.

—¡No pongáis esa cara de espanto! —dijo—. Les he pedido yo que me llamen así. Y los he amenazado con llevármelos de luna de miel con nosotros si no se portan bien. —Sonrió aún más—. Jim me ha sorprendido con una semana de lujo muy romántica en las Maldivas. ¡No vamos a ir a Center Parcs! Bueno, por lo menos hasta el verano.

—Toc, toc. —Jeremy asomó la cabeza por la puerta.

—¡Jeremy! —exclamó Maria horrorizada—. ¿Qué demonios llevas en la cabeza?

Él se ajustó el sombrero color melocotón sin hacer comentarios. Tenía toda la pinta de estar hecho con un volante de nuestro vestido.

—¡Quería que estuviera tan adorable como vosotras, chicas! —informó Sarah con una sonrisa beatífica.

—¿Qué? —preguntó Jeremy, recolocándose sobre los rizos el sombrero, que en contra de todo pronóstico le quedaba bien—. Considera mi mansedumbre tu regalo de boda.

—¿Ha llegado ya? —le preguntó Sarah, de pronto muy seria. Él asintió y ella me miró a mí, con los ojos brillantes de emoción—. Evie, ¿recuerdas que te prometí un acompañante?

—Vivamente —contesté abatida.

—Pues ve, anda —dijo Sarah señalando la puerta con la cabeza—. Te está esperando fuera.

Miré a mis amigos en busca de apoyo, pero Maria y Jeremy me esquivaron la mirada, así que estaban al tanto. Esforzándome por disimular mi falta de entusiasmo, me levanté el vestido y salí despacio al vestíbulo, arrastrando los pies.

Plantado a la entrada, algo nervioso y vestido con una camisa gris y una corbata a juego, estaba Ben.

Con una mano sostenía su vieja cámara; de la otra llevaba a Anette, contentísima. La niña iba con un vestido precioso rojo y blanco con un gran lazo rojo alrededor de la cintura y las gafas a juego. No me pasó inadvertido que también se había puesto las alas con la bandera británica de su función escolar.

¿Ben era mi acompañante? Podría haber protestado, haber puesto la excusa de siempre —que él no iba a querer que fuera su pareja—, pero al verlos a los dos me quedé sin palabras. Aunque en esos momentos mi vida estaba patas arriba, que Ben y Anette estuvieran allí, no sé por qué, me pareció oportuno. Cuando él sonrió, se me alegró el alma.

—Me ha llamado esta mañana —dijo Sarah en voz baja a mi espalda. Mis amigos se habían reunido a la entrada para poder ver—. Marc le dio mi número.

—Vale, pero ¿quién era el acompañante de verdad? —masculló Jeremy.

—Calla —le replicó Sarah—. Roger, el primo más pequeño de Jim —le susurró—. Lo he cambiado a la mesa de los niños.

—¿No está casado?

—Divorciado, dos veces.

Maria los instó a bajar la voz con disimulo.

Me acerqué a saludar a Ben y a Anette, haciendo un esfuerzo supremo por no caminar como un

pingüino.

—Has venido —dije.

—Me han ayudado un poquito a cambiar de opinión —contestó Ben.

Anette me sonrió y me guiñó un ojo.

Maria, Jeremy y yo esperábamos a la entrada de la iglesia mientras el cuarteto de cuerda tocaba el Canon de Pachelbel. Anette enfiló el pasillo primero, en su papel honorario de portadora de los pétalos de rosa amarilla, que fue lanzando con mucha elegancia para deleite de los invitados.

—Allá vamos —susurró Maria mientras nos poníamos la sonrisa de rigor.

Todos los ojos se volvieron hacia nosotras y la emoción de los invitados se desvaneció en cuanto vieron nuestros vestidos. Vislumbré entre la multitud una sonrisita de autocomplacencia: la de Beth, que llevaba un vestido largo blanco (por el que Sarah sin duda la iba a matar).

—Vamos, bellezas trágicas —nos dijo Jeremy, situándose entre las dos y enhebrándonos los brazos para que pudiéramos apoyarnos los unos en los otros—, acabemos con esto de una vez.

De pronto nos imaginé haciendo lo mismo a los ochenta años y, pese a todo lo que estaba pasando, mi vida me pareció menos horrible.

Un *flash* iluminó el pasillo: Ben. Nos miramos un instante. Aun desde allí, pude ver lo tensos que tenía los hombros. Observé que Anette no le quitaba ojo mientras esparcía los pétalos. «¿Todo bien?», le preguntó por señas. Él se relajó. «Todo bien», le contestó, y siguió. Foto a foto, vi que la tensión empezaba a desvanecerse. «Todo bien», pensé.

Cuando por fin llegamos al altar, Sarah ya había aparecido. Al contrario que nosotras, que habíamos ido arrastrando los pies, nuestra amiga se deslizó por el pasillo como si fuera un escenario construido para ella. Radiante, fue acaparando la atención de todos, como si se alimentara de ella. Entonces llegó hasta donde estaba Jim y fue como si no la mirara nadie en absoluto.

—Sarah Mathers —dijo Jim, contemplando a su novia menuda—, cuando mis amigos me pidieron que probara a salir con alguien otra vez —se oyeron unos cuantos vítores, sobre todo de hombres cargados con bebés—, jamás pensé que conocería a nadie tan increíble como tú. —Las mejillas pálidas de Sarah se volvieron de un rosa oro más acorde con el evento—. Tú has sido la persona en la que he podido apoyarme cuando más lo he necesitado y has traído a la vida de mis hijos más amor del que yo creía posible.

Maria ofreció clínex. Jeremy iba a rechazarlos de un manotazo, pero cogió uno y se limpió los ojos.

—Se me ha metido algo —susurró.

—Y te prometo que voy a pasar el resto de mi vida queriéndote —prosiguió Jim—, en lo bueno y en lo malo..., y a pesar de todas las presentaciones en PowerPoint.

Se oyeron carcajadas cómplices de al menos la mitad de los invitados. Mis amigos y yo nos

sonreímos.

Sarah exhaló despacio.

—Jim —dijo—, tus hijos y tú sois lo mejor que me ha pasado nunca. Jamás pensé que pudiera querer tanto a alguien... con tan mal gusto para la ropa. —Jim rio, limpiándose las lágrimas y apretándole las manos a Sarah. Discretamente, Ben captó el momento—. Cuando imaginaba mi familia perfecta, no era así —prosiguió ella. Fue Jeremy quien me apretó a mí entonces el brazo, temiendo lo que fuera a decir—, porque jamás se me ocurrió que tendría tanta suerte.

—¡Ay, que me da! —exclamó Jeremy. Y yo miré, sin quererlo, a Ben.

Ben estaba haciendo fotos de abuelos contoneándose en la pista de baile. Su rostro normalmente serio rebosaba vitalidad mientras se movía a su alrededor, sonriendo ante el espectáculo que estaban dando para su cámara. Fui a darle un sorbo a mi copa y no me di cuenta de que se había enredado en un volante hasta que me noté la tela en la boca. Oí carcajadas a mi alrededor.

Entonces vi a Jeremy y a Maria con la barbilla apoyada en la mano y una falsa mirada soñadora en los ojos. Anette sonreía. Estábamos sentados a la mesa presidencial, preparándonos para levantarnos e intentar bailar con aquellos vestidos —y en el caso de Jeremy, con el sombrero —, con el mantel sembrado de migas de la cena y de diminutos cristalitos que atrapaban la luz de las velas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Jeremy le hizo una seña a Anette y la niña le pasó el vino.

—¡Jeremy! —lo reprendió Maria. Se tranquilizó cuando vio que la pequeña estaba encantada. Él le dio las gracias y chocó la copa que acababa de rellenarse con el zumo de ella.

—Enséñasela, niña —dijo Jeremy.

Anette se levantó de un salto y se apoyó en mí para poder enseñarme la foto que había hecho. Era yo, mirando hacia el fondo del salón con una expresión sincera, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—¡¿Qué pasa?! —volví a preguntar desconcertada.

—Me cuesta reconocer esto —afirmó Jeremy—, pero Sarah tenía razón: te ha elegido un pedazo de acompañante.

—Jeremy no ha querido decir eso —le expliqué a Anette, como disculpándome.

Sarah había confesado que Ben no tenía ni idea de que era mi acompañante. Como pensara que todo aquello era una trampa, no se lo iba a tomar bien.

—Ya lo sé —dijo Anette—. Somos tu doble acompañante.

Antes de que pudiera decir más, sonaron a todo volumen los primeros acordes de *Love Machine*, de Girls Aloud, en la pista de baile.

—¡Ay, Dios! —exclamó Jeremy al ver a Sarah delante de nosotros, sonriendo decidida y todavía elegante, a pesar de la corona de diamantes.

—Venga, panda de muermos, ¡a bailar!

Animosos, y algo más que achispados, dejamos que nos sacara a la concurrida pista de baile.

Maria y yo intentamos hacernos girar la una a la otra, echándonos la tela del vestido a los lados para poder mover las piernas. Sarah se quedó en el centro, meciéndose, con las faldas levantadas. Jeremy hizo un giro con Anette, que ahora llevaba su sombrero, y terminó tropezando con Sarah y tirándole sin querer la tiara, que rodó por el suelo.

Jeremy fue corriendo a buscarla y se la devolvió con miedo. Sarah se la arrebató de las manos y se la plantó en la cabeza, torcida a propósito.

—¿Qué? —preguntó al vernos la cara de sorpresa—. Nos hemos casado, ¿no? Ésta es la parte de la boda en la que hay que divertirse. ¿Es que nadie ha leído mi presentación?

Vimos un destello de blanco entre la multitud y Sarah lo localizó como un halcón localiza a su presa.

—¡Beth! —gritó siguiendo a su compañera de trabajo—. Quiero presentarte a alguien. Se llama Roger...

Empezó a sonar una canción más lenta.

—¡Venga! —me dijo Maria, cogiéndome de la mano, y dimos un montón de vueltas con nuestros vistosos vestidos, hasta que David le dio un toquecito en el hombro, alzándose imponente sobre todos los que estábamos en la pista de baile.

—¿Te la puedo robar? —me preguntó.

—Toda tuya —contesté.

Se la llevó con delicadeza. Yo busqué a Jeremy, pero Anette y él se acercaban bailando a la barra, donde atendía un barman muy mono.

Me había quedado sola. Salí de la pista y disfruté viendo la ternura con que se miraban Maria y David mientras bailaban.

De pronto, tenía a Ben a mi lado, haciéndoles una foto.

—Parecen tan felices, ¿verdad? —comenté.

Ojalá yo encontrara a alguien que me mirase como se miraban ellos después de doce años... No había olvidado lo que Maria había dicho en la despedida de soltera de Sarah, pero aquella mirada significaba que estaban haciendo algo bien.

Ben se colgó la cámara del cuello, se volvió hacia mí y me tendió la mano. Tardé un segundo en entender lo que quería.

—Ah —dije—. Sí.

En cuanto pisamos el suelo LED, empezó a sonar *The Way You Look Tonight*, de Frank Sinatra. Ben manoseó los volantes de mi espalda, buscando un hueco donde poner la mano. Me hizo reír.

—No sé si este vestido era lo que Frank tenía en mente cuando cantaba esto.

Se acercó un poco y me pisó el bajo sin querer.

—¡Perdona!

—Nada —dije, y lo solté de un tirón.

David y Maria se nos acercaron bailando; ella iba subida en las punteras de los zapatos de él, para no pisarse los volantes.

—Vosotros, a lo vuestro. Sólo voy a hacerle un apaño rápido al vestido de Evie —explicó mientras David la inclinaba hacia nosotros—. Tu madre me ha dicho que funcionaría.

Me puso los dedos en el cuello, la cintura y la espalda, y me hurgó en la sisa.

—¡Maria! —exclamé espantada cuando tiró de la tela a la vez que su marido tiraba de ella, llevándose consigo la capa superior entera de mi vestido.

Miré hacia abajo. De pronto llevaba una prenda de corte campana perfectamente ceñida a la cintura cuya falda se mecía sobre mis piernas.

—Eso está mejor —aseguró Maria sonriendo—. ¡A la barra! —le ordenó a David, que se la llevó bailando.

Empezó a sonar *Can't Help Falling in Love* de Elvis Presley. Entorné los ojos recelosa. Como sospechaba, Jeremy y Anette estaban en la cabina del pinchadiscos, sonriéndonos. Los miré y meneé la cabeza.

Cuando me volví hacia Ben, vi que me tendía la mano de nuevo y, arrimándome a él, me ponía la otra en la parte baja de la espalda. Todas mis terminaciones nerviosas se centraron en el peso de aquella mano y en el contacto de sus dedos con mi piel, como si no hubiera tela alguna de por medio.

—Tenías razón —dijo—. Sobre lo de hoy. Lo de estar aquí, haciendo fotos. Gracias. No... no sé si lo habría podido hacer sin ti.

—De nada —contesté—. Aunque sospecho que Anette ha tenido mucho que ver.

Sonrió.

—Me ha dado un argumento muy convincente.

—¿Cuál?

Ben me apretó la mano. Con muchísima delicadeza, me estrechó en sus brazos hasta tenerme a apenas unos centímetros..., menos, un suspiro. En su boca empezó a formarse una palabra, pero yo no llegué a oírla...

—¡Pelirroja!

El grito resonó por toda la pista de baile. Hubo protestas y la multitud se apartó para dejar pasar a alguien.

Se me puso el corazón en la boca.

—¡Pelirroja, nena! —me gritó ESNOB acercándose a nosotros. Iba con vaqueros y una cazadora de cuero, y el pelo revuelto—. Tu «encuentro de película» ya está aquí. Más vale tarde que nunca, ¿no? ¡DJ, mi canción!

Empezó a sonar *Lady in Red*, de Chris de Burgh. Todos nos miraron cuando ESNOB me tendió los brazos, esperando que cayera en ellos.

Ben me soltó, y me dejó helada.

—Ben...

Quería que viera que yo no había planeado aquello, pero él sólo miraba a ESNOB, apretando la mandíbula. No dijo nada, únicamente dio una cabezada de asentimiento como si no pudiera haber esperado otra cosa, y se fue.

—Adiós, Ben —le dijo ESNOB mientras se retiraba.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Esta vez lo voy a hacer bien. No puedo vivir sin ti, Pelirroja.

—¿Tú crees que puedes plantarte en la boda de mi amiga después de lo que has hecho?

Se me acercó y bajó la voz.

—Sé que te debo una disculpa inmensa. —¿Cómo demonios iba a justificar lo del guion?—. Tienes que saberlo. Todo lo que te dije era verdad. Siento no haber hecho las cosas bien en el estreno. Debería habértelo dicho entonces, pero aún no había digerido lo que me inspira lo nuestro. —Hizo una pausa, escudriñándome—. Lo cierto es que... —Volvió a levantar la voz—: Te quiero, Pelirroja.

Y entonces fue cuando vi que mis amigos se habían situado a la cabeza de la pequeña multitud de invitados y me miraban con cara de horrorizada incredulidad.

37
¡Chof!

Interior del bar, Rosehill Manor, sábado 16 de febrero a las 21.03.

Evie cruza una puerta de doble hoja al fondo del salón, arrastrando consigo a ESNOB. Unas recias cortinas dividen la estancia. Las cruza también y entran en un bar vacío. Hay una mesa llena de copas de champán y botellas de prosecco, y una tarta gigante en un pedestal, junto a la mesa. La tarta tiene casi dos metros de altura y recorren sus laterales intrincadas capas de florecitas de merengue. Remata la tarta un castillo de azúcar con sus figurines y todo: una princesa y un príncipe, besándose. Tanto Evie como ESNOB la miran embobados un instante.

Aquello estaba más tranquilo, lejos de la música, aunque me daba la impresión de que, en cuanto nos habíamos ido, todo había vuelto a la normalidad. «¡Menos mal!» Aclararía las cosas con ESNOB e iría a disculparme con mis amigos. Y con Ben.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿En serio?

—Te quier...

Levanté la mano.

—Corta el rollo, Ezra. Tú no eres mi galán, por mucho que lo hayas querido ver así en lo poco que has conseguido escribir.

Cuando entendió lo que había querido decir, apretó la mandíbula y pensó en la mejor forma de jugar aquella baza.

—Entonces, lo sabes —dijo dejándose por fin de fingimientos—. He venido por el final. Me manda Monty. Piensa que hemos tenido una riña de novios y me ha propuesto que te sorprenda.

—Porque la última fue de maravilla, ¿no?

—Intentaba impedir que te despidieran, Pelirroja —insistió, casi convincente.

—Ya he dimitido —señalé apretando los dientes—. No te hagas el bondadoso. Me has robado mi trabajo y has fingido que te habías enamorado de mí para conseguir que lo terminara. Eres un capullo. No sé cómo he podido llegar a pensar otra cosa.

Hizo una mueca y agarró una botella de prosecco para servirse una copa.

—Quiero el final, Pelirroja.

—Me llamo Evie —espeté. ESNOB se estremeció—. ¿Has venido desde Londres para decirme

eso? Pues has hecho el viaje en balde. No voy a darte nada.

—No te hagas ilusiones, Pelirroja..., Evie. —Levantó la botella y la copa, como rindiéndose—. Primero he ido a casa de Monica, pero no quiere saber nada de mí, así que he venido aquí. —Apuró la copa, la dejó en la mesa y empezó a beber directamente de la botella—. Las bodas horteras no son lo mío —añadió mirando la tarta de ocho pisos.

Apreté los puños. Lo veía distinto. El pelo alborotado, las deportivas...

—¿Estás borracho?

Se encogió de hombros.

—Hay barra libre. Además, ¿por qué te pones así? —dijo con una mueca que le afeó el rostro—. Tu estilo es la razón por la que a los guionistas les ha gustado tanto el guion. Eso es bueno, ¿no?

—¡Ni siquiera saben que es mío! —Exhalé despacio, procurando no levantar la voz—. ¿Por qué me lo has robado, Ezra?

Bebió un trago de prosecco y se limpió la boca.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí! —dije.

—Cuando viniste a traerme la enmienda del contrato, estaba trabajando en otro guion. Lo he estado haciendo todo este tiempo.

Tardé un poco en digerir aquello.

—¿Otro guion? Pero... pero si tenías una crisis de inspiración —repuse—. Pensaba que yo te estaba ayudando con los «encuentros de película», que lo que te mandaba te inspiraba...

—¿Pensabas que tenía una crisis de inspiración? —me preguntó sin dar crédito—. ¡¿Yo?! —Bebió otro trago de prosecco—. Vale, igual sí. Pero no me ha durado mucho.

—¡Han sido tres años! —exclamé.

—Lo que tú digas... Por eso acepté esa comedia romántica. Necesitaba algo. Lo admito, estaba desesperado. Luego..., no sé, me relajé. Nada más firmar con Intrepid se me ocurrió una idea buenísima para una película, mucho más de mi estilo, y supe que era eso lo que tenía que escribir en realidad. En cuanto consiguiera vender el guion, podría pagar a Intrepid la comedia romántica y todos contentos. Sólo que Monty estaba demasiado obsesionado con el proyecto como para entender mi plan. Después apareciste tú —dijo describiendo una parábola con la botella— y te ofreciste a garantizarme los tres meses que necesitaba para terminar el guion. Cuando los productores empezaron a agobiarme con que les enviara la idea de la comedia romántica, les mandé la tuya: una comedia romántica no con un «encuentro de película», sino con todos. —Rio—. No era mi intención aprovecharme. Sólo les di lo que habías escrito para quitármelos de encima. Como les encantó, les di más. Así me quedaba tiempo para terminar mi guion y llevarlo a Los Ángeles.

—Tu retiro de escritor —confirmé muy seria, viendo que todo encajaba.

—Por si te sirve de consuelo... —empinó la botella y vio que estaba vacía. Cogió otra— nadie

quería mi guion. Por culpa de Monty. Tuve que firmarlo con seudónimo para que no supiera que lo estaba vendiendo a sus espaldas. No me tomaban en serio. ¡A mí! A Ezra Chester.

Mientras me frotaba la frente hastiada, me vino algo a la memoria.

—Aquella noche en The Ash... —le dije—. El falso guion malísimo de Ezra Chester del que hablaba Jodi... ¡era tuyo! —Entonces recordé el críptico comentario de Monica el día de Año Nuevo: «No te enteras de nada, ¿no?». Ella estaba al tanto de todo. Del plagio. Del otro guion. Me pregunté si por eso habría roto con él. Solté una carcajada—. Nunca pensé que nada de esto pudiera llegar a hacerme gracia.

—Como me rechazaron ese «falso guion» —indicó con una risa socarrona—, decidí fingir que me había enamorado de ti.

Me puse seria.

—¿Y eso...?

—Cuando volví de Los Ángeles, la comedia romántica era lo único que me quedaba. Entonces me dijiste que nuestro acuerdo había terminado. Sabía que era un farol, pero necesitaba el final. Tenía que hacerte creer que ya habías ganado, así que fingí que me había enamorado de ti. Estabas tan desesperada por conocer a alguien que pensé que te lo tragarías mucho antes de lo que lo hiciste. —Se arrimó a mí—. Lo pasamos bien, ¿eh? No todo fue mentira. —Lo miré muy seca—. Mira, Evie, tú necesitas este guion tanto como yo. Escribe el final y ya está.

—Sólo si me reconoces la autoría —repuse.

—Claro. Si escribes el final, te reconoceré como coautora —contestó.

—Como autora, Ezra.

—No puedo —lloriqueó suplicante—. Lo necesito demasiado. Venga ya, tu carrera se ha ido al garete. Como mucho te llevará un día. ¡Termina el puñetero guion!

Sus palabras resonaron por toda la estancia y de pronto la situación me pareció tremendamente absurda.

Empecé a reírme, en voz baja al principio, luego a carcajadas, sin poder parar.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —le dije jadeando y agarrándome los costados—, pidiéndome a gritos que te escriba el guion... ¡Por fin sabes lo que se siente!

Me miró como si pensara que al final había conseguido ablandarme.

Yo me recompuse y me estiré el vestido.

—Anda, vete ya, Ezra.

—Ni hablar.

—Ya la has oído.

Al volverme, vi a Ben cerca de la cortina.

—Todo esto es por tu puñetera culpa, Papi Soso. Vete a casa.

Ben lo miró muy serio.

—Vete tú. Ya.

—¿Y a él qué más le da? —me preguntó ESNOB a mí—. ¿No te había dado calabazas? En el «encuentro de película»... —le explicó a Ben.

—Ezra, no —le dije, deseando cerrarle la boca.

—Ya sabes, el de la función escolar.

Sus palabras inundaron la sala cerrada por las cortinas y de pronto me pareció asfixiantemente pequeña.

Ben se volvió hacia mí extrañado, como preguntándome si aquello era cierto.

—Estaba cabreada contigo —dije en voz baja—. Lo escribí antes de...

«Antes de lo de la casita, antes del rescate del día de San Valentín, antes de que bailáramos...»

—Y ahora es parte de mi película —soltó ESNOB.

—¿Tu película? —dijo Ben en voz baja.

—Entregó a los productores los resúmenes de los «encuentros de película» que le iba pasando para ayudarlo con el guion, pero te juro que yo no tenía ni idea de que era eso lo que estaba haciendo.

—Eso he oído. —Ben miró a ESNOB con una expresión que no supe descifrar—. Así que no es parte de «tu película», sino de la de Evie. Se la has robado.

Me lo quedé mirando. ¿No me echaba la culpa a mí?

ESNOB puso los ojos en blanco.

—Ella es asistente, ¿no? Y me ha ayudado. Ése es su trabajo. —Siguió con su prosecco—. Y se lo toma muy en serio, ya sabes a lo que me referir...

—¡Serás esnob! —le espeté acercándome a él, pero Ben se interpuso en mi camino.

—No merece la pena, Evie.

—Tranquilo, Ben —le dije mirando furiosa a ESNOB—. Ya lo arreglo yo.

ESNOB sonrió divertido.

—Ya te digo —se regodeó, dejando de golpe la botella en la mesa. Fue entonces cuando Ben se acercó a él—. Venga, Papi Soso, demuestra que eres algo más que un muermazo.

Me interpose entre los dos.

—¡Basta ya! —les ordené.

Pero ESNOB me rodeó de un salto y empujó a Ben por el hombro.

—No voy a seguirte el juego —le señaló Ben muy sereno—. Lárgate. Ya.

ESNOB le dio otro empujón, más fuerte esa vez. Di un grito de alarma al ver que Ben reculaba tambaleándose, directo a la inmensa tarta. Se oyó un golpetazo cuando chocó con el pedestal.

Los ocho pisos se bambolearon.

Las figuritas que se besaban en lo más alto se ladearon un poco, pero no se cayeron.

Suspiré aliviada.

—Uf, por poco. Ezra, tienes que irte, de verdad.

Él miraba a Ben pensativo.

—¿Sabes?, es cierto lo que cuentan de las pelirrojas —dijo como si nada—. Son todo fuego.

Lástima que no me haya dado tiempo a averiguar si folla como besa... ¡Uau!

Ben lo embistió por un lado como en una jugada de rugby.

«¡Ay, Dios, no!» Me quedé pasmada al ver que ESNOb caía de espaldas, agitando los brazos como un molinillo. Intentó agarrarse a algo, pero lo único que tenía a mano era la tarta nupcial.

Entonces, impotente, lo vi atravesar con el brazo y el hombro el piso inferior.

Hubo un instante de absoluta quietud en que ninguno de los tres supo reaccionar.

Luego, cuando quiso sacar el brazo, la tarta empezó a oscilar peligrosamente.

—¡No te muevas! Aún se puede salvar —pedí desesperada.

A lo mejor, girándola se podía disimular el agujero gigante...

Ben le tendió la mano a ESNOb para ayudarlo a levantarse.

—Vamos —le dijo.

ESNOb hizo ademán de cogerle la mano, pero, en su lugar, le tiró un trozo enorme de bizcocho a la cara.

—Muy bien —aceptó Ben con calma, limpiándose la nata de los ojos.

Acto seguido se abalanzó sobre ESNOb y cayeron los dos encima de la tarta, tirándola del pedestal al suelo con un sonoro chof.

«¡Aymadremíaperocómohapodidopasaresto!»

Se levantaron de un salto, resbalando y patinando, y, agarrándose el uno a los hombros del otro, siguieron pegándose entre los restos de tarta.

—¡Por Dios, parad ya, los dos!

ESNOb cogió una torreta de casi medio metro, que era parte del castillo de azúcar, y atizó con ella a Ben en la espalda. Él se la devolvió levantando el segundo piso entero de la tarta y plantándose en la cabeza.

—¡Sois hombres adultos!

ESNOb cayó y empezó a rebuscar entre los restos de la tarta mientras Ben reunía unas cuantas florecillas de azúcar y lo bombardeaba con ellas. ESNOb agarró con ambas manos la torreta más grande y se dispuso a lanzársela a Ben a modo de jabalina, pero éste la asió del otro extremo, tiró y lo levantó del suelo. Gruñendo por el esfuerzo, se disputaron la torreta hasta que se partió en dos y ambos cayeron de espaldas al suelo pringado de tarta.

Algo me atizó con fuerza el pecho.

—¡Ay!

La nata fría se me coló por el escote.

«Esto es un desastre total y absoluto.»

—¡Venga, animaos, hay sitio de sobra para todos! —se oyó una voz de hombre desde el otro lado de la cortina. Era el pinchadiscos. «¿Qué hace aquí?»—. Ha llegado el momento de ver cortar la tarta a los recién casados. ¡Y menuda tarta! ¡Redoble de tambor, por favor!

«No, por Dios.»

Nos quedamos tiesos los tres. Ben y ESNOb en el suelo, en medio de la tarta destrozada, y yo

de pie a su lado, todo un cuadro.

Cuando recorrieron la cortina, cerré los ojos.

«Tres. Dos. Uno.»

—¿Me explica alguien por qué hay dos tíos en medio de mi tarta nupcial?

—Ay, no —oí a Jeremy—. Se suponía que tenían que salir de un brinco de ella.

—No es el momento, Jeremy —le dijo Maria en voz baja.

Abrí los ojos. Todos los invitados estaban allí, pasmados. No fui capaz de mirar a mi amiga.

Sarah tenía en la mano las figuritas del príncipe y la princesa. Separados.

—¡Tú! —exclamó rabiosa, amenazando a ESNOb con la princesa—. ¡Sal de mi tarta y de mi boda!

ESNOB valoró un instante la posibilidad de camelarla, pero lo pensó mejor. Se levantó, agarró una botella de prosecco de la mesa y, cuando estaba a punto de cruzar la cortina, Jeremy se la arrebató y lo sacó de allí de un codazo.

—¡Y tú...! —continuó Sarah, señalando a Ben con el príncipe y meneando la cabeza—. Se suponía que tú eras el bueno...

—Lo siento muchísimo, Sarah —se disculpó él, levantándose de un salto sin mantener del todo el equilibrio, mirando a cualquier parte menos a mí. Intentó limpiarse el merengue que llevaba por todo el cuerpo, pero vio que era inútil—. Pagaré los desperfectos. Las fotos son gratis. Lo siento.

Anette se apartó de Maria y se acercó a su padre, procurando no pisar la tarta que se le había desprendido de la ropa. Le tendió la mano.

—Vamos —le dijo abatida, poniendo los ojos en blanco a todos los presentes como si su padre fuera un niño travieso—. Por eso en casa nunca tomamos dulces antes de acostarnos.

Los invitados rieron un poco.

Apesadumbrado y mirando por última vez a Sarah con cara triste, Ben cruzó la cortina cojeando, acompañado de su hija.

Sola ya, me enfrenté por fin a mis amigos.

—Evie —dijo Maria—, ¿cómo has podido?

—Lo siento... —empecé.

Le había fastidiado el día a Sarah. ¡Otra vez! Mis amigos merecían una explicación, pero yo no podía dejar de mirar la puerta por la que habían salido Ben y Anette.

—Laméntate luego —me ordenó Jeremy—. ¡Ahora ve a por él!

Miré a Sarah, luego a Maria. Jeremy me sujetó la cortina y, confiando en que ellas me perdonaran, le sonreí agradecida y salí disparada antes de que alguien dijera algo más.

Ben y Anette estaban a mitad del pasillo, camino del vestíbulo.

—Ben, espera...

No se detuvo. Corrí para darle alcance.

—Esto ha sido un error —afirmó sin volverse—. No deberíamos haber venido.

Se me revolvió el estómago. Anette le tiró de la mano.

—¿Todo lo de hoy ha sido un error? —le pregunté.

Ben se detuvo delante de la puerta de doble hoja, cabizbajo. Anette lo miró.

—No debería haber accedido a ser el fotógrafo de Sarah —declaró.

—¿Por qué no? —quise saber.

—Porque no. La vida tenía sentido antes de conocerte, Evie. Nos iba muy bien sin ti.

—¡Papá! —lo reprendió la niña.

Cruzó la puerta. «Esto sí que no.» Salí tras ellos al vestíbulo.

—¡Deberías seguir siendo fotógrafo, Ben! —le grité. Desde recepción, un miembro del personal se llevó un dedo a los labios y bajé la voz—. Pensé que trabajar en esta boda podría ayudarte a volver a hacer lo que más te gusta. Sólo quería echar una mano.

Ben le dijo algo por señas a Anette. Ella le contestó furiosa, pero su padre se limitó a señalarle la puerta por la que acabábamos de salir. Levantó la barbilla antes de volver adentro y, mientras lo hacía, la música sonó con fuerza en el vestíbulo.

—No está bien interferir así en la vida de los demás, Evie.

Seguía sin querer mirarme, así que me planté delante de él con los brazos cruzados.

—¿Quieres que hablemos de interferencias? ¿Esa pelea de ahí dentro? ¿Pretender conseguir que ESNOb se disculpe? ¿Y lo de los globos? ¿La despedida de soltera de Sarah? No necesito que estés siempre rescatándome, Ben.

—Podrías haberme engañado —dijo él—. A lo mejor, si no estuvieras tan empeñada en quedar con un hombre con el que en realidad no tienes interés por salir, tendrías tiempo para centrarte en cosas más importantes.

Me puse como un tomate.

—¿Qué es lo que te molesta tanto de mis «encuentros de película»? —le pregunté levantando la voz—. Al menos yo hago algo con mi vida. Tú te has quedado estancado en la rutina. Yendo a Gil's todos los domingos sin falta. Diciéndote que ya no eres fotógrafo cuando es evidente que sí. ¿Y sabes qué más eres? Un cobarde, Ben. No estás dispuesto a arriesgarte por lo que quieres, ni siquiera cuando lo tienes delante de las narices.

Vi que se le aceleraba la respiración y se acercaba a mí.

—¿Lo que quiero? —me preguntó en voz baja.

—Sí —contesté acalorada.

—¿Evie...? —Era Maria, menos furiosa al vernos juntos.

Anette iba detrás de ella, cargada con una bolsa.

—Ya tengo tu cámara y tus cosas, papá.

Al ver que Ben no contestaba, le hizo la seña de «Vale». Él meneó la cabeza y fue a su encuentro, se echó la bolsa al hombro y le dio la mano.

Cuando llegaron a la puerta de la calle, Ben titubeó un instante, como si quisiera decir algo, luego salió a la noche.

Me noté una mano caliente en el brazo.

Maria. Pero no pude mirarla en ese momento.

—Vuelve dentro —me dijo.

—No puedo. Siento haberte mentido. Siento haberlo estropeado todo. —Me limpié las lágrimas y di media vuelta dispuesta a alejarme—. Disfruta del resto de la noche. Te quiero. Por favor, diles a todos... Si preguntan, diles que lo siento.

38
JEMS

Interior del dormitorio de la infancia de Evie, domingo 17 de febrero a las 19.23.

Evie está escondida bajo el edredón, en una cama individual pequeña, trabajando con el portátil. Está rodeada de clínex usados. No para de mirar el móvil, luego lo vuelve a soltar. Llaman a la puerta y entra su madre con una bandeja donde lleva una tetera y unas tostadas con jamón.

Sonreí llorosa a mi madre cuando entró, pero no aparté los ojos hinchados de la pantalla, para poder seguir contratando el camión de mudanzas. Ya le había comunicado a Jane que me mudaba a final de mes. Me había propuesto que le pagara el alquiler del mes siguiente cuando tuviera otro empleo, pero yo ya no sabía qué quería. «Has tocado fondo, Evie.»

Mi madre dejó la bandeja en mi antigua mesilla de noche.

—Te he traído un tentempié —dijo—. Y un poco de té. —Sirvió una taza para cada una, me plantó el plato de tostadas en el regazo y me dio mi té, obligándome a incorporarme—. Creo que deberías intentar hablar con tus amigos —me aconsejó.

Suspiré y le di un mordisco a la tostada. Me rugió el estómago y caí en la cuenta de que era lo primero que comía en todo el día. La devoré entera.

—No quieren saber nada de mí. Mamá, le fastidié la boda a Sarah y les mentí sobre lo de ESNOB. —Se lo había contado todo a mi madre y por poco no le tuve que confiscar la tarjeta del autobús para que no fuera a buscarlo—. A Sarah ya le costaba perdonarme lo de la despedida de soltera. Esto no me lo perdonarán jamás. Y tampoco me lo merezco.

—¿Estás segura? —me preguntó, siempre tan optimista.

Se entretuvo sacando mi suéter y mis vaqueros de la maleta y colocándolos en la cama, como si con eso fuera a conseguir animarme a que me pusiera otra cosa que no fuese el pijama.

Desde que me había mudado a Londres, aquél era el primer día que no había mensajes en el chat de JEMS.

—Estoy segura —contesté partiendo en dos la segunda tostada.

Mi madre añadió el sujetador y el cepillo del pelo al montoncito de mi cama, me miró de reojo y puso también el desodorante y un cepillo de dientes.

—Creo que, por lo menos, deberías intentar hablar con ellos, de verdad. Sería una grosería por

tu parte hacerlos esperar.

Tardé unos segundos en procesar lo que me acababa de decir.

—¿Qué? —pregunté.

—Sobre todo después del esfuerzo que han hecho por venir —añadió.

Me levanté como pude y agarré la ropa.

—¡Mamá!

Al entrar en el salón, me encontré a mis amigos apretados en el sofá mullidito de dos plazas de mi madre, cada uno con su taza de té.

—Hola —dije, y traté de sonreír.

Sarah estaba en el centro, vestida con una blusa elegante y unos vaqueros desteñidos, y conservando aún su resplandor nupcial. Jeremy me saludó con la cabeza. No supe interpretar la expresión de Maria.

—Evie —empezó Jeremy muy formal—. Entra. Tenemos algo que decirte. No te entretendremos mucho.

—Porque mi vuelo sale muy temprano —añadió Sarah.

Entré arrastrando los pies, con el estómago revuelto de miedo. Oí a mi madre en la cocina, haciendo mucho ruido para que quedara claro que nos dejaba a lo nuestro, pero no tanto como para no oír lo que decíamos. Miré a Maria por si su cara me daba alguna pista de cómo iba a ir aquello. Al ver que nadie hablaba, me apresuré a llenar el silencio.

—Sé que me he portado fatal —dije—. Tendría que haberos contado lo de ESNOB. Ayer no debería haber dejado que llegase la sangre al río. Sarah, todos, lo siento.

—Has sido una amiga espantosa —soltó Sarah sin más—. Me destrozasteis la tarta nupcial. Tuvimos que ir al súper a por una docena de bizcochos Victoria. La hermana de Jim me hizo el resto de las fotos. Pero lo peor de todo —continuó, ablandándose— es que yo quería que mi mejor amiga estuviera en mi boda, Evie. ¡Y te fuiste!

—Lo siento muchísimo, Sarah —respondí horrorizada por mi propio comportamiento—. Lo hice fatal. Fui muy desconsiderada. No estuve a tu lado.

—Llevas meses sin estar —terció Maria.

—Andas completamente absorta en tus cosas —añadió Jeremy.

—Y nos has mentido —remató Maria.

—Lo sé —dije angustiada por sus caras de pena—. No lo volveré a hacer. Y os prometo que con ESNOB no pasó nada. Maria, tú viste esa foto que me hicieron en la alfombra roja. Eso lo resume bien.

—Todos hemos visto la foto —me aseguró Jeremy.

—Debería haberos contado la verdad —concedí con tristeza—, pero sabía lo que me ibais a decir. Y habríais tenido razón. Terminó todo antes de la boda de Sarah, lo prometo. No tenía ni

idea de que fuera a plantarse allí ayer. No debería haber hablado con él. Tendría que haberlo obligado a marcharse enseguida. —Miré a mis amigos uno por uno—. Sé que no lo merezco, pero... ¿podréis perdonarme alguna vez?

Me abracé con fuerza, preparándome para lo que fueran a decirme. Eran mi familia. No sabía qué iba a hacer sin ellos.

—Por supuesto que no —contestó Sarah, y yo contuve las lágrimas con un nudo en la garganta. La había fastidiado a lo grande.

Jeremy le dio un codazo.

—Estábamos todos dispuestos a exponerte nuestras condiciones: hacerte el vacío, que pagaras las copas durante un año, todo el paquete... —dijo él con una sonrisa mínima—. Habíamos hecho una lista.

—Entonces nos ha llamado tu madre —terció Maria.

—Nos lo ha explicado todo. Sabemos lo que te ha hecho con el guion ese espantajo —indicó Jeremy—. Por cierto, así es como llamo a esa cosa que me hiciste ponerme en la cabeza para tu boda —agregó dirigiéndose a Sarah.

—También sabemos que te has despedido —continuó Sarah, ignorándolo—. Y que vuelves a vivir aquí con tu madre. Así es muy difícil guardarte rencor —añadió arrugando la nariz.

Los miré a todos sin atreverme a creerlo.

—¿Significa eso...?

—Ven aquí —me ordenó Jeremy.

Maria y él se levantaron. Ella me tendió los brazos con los ojos empañados.

Se hizo un silencio.

—Muy bien —convino Sarah levantándose a su vez—. Pero la tarta me la pagas.

Me vi entonces en medio de un abrazo que llevaba mucho tiempo necesitando.

—Chicos —dije con la boca enterrada en el pelo de alguien—, por un momento me habéis acojonado.

—Lo sabemos —contestó Jeremy.

Me hicieron sentarme en el pequeño sofá, entre ellos.

—Gracias por apoyarme. ¡Otra vez! —dije—. Sé que es culpa mía por no contaros las cosas, pero aunque nos hayamos visto, os he echado mucho de menos.

—Evie Doris Summers —espetó Maria en un tono que no admitía réplica—, pues claro que estamos a tu lado. Cuando un amigo te necesita, se para el mundo si hace falta. —Las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a brotar. Me había centrado tanto en lo que yo quería que no había estado pendiente de mis amigos. Y, en cambio, allí estaban ellos, pendientes de mí—. Como vuelva a ver a ese hombre, ¡me va a oír! —continuó Maria rabiosa—. ¿Cómo se le ocurrió pensar que podía robarte el guion y hacerlo pasar por suyo? ¡Menudo cabronazo arrogante!

—Es más que eso —terció Sarah—. Es un hombre más al que se le permite atribuirse el mérito del trabajo de una mujer como si no pasara nada. ¡Y sí que pasa! —Me miró—. Así que, ¿qué

vamos a hacer al respecto?

—Aún no lo sé —confesé—. Les he dicho tanto a él como a Monty que quiero que se me reconozca la autoría, pero los dos se han negado.

—A lo mejor —opinó Sarah en un tono inusualmente suave— no debería depender de ellos.

—Decidas lo que decidas —me aseguró Maria cogiéndome la mano—, estamos orgullosísimos de ti. Estás escribiendo otra vez y eso no te lo pueden quitar esos gilipichis.

Reí, limpiándome las lágrimas con la manga.

—No se lo voy a permitir.

Jeremy metió la mano en una bolsa de lona que había junto al sofá.

—Teníamos otra razón para venir —dijo, y puso algo en la mesa.

La cámara de Anette.

—Queremos enseñarte una cosa —terció Maria.

Sarah encendió la cámara y empezó a reproducir un vídeo. Apareció Anette. Llevaba el vestido rojo y blanco de la boda y miraba por encima del hombro. Al otro lado de la puerta que tenía a su espalda, se nos oía a Ben y a mí gritándonos furiosos.

—Hola, Evie, espero que encuentres esto —dijo acercándose al objetivo y hablando en voz baja—. Tengo que darme prisa, pero quería decirte algo. Es sobre mi padre, Benjamin Michael Williams —añadió llamándolo por su nombre completo. Jeremy sacó el móvil—. Y es lo siguiente. Antes éramos tres y juntos nos enfrentábamos al mundo entero. Entonces, pasó algo malo y nos quedamos los dos solos. Lo malo lo asustaba. No quería que volviera a ocurrir, así que dejamos de vivir aventuras. De ese modo, su asombrosa hija estaba a salvo. Pero con el tiempo él olvidó que vivir es una inmensa aventura. Y eso eres tú, Evie —afirmó señalando la cámara—. Tú eres la aventura. —Volvió la cabeza de pronto. Se me oyó con toda claridad decir «Eres un cobarde, Ben». Me ruboricé. Jeremy enarcó una ceja—. Ajá. Tengo que cortar. Recuerda: Benjamin Michael Williams. —La pantalla se oscureció.

Me quedé mirándola fijamente un instante. Maria me rodeó con el brazo y me dio un momento para procesarlo.

—¿Quieres buscarlo en internet? —preguntó Jeremy—. Maria nos ha hecho esperar hasta que tú decidieras.

¿Quería? A lo mejor ni siquiera volvía a ver a Ben. «Entonces ¿por qué quiero saberlo de todos modos?» Asentí con la cabeza. Jeremy me pasó su móvil y nos apiñamos todos alrededor.

Él ya había encontrado el sitio web de Benjamin Michael Williams Fotógrafo, donde había muchas de aquellas imágenes extraordinarias y arrebatadoras que yo había visto antes.

—Ha expuesto en galerías de todo el mundo. ¡Mira los precios de estas fotos! —exclamó Jeremy. Mis amigos me apartaron para poder curiosear—. Evie... —dijo con aire reverencial—, tu chico es rico.

Me miraron todos.

—No es mi chico —repuse—. ¡En serio!

—¡No doy crédito! —espetó Sarah. La miramos todos—. ¡El mismísimo Benjamin Michael Williams ha hecho las fotos de mi boda!

—No sabías quién era hasta hace un minuto —le soltó Jeremy.

—Aun así —dijo Sarah orgullosa—. Evie, puede que algún día te perdone que me destrozaras la tarta —añadió generosa, poniéndome una mano en la pierna.

—Gracias, Sarah.

Jeremy, que aún andaba toqueteando el móvil, se puso muy serio.

—Aquí hay unos artículos...

—¿De qué?

—Sobre su esposa.

—Quiero verlo —dije.

Me pasó el móvil. «Tragedia en los Alpes.» El artículo tenía fecha de hacía algo más de tres años. Al leerlo, las últimas piezas del puzzle de Ben empezaron a encajar. Chloe y Anette viajaban con él para una sesión fotográfica. Ben estaba en las montañas el día que ocurrió y Chloe y Anette se habían quedado en el pueblo donde el equipo tenía el campamento base. Él tardaba en volver y ellas fueron a por la cena. No fue culpa de nadie. Estaban cruzando una calle y un Jeep derrapó con el hielo y no pudo frenar. Según los testigos, Chloe consiguió apartar a Anette antes de que el coche la atropellara a ella. Murió en el acto, en la calzada. Ben no se enteró hasta que regresó, horas después.

Mi padre había muerto camino del estreno de uno de mis cortometrajes. No había sido culpa mía, ahora ya lo sabía, pero aun así había sido una de las razones por las que había dejado de escribir. Chloe había muerto mientras Ben hacía fotografías. Por eso había dejado de hacerlas. Hasta que yo lo había obligado a empezar de nuevo.

—Lo llamé «cobarde» —señalé aturdida. Jeremy me quitó con delicadeza el móvil de las manos temblorosas—. Le dije unas cosas horribles. Imperdonables.

Mis amigos me abrazaron con fuerza.

—Sí. Pero con buena intención —terció Sarah.

—Gracias, Sarah. —Sabía que ella también lo decía con buena intención.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Maria.

—¿Cómo voy a esperar que me perdone?

—Ya sabes lo que pienso yo del amor —expuso Jeremy, escapándose del abrazo—. Que se quiten las flores y las cajas de bombones con forma de corazón. Si un hombre va a tu casa a desatascarte el váter, eso sí que es romántico.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorbiéndome los mocos.

—Que puede que te sorprenda —dijo Jeremy.

Cuando se fueron mis amigos, me hice un ovillo en el sofá de mi madre con la cámara de Anette.

La encendí otra vez, intrigada por las fotos que había hecho en la boda y preguntándome si habría alguna de Ben conmigo antes de que todo se hubiera estropeado tantísimo.

Debí de pulsar sin querer el botón de retroceder al principio de la memoria, porque apareció de pronto una foto de hacía unos años. Era de Anette, Chloe y Ben, sonriendo a la cámara. Chloe tenía el pelo más claro que Anette, pero sonreían igual. Parecían felices, tan ajenos a la tragedia que iba a deshacer su familia.

Estaban en Gil's.

Me sudaban demasiado las manos para sujetar la cámara.

Mi madre se asomó al salón.

—¿Es demasiado pronto para algo dulce?

—Sí —contesté.

Me tendió un platito con un *brownie* y se dejó caer en el sofá a mi lado. Levantó el brazo para que pudiera recostarme en ella.

Miramos la foto juntas.

—¡Qué familia tan bonita! —exclamó.

—Me porté fatal con él. Le dije que estaba estancado en la rutina. Ni siquiera lo decía en serio, de verdad. Me encantan nuestros desayunos en Gil's. ¿Por qué le dije eso?

Cogió mi *brownie* y le dio un mordisco.

—A veces, cuando has tenido una experiencia traumática, procuras controlar todo lo posible para evitar que se repita.

—Tú no —le aseguré.

El sofá estaba cubierto con una mantita que había hecho ella. Había un teclado al fondo del salón donde ensayaba para sus clases de piano. El *brownie* lo había hecho en clase de repostería. Desde que yo tenía uso de razón, mi madre siempre había probado cosas nuevas; siempre estaba activa, nunca quieta.

—Sí, a mi manera —me contestó—. Tras la muerte de tu padre, hice todo lo posible por asegurarme de que cualquier cambio que ocurriera en mi vida dependía de mí y sólo de mí. Me vino bien, pero también me ha costado mucho hacerme a la idea de que siempre hay cosas que no puedes controlar. Hay que aprender a asimilarlo.

Pensé en mi vida antes de mi trato con ESNOb, en todo el tiempo que dedicaba al trabajo, a un empleo que adoraba y detestaba en igual medida; en que aún tenía los mismos amigos, a los que quería, pero que no había intentado hacer otros nuevos en Londres; en que me había arriesgado mucho menos en el amor después de Ricky; en que había dejado de escribir cuando Monty me había dicho que no tenía lo que hacía falta.

—Después de lo de papá, yo elegí el mismo camino que Ben, ¿verdad?

—Ay, cariño, todos hacemos lo que tenemos que hacer para seguir adelante, pero confío en que algún día vuelvas a ser más receptiva con la vida. Sólo quiero que seas feliz, y me parece que en

estos últimos meses has sido más feliz de lo que te he visto en mucho tiempo. El cambio puede ser algo muy bueno.

Me ofreció el resto del *brownie* y lo acepté.

—Aun así, ojalá pudiera cambiar lo que le dije ayer a Ben —confesé—, pero sigo pensando que necesita de verdad volver a arriesgarse un poco. ¿Crees que alguna vez aprenderá a hacerlo?

—¿Quién sabe? A lo mejor ya ha aprendido.

Maria: ¿Has decidido qué vas a hacer con el guion?

Evie: Sí. Al final ha sido una decisión fácil.

Jeremy: ¿Y con Viudo Macizo?

Evie: Con él también.

Maria: Ya casi lo tienes.

Evie: Ya, pero saber que estáis todos ahí me ayuda. Me siento muy afortunada.

Sarah: Qué maja, pero la tarta me la vas a pagar igualmente.

El final

Interior de la sala de juntas de Intrepid Productions, lunes 18 de febrero a mediodía.

Monty, ESNOB, Sam y Max están sentados a un extremo de una mesa grande. Todos los tabiques son de cristal y se ve la estancia contigua, donde hay sillas redondas de colores vivos, personas jugando al fútbolín y una máquina de margaritas. Todos tienen una copia del guion. Monty parece seguro de sí mismo. ESNOB lleva gafas de sol. Se abre la puerta y entra Evie.

—... pulirlo un poco, nada más, pero yo creo que todos coincidimos en que esta versión es más aceptable...

Al verme, Monty enmudeció. Con esfuerzo, consiguió esbozar su sonrisa fácil de siempre, pero sus ojos eran como remachadoras claveteándome a la pared desde el otro lado de la mesa. Lo vi intentando deducir por todos los medios qué hacía yo allí.

ESNOB bajó la barbilla y me miró bajándose un poco las gafas, como si mi presencia le pareciera una osadía. Le sostuve la mirada, desafiándolo a decir algo. En cambio, volvió a subírselas, se repantigó y miró al techo. Hacía días que no se afeitaba y llevaba gorra, de diseño, pero aun así muy impropia de él.

Por el contrario, Sam y Max me recibieron con una sonrisa y me invitaron a tomar asiento.

—¿Querías algo, Evelyn? —preguntó Monty, como sintiendo vergüenza ajena.

—Ha venido a hablar del final —dijo uno de los productores, recostándose en la silla con los dedos entrecruzados sobre el pecho—. Nos mandó un correo ayer para informarnos de que tenía una solución, que ya ha hablado con vosotros. Somos todo oídos.

La cara de Monty era de puro alivio. «Ha entrado en razón», decía.

—En realidad —aclaré con el corazón alborotado pero decidida—, he venido a hablar del guion entero.

El alivio de Monty se alternó con el pánico y la incertidumbre hasta que la serenidad profesional se puso al frente.

—Me temo que esto es culpa mía —se excusó sin alterarse—. Le asigné responsabilidades adicionales y se le ha subido a la cabeza. Evelyn, esto ya no es asunto tuyo. Esta clase de

comportamiento es justo la razón por la que has dejado de trabajar con nosotros.

—¿Ya no estás en la agencia? —preguntó uno de los productores, mirándome.

—Me...

—La he despedido —dijo Monty interrumpiéndome.

Sam y Max se quedaron pasmados. Uno de ellos juntó las manos como si fuera a rezar y clavó las yemas de los dedos en la mesa.

—Entonces, no entendemos a qué has venido.

Monty me miró tristemente satisfecho desde el otro lado de la mesa.

—¿Por qué perder el tiempo? Llamemos a seguridad ahora.

Me levanté. Era entonces o nunca.

—He venido porque este guion es mío —dije cogiendo una copia. Me sorprendió la calma con que lo hice—. Lo he escrito yo. Y debería llevar mi nombre.

Mi antiguo jefe se puso de color violeta.

—¡Llamad a seguridad! Ya lo hago yo.

Se acercó a la puerta y la abrió de golpe.

—Espera...

Monty se volvió con brusquedad para ver quién había hablado. Era ESNOB. Se había levantado y tenía las gafas de sol en la mano.

—Dice la verdad.

«¡¿Qué?!»

ESNOB parecía a punto de vomitar, pero seguía de pie.

—No seas tan modesto, Ezra —lo reprendió Monty con un hilo de voz—. Igual va siendo hora de que te tomes un descanso. Todos los grandes lo hacen, no hay de qué avergonzarse. Desde ya.

—El guion es de Evie. A lo sumo, yo la he ayudado a ella. —Consiguió esbozar una sonrisa, tremendamente cruda—. Y no muy bien.

Atónitos, Sam y Max intercambiaron miradas y se produjo una comunicación silenciosa entre ellos.

—Está cansado. El plazo era muy apretado. No sabe lo que dice —excusó Monty, medio apoyándose en la puerta—. Eso —continuó, señalando las páginas que yo tenía en las manos— lleva el nombre de un guionista oscarizado, como queríais, no el de una asistente. ¿No es eso lo que importa? —añadió dirigiéndose a los productores.

—Si quieren una prueba, puedo decirles cómo debería haber terminado.

—¡Seguridad! —gritó Monty por el pasillo.

—Siéntate, Monty, viejo imbécil —espetó ESNOB—. El guion es de Evie y lo sabes. Lo ha escrito ella. —Se dirigió entonces a los productores—: Todo ese encanto que los ha cautivado, esos personajes, esa «voz fresca» de la que nunca se cansaban..., todo eso es Evie. Aunque me hubieran dado tres años más, no habría conseguido nada ni la mitad de bueno que lo que ella ha

hecho en tres meses. Lo lleva en la sangre. Sólo que un capullo le ha robado sus palabras para que nunca lo sepa.

—Es evidente que hizo muy bien su trabajo —siguió Monty, erre que erre, negándose a ceder—. Te ha hecho creer que lo más difícil ha sido cosa suya. Yo os pregunto: ¿se puede cuantificar en realidad la ayuda que reciben los guionistas?

—Tengo todos sus correos, Monts —le dijo ESNOB. Se volvió hacia los productores—. Les enviaré todo lo que ella me ha mandado a mí y verán que prácticamente he fusilado su trabajo palabra por palabra. Además, les devolveré el anticipo. Ya iba siendo hora de apretarme el cinturón, de todas formas. —Por último, me miró a mí—. Por si sirve de algo, Evie, lo siento.

Su sinceridad no compensaba del todo lo que había hecho, pero se la agradecí con un gesto.

ESNOB hizo como si dejara el micro, volvió a ponerse las gafas y se fue.

Con cara larga, Monty vio marcharse a su cliente. Sam miró a Max y tamborileó con los dedos en la mesa y, después de un silencio incómodo, Max asintió con la cabeza.

—El final —me dijo Sam—. ¿En qué estabas pensando?

—Evie —dijo Max, recibíendome de nuevo en la sala.

Después de que les presentara una versión del guion donde la asistente consigue su final feliz, me habían pedido que saliera un momento para comentar sus opciones. La cara de emoción de Monty me desconcertó.

—No elegimos a nuestros colaboradores a la ligera —empezó Sam—. Queríamos el nombre de Ezra Chester en el siguiente proyecto de Intrepid Productions. —Cabeceé. Me lo esperaba—. Pero no podemos obviar que nos encanta este guion.

La esperanza se desplegó en mi pecho con una intensidad casi dolorosa.

—Y que empezamos este negocio corriendo riesgos —terció Max—. Por algo nos llamamos Intrepid.

Me sonrieron.

Sam me tendió la mano para que se la estrechara.

—Bienvenida a Intrepid, Evie. Estamos convencidos de que la noticia de que nuestra comedia romántica es obra de una nueva autora con mucho talento será un alivio para muchos.

Casi no podía respirar. En un segundo, aquel montón de folios de la mesa se había convertido en un futuro que ni me había atrevido a imaginar. Y había una persona a quien estaba deseando contárselo más que a nadie.

Monty asentía entusiasmado.

—¿Qué mejor publicidad podríamos pedir que el que «la asistente haya escrito la película»? Es una auténtica historia de superación.

—Vamos a tener que hablar con tu agente.

—Siempre supe que lo llevaba dentro —continuó Monty—. Fui yo quien la descubrió, ¿sabéis?

No me lo pidas dos veces —dijo riendo y haciendo un gesto con la mano, como quitándose importancia—. Sí, Evelyn, yo te represento. Y en William Jonathan Montgomery & Sons vas a ser nuestro cliente número uno. Trato de superestrella.

—Gracias —les dije a los productores, una sola palabra con tanto peso que casi me flojeaban las piernas—, pero me represento yo.

—¿No lo dirás en serio, Evelyn?! —bramó Monty—. Esto es lo que siempre has querido. Recuerdo lo que me dijiste hace un montón de años: que soy el agente de tus sueños. No puedes renunciar a eso.

Lo miré.

—Quizá entonces me precipité un poco —repuse.

Al oír aquello, Monty por fin se derrumbó en la silla derrotado.

Evie: Chicos, adivinad quién va a ser por fin agente. Aunque sólo tengo un cliente.

Sarah: Me he perdido. ¿No teníamos que fingir todos que ya no quieres ser guionista?

Maria: ¡¡Dime que lo has conseguido!! ¡¡Aljsdkajklajs!!

Jeremy: Venga, Evie, que la intriga está matando a Maria.

Evie: ¡Lo he conseguido! Voy a firmar el guion. ¡Soy guionista!

Maria: ¡Ésa es nuestra chica!

Jeremy: 🎉

Sarah: ¡POR FIN!

Evie: Aún me queda una cosa por hacer.

Interior de Gil's, domingo 10 de marzo a las 10.00.

Evie entra en el café y busca con los ojos su mesa de siempre. Está ocupada por unos desconocidos. Se muerde el labio y se dirige al mostrador. Xan está atendiendo.

Me puse a la cola, buscando casi por costumbre dos rostros conocidos de vez en cuando. Llevaba tres domingos sin verlos. Iban alguna vez entre semana, según me había dicho Xan, pero últimamente no los había visto. Aun así, yo había ido allí todos los fines de semana, había pedido chocolates calientes y había esperado. Por si acaso.

«Tú te has quedado estancado en la rutina. Yendo a Gil's todos los domingos sin falta.»

Ben no había respondido a ninguno de mis mensajes, así que había intentado llamarlo, pero me había saltado una locución diciéndome que «El número al que llama está apagado o fuera de cobertura», lo que significaba que lo más seguro era que todos mis mensajes hubieran terminado en una especie de limbo.

Había llegado el momento de aceptar que Ben y Anette ya no iban allí.

—¿Tres chocolates calientes? —me preguntó Xan.

—No —dije—, hoy sólo quiero un capuchino para llevar.

Me acerqué al final del mostrador a esperar mi café, procurando deshacerme de la tristeza que se había posado en mí como un manto de nieve. Tenía muchos motivos para estar contenta. Las últimas semanas habían sido un auténtico torbellino. Había firmado el contrato con Intrepid Productions (después de unas cuantas rondas de negociaciones, claro). Le habían dado luz verde al guion. Yo lo había pulido hasta sacarle brillo, como había hecho durante años en la agencia, y, al terminar, por fin había comprendido por qué las revisiones habían sido lo mejor de mi antiguo empleo: porque era lo más parecido a escribir que pensaba que conseguiría estar. Iba a echar de menos a los guionistas, pero dejar la agencia había sido como soltar una respiración que ni siquiera notaba que contenía.

El dinero que había negociado por el guion era suficiente para comprarme un sitio donde vivir si quería. Había pagado a Jane hasta final de mes, pero ahora tenía opciones. Mi futuro se había abierto de par en par; ya sólo me quedaba dar el primer paso. A fin de cuentas, un escritor puede vivir donde quiera. Incluso en Sheffield. Podía volver a casa.

Sin embargo, de momento, no lo había hecho. Lo único que había hecho había sido comprarle a mi madre un perro, al que, en honor a *Ziggy* (es decir, lo mejor de ESNOB), ella había llamado *David*.

—¡Capuchino para ti, Evie! —me gritó Xan, deslizando por el mostrador el vaso de café para llevar.

—Xan, esto está vacío.

—Ah, ¿sí? —repuso él con unos ojos como platos.

Frustrada, levanté la tapa para demostrárselo. Había algo enrollado dentro. Lo saqué.

Era una entrada de cine para la proyección de *Brick Park* en el Prince Charles Cinema del Soho, ese mediodía.

El «encuentro de película»

Exterior del Prince Charles Cinema, Soho, domingo 10 de marzo a mediodía.

Evie levanta la vista a la clásica cartelera blanca que hay sobre las puertas de cristal. Las letras rezan BRICK PARK – entradas agotadas. Frunce el ceño, luego pasa al vestíbulo y se dirige al mostrador. Cuando enseña la entrada, los empleados se dan codazos unos a otros y sonríen; algunos se ponen de puntillas para verla. Uno le pide que lo siga a la planta de abajo.

Bajé la escalera detrás del chico, preguntándome si su reacción al verme había sido fruto de mi imaginación. A lo mejor los empleados, como yo, sentían curiosidad por otros fans de Dorothy Taylor. Éramos poquísimos. Me había desconcertado, aunque emocionado, que Xan me hubiera regalado la entrada, y había intentado recordar cuándo le había mencionado que me encantaba la película.

—Sé que os gustan los clásicos de culto —le dije al acomodador entregándole mi entrada—, pero nadie ha oído hablar de esta película. ¡Nadie!

—Se sorprendería —respondió él abriéndome las puertas que conducían a la sala—. Por aquí. Todas las butacas estaban vacías.

—¿No estaban agotadas las entradas? —pregunté.

—Sí —me contestó, y cerró las puertas a mi espalda.

Me senté, completamente en el centro, es decir, donde mejor se ve y se oye. Aunque era la primera en llegar, las luces se atenuaron de inmediato. Lamenté que no se me hubiera ocurrido comprar palomitas.

Tardé unos segundos en procesar la imagen que apareció en pantalla.

Era yo.

«Pero ¿qué...?»

Miré a mi alrededor, pero seguía estando sola.

La foto se había hecho en Gil's. Yo estaba con mi portátil, abstraída con lo que fuera que estaba escribiendo.

Alguien se puso delante de la pantalla.

—Hola —dijo Ben.

—Hola —contesté.

Llevaba el pelo, recio y oscuro, ondulado y suelto. Y camiseta debajo de la chaqueta. Nada de camisa.

—¿Qué es esto, Ben?

—Tengo que contarte algo.

—He ido a Gil's todas las semanas. Podrías habérmelo contado allí. Sólo que no te he visto por el local —dije yo.

—He estado trabajando —repuso Ben—. Tengo que viajar más que con mi trabajo de antes.

—Te he mandado mensajes.

—Lo sé. Resulta que Marc sigue prefiriendo hacer fotos en sitios donde no hay cobertura.

—Te... —Hice una pausa, consciente de lo que aquello significaba—. Te has arriesgado.

Sonrió.

—Alguien me dijo que me había quedado un poco estancado. Por lo visto, lo que me estaba haciendo falta era que me gritase una dama de honor después de que le destrozara la tarta nupcial a su amiga.

—¿Qué hacemos aquí, Ben? —le pregunté, levantándome y empezando a avanzar entre las butacas.

—He pensado que sería mejor en persona.

—¿El qué?

—Decirte lo que siento por ti en realidad.

Me detuve en los escalones.

—Pero yo ya sé lo que sientes. Me lo dejaste clarísimo cuando pensaste que te había convertido en uno de mis «encuentros de película».

—Fui un imbécil. Cuando me dijiste que los hacías por trabajo, que no tenían por qué ser de verdad... Me dio miedo que, si lo nuestro no era más que otro «encuentro de película», no fuese tan de verdad para ti como para mí.

¿Por eso no había querido formar parte de «mi experimento»?

—¿Para ti es de verdad? —le pregunté.

—De verdad de la buena —contestó.

Con el corazón en la boca, fui bajando despacio los peldaños.

—¿Y todo lo que me dijiste en la boda? —insistí.

—Me porté como un idiota. Acababa de estropearle la tarta nupcial a tu amiga y dije muchas tonterías. Como que mi vida tenía más sentido antes de conocerte. La verdad es que hacía muchísimo tiempo que no veía las cosas tan claras. Lo siento, Evie. —Todas esas veces que yo le habría dicho algo muy distinto ni se me ocurrió que a él le estuviera pasando lo mismo—. Después de cómo me porté, Anette tenía la sensación de que iba a necesitar convencerte. Siempre se me ha dado mejor con fotografías —dijo señalando la pantalla.

Apareció otra imagen y yo me detuve. Aquélla era de Anette y Ben, sacándome la lengua a mi

espalda mientras yo, sin enterarme, tecleaba en el portátil. En la siguiente estábamos Ben y yo. Yo miraba al infinito y Ben... Ben me miraba a mí. En la siguiente yo levantaba las alas con la bandera británica, diciendo que sabía cómo arreglarlas, y Ben me observaba maravillado.

Eran todas las fotos que Anette nos había hecho en los últimos tres meses. Todas menos ésa en la que estaba junto a la farola, bajo la lluvia, con mi paraguas rojo. La que me había hecho Ben. Yo no posaba. Tenía el pelo encrespado. Y estaba guapa.

La última foto era de la boda. Ben y yo, bailando. Yo tenía la cabeza inclinada hacia él. Él me estrechaba en sus brazos y sonreía con lo que fuera que le estuviera diciendo como si no hubiera nadie más en aquel salón.

Él me miraba... Me miraba casi como si...

—Según cierta celestina de siete años —dijo Ben—, podría decirte que te quiero.

Aparté la vista de la fotografía.

—¿Que qué...?

—Te quiero —me dijo sin más. ¿Ben me quería?—. Me encanta cómo eres con Anette, tu simpatía, tu tozudez, tu bondad, tu pasión, tu pelo... Sobre todo, tu pelo. Tu disposición constante para dar un espectáculo en público... —Aquella sonrisa otra vez. La que parecía que sólo estaba ahí a medias, pero que lo era todo para alguien que conociera bien las sonrisas de Ben—. Y por lo valiente que eres. Te quiero, Evie Summers.

Ben me quería.

No sé por qué, viéndolo todo allí, en la gran pantalla, me costaba más negarlo.

—He pensado que, después de todo, te merecías tu propio «encuentro de película».

Se acordaba. ¿Cuánto hacía que le había hablado yo de ese momento? Del cine. De la película. Sólo que no había imaginado que la única persona que habría allí aparte de mí sería él.

—Has reservado el cine entero.

—Tengo entendido que en las comedias románticas siempre tiene que haber algún gesto espléndido —dijo.

Llegué al último peldaño.

—Aclárame esto, Ben: después de pasarte meses evitando mis «encuentros de película», ¿te has montado uno propio?

—Sí.

Empecé a cruzar la moqueta hacia él.

—Y, aun sin saber si yo siento lo mismo, ¿te has plantado ahí, dispuesto a decirme que me quieres?

—He decidido arriesgarme —me contestó.

Salvé la distancia que nos separaba.

—Pues debes saber —seguí mirándolo— que ha merecido la pena.

—Evie... —me dijo muy serio—, me gustaría besarte en este momento.

—¿No te han dicho nunca que hablas demasiado? —Reí.

Me puso una mano en la mejilla, la otra en la parte baja de la espalda y me atrajo hacia sí.

—¿Mejor?

Levanté la vista a aquellos ojos pardos caídos, llenos de luz, de calor y de ¡amor!, y me entregué a la delicia absoluta de sentir sus labios anclados a los míos.

Epílogo

Interior de Gil's Coffee House, East Dulwich, domingo 2 de diciembre a una hora intempestiva (10.00).

Evie Summers, veintimuchos, pecosa, pelirroja, melena rizada por los hombros, vestido corto estilo años cincuenta de color amarillo intenso, Dr. Martens, plantada delante del mostrador, taconeando visiblemente nerviosa. Anette Williams cruza corriendo el café y, acercándose a Evie por la espalda, le tira de la rebeca. Evie se vuelve y Anette da un brinco sobresaltada.

—¡Corten! —gritó Greta, la directora.

—Perdón, perdón —le dije.

Me adelanté a toda velocidad y le hice una seña a Anette. Se puso coloradísima y empezó a reír a carcajadas, y la actriz, una guapísima joven promesa, rio también, le dio un abrazo rápido y volvió corriendo a su sitio. Colándose entre las luces y las cámaras, Anette regresó a nuestro lado. Ben le revolvió el pelo.

—¡Si traes gente al plató, tenlos controlados! —gritó Greta.

—Sí, sí, perdona, es que la pobre está emocionadísima.

—No me refería a la niña —dijo la directora, mirando a nuestra espalda.

Al volverme, vi a las tres personas que estaban asaltando la mesa del catering.

—Evie, Evie, Evie... ¡La comida es gratis! —chilló Jeremy.

—¡Me siento orgullosa de ti! —gritó Maria escudriñando la bollería.

—¿La actriz también tiene que llevar Dr. Martens? —preguntó Sarah, bebiendo a sorbitos una Coca-Cola Light.

—Os quiero, chicos —dije yo, volviéndome—. Me alegro de haberos traído.

Ben me dio un beso en la frente.

—Me hace gracia pensar que estamos viendo el instante en que me enamoré de ti —dijo señalando al actor que lo interpretaba y cuyas cejas, en mi opinión, no eran lo bastante oscuras, ni mucho menos.

—Cuando hice vomitar a una niña —musité—. ¡Qué romántico!

—En realidad, fue cuando viniste a sentarte con nosotros. Entonces lo supe: «Esta mujer me devolverá las agallas». —Le di un codazo y rio—. Es cierto. Mira lo que has conseguido.

Piénsalo bien un segundo —añadió señalando el plató—. Lo has logrado, Evie.

Miré a los actores, absortos en los guiones, memorizando mis palabras.

—Mi padre solía decirme que, escribiera lo que escribiese, debía dejar huella.

Ben esbozó una de esas sonrisas que me habían enamorado.

—Imagina lo orgulloso que estaría de ti ahora.

—¡Silencio en el plató! Tres... —Greta dijo «dos» con los dedos y después «uno», llevándose el índice a los labios para pedir silencio.

Ben me rodeó con el brazo mientras veíamos a los actores empezar otra vez.

«¿Todo bien?», me preguntó por señas. «¿Todo bien?», me preguntó Anette también, luego nos agarró las piernas a los dos y nos abrazó con fuerza.

«Todo bien», les respondí yo del mismo modo, y no podría haberlo dicho más en serio.

Agradecimientos

Antes que nada, ¡hola, mis queridos lectores de agradecimientos! Gracias por leer hasta aquí (gracias por leer, punto). Siempre me gusta leer los agradecimientos, para enterarme un poco de quién es el autor, por eso se me hace doblemente extraño ser yo quien escriba ahora éstos. Por suerte, no voy a hablar de mí, sino de la gente maravillosa que he tenido la fortuna de conocer.

Muchísimas gracias al equipo de Orion. Al inimitable Sam Eades, que compró esto. Gracias por darme una oportunidad, Sam. Mi yo de dieciséis años aún está conmocionado y mi yo actual admira tu energía, tu ojo editorial y tu entusiasmo, y agradece tu apoyo absoluto de la escena de la caca.

Gracias también a Katie Brown, que ha corrido con esta novela y me ha ayudado a cruzar la línea de meta. No podría pedir una campeona mejor. Gracias en especial al resto del equipo Trapeze: Phoebe Morgan, Anna Valentine y, sobre todo, Shyam Kumar por todo su trabajo. Gracias por mimar tantísimo este libro.

Alex Layt y Jessica Tackie, muchísimas gracias por vuestra increíble labor. La novela no habría llegado a ninguna parte sin vosotros. Gracias también a Paul Stark, cuyo poder de superhéroe es encontrar al lector perfecto para que una novela cobre vida. Claire Keep, eres mi heroína de producción. Y quiero dar las gracias asimismo a Charlotte Abrams-Simpson, que ha vestido mis palabras con esa cubierta preciosa, y ha conseguido que me esforzara más por ser digna de ella. Krystyna Kujawinska, Susan Howe, Richard King, Hannah Stokes y Jess Purdue, sois el equipo ideal de Derechos y no sé cómo daros las gracias. Luego están los chicos de Australia y Nueva Zelanda, desde Rachael Hum y Ellie Kyrke-Smith hasta Victoria Marin, Alison Shucksmith y todos los demás. No podría esperar un equipo más entusiasta y dedicado. A toda la gente fabulosa de Orion y Hachette, entregados al oficio de poner este y muchos otros libros en las manos de los lectores, ¡gracias!

A mi asombrosa revisora estadounidense, Margo Lipschultz, de Penguin, receptora de llamadas de pánico, dadora de sabios consejos, correctora extraordinaria, gracias. Siento la escena de la caca. Gracias también a todo el personal de Penguin que ha defendido este libro y trabajado muchísimo en él.

¡Y a todos los demás! Muchísimas, muchísimas gracias a:

Gillian Redfearn, por estar ahí desde el principio. Tu generosidad siempre me asombra. Cualquiera que te tenga peleando en su rincón del cuadrilátero tiene una suerte inmensa.

Diana, por decirme que «fuera más Evie».

Cat Web, por la lasaña. Eres una persona bondadosa y brillante.

Richard Roper, por ser esa caja de resonancia tan necesaria cuando estaba hasta las cejas de fechas de entrega.

Mis compañeros de piso, Nat y Chris, y *Luna* (también conocida como *Pounce-o*, *Dog-Dog*, *Goose*, etcétera), por el vino, los ánimos y los abrazos peludos (esto último sólo para *Luna*). Siento no limpiar nunca el baño. Es que estaba escribiendo este libro.

Anna Boatman, y *Las crónicas vampíricas*, por reunirnos. Siento no haberte enseñado el libro hasta que estaba terminado. Tu opinión me importa muchísimo.

Charlotte Cray, porque, como en el caso de Maria, tu amor duro pega fuerte, y yo no sería la misma sin él. Eres un bálsamo para el alma. Muchísimas gracias.

Claire Fraser, ser humano y amiga absolutamente increíble. Gracias por creer en mí, por insistirme en que podía con esto y por decirme que soy «cien por cien perfecta» como soy. Para ti, incluyo la palabra *tetas* en los agradecimientos. Gracias, mi amor.

Todos mis amigos de mi tierra, Mánchester, por estar ahí desde lejos: Ellie Devlin, Liz y Alex Holt, Rebecca Mortimer, Paul Hughes, Rob Byron, Michael Monks, Amanda Browning. Vuestro apoyo lo es todo.

Nota aclaratoria: Gil's está inspirado en el café Ezra & Gil, en el Northern Quarter de Mánchester, que no debéis dejar de visitar si alguna vez vais por la zona. No puedo garantizaros un «encuentro de película», pero sí que comeréis de maravilla (probad las alubias con tostadas, que están riquísimas y son perfectas para la resaca, os lo prometo).

Y a mi familia...

A mi abuela, Dorothy Parkinson, que también es escritora. El nombre de Dorothy Taylor es por ella. Gracias, abuela.

Gracias a mis tíos, Julie y Damian, porque me pedisteis que os pusiera aquí, pero os habría puesto de todas formas. Y a mis primos, Abi y Holly, porque sé que no me lo perdonaréis si no lo hago. Sois mis favoritos.

A Mandy y a Josie, gracias por estar tan orgullosos de mí.

A mis hermanas, Louise y Victoria. En lo bueno y en lo malo, soy muy afortunada de teneros a las dos en mi vida.

A Grace. Algún día serás más Anette que la mismísima Anette.

Y a mis padres, Dawn y Barry, por tener siempre fe en mí. Gracias, sois unos auténticos héroes. No estaría aquí de no ser por vosotros, ni en el sentido literal ni en el metafórico.

Y, por último, al hombre que me dijo que no era lo bastante buena: gracias por la inspiración.

Un amor de película
Rachel Winters

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Would Like To Meet*

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Levskaia Kseniia y © Quarta

© Rachel Winters, 2019

© de la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22262-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

